



CATRIN COLLIER

EL
**ÚLTIMO
VERANO**

UN PASADO OCULTO, UN AMOR PELIGROSO
Y UNA VOZ QUE RESUENA A TRAVÉS DEL TIEMPO



NOVELA

Lectulandia

Prusia Oriental, 1939: Los padres de Charlotte von Datski organizan una fiesta deslumbrante para celebrar su decimoctavo cumpleaños y su compromiso. Pero Europa se tambalea al borde de la guerra y Charlotte se verá obligada a dejar atrás su amado hogar y huir a Inglaterra, llevando consigo un secreto que la fortalece pero que también la atormenta.

Años después, la nieta de Charlotte, Laura, queda consternada cuando la verdad del pasado de su abuela ve la luz. Mientras Charlotte relee su diario y recuerda el gran amor de su vida, debe enfrentarse por fin a los demonios que la han perseguido durante más de medio siglo...

Lectulandia

Catrin Collier

El último verano

ePUB r1.3

Carlos. 06.02.14

Título original: *One last summer*

Catrin Collier, 2007

Traducción: Alicia Moreno Delgado

Editor digital: Carlos. para www.epublibre.org

Corrección de erratas: Carlos. y Arnaut (r1.3).

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A excepción de los de dominio público, todos los personajes de este libro son ficticios, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Para mi abuela, Martha Gertrude Salewski, de soltera Plewe, que, durante los años de Hitler, perdió a su marido, su hija, su madre, su hermano, dos hermanas, sobrinas, sobrinos, amigas y amigos, hogar, país y todas sus posesiones materiales; y que sobrevivió para enseñarme que el dinero no tiene valor real y que debería gastar cada penique que gane, no sea que vengan los rusos y me lo quiten.

Ya no tengo miedo de los rusos. De hecho, me encantan ellos y su país. Pero, *Liebe Omi*^[1], aprendí muy bien la lección que me enseñaste.

También para mi bisabuela, Amalia Plewe, de soltera Mau, que desapareció, junto con su hija Gretel, su nieta Gisela y decenas de miles de otros civiles de Prusia Oriental y soldados alemanes, en Königsberg, en enero de 1945. Descansen en paz estén donde estén.

Capítulo 1

Un tren viajando hacia el oeste desde Moscú por Prusia Oriental
Sábado, 19 de agosto de 1939

Mi decimoctavo cumpleaños. Nadie puede volver a decirme que soy una niña, o demasiado joven para bailes y fiestas. Mamá se casó con papá a los dieciocho años, pero no tenía una carrera en la que pensar como yo. Me pregunto por qué a Greta no se le ocurrió estudiar una profesión en lugar de convertirse en líder de la BDM^[2], la Liga de Jóvenes Alemanas. Todo lo que hace es organizar reuniones para chicas y enseñar a coser y a cocinar, y no es que ella sea una experta costurera o cocinera.

No es probable que nadie le pida matrimonio ya. Este año cumplirá veintisiete, ya es casi una vieja. No le gustará tener que dejar que una hermana igual de elegible que ella reciba las atenciones de los jóvenes.

Herr^[3] Schumacher reunió a toda la orquesta para que me tocara la canción de cumpleaños esta mañana a las seis. Bloquearon el pasillo de salida de nuestro compartimento durante veinte minutos. Resultaba imposible subir o bajar por el tren a los baños o al vagón restaurante, pero no pareció importarle a nadie, especialmente a las camareras. Después, todos me felicitaron y me hicieron regalos, incluyendo rosas y bombones de Manfred y Georg, que son unos chicos tontos, y aún me quedan los más importantes esperando a ser abiertos en casa. Qué ganas tengo de ver mi mesa de cumpleaños preparada junto a la de Wilhelm y Paul en el salón.

Hildegarde y Nina me han regalado este precioso libro, e Irena una elegante pluma estilográfica de plata con rosas repujadas. He decidido usar el libro como diario. Cuando Greta descubrió que había empezado uno el año pasado, me dijo que sólo la gente importante escribe diarios. Bueno, yo me considero importante, y sé que algún día seré famosa.

Herr Schumacher dice que soy el miembro con más talento, no únicamente de la sección musical de las Juventudes Hitlerianas de Allenstein, sino de cualquier orquesta juvenil con la que haya trabajado. Insistió en que tocara un solo de piano al final de cada concierto y que acompañara al violinista estrella de Komsomol. Ahora ya me he hecho a la idea. Cuando complete mis estudios, me convertiré en concertista de piano internacional.

Mi letra no es tan buena como me gustaría, porque el tren se mueve mucho. Hildegarde, Irena, Nina y yo tenemos el mismo compartimento y, después de que la camarera hiciera las camas cuando terminó mi concierto de cumpleaños esta mañana, todo el mundo vino. Se quedaron alrededor de una hora, incluso los

chicos. Son muy infantiles comparados con mis hermanos y sus amigos. Wilhelm y Paul nunca habrían puesto resina de violín en el té de *Herr Schumacher*, ni se habrían metido bajo la mesa en el vagón restaurante para pintarle los zapatos con miel mientras comía.

Como dice papá, fue muy inteligente por parte de mamá tenerme a mí como regalo el día del cumpleaños de los gemelos, así ellos pueden cumplir veintiuno y yo dieciocho el mismo día. Unos caballeros y una dama adultos por fin. ¡Qué celebraciones habrá esta noche! Y luego pasaremos juntos lo que queda del verano. Tengo tantas ganas de ir a Königsberg con Wilhelm y Paul en octubre... Tuve mucha suerte de lograr una plaza en el conservatorio, sobre todo cuando la cuota de plazas de educación superior para chicas ha sido reducida al diez por ciento. No me importa lo que diga nadie, creo que es injusto, y no creo que nuestro Führer lo haya hecho. Creo que ha sido uno de sus ministros y que él ni si quiera lo sabe.

La pobre Irena no ha entrado en Königsberg ni en ningún otro conservatorio, y tendrá que trabajar en la oficina de su padre. Será terrible dejarla atrás en Allenstein. Hemos sido las mejores amigas siempre, desde que puedo recordar, como nuestros padres antes que nosotras, y no puedo imaginar cómo será verla sólo en las vacaciones.

Aunque los gemelos estarán en su tercer año de estudios y yo únicamente en el primero, han prometido presentarme a todos sus amigos. Paul dice que el conservatorio de música no está lejos de la universidad. Espero que papá nos encuentre alojamientos juntos. Qué bien lo pasaremos sin Greta para contenernos.

Dejamos Moscú ayer por la mañana temprano y estoy empezando a pensar que nunca llegaremos a Allenstein. Nina dice que le parece como si esto fuera el infierno y estuviéramos condenadas a arrastrar nuestras cadenas por la campiña encerradas en este tren como almas en pena toda la eternidad. Nina siempre ha tenido una imaginación morbosa; quizá su fijación con el arrastrar de cadenas se deba al trabajo de su padre como conductor de tren.

Irena me ha preguntado tres veces en los últimos diez minutos si creo que Wilhelm se reunirá conmigo en la estación. Desearía que no le pusiera ojitos de cordero a mi hermano cada vez que lo ve. Es muy embarazoso contemplarlo para el resto de nosotros.

Cruzamos la frontera al amanecer. Me alegró estar en el querido y familiar paisaje de Prusia Oriental después de todo un mes fuera, incluso a esa hora de la mañana. No me había dado cuenta de cuánto había echado de menos los bosques y lagos hasta que los vimos a través de las ventanas. Todo, la gente, la arquitectura, las calles de los pueblos y ciudades, parece mucho más ordenado y próspero que en Rusia.

Sentí dejar a Masha. Disfruté viviendo con los Beletsky en su apartamento de Moscú la última semana de nuestra gira. A nadie más le gustó su familia rusa ni la mitad, pero creo que *Herr Schumacher* me buscó el mejor alojamiento posible. Masha y su hermano, Alexander, que es rubio platino, de ojos azules y muy guapo para ser ruso, además de un músico excelente, vinieron a la estación a decirme adiós. Me dieron un collar de ámbar de enormes pepitas pulidas, algunas con insectos dentro, como regalo de despedida. Es más largo y bonito que cualquiera de los que tiene Greta.

Les prometí guardarlo como un tesoro y pensar en ellos cada vez que lo lleve. Qué envidia tendrá Greta cuando lo vea. ¿Estará en la estación de Allenstein? Espero que no. Pero supongo que Wilhelm y Paul estarán allí para recogerme y, si tengo suerte, traerán al menos a uno (con suerte el especial) de sus amigos.

Parece como si llevara fuera una eternidad. No puedo esperar más para deleitar mis ojos con la queridísima casa y abrazar a papá, mamá y los gemelos...

—El doctor la verá ahora, señorita Datski.

—Gracias.

Charlotte sonrió a la enfermera y cerró el diario. Las páginas antaño limpias, prístinas y brillantes se habían vuelto frágiles con el tiempo. Envolvió el libro cuidadosamente en un pañuelo de seda, y recogió su chal y su bolso de la silla de al lado. Ridículo, en realidad, llevarse un diario que no había abierto en años a la sala de espera del médico. Y extraño cómo aquellas pocas palabras lo habían traído todo de vuelta: el traqueteo del tren; el humo lleno de tizne de la chimenea pasando junto a la ventana; el olor a col y carne asada flotando por el pasillo desde el vagón restaurante; las caras de sus amigas, limpias, radiantes, carentes de dolor y experiencia; y ella misma, completamente ingenua, romántica y presuntuosa, con toda la arrogante superioridad de la juventud. ¿Quedaba algo de aquella jovencita en la anciana en que se había convertido?

—¿Cómo estás, Charlotte? —El Dr. David Andrews se levantó de la silla y salió de detrás de su mesa para saludarla.

—He venido con la esperanza de que tú pudieras responderme esa pregunta, David.

—Bueno, desde luego pareces tan bella y elegante como siempre.

—A mi edad nadie puede considerarse bella. Y en cuanto a elegante, haces que parezca un salón decorado con cosas caras.

El médico le dio la mano y volvió a sentarse. Para evitar mirarla a los ojos, examinó el cuadro de la pared tras ella. Lo había colgado el diseñador de interiores neoyorquino que había reformado su consulta hacía un año, pero era la primera vez que miraba de verdad la anodina escena impresionista de colores pastel con borrosos

niños jugando en la arena. Decidió que no le gustaba.

—¿Y bien, David? —preguntó ella.

Él se aclaró la garganta y empezó a hablar, consciente de que su voz sonaba más brusca y fría de lo que había pretendido.

—Yo sugeriría una segunda opinión. Conozco a un buen hombre en Boston y a otro en Nueva York. Puedo organizar una consulta en cada ciudad. Podrías combinar una visita con unas compras o pasar por alguna galería.

—¿Y a esos «buenos hombres» tuyos les resultaría más fácil contarme lo que no eres capaz de decirme?

Se obligó a mirarla a los ojos. Extraordinariamente azules y desconcertantemente claros. Le habría resultado más sencillo enfrentarse a la histeria. Para eso podría haber recetado tranquilizantes.

—¿Cuánto me queda?

—La mayoría de la gente pregunta qué puede hacerse.

—Yo no soy la mayoría de la gente, David.

—Nunca lo fuiste.

Nadie en la ochentena tenía derecho al aspecto de Charlotte Datski. No es que intentara parecer más joven. Su cabello era desvergonzadamente plateado, sin rastro de tinte o color artificial, la piel arrugada no había sido tocada por la cirugía plástica o los estiramientos faciales, pero no parecía importar. Su belleza procedía de algún misterioso brillo interior que se manifestaba en aquellos magníficos ojos. Su figura, alta, esbelta y erguida, aún retenía la elasticidad de la juventud, y su ropa larga y vaporosa estaba acentuada por cuentas de ámbar y pañuelos multicolores que habrían parecido de mal gusto en otra persona, pero que a ella le quedaban bien.

Cuando su padre los había presentado hacía treinta años, David había sabido instintivamente que Charlotte era una artista. Simplemente, no podía ser otra cosa. Y aunque tenía la misma edad que su madre, se había enamorado un poco de ella igual que su padre y la mitad de los hombres que conocían. Pero al contrario que muchas viudas, Charlotte Datski parecía disfrutar su estado de soltería y de la independencia que le daba. Incluso los rumores de romances habían seguido siendo sólo rumores. Si Charlotte había tenido algún amante, había elegido sabiamente. Ninguno de los hombres de su círculo había hablado jamás de una relación, ni consumada, ni de cualquier otro tipo.

—La verdad, David —tocó las cuentas alrededor del cuello, pero no había señal de nerviosismo en el gesto.

—Podría ser cáncer de páncreas —comenzó cauteloso—, pero, como he dicho, deberías buscar una segunda opinión.

—¿Piensas que has cometido un error?

—Ningún médico puede estar seguro al cien por cien de un diagnóstico, sobre

todo de uno como éste —la eludió él.

—David, eres un genio en una familia de dotados académicos. Creeré tu palabra.

—Incluso así, está lejos de ser sencillo. No hay señal del tumor, lo que significa que es invasivo. En términos simplificados, el cáncer puede asemejarse a una telaraña de células que se ha extendido por los órganos. La cirugía queda descartada, pero eso no significa que no podamos ofrecer tratamiento. Las pruebas iniciales sugieren que crece lentamente y que la quimioterapia...

—¿Será muy doloroso? —interrumpió ella.

—Según mi experiencia con otros pacientes en condiciones similares, muy poco. Podrías perder peso.

—Puedo soportarlo —comentó ella irónicamente—. ¿Cuánto tiempo tengo? —repitió.

—Odio esa pregunta. Hace veinte años le dije a una enfermera de este hospital que le quedaban seis meses. Todavía me sonrojo cada vez que la veo. —Su silencio le hizo ver que esos comentarios eran condescendientes y superfluos—. Si el tratamiento tiene éxito, años.

—¿Y si no?

—Tendrá éxito, Charlotte.

—¿Pero si no? —repitió obstinadamente.

—Es difícil de decir: seis meses, un año tal vez. Pero lo organizaré para que te admitan esta semana y comenzarás con las inyecciones enseguida. No será agradable pero...

—No puedo venir mañana.

—Lo entiendo. Un diagnóstico como éste es una conmoción; tendrás cosas que organizar. —Pasó el dedo por su agenda—. ¿Digamos el jueves por la mañana?

—No.

—Charlotte, nada es más importante que esto. Estamos hablando de tu vida.

—Tengo que ir a casa.

—Está a ocho kilómetros carretera arriba —señaló él con desesperación.

—Yo nací en Europa del Este.

—Como médico tuyo, te prevengo enérgicamente sobre hacer viajes hasta que hayas completado el tratamiento.

—Ya lo he dejado demasiado hasta ahora.

—Parece que no lo entiendes. Podrías morir.

—Todos vamos a morir, David —sonrió—. Sé que estás pensando en mí y que tienes buena intención, pero ésta no es la primera vez que me enfrento a la muerte. La experiencia hizo que, extrañamente, no tuviera miedo de lo inevitable.

—¿Me estás diciendo que *quieres* morir? —Se obligó a sostener su firme mirada.

—Nada más lejos. Amo la vida. Cada maravilloso momento lleno de color. Pero

he descubierto que hay cosas peores que llegar al final. Como el dolor deshumanizado y la pérdida de la dignidad. Vi morir a mi marido de cáncer. Perdona mi cinismo, pero creo que sufrió más por el tratamiento que le prescribieron los médicos bienintencionados que por la propia enfermedad. Si aún hubiera poseído un arma se habría pegado un tiro meses antes de que le permitieran entrar en coma.

Era la primera vez que David oía a Charlotte mencionar a su difunto marido en todos los años que hacía que la conocía. Ella llevaba décadas viviendo en Estados Unidos y él no sabía de nadie que lo hubiera conocido.

—Los tratamientos han progresado enormemente en los últimos treinta años.

—No lo dudo.

—No puedes esperar que me quede aquí sin hacer nada —alegó él.

—A mi edad, la calidad de vida es más importante que la cantidad.

—Podrías tener ambas.

—¿Me lo garantizas?

—Ningún médico puede ofrecer garantías —dijo incómodo—, pero creo que tienes más oportunidades que la mayoría de superar esto. Has disfrutado de una salud excelente hasta ahora. Te has cuidado y, como el cáncer no apareció en tu último reconocimiento rutinario, podemos considerarlo un diagnóstico prematuro. Todo está de nuestro lado.

—¿Permanecería básicamente igual que estoy ahora, sin la quimioterapia?

—Te cansarías fácilmente y dormirías más.

—¿No tendría dolores?

David apretó los dientes, pues no quería darle más motivos para evitar el tratamiento.

—Nada que unos analgésicos no puedan ayudarte a superar —admitió reticente.

—Compraré unos cuantos. Gracias por tu tiempo y tu sinceridad. —Recogió su chal.

—A mi padre le encantaría verte. —La siguió hasta la puerta—. Por favor, ven a cenar con nosotros.

—¿Para que tu padre pueda añadir su persuasiva voz a la tuya? Gracias, pero no, David. —Le tendió la mano y él se la tomó—. Dicen que la vida es corta, pero desde mi posición parece larga. Demasiado larga, cuando pienso en todos a los que he amado y perdido. Aprecio tu comprensión. Un poco más de práctica y serás capaz de añadir la empatía a tus otras cualidades. Manda tu factura a mi abogado.

—¿No hay nada que pueda decir para convencerte de comenzar el tratamiento?

—Nada. Y como todo el mundo sabe que soy una anciana cabezota e imposible, no tienes motivos para sentirte culpable. En cuanto pueda conseguir un billete, me marcharé a Europa. Llevo años planeando este viaje. Simplemente me has dado una razón para no posponerlo más. Espero que no le cuentes esto a mi nieto ni a nadie.

—Por desgracia, como muy bien sabes, no puedo sin tu permiso. ¿Te veremos de nuevo? —Era una súplica más que una pregunta.

No le respondió. Le dio un suave beso en la mejilla y murmuró:

—Esto es para tu padre.

Él permaneció en pie junto a la ventana y observó cómo abandonaba el edificio, con su larga falda negra y los pañuelos de colores otoñales ondeando en la brisa.

—¿Doctor Andrews? —Se giró y vio a la enfermera en la puerta detrás de él—. ¿Teléfono a Boston o a Nueva York para organizar una cita para la señorita Datski?

—No —respondió él abruptamente.

—¿Entonces llamo a admisión para reservar una cama?

—No.

—Pero...

—Avisé al siguiente paciente.

—¿Y la señorita Datski?

—Guarde su archivo a mano, y esperemos necesitarlo.

Charlotte condujo a casa lentamente, respetando el límite de velocidad por primera vez en años. Cuando se dio cuenta de la ironía de lo que estaba haciendo, se rio en voz alta. Tras recibir la noticia que David le acababa de dar, debería estar aprovechando el tiempo que le quedara, en vez de ir despacio y cuidadosamente por el carril lento. Pero iba a casa por primera vez en más de sesenta años y de pronto parecía muy importante llegar de una pieza.

Detuvo el coche al comienzo del camino privado que serpenteaba por los bosques hacia su casa de madera de Nueva Inglaterra. Las hojas de los bulbos que había plantado cuando había comprado aquel lugar treinta y seis años antes se estaban marchitando en el mantillo bajo los árboles. Cada primavera, una alfombra de narcisos, azafrán y jacintos extendía sus colores hasta la orilla del lago. Su fin marcaba la llegada del verano.

Abrió el buzón para comprobar el correo, tomándose su tiempo para aspirar el aroma de los pinos y el lago detrás de la casa. ¿Era su imaginación o podía oler los últimos capullos del cerezo y del manzano? Fragancias que le recordaban a un país que ya no existía. Pero es que todo lo que había creado allí había sido construido y plantado con ese fin, y el resultado era un parpadeante reflejo, no más sólido que el de una imagen atrapada en la superficie de un estanque, de un hogar que había amado y se había visto obligada a abandonar hacía sesenta años.

Tras apartar de su mente los recuerdos, cogió el correo y siguió conduciendo por el accidentado camino hacia la casa.

Dejó el coche en el camino de entrada de gravilla, abrió la puerta principal y fue a la cocina. Llenó la tetera antes de cambiar de idea. Había una botella de vino blanco

en la nevera, y se la llevó junto con sus cartas escaleras arriba, a su estudio.

Era su habitación preferida. Ocupaba toda la primera planta, un tercio del espacio era una terraza abierta, otro tercio estaba acristalado como un invernadero inglés, dejando la pared del último tercio para apoyar sus cuadros. Echando un vistazo a los lienzos terminados que había extendido aquella mañana, se felicitó por el trabajo bien hecho antes de abrir el vino y acurrucarse en una silla de mimbre con su correo.

Tiró a la papelera tres envíos de publicidad sin abrir antes de encontrar uno que quisiera leer, un gran sobre grueso de su nieta inglesa. Tras años de intercambiar correos electrónicos diarios le sorprendió que Laura enviara algo por correo postal. Lo cortó con el pulgar y sacó una carpeta que ponía «Grunewaldsee». La abrió y cayó un fajo de fotocopias. Las desdobló. No había duda de lo que eran: documentos con fotografías de tamaño carné y sellos oficiales decorados con el águila y la esvástica del Tercer Reich. Imágenes de su padre, su madre, sus hermanos Wilhelm y Paul, su hermana Greta y ella misma, increíblemente joven, la miraron. Los seis encerrados en un pasado del que nunca había escapado por completo.

Querida *Oma*^[4]:

Ésta es la carta más difícil que he tenido que escribir en mi vida. Por favor, no la ignores, ni las copias de los documentos y las preguntas que suscitan, como seguro que harían mi padre y tía Greta.

Encontré el original de esta carpeta en el Centro de Documentación de Berlín mientras investigaba para un documental, no importa sobre qué. No tengo que preguntarte si tía Greta y tú fuisteis miembros del Partido Nazi: estos papeles prueban que sí. Me gustaría saber por qué os unisteis a él y más sobre vuestra vida en Grunewaldsee...

Charlotte se estremeció y volvió a mirar las fotocopias. Si hubiera sospechado de su existencia habría... ¿qué? ¿Les habría hablado a Laura y a Claus sobre el pasado? ¿Les habría hecho cargar con el peso de los secretos que la agobiaban a ella?

... No te lo pido sólo por mí, sino por toda la familia, sobre todo por el hijo que va a tener Claus, porque, en su momento, él o ella hará preguntas, como las estoy haciendo yo ahora. No importa que papá y tía Greta intenten fingir que la guerra y Hitler son agua pasada y sin consecuencias para las generaciones nacidas tras aquellos sucesos, eso no es cierto. Merecemos saber la verdad y escucharla de primera mano, no toparnos con ella en una carpeta polvorienta como he hecho yo.

Por favor, *Oma*, te quiero mucho, y parte de ese amor es respeto. Quiero continuar sintiendo lo mismo por ti y no lo haré hasta que escuche tu versión de la

historia...

Charlotte miró los lienzos que tanto placer le habían supuesto un momento antes. Si le ofrecía a su nieta la verdad como explicación, ¿lo podría comprender? El perdón era esperar demasiado. Ella nunca había sido capaz de perdonarse por unirse al Partido Nacionalsocialista. Por lo tanto, nunca había dejado atrás el pasado. Pero la culpa, la vergüenza y el arrepentimiento eran únicamente suyos, no de sus nietos. Tenía que haber alguna forma de hacérselo ver a Laura.

Te quiero mucho, y parte de ese amor es respeto.

Dejó caer la carta y las fotocopias en el regazo, cogió el teléfono y, sin ni siquiera comprobar la diferencia horaria, marcó el móvil de Laura; contestaron a la sexta llamada.

—Laura, ¿puedes hablar?

—Sí. —La voz de su nieta estaba espesa por el sueño.

—¿Te he despertado?

—No...

—Por favor, no me mientas, ni siquiera sobre cosas pequeñas. He recibido tu carta. ¿Sigues en Berlín?

—Sí.

—Estaré contigo dentro de unos días. Cogeré un avión en cuanto pueda. Voy a casa, a Prusia Oriental —explicó al silencio—. Y me gustaría que vinieras conmigo, pero lo comprenderé si no quieres.

—Me contarás...

—Todo —interrumpió Charlotte—, pero no por teléfono. ¿Dispones de tiempo para acompañarme?

—Sí, por supuesto.

—Ya te avisaré cuando llegue a Berlín. Antes de verte, necesito hablar con tu padre y el tío Erich.

—Cuando veas a mis padres, diles que los quiero.

—Lo haré, pero sólo pienso estar en Inglaterra un día.

—Oma... —únicamente hubo una mínima vacilación— gracias.

—Te quiero.

Charlotte colgó, luego buscó en la agenda antes de llamar una segunda vez. Las reservas y los preparativos con el despacho de su agente resultaron más rápidos de lo que esperaba. De pronto, se dio cuenta de que tenía muy poco tiempo para hacer las maletas, organizar sus posesiones y planear qué iba a decirles a Erich y Jeremy. Pero, perdida en el pasado, continuó sentada, mirando sin ver hacia el lago.

—Oma, ¿estás arriba?

Saliendo de su ensoñación, Charlotte metió las fotocopias y la carta de Laura bajo el cojín de la silla y se recompuso. Claus siempre había sido muy sensible a sus estados de ánimo y eso la intranquilizaba.

—Aquí arriba, Claus —lo llamó con una voz que pretendía que sonara ligera, pero le salió quebradiza. Forzando una sonrisa, relegó todos los pensamientos sobre la carta de Laura al compartimento de su mente «pensar en ello más tarde», que había llenado hasta arriba con recuerdos dolorosos y problemas a lo largo de los años. Con suerte, tendría tiempo para ocuparse de todos ellos.

Su nieto subió las escaleras, haciéndola temblar por la seguridad de sus cuadros con su enorme figura torpe y huesuda.

—He visto el coche... —Arrugó la frente mientras se inclinaba hacia ella—. ¿Vino en mitad del día? ¿Celebras algo o ahogas tus penas?

—Celebro algo.

—¿No tienes úlceras de estómago?

—Son muy pequeñas —mintió ella, ciñéndose a la historia que había tejido en torno a sus síntomas.

—¿Van a operarte?

Ella negó con la cabeza.

—Nada de operaciones, sólo una desagradable dieta.

—No puede ser tan desagradable si incluye vino.

—Estás cloqueando como una gallina vieja.

—Llamaré a David y le preguntaré si el vino está permitido —amenazó él.

—Hoy es el último día de mi antigua dieta, mañana el primero de la nueva.

—En ese caso, será mejor que vengas a cenar esta noche. Carolyn va a cocinar.

—¿A qué hora quieres que vaya?

La miró, severo. Nunca había aceptado cenar con ellos con tanta facilidad. Normalmente tenían que quedar dos semanas antes, y sólo tras varias discusiones y mucho consultar la agenda.

—¿A las siete y media está bien?

—Bien. —Levantó la copa—. ¿Quieres vino?

—Tallaré patas de sillas dobladas toda la tarde si me tomo una copa.

—¿Todavía estás haciendo ese comedor?

—Me gustó hacer la mesa, pero con doce sillas sobran seis. ¿Quién en su sano juicio quiere servir una comida formal y sentada para doce personas en estos tiempos?

—Alguien que puede permitirse pagar el catering y tu mobiliario artesanal. Hay café en la cocina.

—¿Y cerveza?

—En la nevera, sírvete.

Regresó con una lata y sin vaso. La abrió, cogió la silla junto a la de Charlotte y apoyó sus largas piernas en una mesa llena de revistas.

—Esta habitación es perfecta. Me siento como en casa, no tengo miedo de desordenar algo y la vista es magnífica. Mucho mejor que la nuestra. Estamos demasiado cerca del lago como para tener una perspectiva amplia.

—Mudaos mientras estoy fuera si queréis. He decidido hacer una visita a Prusia Oriental.

—Polonia —corrigió él.

—Parte de ella siempre será Prusia Oriental para mí.

—Iremos contigo cuando Carolyn tenga el niño.

—El vuelo está reservado. Me voy de Boston mañana.

—¿Mañana? Pero siempre dijimos que íbamos a hacer juntos el viaje, y Carolyn no puede ir embarazada de ocho meses —se quejó él.

—Sería demasiado arriesgado, incluso si la compañía la dejara volar. —Cogió la botella de vino y se rellenó la copa.

—¿Me has contado la verdad sobre las úlceras? —Estrechó los ojos.

—¿Dudas de la sinceridad de tu abuela?

—Solo cuando se trata de su salud y del precio de los regalos que hace en los cumpleaños y las Navidades.

—Someterme a todas esas pruebas me ha hecho darme cuenta de que soy mortal. No tengo intención de morirme todavía, pero no voy a ser más joven o más fuerte de lo que soy ahora, y quiero ver mi hogar de nuevo antes de tener que ir en silla de ruedas. He llamado a Laura, viene conmigo.

—Dos mujeres solas en Polonia. ¿No has oído lo que está pasando en el bloque del Este? Hay una crisis de la ley y el orden. La mafia...

—Eso es en Rusia —le interrumpió ella, impaciente—, y todo el mundo sabe que la prensa exagera.

—Al menos para en Alemania. Quizá mi padre o mi hermano puedan ir contigo...

—Su voz se apagó cuando se dio cuenta de lo que estaba sugiriendo.

—¿Necesito recordarte por qué dejaste Alemania para venirte a vivir conmigo?

—Quizá no mi padre, ni mi hermano —dijo con pesar—, pero está el tío Jeremy.

—Claus, puedo ser vieja, pero no estoy senil. Mis dos hijos prefieren tenerme a cinco mil kilómetros, lo que me parece muy bien, porque es precisamente donde yo prefiero tenerlos a ellos. Y, de mis cuatros nietos, Erich es demasiado tradicional y Luke demasiado joven para ir conmigo. Lo que os deja a ti y a Laura, y, como el estado de Carolyn te saca a ti de la ecuación, Laura y yo nos las tendremos que arreglar lo mejor que podamos sin protección masculina. Estoy segura de que sobreviviaremos.

—¿Cómo está Laura? —preguntó él.

—Bien —contestó ella con cautela.

—¿Feliz?

—Sonaba bien.

—¿Ninguna señal de un hombre en el horizonte?

Charlotte negó con la cabeza.

—La maldición de los felizmente casados desea emparejar a todo el mundo. Laura es una mujer de carrera.

—Sólo hasta que encuentre al hombre adecuado.

—Tal vez.

Charlotte nunca habría admitido ante Claus que la inexistencia de una persona especial en la vida de la joven también le había preocupado a ella desde que Laura cumplió treinta años. Estaba enormemente orgullosa de los novedosos documentales que su nieta producía, que habían ganado premios y se habían emitido en todo el mundo. Pero no podía evitar sentir que su estilo de vida de viajes constantes y de pasar noches en habitaciones de hotel debía de ser solitario.

—Me gustaría que hubiera algún modo de que Carolyn y yo pudiéramos ir con vosotras. —Claus dejó su cerveza en el suelo junto a la silla.

—Deberías haberlo pensado hace ocho meses.

—Iba a ser nuestro viaje —protestó, negándose a ver la gracia en la situación.

—Pero nunca lo hicimos porque lo iba posponiendo tontamente. Echaré un vistazo al país. Si queda algo que merezca la pena ver, Carolyn y tú podéis ir el año que viene.

—Supongo. —Terminó la cerveza y se levantó—. ¿Puedo ayudarte?

—Todo lo que tengo que hacer es cancelar mis citas para el próximo mes o así.

—Y preparar las maletas —le recordó.

—Algo de ropa. Me las puedo arreglar. ¿Cuidarás de la casa por mí?

—Claro.

Por un instante, le recordó a su abuelo. Alto, rubio, de ojos azules e increíblemente guapo, aunque un coronel de la Wehrmacht^[5] del Tercer Reich nunca se habría dejado barba y bigote, ni habría llevado puestos unos vaqueros cubiertos de serrín y un jersey andrajoso, ni mucho menos mocasines sin calcetines.

Parecidos físicamente, pero tan diferentes en carácter, temperamento, actitud... y filosofía.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por vivir conmigo en mi vejez y quedarte después de casarte. Por estar aquí todos los días y preocuparte.

—Y supongo que tú no has hecho nada por nosotros, como permitirnos construir

una casa en tu patio trasero y darme el dinero para establecer un negocio.

—Mis motivos eran puramente egoístas. Necesitaba a alguien que me atendiera cuando fuera una vieja cascarrabias.

—Tú nunca serás vieja, Oma.

—Me hago más vieja a cada minuto, y necesito hacer esas llamadas y las maletas.

—A las siete y media —le recordó—. Y no bajas llevando bultos pesados.

—El mensajero viene mañana por la mañana a recoger los cuadros.

—¿Los has terminado? —Carolyn le pasó a Charlotte un trozo de tarta de cerezas y un cuenco de nata montada.

—Los cuarenta y ocho óleos y los veinticuatro bocetos a pluma y tinta, y no quiero volver a leer o ilustrar más cuentos de Hans Christian Andersen jamás.

—Me encantaría verlos colgados todos juntos.

—Eso está en tus manos. Le he pedido al editor que te los mande a ti y no a la galería cuando termine con ellos. Te gustaban tanto, Carolyn, que pensé que podrían ser un regalo de bautizo aceptable.

—¡Aceptable! —Carolyn cruzó la mesa y cogió la mano de Charlotte—. Estoy abrumada. Van a quedar estupendamente en la habitación del bebé. ¿Cómo podemos darte las gracias?

—Genial —irrumpió Claus con fingida indignación—. Ahora mi hijo crecerá rodeado de representaciones políticamente incorrectas de princesas y castillos aristocráticos e imágenes horripilantes de trasgos y brujas malvadas que le dejarán secuelas psicológicas. Por no mencionar a la Reina de las Nieves sin corazón que dispara carámbanos.

—Tengo noticias para ti, cariño, el mundo es políticamente incorrecto. —Carolyn se levantó de la silla y vertió agua caliente sobre unas bolsitas de infusiones.

—Y cuanto antes aprenda a sobrellevarlo el niño o la niña, mejor —se mostró Charlotte de acuerdo.

—La niña —comunicó Carolyn, saboreando el efecto de su revelación sobre su marido y Charlotte—. Sé que dije que no quería saber el sexo del bebé, pero estaba mirando un catálogo y había preciosos pelitos azules y vestiditos rosas, y no podía decidirme entre ellos, así que telefoneé al médico.

—Entonces la llamaremos Charlotte. —Claus rodeó a su mujer con el brazo y le dio un beso en la barriga.

—¿No crees que merece tener su propio nombre? —preguntó Charlotte.

—A Carolyn y a mí nos gusta Charlotte —sonrió Claus—. Lo decidimos hace meses.

—Si se lo vais a poner, acortadlo como Charlie —sugirió Charlotte—. Es más adecuado para una chica estadounidense.

—Charlie —murmuró Carolyn—. Suena a nombre de marimacho.

—No quiero una hija marimacho —protestó Claus.

—Sólo un hombre podría decir eso. Las marimachos se lo pasan mucho mejor que las niñas cursis vestidas de encaje. ¿Más té? —preguntó Carolyn, mientras Charlotte se levantaba de la mesa.

—No, gracias, querida. Necesito dormir bien antes de viajar.

—¿Te va a recoger el tío Jeremy en Londres? —Claus le llevó el chal a Charlotte.

—Samuel Goldberg. Tenemos cosas de agente y cliente que discutir, y se ha ofrecido a acercarme a casa de Jeremy.

—Te llevaremos al aeropuerto —dijo Carolyn con decisión.

—No, qué va, llamaré a un taxi —la contradijo Charlotte.

—Tengo que comprar algunas cosas para el bebé —protestó Carolyn alegremente — y no puedo convencer a menudo a éste de que deje el taller para llevarme a la ciudad.

Charlotte los miró.

—¿De verdad tienes cosas que comprar?

—Ya has oído a la jefa. —Claus echó el chal sobre los hombros de su abuela—. Te acompaño a casa.

—Te entrometerías en mis pensamientos, y tu chica te necesita. —Charlotte besó a su nieto en la mejilla y abrazó a Carolyn antes de marcharse.

—¿Está bien? —preguntó Carolyn, mientras Claus cerraba la puerta.

—Eso espero. Creo que sólo está preocupada por el pasado ahora que por fin ha decidido hacer este viaje.

—Debió de querer mucho a tu abuelo.

—No estoy muy seguro. Has conocido a mi padre y a mi hermano. Tienen que haber heredado su personalidad de alguien, y no cabe duda de que no fue de Charlotte.

Ella se dio unos golpecitos en la barriga.

—¿Qué haremos si esta sale como ellos?

—No hay posibilidades de que mi hija no salga perfecta contigo como madre. — La atrajo hacia su regazo y comenzó a hacerle cosquillas.

Charlotte escuchó la risa de Claus y Carolyn mientras caminaba por el sendero de la orilla que conducía de la casa de Claus a la suya. Se quitó los zapatos, entró en el lago y chapoteó por los bajíos arenosos, deleitándose con la sensación del agua fría en los pies con medias.

La luna estaba baja, un enorme orbe dorado en el cielo nocturno color añil, la misma luna que brillaba en el hogar de su infancia. Dentro de unos cuantos días estaría allí. Todo estaba listo, los billetes esperaban a ser recogidos en el mostrador de

salida, las maletas hechas, los papeles ordenados en la caja fuerte. Había vuelto a redactar su testamento cuando Claus había dejado Alemania para vivir con ella hacía seis años. Las decisiones que había tomado se mantenían. ¿Le haría sentir este viaje algo distinto sobre las elecciones que había hecho durante su vida? ¿Por qué iba? ¿Qué esperaba encontrar después de todo aquel tiempo? Y, lo más importante de todo, ¿había hecho bien en pedirle a Laura que la acompañara?

Subió los escalones hasta la terraza y entró en su sala de estar. Su diario ya estaba metido en el equipaje. Lo sacó de la bolsa y lo desenvolvió. Las palabras que había escrito la mañana de su decimoctavo cumpleaños la miraban desde la página:

Parece como si llevara fuera una eternidad. No puedo esperar más para deleitar mis ojos con la queridísima casa y abrazar a papá, mamá y los gemelos...

Greta no aparecía, ni siquiera entonces. ¿Pero para qué regresar a Grunewaldsee ahora? No quedaría nada de la casa más que ladrillos y argamasa y, tras décadas de negligencia e ineficiencia comunista, ladrillos devastados y argamasa como mucho. O peor aún, una ruina quemada, o una fábrica erigida en el lugar. ¿No sería mejor aferrarse a sus recuerdos?

Volvió a hurgar en la bolsa y sacó otro libro, de pasta dura, con la sobrecubierta amarilla por el tiempo. Pasó las manos por el título y la ilustración. *El último verano*, por Peter Borodin. Una imagen de una casa importante, blanca, de madera, brillando a través de un bosque de pinos. Totalmente incorrecta, por supuesto, pero ¿cómo podía saber el artista estadounidense que había diseñado las sobrecubiertas de las copias de Stateside, cómo era una mansión prusiana en el campo?

Al abrir el libro cayeron dos dibujos. Uno era de Grunewaldsee tal como la había visto por última vez: una larga y baja mansión del siglo dieciocho de diseño clásico, con la sencillez de su fachada interrumpida por un corto tramo central de escaleras que subían hasta la puerta principal flanqueada por columnas corintias. El segundo era de un hombre joven dibujado de memoria. Lo miró durante largo tiempo. Cuando por fin lo dejó a un lado, ya sabía por qué tenía que volver.

Capítulo 2

—Laura, soy Claus.

Laura titubeó. ¿Le habría enseñado su abuela las fotocopias? No se le había ocurrido que podría hablarlo con Claus, pero tenían una relación tan estrecha...

—Laura, ¿estás ahí?

—Sí. —Dio una excusa en voz baja al bibliotecario con quien estaba cenando en un restaurante y se dirigió al baño—. Sólo que es una sorpresa escucharte. No esperaba tu llamada, pero es genial oír tu voz. ¿Cómo está Carolyn?

—Resplandeciente. Va a ser una niña.

—Maravilloso. A nuestra familia le vienen bien todas las mujeres que pueda conseguir. ¿Lo sabe Oma?

—Se lo contamos anoche. La llevamos al aeropuerto esta mañana. Dijo que vas a ir a Polonia con ella.

—¿Me estás investigando a mí o a ella?

—A ninguna de las dos.

—Prueba con otra, Claus. Como es obvio que te mueres por saberlo, tenemos reservado un vuelo de Berlín a Varsovia para el viernes.

—¿Estás en Berlín? —dijo él, sorprendido.

—¿A que los móviles son geniales? Nadie sabe dónde está nadie. Pero sí, estoy en Berlín. Para ser exactos, en un restaurante turco extremadamente bueno. Llevo un mes aquí trabajando en un documental sobre la Stasi^[6] para el Canal Historia, que acabo de terminar. Así que es el momento perfecto para tomarme un respiro. Y no se me ocurre nada mejor que hacer un viaje con Oma.

—Oma no me dijo que estabas en Alemania.

—Seguramente para mantener la paz. Antes de que preguntes, no he llamado a tus padres. Tu padre y tú os lleváis tan mal que he preferido no tener nada que ver.

—Además, no le soportas —señaló él suavemente.

—Eso también —se mostró ella de acuerdo.

—Mi padre y Oma se llevan tan mal como él y yo —añadió Claus a la defensiva.

—Quizá, a su edad, quiera enterrar el hacha de guerra.

—El único lugar donde hacerlo es en su cabeza —dijo él, no del todo en broma.

—Le sugerí que descansara aquí unos días antes de continuar. —Laura cambió de tema a propósito. Cuando Claus empezaba a hablar sobre su padre no sabía cuándo parar—. Un vuelo transatlántico cansa a cualquiera, sobre todo a alguien de su edad, pero ya conoces a Oma: ahora que por fin se ha decidido a ir, no será feliz hasta que llegue allí.

—¿Has pensado en cómo vais a moveros por Polonia?

—Aprobé mi examen de conducir con diecisiete años, querido primo.

—¿Has alquilado un coche?

—Nos estará esperando en el aeropuerto.

—Ten cuidado...

—Claus, si vas a sermonearme, puedes parar ahora mismo. Soy capaz de cuidar de Oma tan bien como tú.

—No quería decir que no pudieras. —Hizo una pequeña pausa—. Pero no creo que debas dejarla conducir.

—¿Le pasa algo a Oma? —preguntó ella preocupada.

—Aparte de las úlceras de estómago... ¿Te ha hablado de sus úlceras?

—No.

—Según ella, son pequeñas y el único tratamiento es una dieta. Parece como si fuera a vivir siempre...

—¿Entonces por qué no debería dejarla conducir? —interrumpió Laura.

—Parece un poco rara. Nada que pueda concretar, pero... preocupada. Es difícil de explicar, pero tengo la sensación de que algo no va bien.

Como era obvio que su abuela no le había hablado a Claus de la existencia de los documentos, Laura tomó la rápida decisión de no mencionarlos. No le gustaba no compartir el conocimiento con Claus, pero los secretos no eran suyos para contarlos.

—Oma por fin ha decidido ir a casa después de sesenta años en el exilio. ¿No te sentirías un poco raro si estuvieras en su lugar?

—Estaría corriendo como alma que lleva el diablo en dirección contraria, y hace sólo seis años que dejé Alemania.

—Dices en serio lo de no volver allí.

—Si aquello significa disciplina militar, duchas frías y un padre con el temperamento de un rottweiler, sí, pero volviendo a Oma...

—¿De verdad estás preocupado por ella, Claus, o simplemente molesto porque sea yo, y no tú, quien hace este viaje con ella?

—Un poco de cada —admitió él con sinceridad—. Siempre supuse que iríamos los tres juntos.

—Tú eres el que dejó embarazada a Carolyn.

—¿Por qué tengo la sensación de que te burlas de mí?

—Porque así es —respondió ella rotundamente.

—No es sólo Oma. Es Polonia y el bloque del Este. Según la prensa, no es el mejor lugar en el que estar ahora mismo.

—¿Desde cuándo has creído algo impreso en los periódicos?

—Desde que tú ejerces el periodismo.

—Ahora trabajo para la televisión.

—Eso es incluso peor. Por la máxima audiencia, y al diablo la verdad.

—Sólo en Estados Unidos. —Cambió de tema otra vez—. Oma no hace más que

decirme que eres enormemente feliz. Todo un cuento de hadas. Felices para siempre.

—Es verdad. No sé qué he hecho para merecer a Carolyn y al bebé, pero tengo miedo de pensar demasiado en ello por si el hechizo se rompe. ¿Y tú?

—Tengo mis momentos y mi trabajo.

—Puedes visitarnos cuando quieras.

—Lo sé. Intentaré ir cuando Carolyn tenga el bebé.

—Vuelve con Oma. Le encantará tenerte aquí, y no tendrás que vernos si no quieres.

—Vives al fondo de su jardín.

—Como las hadas inglesas.

Recordando su cita abandonada, Laura dijo:

—Esta llamada debe de estar costando una fortuna.

—Sólo es dinero —contestó él despreocupadamente—. Laura, cuidarás de Oma, ¿verdad?

—Tan bien como lo harías tú, Claus.

—Carolyn te envía un beso.

—Otro para ella.

—¿Quieres ser la madrina de nuestra hija?

—¿No te da miedo que una periodista pueda pervertirla?

—Estoy preparado para aceptar el riesgo. ¿Me llamarás desde Polonia?

—En cuanto lleguemos al hotel.

—Primero comprueba la diferencia horaria. Me gusta dormir.

El avión estaba rodeado de nubes. Dentro reinaba el silencio y los auriculares estaban enchufados, ya que la gente se preparaba para escuchar los programas que habían elegido ver en sus pantallas personales. Sólo los de Charlotte permanecían abandonados mientras ajustaba la lámpara de lectura, hasta que su luz cayó directamente en la página del diario que había abierto sobre la bandeja frente a ella.

Al amanecer, mi dormitorio, Grunewaldsee

Domingo, 20 de agosto de 1939

Han pasado tantas cosas desde ayer... Ni siquiera me siento la misma persona que era entonces. Soy la chica más afortunada y feliz del mundo. Greta está furiosa, aunque no se atreve a mostrarlo, especialmente a mamá y papá. Su cara tenía un tono verdoso muy poco favorecedor cuando vine arriba.

Se supone que debo estar durmiendo, pero me siento demasiado emocionada, así que estoy escribiendo esto para tener un recuerdo completo de mi decimoctavo cumpleaños y el día más importante de mi vida hasta ahora. Algún día les enseñaré

este diario a mis hijos y a mis nietos. Sé que serán guapos, pero me pregunto a qué se dedicarán. ¿Soldados, músicos, académicos? ¿Los chicos se parecerán a su abuelo?

Se supone que esto es un registro, así que debo dejar de soñar y concentrarme en lo que ha pasado exactamente.

Todo el mundo estaba emocionado cuando el tren llegó por fin a la estación de Allenstein. *Herr Schumacher* nos avisó durante el almuerzo de que no habláramos a nuestras familias sobre los alojamientos que nos ofrecieron en las ciudades pequeñas y en las zonas rurales de Rusia, sobre todo de las casas donde debíamos compartir la cama con toda la familia anfitriona. Me estremezco hasta de pensarlo. Irena y yo observamos horrorizadas cómo abuelos, padres, cuatro hijos y tres hijas se desvestían y entraban en la cama común sobre la cocina, pero, como le dije a *Herr Schumacher*, no sufrimos ningún daño. Las celdas de las comisarías de policía, aunque no muy limpias y normalmente frías y con muchas corrientes de aire, eran al menos razonablemente privadas. Irena y yo prometimos no contar nada. Aunque advertimos a *Herr Schumacher* que no poníamos la mano en el fuego por Hildegarde, Nina y las demás chicas.

Por supuesto, todos los chicos pensaban que era una gran broma, pero el único en que *Herr Schumacher* puede confiar que se mantenga callado es el hermano de Irena, Manfred. La gira no le ha cambiado. Sigue siendo un comunista fanático. «Una causa perdida», como dice Irena. Lo más que Irena pudo hacer fue convencerlo de que se guardara sus opiniones para sí mismo parte del tiempo. Me confesó que sus padres están aterrados por que intente reclutar a alguien para el Partido Comunista que no sea indulgente con su juventud y su familia.

Si lo hace, acabará en uno de los horribles campos de los que la gente murmura, como Dachau. Su lealtad a los comunistas no se ha visto afectada por nada de lo presenciado en Rusia, y ha jurado no descansar hasta que Alemania sea un estado comunista. Pobre muchacho, no volverá a descansar jamás.

¡Política! Es todo sobre lo que los chicos hablan y por lo que luchan cuando no están apiñados en las esquinas riéndose con fotografías de chicas desnudas. Georg dejó caer sus sucias fotos cuando Nina pasó junto a su asiento de camino al lavabo. Se puso rojo cuando ella las recogió del suelo y se las devolvió.

Me dijo que eran más cómicas que desagradables, y que la modelo parecía estúpida vestida sólo con plumas y collares. No sé por qué los chicos pasan tanto tiempo babeando por esas cosas. Irena y yo lo discutimos y estuvimos de acuerdo en que no queríamos pasar horas estudiando fotos de hombres desnudos.

Paul estaba esperándome en la estación con él. Estaban uno junto al otro, ambos altos y rubios como los caballeros románticos de las leyendas arias. Él llevaba su uniforme. Peter me apartó de un codazo y gritó para que todos miraran a

su hermano, porque había sido ascendido a comandante. Me enfadé por no haberme dado cuenta antes. Peter tenía razón. Ya no es capitán, sino comandante. Con sólo treinta años.

Había tantos empujones, empellones y malos modos que regresé a mi asiento y dejé que todos se bajaran del tren antes que yo, incluida Irena, que estaba irritable porque Wilhelm no había ido. Paul explicó que habían traído un nuevo caballo de Königsberg para papá y, como era medio salvaje, Wilhelm se había quedado para echar a los hombres una mano llevándolo a los establos.

Paul también dijo que Greta había querido venir a recibirme, pero él le dijo que no había sitio para ella, Paul, él, Peter, yo, y mi equipaje y el de Peter en su coche. Yo estaba contenta. Greta no habría venido por mí, y yo disfruté teniéndolos a él y a Paul para mí sola. Como Peter quería ir derecho a casa a Bergensee, se fue de la estación en el coche del padre de Georg.

Mientras estaba hablando con Paul, él envió a un mozo a recoger mi equipaje para llevarlo a su coche. Es un turismo descapotable, más deportivo y moderno que los coches grandes de papá. Paul le dio la mano a todos los de la orquesta y les recordó que estaban invitados a nuestra fiesta de por la noche. *Herr* Schumacher y su esposa, que había ido a recibirlo a la estación, parecían abrumados por estar incluidos.

Fue maravilloso conducir por la ciudad y salir al campo; pasamos junto al lago, bajamos el camino y entramos en el patio de la querida Grunewaldsee. Nunca me parece justo que la vida siga aquí sin que yo esté para verla.

Paul se empeñó en que visitara los establos antes de entrar en casa. Mamá, papá, Wilhelm y Greta estaban allí, y descubrí que Paul no había dicho la verdad sobre el caballo. Es una yegua gris, no un semental, y la más bella montura que una dama podría desear. ¡Wilhelm y él me la han comprado para mi cumpleaños! La han llamado *Elisa* por mi pieza favorita de Beethoven. También había una elegante silla de señorita, y Wilhelm la había preparado de modo que pudiera estrenarla ya. No me podía negar: tuve que entrar en casa y ponerme la ropa de montar. Mamá me hizo usar la puerta trasera y la escalera de los sirvientes para que no viera la entrada, el salón de baile, ni mis regalos hasta después de la cena.

Paul y Wilhelm llevaron cuatro caballos detrás de la casa. Greta no quiso cabalgar, pero los gemelos no podían esperar a ver cómo *Elisa* se adaptaba a mí, y él vino con nosotros. Fue glorioso. *Elisa* galopa y medio galopa como un ángel. Volamos alrededor del lago. Paul y Wilhelm tenían dificultades para mantenerse a nuestro ritmo. Y pensar que todo lo que tenía para ellos eran primeras ediciones de Schiller y alfileres de corbata de oro.

Lo estábamos pasando tan bien que mamá tuvo que enviar a Brunon a recordarnos que nos vistiéramos para la fiesta. Él condujo de vuelta a Bergensee, y

los gemelos y yo les dejamos los caballos a los mozos y entramos en casa.

Papá ordenó que se dispusieran mesas en caballetes en el patio para que todos nuestros arrendatarios, trabajadores y sirvientes que no estuvieran ayudando en la fiesta pudieran pasarlo bien y tener su propio festejo para celebrar nuestra mayoría de edad. Le dijo a Brunon que apartara veinte barriles de cerveza y ocho botellas de vino para ellos. Greta dijo que era demasiado. Estaba celosa porque nuestra fiesta era mayor que la que papá organizó para su mayoría de edad. Debería recordar que la nuestra era para tres, la suya para una.

Mamá envió a Minna a ayudarme a vestirme, porque María no sabe hacerlo bien. Mi vestido de fiesta había llegado de la costurera esa mañana. Es de seda azul plateada granulada, sin mangas. El cuerpo es ajustado y el escote más amplio de lo que nunca he llevado antes. Mamá me dijo que no llevara ninguna joya, así que supuse lo que ella y papá me regalarían.

Insistí en llevar el pelo recogido, y no en una trenza. Cuando Greta lo vio se puso furiosa. Fue corriendo a mamá, gritando que ninguna chica debería llevar el pelo sin trenzas hasta pasados los veintiuno. Por suerte, mamá estuvo de acuerdo conmigo. Dieciocho es suficiente para vestir como una mujer. Además, era mi noche, no la de Greta.

Papá cedió y nos permitió ver las mesas de cumpleaños antes de la cena. Mamá se había superado. Había bordado rosas rojas y color crema alrededor de los bordes de los manteles, y cubierto los espacios entre los regalos con trufas, bombones y botellas de champán en miniatura. Tenía un aspecto maravilloso, pero no podíamos abrir ni un solo paquete hasta después de la cena, fuimos cien personas para comer, y doscientas cincuenta más para el baile.

Mamá y papá me dieron un reloj de oro y un conjunto de collar y pendientes de perlas. Los gemelos recibieron las herencias que *Opa* y *Opi*^[7] les habían dejado, y papá y mamá les dieron las llaves de dos coches, uno para cada uno. Papá los había escondido en el granero, así que todos salimos en tropel. Son Mercedes descapotables. Los gemelos esperaban un coche, pero pensaban que tendrían que compartirlo. Como papá señaló, no pueden esperar seguir haciéndolo todo juntos ahora que son hombres.

Todos se reían porque Irena seguía a Wilhelm mientras abríamos los regalos como si fuera un cachorro abandonado. Cuando se hubieron admirado todos los presentes y los pequeños se llevaron arriba, comenzó el baile. Intenté ocultar mi decepción por no recibir ningún regalo especial de él. Su familia me dio un joyero tallado en madera de cedro y decorado con paneles de ámbar. Tiene más de trescientos años y es muy valioso. Su nombre estaba en la tarjeta así como los de sus padres y el de Peter, pero esperaba algo sólo de él. Nada caro, una sola rosa que hubiera podido prensar entre las hojas de este diario y haber atesorado para

siempre.

Papá abrió el baile conmigo, mamá bailó con Wilhelm y al pobre Paul le tocó Greta, que estaba de malhumor, porque no era la estrella de la fiesta. Mamá había trabajado muy duro para decorar el salón. Como lo utilizamos tan poco a menudo, siempre pienso en él como en un espacio grande, frío y vacío, pero anoche parecía encantado. Mamá había ordenado a los sirvientes cubrir el techo y las paredes con guirnaldas de rosas y hojas verdes, y habían limpiado y pulido las lámparas, llenas de velas.

Me alegra que papá no pusiera electricidad en esa parte de la casa; es muy romántico cenar a la luz de las velas en el comedor formal y bailar bajo llamas titilantes en el salón de baile. Papá había contratado a la orquesta del Hotel, que era excelente, pero no tan buena como la orquesta de las Juventudes Hitlerianas de Allenstein, aunque nunca se lo diría a papá por si creyera que estoy presumiendo.

Georg tocó el violín para nosotros. Me dio otra rosa y un brazalete de plata, y me pidió un baile. No quiero rosas ni brazaletes de Georg, que es un chico tonto, pero le reservé un baile. Habría sido de mala educación no hacerlo. El brazalete es bonito, con rosas y notas musicales entrelazadas.

Manfred me dio un libro. Podría haber adivinado lo que era sin desenvolverlo, y temía abrirlo delante de más gente por si era de un autor prohibido como Karl Marx. Manfred siempre está leyendo literatura proscrita. Ni siquiera Irena sabe de dónde saca sus libros. Le prometí que abriría su regalo más tarde cuando estuviera sola, y tuvo que conformarse con eso.

Papá no me permitió conceder ningún baile hasta que la fiesta hubo comenzado formalmente. Luego tuve que luchar por dejar libre una polka para Georg. No me quedaba ni un baile dos minutos después de que papá y yo hubiéramos terminado el vals inicial. Tenía la cartilla de baile llena diez minutos antes que Greta.

Él me pidió el último vals antes de la cena y los tres últimos de la noche, pero antes tuve que aguantar a todo tipo de chicos aburridos...

—¿Puedo traerle algo, señorita Datski?

Perdida en el pasado, Charlotte miró con la mirada vacía a la azafata.

—¿Una bebida, un periódico?

—Nada, gracias.

... Cuando por fin cruzó la habitación para reclamar el baile de la cena, casi muero de felicidad. Con su uniforme de gala, era el hombre más alto y más guapo de la habitación. Juntó los talones, se inclinó y dijo:

—El último vals antes de la cena me parece que es mío, *Fräulein*^[8] Charlotte.

Me sentí como si todos nos estuvieran mirando cuando me llevó al centro de la estancia. Intenté concentrarme en los pasos, para mi vergüenza; creo que hasta los conté como nos decían en la clase de baile. Uno, dos, tres; uno, dos, tres; uno, dos, tres... Mientras intentaba recordar los refinamientos que mi profesora de baile me había enseñado. Habría sido espantoso si hubiera pensado que soy torpe.

Cuando la música terminó sugirió que saliéramos a la terraza en lugar de ir a la cena. Esperaba que Greta se diera cuenta. Nunca la he perdonado por la vez que el pasado verano me pilló mirándolo desde la balconada del ala oeste. Dijo que era una niña estúpida por soñar con un hombre muy mayor para mí. He deseado demostrarle que se equivoca desde entonces. Puede que no tenga más que dieciocho años, pero nunca, nunca amaré a nadie tan absoluta y completamente como a él. Todo el amor que poseo, todo mi corazón y mi alma son suyos y sólo suyos. Y una diferencia de edad de doce años no es tan grande. Después de todo, papá tiene diez años más que mamá.

El jardín parecía encantado a la luz de la luna, pero como no quería ensuciar o dañar la larga falda de mi vestido, nos quedamos en la terraza, las luces de la casa brillaban detrás de nosotros, dorando los árboles y las flores. Aunque todo el mundo estaba en la cena, la orquesta seguía tocando una suave y dulce pieza de Brahms. No me avergüenza decir que esperaba recibir mi primer beso de verdad. El que Georg me robó en la gira no cuenta, porque moví la cabeza y acabó besándome la oreja, que se me quedó mojada. Además, yo no quería que Georg me besara, ni entonces ni nunca.

Estuvimos uno junto al otro, mirando al jardín, bebiendo el champán que él había cogido de uno de los camareros, felices en la mutua compañía, sin necesidad de decir ni una palabra. Una señal de verdadera camaradería y afinidad de espíritu.

Estaba espléndido a la luz de la luna, como siempre había imaginado a mi Príncipe Azul. Su pelo rubio brillaba como un halo y sus ojos azules eran profundos, oscuros y misteriosos. Me pidió permiso para fumar. Le dije que me encantaba el olor de sus cigarros y él respondió que estaba preciosa con mi vestido de seda, como una diosa.

No estaba segura de cómo debía contestar una dama un cumplido como aquél, así que no dije nada, pero me acerqué un poco más a él, deseando aún un beso; espero que no pensara que no tengo vergüenza, pero considerando lo que sucedió más tarde no podría haber sido así. El aire era agradablemente fresco tras el calor del salón y podía oler las rosas. Oíamos risas y el acordeón de Brunon en el patio al otro lado de la casa. Murmuré algo sobre que los sirvientes estaban siguiendo al pie de la letra las órdenes de mi padre de divertirse, y entonces me interrumpió.

Me dijo que me amaba. ¡A mí! Me ama. Y yo que todo el tiempo pensaba que venía a Grunewaldsee a visitar a Greta. No puedo recordar haber dicho mucho

después de eso, pero luego, por fin, me besó. Al fin sé lo que es recibir un beso en condiciones. Me rodeó con sus brazos y me apretó muy fuerte.

Las mangas de su uniforme me picaban en la espalda. Sé que no es nada romántico escribir eso, pero me he prometido que este diario será veraz en todo lo posible.

De cerca olía a colonia, grasa de caballo de su cinturón del ejército, cera para el pelo y polvo para los dientes. Tras el beso, le confesé que me enamoré de él cuando tenía doce años, pero que estaba convencida de que nunca se fijaría en mí, sólo en Greta. No pretendía decir su nombre, pero él no lo mencionó. Lo que hizo fue besarme de nuevo. Un maravilloso beso que me dejó sin aliento. Luego sacó una cajita del bolsillo y me pidió que la abriera.

Dentro había el más bello anillo de diamantes que he visto en mi vida. Me dijo que su bisabuela lo llevó como anillo de compromiso y que Federico el Grande se lo había dado a uno de sus antepasados.

Es un poco grande para mi dedo, pero él se rio y dijo que ya creceré para rellenarlo. Entonces levantó mi barbilla muy suavemente con la punta de los dedos y me pidió que fuera su mujer. Fue la pedida con la que toda muchacha sueña. Todo era perfecto: mi vestido, la terraza, el anillo y, sobre todo, Claus von Letteberg. Estoy mareada de felicidad. Voy a convertirme en su mujer. Charlotte, la futura condesa von Letteberg^[9]. Su mujer.

La azafata pasó con el carrito de las bebidas junto al asiento de Charlotte y ella pidió agua mineral, cerró el diario, lo envolvió en el pañuelo de seda y lo volvió a colocar en la bolsa de mano. Era extraño cómo el paso del tiempo le permitía ver sucesos y revivir emociones con claridad desapasionada. Ahora se daba cuenta de que Claus nunca le habría hecho perder la cabeza si Greta no hubiera estado también enamorada de él.

Su comentario despectivo de que debía dejar de soñar con hombres demasiado mayores para ella y quedarse con chicos inexpertos como Manfred y Georg le había hecho daño, y conocía a su hermana demasiado bien como para creer que había sido algo casual. Greta había pretendido causarle dolor, y ella había sido demasiado ingenua e insegura como para cuestionar los motivos de su hermana.

Recordó las noches que había llorado hasta dormirse antes de la propuesta de Claus, porque creía que Greta tenía razón. ¿Por qué un hombre de mundo como Claus, conde von Letteberg, con título, tierras, dinero y toda la población femenina elegible de la sociedad aristocrática de Prusia Oriental derritiéndose a sus pies, iba a perder el tiempo con una chica tan poco sofisticada como ella? La pregunta seguía sin resolver. ¿Por qué lo había hecho?

Cierto, era más joven que Greta y posiblemente, por lo visto en su actitud hacia

ella más tarde, él la había considerado una mejor candidata como madre. No más guapa pero más maleable quizá, a pesar de su consentida actitud cabezota. O Claus había visto que, a pesar de su juventud e inexperiencia, nunca había querido nada en su corta vida tanto como a él, y su evidente adoración le había adulado hasta el punto de proponerle matrimonio.

Alimentada por los romances que leía en la cama por las noches en lugar de las obras filosóficas recomendadas por sus tutores, antes de la proposición de Claus había intentado imaginar su futuro sin él. Había decidido que si él se casaba con otra, dejaría de existir. Se extinguiría como había hecho Cathy en *Cumbres borrascosas*, o moriría echando los pulmones y susurrando el nombre de su amor como Marguerite Gautier. Incluso se consolaba imaginándose a Claus, lleno de pena, regresando a ella tras su muerte, como Heathcliff y Armand, que habían desenterrado a sus amadas de sus tumbas.

Solo que la realidad nunca fue tan romántica como la ficción.

Samuel Goldberg permaneció en la barrera y observó una riada de ruidosos y emocionados turistas estadounidenses empujando carros portaequipajes muy cargados al salir de la sala de aduanas hacia las puertas y los enlaces que los esperaban. Detrás de ellos, con aspecto de estar más perfectamente arreglada y alerta de lo que nadie tenía derecho a estar tras un vuelo de cinco mil kilómetros, estaba Charlotte.

—Estás estupenda. —La besó en la mejilla.

Charlotte le devolvió el beso y lo abrazó.

—No mientas, Samuel. Soy una ruina. Se me pone el pelo grasiento en los aviones. Debe de ser algo del aire acondicionado. Pero tú estás espléndido, ni un día más viejo que la última vez que te vi.

—Hace cinco años. Cinco largos años desde que hiciste una visita fugaz y me dejaste solo con el corazón roto —se quejó él.

—Un corazón roto debe encajarte bien.

—Veo que eres tan cruel como siempre.

—Gracias por venir a recogerme. —Se apoyó en su brazo—. Viajar es terrible cuando llegas a tu destino y no hay una cara amiga para recibirte.

—Es un pago parcial por todos los almuerzos que te debo; he ganado excelentes comisiones con las ventas de tus obras. Espero que esta visita signifique que pretendes pasar más tiempo en Europa en el futuro. —Hizo una señal al mozo para que los siguiera con el equipaje de Charlotte.

—Ésta es una última visita, Samuel.

—No puedes decir eso.

—Sí, puedo —lo contradijo.

La miró a los ojos y cogió aire.

—¿Por eso pretendes volver?

—Sí. ¿Alguna vez has pensado en volver a Europa del Este a visitar tu vieja ciudad natal, Samuel?

—A veces en mis sueños y pesadillas, ya lo hago. Me evita la molestia de organizar un verdadero viaje. Odio hacer las maletas. —Dio unas palmaditas a la mano con la que ella se había agarrado a la altura de su codo—. Ahora las buenas noticias.

—Jeremy te ha invitado a cenar y lo has rechazado —conjeturó ella.

—Le dije que tenía que cenar con un cliente.

—Pueden ser buenas noticias para ti, pero no para mí. ¿Es verdad?

—Lo organicé cinco minutos después de hablar con él. Te dejaré en casa de Jeremy y mi chófer te recogerá a la hora que quieras. ¿Pasarás la noche en mi casa y me permitirás llevarte al aeropuerto mañana? —presionó.

—Eso sería molestarte demasiado.

—No para tu única visita en cinco años. Además, mi ama de llaves ha puesto sábanas limpias y flores en mi habitación de invitados, y ha comprado melones y fresas para el desayuno. No querrás decepcionarla, ¿verdad?

Ella puso una mano sobre la suya.

—Has sido un buen amigo, fiel y cariñoso, durante más de sesenta años, Samuel.

—Tú me diste esos sesenta años. —Le guiñó un ojo—. ¿Estás segura de que quieres cenar con Jeremy y su familia? Mi cita es un antiguo cliente al que le encantaría conocerte. Podríamos regodearnos en todo tipo de libertinaje después de comer.

—No me tientes.

—¿Eso es un sí?

—No. Jeremy no tiene buen concepto de mí, pero su sentido del deber filial exige que se encargue de mí de boquilla, lo que significa una invitación a cenar cada vez que piso Inglaterra. Y mi deber materno exige que acepte.

—Un breve encuentro con un café sería mejor. No terminaríais tirándoos la comida entre vosotros —intentó convencerla él.

—Yo sé, y tú sabes, que Jeremy y yo encontramos dolorosamente embarazoso estar en mutua compañía porque no tenemos absolutamente nada en común. A veces me pregunto si las hadas se llevaron a mi bebé y dejaron a un impostor. Pero no hablemos de Jeremy. Bastante pronto lo voy a ver ya.

—Aquí está el coche. —Samuel hizo un gesto cuando Charlotte abrió la bolsa. Metió la mano en el bolsillo, y dio una propina al mozo en su lugar—. Charlotte, te presento a Hassan, mi chófer. Es kurdo.

Charlotte le dio la mano al hombre.

—¿Es usted un refugiado?

—Lo era hasta que el señor Goldberg me ofreció un trabajo y un hogar. —Le devolvió la sonrisa antes de llevar su equipaje hasta el maletero.

—La gente me ayudó cuando lo necesitaba —dijo Samuel, casi disculpándose.

—Y llevas ayudando a todo el que puedes desde entonces.

—Tuve una buena maestra contigo, Charlotte. —Abrió la puerta trasera del coche—. Hay una nevera. ¿Agua mineral, vino o, dado que la próxima parada es la casa de Jeremy, coñac con soda?

—Madre, qué agradable verte.

Jeremy Templeton le tendió la mano cuando abrió la puerta principal. Charlotte se la dio, y recordó la primera vez que él se la había ofrecido. Tenía siete años y ella se había visto obligada a dejarlo fuera del dormitorio de su internado. El recuerdo trajo de vuelta el amargo regusto del remordimiento, reavivando su culpabilidad por la separación y el apretón de manos. ¿Pero habría sido la vida de Jeremy diferente si hubiera insistido en criarlo ella? ¿Habría podido hacer algo para evitar que su padre convirtiera a su hijo en una imagen calcada de sí mismo, una personificación del «caballero militar inglés»?

—Madre, qué agradable verte —repitió su nuera, Marilyn. Se adelantó y le dio un leve beso en la mejilla—. ¿Será una visita larga?

Charlotte sonrió ante la pregunta directa.

—No lo suficiente como para deshacer más que mi equipaje de mano en casa de Samuel Goldberg. He aceptado su invitación de pasar la noche y llevarme de nuevo al aeropuerto mañana.

—No quería decir... —Marilyn se sonrojó, avergonzada—. Habrías sido igual de bienvenida si te hubieras quedado aquí.

—Lo sé, Marilyn. ¿Sabéis algo de Laura?

—No —saltó Jeremy con irritación—. Apenas telefonea. Ni siquiera sabemos dónde está la mitad del tiempo.

Charlotte estuvo a punto de decirle que tenía el número del móvil de Laura y que era tan fácil hacer una llamada como recibirla. Luego recordó la parsimoniosa actitud que había heredado de su padre. Y su motivo para visitarlo. Molestarlo sin necesidad no llevaría a nada.

—Laura estaba muy ocupada cuando hablé con ella. Terminando un documental que había estado rodando en Berlín. Me pidió que os diera recuerdos.

—Sabíamos que estaba en Berlín. Dame tu abrigo, madre. —Marilyn abrió el armario del recibidor y cogió una percha con diligencia.

—Mañana vuelo a Alemania.

—¿Vas a pasar el verano con Erich y Ulrike? —Había cierto nerviosismo en la

voz de Jeremy. No quería que su madre se quedara en su casa, pero nunca le había gustado que pasara tiempo con Erich. Charlotte se preguntaba si sus hijos superarían alguna vez los celos infantiles que sentían entre sí. Entonces recordó que la rivalidad entre Greta y ella no había sido muy distinta e, incluso, más amarga.

—No, Jeremy, no voy a pasar el verano con tu hermano. Pero pretendo hacerle una breve visita antes de seguir a ver a Laura en Berlín. Desde allí volaremos a Varsovia.

—¿A Polonia? ¿Para qué? —demandó Jeremy.

—Sigo pensando en el noreste del país como en Prusia Oriental, pero sólo soy una vieja tonta que a veces prefiere vivir en el pasado.

—Por favor, entra, madre. —Jeremy se apartó para permitirle pasar, y ella le precedió hasta la sala de estar.

Jeremy se había retirado del ejército hacía poco, pero el cambio a la vida civil apenas se había notado. Treinta años de vida en cuarteles para oficiales casados le habían legado a él y a Marilyn el gusto por el mobiliario soso, sólido y práctico que el ejército proporcionaba a los jefazos y sus familias. La habitación era un calco de las que habían ocupado durante los destinos de Jeremy, de los que le había mandado fotos obedientemente todas las Navidades. Como necesitaba el lujo de su propio espacio personal, Charlotte eligió sentarse en uno de los sillones.

—Europa del Este es un lugar peligroso, madre.

—Tú sueles ser el primero en señalar cómo la prensa «sensacionaliza» todas las situaciones, Jeremy. Además, Laura viene conmigo.

—Laura apenas puede cuidar de sí misma, mucho menos de alguien más —interrumpió él bruscamente.

—Parece que ha sobrevivido bastante bien ella sola los últimos años, además de hacerse con una reputación como realizadora de documentales de calidad.

—Pero sois dos mujeres solas. Un objetivo claro y sencillo para los criminales. Y la verdad, ¿por qué hay que ir si no es realmente necesario? Sobre todo a tu edad, madre.

—¿Crees que debería estar tejiendo calcetines en una residencia de ancianos en lugar de visitar el país donde crecí?

—Había olvidado lo frívola que puedes ser. Debo protestar...

—Parece que tus protestas tendrán que esperar, Jeremy. ¿No es vuestro timbre? Marilyn se levantó del sofá.

—Es tía Greta. Pensé que, como hace años que no os veis, podía organizar una reunión sorpresa.

—¿Una sorpresa para mí, para Greta, o para las dos? —preguntó Charlotte.

—Marilyn le dijo ayer que venías —reveló Jeremy—. No queríamos que fuera una impresión muy grande. Ya sabes que tiene débil el corazón.

—Siempre lo tuvo, Jeremy.

—¿Cómo?

—¿No deberíais abrirle? —Charlotte se armó de valor.

La frágil relación con su hermana había pasado el punto de ruptura poco después del final de la guerra. La última ocasión que había estado en compañía de Greta le había costado muchísimo controlar su temperamento, y cuando había tenido tiempo de reflexionar sobre las cosas que su hermana había dicho y hecho entonces, se había preguntado por qué se había molestado en intentarlo siquiera.

Capítulo 3

—Buenas noches. —Greta entró en casa de Jeremy con su marido siguiéndola sumisamente como había hecho toda su vida de casado.

Jeremy besó a su tía en la mejilla.

—Por favor, permíteme tu abrigo, tía Greta.

—Gracias, Jeremy; es bueno saber que quedan caballeros. —Le pasó el pañuelo y permaneció quieta, con los brazos extendidos, para que él pudiera quitarle la chaqueta acolchada de seda—. Marilyn, aquí están los moldes para hornear que te prometí. Ahora que estoy mayor, ya no hago tantos pasteles como antes, y es una pena tenerlos en el armario cogiendo polvo. —Le dio una enorme bolsa vieja y manchada antes de volverse a su marido—. Te has dejado en el coche las bandejas de semillas que le prometí a Marilyn.

—Las puse junto a la puerta de atrás. Es lo que me dijiste —le recordó él dócilmente.

—Bien. —Miró hacia la sala de estar y por fin saludó a su hermana—. No te levantes, Charlotte.

—No voy a hacerlo. Estoy un poco mareada, probablemente del jet lag.

—Entonces no te importará que no me agache a besarte —dijo Greta, cortante—. La artritis me martiriza últimamente.

—Siento oír eso. —Como ella también la sufría, la compasión de Charlotte era sincera, pero Greta no pudo resistirse a lanzar un dardo.

—No entiendo cómo alguien puede encontrar cansado volar, cuando todo lo que hay que hacer es tomar asiento y dejarse atender por el personal.

—Quizá es la diferencia horaria de cinco horas.

Charlotte observó a Greta entrar majestuosamente en la sala. Cumpliría noventa y cinco en pocos meses, pero había conservado la figura esbelta que ambas habían heredado de su madre y, con el pelo gris teñido de rubio claro, parecía veinte años más joven. Sin embargo, aún tenía la costumbre de fruncir la boca y mirar con desaprobación al mundo. Era una expresión que Charlotte recordaba bien.

—Llamaré a Luke. Querrá saludaros, tía Greta, tío John. Y a ti, por supuesto, madre. —Jeremy fue a las escaleras y rugió el nombre de su hijo, lo que hizo a Charlotte preguntarse por qué Jeremy no había avisado a Luke a su llegada.

—Luke pasa todo el tiempo que puede en el desván jugando a los videojuegos —explicó Marilyn cuando Jeremy gritó el nombre de su hijo una segunda vez.

Greta se sentó en el otro sillón y se acomodó, dejando a su marido el espacio en el sofá entre Jeremy y Marilyn.

—Tienes buen aspecto, Charlotte, pero claro, no tienes excusa para no tenerlo. Al contrario que nosotras, las casadas, que tenemos maridos de los que ocuparnos, tú no

tienes nada que hacer en todo el día, excepto acicalarte.

—Ya me conoces. Siempre he sido muy puntillosa en lo de cepillarme el pelo y lavarme los dientes —replicó Charlotte.

Greta miró el largo collar de grandes cuentas de ámbar de Charlotte, sus pendientes en forma de lágrima y sus brazaletes.

—Veo que llevas el ámbar de mamá.

Charlotte apenas logró sofocar su enojo ante el comentario.

—Sabes muy bien que todas las joyas de la familia se perdieron en la guerra, Greta.

—Eso dices tú.

El escepticismo de Greta hizo rechinar los dientes a Charlotte.

—Compré los brazaletes y los pendientes en la República Dominicana en los años setenta. Allí tienen buen ámbar.

—¿Y el collar?

—Es el que me regalaron en la gira de la orquesta de Allenstein por Rusia en mil novecientos treinta y nueve. —Charlotte tocó las cuentas.

—¿Te regalaron? —Greta elevó sus finamente delineadas cejas.

—La familia con la que me alojé en Moscú.

—¡Rusos! —exclamó Greta.

—Era una gira por Rusia, organizada por las autoridades alemanas y rusas, Greta. Los países eran aliados en ese momento.

—No recuerdo que recibieras nunca un regalo tan magnífico como ése de unos extraños —comentó su hermana.

—Para mí no eran extraños, Greta.

—Obviamente, si eran tan generosos. —Greta colocó su bolso en el regazo y lo rodeó con las manos, como si corriera el inminente peligro de que se lo robaran.

—¡Oma! ¿Cuánto tiempo llevas aquí? Es genial verte. —Luke entró corriendo, se sentó en el brazo del sillón de Charlotte, le rodeó el cuello con los brazos y la besó en la mejilla—. Los juegos que me mandaste por Navidad son fantásticos.

—A Claus le pareció que te gustarían. —Charlotte abrió la bolsa de la aerolínea que llevaba consigo y sacó un paquete—. Y te envía éstos. Iba a enviártelos para tu cumpleaños, pero pensó que no te importaría recibirlos antes.

Luke abrió el papel de regalo.

—¡Vaya! Gracias, Oma.

—Agradéceselo a Claus, no a mí, y no olvides mandarle un correo electrónico.

—No lo olvidaré.

—Tía Greta y tío John están aquí, Luke —apuntó Jeremy.

Luke bajó del brazo del sillón y les dio la mano a Greta y John antes de regresar con Charlotte.

—El verano pasado fue genial, Oma. ¿Podemos visitaros Laura y yo a ti y a Claus de nuevo?

—Por supuesto.

—Me alegró saber que Claus va a ser padre. Siempre digo que lo mejor de la vida son los niños y las flores —declaró Greta.

Charlotte consideró la observación de Greta chocante, dado que nunca había querido tener hijos.

—Ésa era una de las frases preferidas de Hitler, Greta.

—¿Ah, sí? Nunca le presté atención a Hitler —mintió Greta—. Justo el otro día le decía a John que deberíamos hacerte una visita, Charlotte. Me gustaría ver tu casa.

—Es muy moderna —dijo Charlotte mordaz—. Incluso el mobiliario. Estoy reemplazándolo todo gradualmente con diseños de Claus. Bueno, cuando tiene tiempo de realizar mis encargos. Su obra tiene mucha demanda.

—Me sorprende que estableciera el negocio en Estados Unidos y no en Alemania.

—Claus se casó con una estadounidense, tía Greta. ¿Jerez? —Marilyn ofreció a Greta una bandeja de bebidas que Jeremy había servido.

—Confío en que la mujer de Claus sea lo bastante inteligente como para aprender alemán y enseñárselo al niño —comentó Greta.

—Lo es —respondió Charlotte.

—Claus debería regresar a su patria. Las cosas son mucho más pacíficas, prósperas y estables en Alemania. Además, el nombre de la familia de Claus es bien conocido y respetado. Su negocio tendría más éxito allí.

Charlotte negó con la cabeza cuando Marilyn le ofreció la bandeja. Nunca le había gustado el jerez, y le parecía que no se mezclaría bien con el coñac de cinco estrellas de Samuel.

—¿Has oído las noticias, Greta? El coste de la reunificación ha sido un enorme sumidero para la economía alemana. La tasa de paro es alta y hay un resurgimiento del fascismo. Los turcos y otros trabajadores extranjeros son perseguidos y atacados por neonazis, y discriminados por el gobierno. Ni siquiera tienen derecho a votar en el país que cobra impuestos sobre sus salarios.

—¿Por qué iban a tenerlo, si no es su país?

—¿No es su país, Greta? —cuestionó Charlotte—. Decenas de miles de hijos de trabajadores turcos han nacido en Alemania. La mayoría no ha visitado nunca Turquía, y algunos ni siquiera hablan turco.

—No puedes culpar al gobierno alemán por los fallos de los padres turcos, Charlotte. Los problemas de Alemania siempre han procedido de su excesiva generosidad hacia los extranjeros. Si el gobierno no hubiera abierto las puertas de la Madre Patria a un imparable río de desagradecidos refugiados y trabajadores extranjeros de todos los renqueantes países comunistas y musulmanes del mundo, los

alemanes trabajadores de a pie no tendrían que pagar unos impuestos tan altos para costear los gastos sociales derivados de los inmigrantes holgazanes que se niegan a trabajar.

—Quizá el gobierno alemán podría resolver el problema confiscando el dinero y los negocios de los extranjeros, como hizo Hitler con los de los judíos —interrumpió Luke.

—¡Luke! Ten un respeto por los sentimientos de tu abuela y tu tía-abuela —intervino su padre con dureza.

—Por favor, Jeremy, no detengas la discusión ahora. Me gustaría oír la respuesta de Greta. —Charlotte miró a su hermana.

—Jeremy tiene razón. No conviene discutir sobre política en una reunión familiar. Deberían ser ocasiones amistosas y felices. —Greta tomó un sorbo de jerez.

—¿Cómo pueden serlo, si a las generaciones más jóvenes se les niega el derecho a expresar sus opiniones? —preguntó Charlotte.

—Veo que animas a Luke a ser tan cabezota como eras tú de niña, Charlotte.

—Con diecisiete años no se es un niño, tía Greta —rebató Luke—. Aunque, dado el modo en que se me trata en esta casa, cualquiera pensaría lo contrario.

—Niño o no, pareces haber heredado los defectos de tu abuela. Demasiadas palabras sin pensar y demasiada acción irreflexiva para tu propio bien y el de tu familia.

—Estoy de acuerdo, tía Greta —asintió Jeremy—. ¿Has oído la última locura? Madre y Laura van a ir a Polonia.

—¿A Grunewaldsee? —Greta enrojeció de rabia mientras miraba fijamente a Charlotte.

—Me gustaría ver nuestro hogar de nuevo.

—Por Dios, ¿por qué? ¿No te dará pena ver a los rusos pavoneándose por nuestra casa, poniendo los pies en los muebles de mamá, bebiendo en el estudio de papá?

—Los rusos se han marchado de Polonia, Greta, y dudo de que los muebles hayan sobrevivido. He hablado con algunos de los que han vuelto y todos me han confirmado que el ejército ruso despojó cada casa de todo objeto movable al final de la guerra y se llevaron el botín a Rusia.

—Entonces no quedará nada que ver. —Su hermana se echó para atrás en el sillón y meció el jerez—. Y no tiene sentido ninguno que vuelvas.

—No se habrán llevado el paisaje de alrededor, y si han quedado unos ladrillos de la vieja casa, me daré por satisfecha.

—¡Satisfecha! —exclamó Greta indignada—. Tienes un corazón más duro que el mío, Charlotte. Después de todo lo que sufrimos como familia, de todo lo que hemos perdido...

—Eso fue hace mucho tiempo —interrumpió Charlotte, más exhausta por un

cuarto de hora en compañía de su hermana que por once horas volando y haciendo colas en los aeropuertos.

—Papá siempre dijo que tenías una vena cruel.

—A mí nunca me lo dijo. —Charlotte siempre había sabido cuándo su hermana estaba mintiendo.

—Lo recuerdo todo como si fuera ayer —añadió Greta.

—Especialmente los tiempos felices, o eso espero, Greta. Le iba diciendo a Samuel Goldberg en el coche de camino aquí que he terminado de ilustrar una nueva edición de cuentos de hadas europeos. Pintar todos esos castillos, bosques, lagos, lobos, jabalíes, princesas y dragones me hizo pensar en nuestra infancia. Fuimos felices en Grunewaldsee.

—Antes de que los rusos nos la quitaran —dijo Greta con amargura—. Simplemente, no puedo creer que quieras volver.

—Espero estar allí antes del final de la semana.

—Yo preferiría morir a ver nuestro antiguo hogar destruido. Pero tú nunca tuviste sensibilidad, Charlotte.

Charlotte perdió los estribos al fin.

—Y tú eres incluso más reacia a enfrentarte a los hechos ahora que al final de la guerra, Greta.

—Luke, necesito ayuda en la cocina. —Cogiendo su jerez, Marilyn fue hacia la puerta.

Luke se aupó más en el brazo del sillón, acercándose a Charlotte.

—Tu madre necesita tu ayuda ahora, Luke —le espetó Jeremy con su voz de oficial.

—Sólo quieres que salga para que la abuela y tía Greta puedan discutir de política e historia familiar. Bueno, tengo derecho a saber...

—¿Ves lo que has hecho con tu insistencia en volver a Polonia, Charlotte? Alterar a toda la familia. Incluso al pequeño Luke. —Sacando un pañuelo de seda y encaje del bolsillo, Greta se lo llevó a los ojos.

—Creo que «el pequeño Luke» lo superará. —Charlotte reprimió una sonrisa ante el guiño malicioso que su nieto le hizo—. Y no es que te esté pidiendo que vengas conmigo, Greta.

—¿Qué bien hace abrir viejas heridas? Sufrí, cuánto sufrí...

—Ya, ya, tía Greta. —Jeremy se acercó a ella y le dio unas palmaditas en la mano. Charlotte no pudo evitar preguntarse si su hijo habría estado tan deseoso de consolar a su tía si Greta hubiera tenido un heredero más directo que sus dos sobrinos.

—La sopa está lista —anunció Marilyn nerviosa desde la puerta del salón—. Es tu favorita, tía Greta.

- ¿Crema de espárragos? —Greta se animó al pensarlo.
—Zanahoria y cilantro —dijo Marilyn a modo de disculpa.
—Ah, un cartón del supermercado.

A Charlotte le pareció ver que incluso el normalmente implacable Jeremy dejaba escapar un suspiro de alivio cuando Greta y su marido se marcharon después de servir el postre y acabar el café.

—Tía Greta es muy buena con nosotros —dijo Marilyn a la defensiva mientras reunía las tazas en una bandeja—. Es muy amable, siempre trayéndonos plantas para el jardín, mermelada casera y conservas vegetales.

Luke, que había desaparecido arriba durante el café para probar los videojuegos que Claus le había enviado, regresó a tiempo para murmurar un «Puaj».

—Yo también hago conservas de frutas y verduras —le recordó Charlotte.

Luke puso una cara irónica mientras se sentaba en la silla que había ocupado John junto a Charlotte.

—Te perdono, Oma, porque, al contrario que tía Greta, no intentas hacérmelas comer.

—¡Luke! ¿Has estado bebiendo? —preguntó Jeremy algo superfinamente, ya que su hijo apestaba a cerveza y tabaco desde el otro lado de la mesa.

—¿Yo? —Luke intentó parecer inocente sin lograrlo.

—Buscaré en el desván...

—Me vendría bien una mano con los platos, Luke —interrumpió Marilyn.

A Charlotte le pareció que Marilyn esperaba evitar una verdadera pelea entre padre e hijo.

—Ayuda a tu madre, Luke. —Disimuladamente deslizó un rollo de billetes en la mano de su nieto cuando se puso en pie—. Tengo asuntos que discutir con tu padre.

—Podemos ir a mi estudio, madre.

Jeremy estaba contento de tener una excusa que le permitiera pasar por alto la conducta de su hijo. Luke se estaba volviendo cada vez más agresivo y difícil de manejar. En los dos últimos meses, incluso leves reprimendas se habían convertido en enfrentamientos de gran envergadura. Jeremy no ocultaba el hecho de que estaba deseando que su hijo fuera a la universidad. Su peor pesadilla era que Luke no consiguiera las notas necesarias y se viera obligado a pasar otro año en casa para mejorarlas.

—¿Necesitas ayuda con tus negocios, madre? —preguntó esperanzado Jeremy. Condujo a Charlotte a su estudio, cerró la puerta y se sentó tras su mesa, dejándole a ella la única otra silla de la habitación, una incómoda con el respaldo alto de madera. Parecía que estaba en el banco pidiendo algo.

—No, gracias. Tengo todo bajo control, pero ya que estoy aquí, me gustaría

hablarte de los preparativos que he hecho para disponer de mis bienes.

—Espero que hayas hecho testamento.

Charlotte siempre había podido confiar en que Jeremy dejara al margen los sentimientos en las discusiones financieras.

—Naturalmente, y, como espero evitar cualquier disputa o desacuerdo entre la familia tras mi muerte, si no te gusta lo que he hecho quiero que me lo digas ahora. Como sabes, he nombrado herederos a mis nietos en vez de a ti y a Erich. Ambos estáis asentados y tenéis todas las casas, coches y bienes materiales que podáis querer.

—Erich tiene una casa de veraneo en el lago Garda.

—Siempre he creído que Marilyn y tú tomasteis una mejor decisión. Al pasar las vacaciones en diferentes países cada año, habéis visto mucho más mundo. —Tras convertir la queja de su hijo en un cumplido, continuó—. Estoy orgullosa de Erich y de ti, Jeremy. Os habéis labrado carreras de éxito, habéis cuidado de vuestras familias y les habéis dado a vuestros hijos todas las ventajas de la educación y la formación.

—Con muy poca ayuda ajena —observó él con acritud.

—Erich y tú tuvisteis suerte en un aspecto: los años sesenta y setenta fueron una época más amable para los jóvenes que el presente, por eso he abierto un fondo de inversiones para Luke. Debería ser suficiente para contribuir a su educación universitaria y comprarle un apartamento como el de Laura.

Jeremy frunció el ceño. Charlotte sospechó que estaba calculando cuánto dinero del que había apartado para la educación de Luke podría ser desviado de nuevo a sus propios fondos.

—Seguro que has sido muy generosa.

—No es más de lo que he hecho por mis otros nietos. Sabes que también he abierto un fondo para el joven Erich.

—¿Estás pagando la educación del joven Erich? —Su voz se elevó una octava.

—Como hice con la de Laura —le recordó ella—. Claus, como sabes, rechazó ir a la universidad, por eso le ayudé con su negocio.

—Pero Erich está estudiando Derecho. Un abogado tiene que estudiar más tiempo.

—Los fondos son iguales, Jeremy.

—Y mis hijos agradecen mucho...

—No he hecho más de lo que cualquier abuelo habría hecho en mi lugar —le interrumpió ella—. En cuanto al resto de mis activos, he dispuesto de ellos según mis deseos y los de nadie más, y me gustaría que me aseguraras que no impugnarás mi testamento. ¿Aceptas que estoy en pleno uso de mis facultades?

—Por supuesto, madre.

—He dejado la casa y el terreno de Connecticut a Claus.

—¿Dejado, como un regalo? —exclamó él, incrédulo.

—Lleva viviendo allí seis años. La casa es tan suya como mía.

—Pero hay dos casas en el terreno.

—Una de las cuales construyó él.

—Con dinero que tú le diste.

—Laura tiene un apartamento, Claus una casa. Ambos se los pagaron con sus fondos de inversiones. —Miró fríamente a los ojos de Jeremy—. Y, dado que la casa de Claus y la mía están tan cerca, no sería justo imponerle vecinos extraños tras mi muerte.

—Como yo, por ejemplo.

—¿Qué harías con una casa en Connecticut, Jeremy, aparte de venderla?

—Usarla en vacaciones.

—Estoy seguro de que Claus y Carolyn te alojarán si se lo pides. Pero la decisión debe ser suya.

—Claus ya ha recibido el mismo dinero que los demás.

—También ha soportado mi presencia los últimos seis años.

—Y tus muebles, tus joyas... ¿También va a heredar eso? —inquirió Jeremy mordazmente.

—Los muebles valiosos se detallarán en mi testamento. Excepto una o dos piezas, las pocas joyas que tengo serán para Laura.

—Pero tienes dos nueras.

—Que han reunido sus propias colecciones. —Abrió su bolsa de mano y extrajo un pequeño estuche de piel—. Tu padre me dio estas cosas. No quiso que se las devolviera cuando me marché. He pensado que podrían gustarte por razones sentimentales.

Jeremy abrió el estuche de piel azul. Arrojados en un lecho de desteñido terciopelo gris había una sencilla alianza de oro estrecha, un segundo anillo adornado con tres diminutos diamantes, y un par de pendientes.

—El infame anillo de bodas de la época del racionamiento —se burló—. No tenía ni idea de que también fabricaran anillos de compromiso austeros.

—Tu padre me lo llevó a Alemania tras uno de sus permisos.

Casi añadió: «Habría sido mejor si hubiera encontrado una chica más adecuada a la que dárselo», pero se mordió la lengua. Hacía mucho que se había acabado todo entre Julian y ella. No tenía sentido sacar a relucir antiguos resentimientos.

—Éstos, sin embargo, son una preciosidad. —Jeremy sacó los pendientes de oro y zafiros.

—Tu padre los adquirió después de la guerra.

—¿Adquirió?

Ella no se extendió más. ¿Cómo podía explicar la Alemania derrotada y

destrozada por la guerra a un hombre que no la había visto? La fiebre que había infectado a las tropas victoriosas, el pillaje y el saqueo... No es que Julian hubiera participado en nada que ofendiera a su muy británico código de conducta caballeresco. Conociéndolo, probablemente compró los pendientes por unos pocos marcos a alguna pobre mujer suficientemente desesperada como para vender reliquias familiares por comida. ¿Estarían vendiendo o legando a alguien las joyas de la familia von Datski en Rusia ahora? Joyas que le habían robado en la huida de Grunewaldsee.

—Es muy generoso por tu parte, madre.

Ella detectó ironía en su agradecimiento y supo que esperaba más.

—Le he dicho a mi abogado que os envíe a Erich y a ti copias de mi testamento. Hay una cláusula que quiero que firméis, en la que confirmáis que no lo impugnáis.

—Si Claus se queda la casa, y los niños reciben fondos de inversiones, ¿quién va a heredar el grueso de tus bienes?

—Los fondos se llevan una gran parte de mi dinero, Jeremy.

—Pero seguro que no todo.

—Gracias por tu preocupación. Me queda suficiente con lo que vivir. —Decidió malinterpretarlo a propósito—. El resto, que es poco, se distribuirá en donaciones personales.

—¿Puedo preguntar a quiénes?

—¿Eso importa? Ya te he dicho que no será para Erich ni para ti. Y ahora, si no te importa, me gustaría marcharme. Ha sido un día muy largo.

—¿Quieres llamar a Samuel?

—Sí, por favor.

Él le acercó el teléfono. Ella marcó y habló brevemente con el ama de llaves de Samuel antes de devolver el aparato a Jeremy.

—El coche estará aquí en diez minutos. —Se levantó de la incómoda silla—. ¿No impugnarás el testamento?

—Tengo que leerlo primero y discutir las implicaciones con Marilyn.

—Si lo llevas a los tribunales, Jeremy, los abogados se beneficiarán a tu costa, y tu familia no recibirá ni un penique más de lo que ya os he dado —le avisó.

—No he dicho que no vaya a firmar. Sólo que voy a discutirlo con mi mujer.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Charlotte mientras él le abría la puerta.

—Deteriorado, pero ma... —titubeó, incómodo.

—Tienes todo el derecho a llamar madre a Judith, Jeremy. Lo ha sido para ti mucho más de lo que yo pude.

—Cuida de padre muy bien.

Charlotte se apoyó en el marco de la puerta.

—Jeremy, no quería abandonarte. ¿Lo sabes?

—No habría sido feliz en Alemania.

Como su padre antes que él, la mantenía a distancia. ¿Cómo sabía que no habría sido más feliz viviendo con ella en Alemania que en Inglaterra con su padre? Pero en realidad, su relación con su hijo alemán, Erich, tampoco era más cercana o mejor.

Quizás su destino como madre era tener hijos para hombres cuya influencia acababa reemplazando y erosionando el vínculo materno.

Ahora, cuando miraba a los dos hijos que había tenido, veía extraños que no le gustaban y a los que ignoraría alegremente si no fuera por los preciados recuerdos de cuando eran bebés.

—¿Te quedarás mucho tiempo con Erich? —preguntó Jeremy cuando salieron a la entrada.

—No, estoy deseando llegar a casa, a Polonia. —Mientras ofrecía la excusa ya se estremecía al pensar en la casa de Erich, tan fría y formalmente correcta como aquella, a pesar de su lujoso mobiliario.

—¿Cuándo tienes que volver a Estados Unidos?

—Pronto —contestó vagamente.

—Dales a Erich, Ulrike y el joven Erich nuestros mejores deseos.

—Claro.

—Siento que no pudiéramos ir a Estados Unidos el año pasado para la boda de Claus, pero los padres de Marilyn son mayores y padre...

—Luke y Laura fueron en vuestro nombre. —Lo miró—. No pasa nada, Jeremy. De verdad. —Ella le tendió la mano y él la saludó brevemente, insensible al gesto caluroso que ella había querido brindarle.

—Visítanos a la vuelta. —Sacó su abrigo del armario de la entrada.

—No volveré por este camino.

—¿Vas a coger un vuelo directo desde Polonia hasta Estados Unidos?

—No tengo planes firmes. —Se sentó en la silla del recibidor.

—Habrías conseguido descuento si hubieras reservado el vuelo de vuelta a la vez que el de ida.

—Es un poco tarde para intentar organizarme a estas alturas de mi vida, Jeremy.

—Probablemente —reconoció él—. Pero no puedo evitar desear que el temperamento artístico no se hubiera manifestado con tanta fuerza en Laura.

—Se ha convertido en una buena mujer, Jeremy. Estoy muy orgullosa de ella y de todo lo que ha logrado.

—¿Ah, sí? —preguntó su hijo, asombrado.

—¿Tú no? —Ella estaba aún más impresionada que él.

—Cuando se licenció esperaba que se dedicara a la enseñanza, no a esas tonterías del periodismo. Los programas en que trabaja son claramente de izquierdas, y no logra conservar un novio. No es que me sorprenda, dada su personalidad. Siempre le

digo que a los hombres no les gustan las mujeres enérgicas y con carácter fuerte.

—Quizá las «mujeres enérgicas y con carácter fuerte», como tú dices, no necesiten hombres.

—Laura aprendió bien las lecciones que le enseñaste. Habláis exactamente igual.

—No puedo llevarme el mérito de haberle enseñado nada a Laura, Jeremy. Incluso cuando era pequeña, tenía su propio criterio.

—¿Y qué criterio es ése? —preguntó él—. No respeta nada de lo que Marilyn y yo valoramos. Tradición, iglesia, matrimonio, una moralidad buena y sencilla... El estilo de vida británico.

—Que, por suerte, como la vida en la mayoría de países de este mundo, es ahora multicultural —interrumpió ella. Jeremy había heredado de su padre una vena de intolerancia que, dado su propio pasado, se negaba categóricamente a aprobar o consentir.

—Si ésa es tu forma de decir que los ingleses son ahora extraños en su propio país, estoy de acuerdo.

—Eso no es lo que estoy diciendo en absoluto, Jeremy. Laura hace películas que ven y aprecian en todo el mundo personas de todos los colores y credos.

—¿Pero dónde está su vida personal? —insistió Jeremy.

—Sentará la cabeza, si así lo desea, cuando quiera hacerlo.

—Eso es lo que tememos. Trabaja con toda clase de gente inapropiada. Marilyn y yo no nos oponemos a su religión o su color...

—Entonces, ¿qué, Jeremy? —interrumpió ella.

—El hecho de que viviera con uno de ellos durante dos años sin ni siquiera contárnoslo. Era un somalí. Y tuvimos que enterarnos por extraños de que estaban juntos.

—Podrían haber sido simplemente compañeros de piso. Con lo que cuestan los alquileres, hombres y mujeres comparten casa siendo sólo amigos —comentó Charlotte.

—Seguramente —ironizó Jeremy.

—¿Alguna vez le preguntaste por él?

—No. —La miró fijamente—. ¿Sabías tú algo sobre eso?

—Laura me habla de muchos de sus amigos; no tengo ni idea de a cuál te refieres. Y, si estaba viviendo con alguien, probablemente sólo estaba siendo sensata. El matrimonio, a menudo, conduce al trauma de un divorcio hoy día. Debe de ser más sencillo, aunque sea a nivel práctico, si no emocional, dejarlo simplemente cuando las cosas no funcionan.

—¿Apruebas que tu nieta viva con un hombre fuera del matrimonio? —Jeremy estaba obviamente furioso ante la idea.

—No lo desaprobaba.

—Claus está casado.

—Fue su decisión, Jeremy. —Charlotte cogió su abrigo de manos de su hijo—. Y la tomó cuando encontró a la chica adecuada.

—Pero viviendo tan cerca, debes de haber influido en él.

—Me gusta pensar que somos buenos amigos a pesar del parentesco y la diferencia de edad. ¿Pero influir en él? —Negó con la cabeza—. Desde luego que no. Como Laura, Claus tiene su propio criterio.

Marilyn se unió a ellos desde la cocina. Era obvio que había estado escuchando su conversación.

—Quizá podrías hablar con Laura, Charlotte —sugirió en tono confidencial—. Recordarle que el tiempo pasa, y que si no sienta pronto la cabeza, correrá el riesgo de acabar sola.

—¿Como yo?

Incómoda, Marilyn retrocedió.

—Pretendo hablar bastante con Laura las próximas semanas, Marilyn. —Charlotte oyó un coche que paraba fuera de la casa y se levantó—. Gracias por la encantadora cena y por las molestias. Ah, casi lo olvido. —Sacó una gran caja de bombones de su bolsa y se la dio a Marilyn, antes de darle a Jeremy una botella de coñac—. «*Duty free*».

—Gracias, madre.

Tocaron a la puerta, y Jeremy hizo una seña a su esposa para que abriera. Marilyn salió y saludó al chofer de Samuel moviendo el brazo.

Jeremy cogió la bolsa de Charlotte.

—Avisa a Laura de que no toque el tema de vuestro antiguo hogar con la tía Greta si la visita a ella y al tío John cuando regrese a Inglaterra. Y que no se extienda hablando de ello, incluso si le preguntan. Tía Greta es mayor, y bastante frágil a pesar de su apariencia robusta, y no le gusta recordar cosas desagradables.

—¿No sientes curiosidad, Jeremy?

—¿Por un país que ya no existe o una guerra que terminó antes de que yo naciera? No.

—¿Ni por la pequeña parte de ambos que fue la historia de tu familia?

—Como tía Greta, creo que es mejor olvidar el pasado.

—¿Te vas, Oma? —Luke parecía alicaído cuando salió de la cocina y vio que estaba lista para marcharse.

—Sí. —Lo abrazó.

—¿Volverás pronto?

—No lo creo. —Reticente a dejarlo ir, permaneció abrazada a él.

—Pero Laura y yo podemos visitarte de nuevo. ¿Qué te parece este verano? —preguntó esperanzado.

—Ven cuando quieras. Y si yo no estoy, a Claus, Carolyn y el bebé les encantará tenerte allí.

—¿Por qué no ibas a estar, Oma?

—Arte —respondió ella—. Siempre hay nuevos sitios que ver y pintar. —Lo besó por última vez, luego sonó el teléfono y él fue a cogerlo.

—Que tengas buen viaje, madre. —Jeremy la acompañó hasta el coche—. Llama para que sepamos que has llegado bien, y recuérdale a Laura que a sus padres les gustaría saber de ella de vez en cuando.

—Marilyn. —Charlotte abrazó a su nuera, le dio la mano a su hijo de nuevo y entró en el coche. Hassan metió su bolsa.

—El señor Goldberg me ha dicho que le diga que es bienvenida si quiere unirse a él para tomar coñac y café en el salón, pero que si quiere ir derecha a su habitación, hay una botella de vino blanco en hielo y coñac en el carrito de las bebidas en la cocina.

—Dígale al señor Samuel que es un hombre muy especial.

—Sí, señora.

Mientras avanzaban despacio por la calle, Charlotte se giró para ver por última vez a Jeremy. Permanecía en la puerta de su casa, con Luke a un lado diciéndole adiós con la mano y Marilyn haciendo lo mismo con menos entusiasmo al otro. Charlotte se secó una lágrima y se consoló pensando que, con Laura y Claus para cuidar de él, Luke estaría bien.

Sin embargo, la lágrima no era por su nieto. Sospechaba que acababa de ver a Jeremy por última vez, pero la tristeza provenía de su indiferencia. No sentía nada. Ninguna emoción, ni dolor, ni alegría, ni pena, sólo alivio porque no tendría que volver a mantener charlas insustanciales con Jeremy, ni entrar en su fría y hostil casa nunca más.

Capítulo 4

—¿Tiene todo lo que necesita, señorita Datski?

—Y más. Gracias, señora Green. No estoy acostumbrada a tantos mimos.

Charlotte colocó su diario en la mesilla, se desató el cinturón de la bata, la colgó en el armario, y se metió en la cama.

—El señor Goldberg la tiene en gran estima, señorita Datski.

—Y yo a él —sonrió Charlotte.

La señora Green, que había nacido como Melerski, había heredado de su madre el puesto de ama de llaves de Samuel cuando ella murió. Samuel había encontrado a su madre y a su tío en un campamento de refugiados cuando eran unos adolescentes, al final de la Segunda Guerra Mundial, mientras buscaba a su mujer y sus hijos. Nunca encontró a su familia, así que, como era típico de él, adoptó a la de otras personas.

—Que duerma bien. ¿Apago las luces?

—La luz principal, por favor, señora Green —pidió Charlotte—. Deje la lámpara de la mesilla. Voy a leer un rato.

Por la tarde, mi habitación, Grunewaldsee

Domingo, 20 de agosto de 1939 (continuación).

Después de que Claus me pusiera el anillo en el dedo, me dejó para ir a buscar a papá y pedirle su consentimiento. Me quedé en la terraza en una agonía de suspense hasta que Claus regresó, trayendo no sólo a papá, sino también a mamá y a sus padres. Enseguida pude ver lo contento que estaba papá. Los von Letteberg son una familia incluso más antigua que la nuestra. Mamá estaba abrumada de felicidad, y ella y la condesa von Letteberg no podían parar de abrazarse y de darme besos a mí y entre ellas. Claus había pedido a sus padres su bendición aquella tarde, y su padre me dijo que estaban encantados con la esposa que había elegido su hijo. Tras abrazarme y darme la bienvenida a la familia von Letteberg, lo único que faltaba era anunciar formalmente el compromiso.

Papá quería ir al salón y contárselo a todo el mundo en ese mismo momento, pero mamá insistió en esperar hasta que terminara la cena y hubiera vuelto a comenzar el baile. Luego se fue a buscar a Greta. Creo que quería decírselo antes de que lo hiciera alguien, porque sabía que había albergado esperanzas de que Claus le pidiera matrimonio a ella. Claus y yo buscamos a Wilhelm, Paul y Peter. Los encontramos bebiendo champán con Irena, Nina y Hildegarde. Claus invitó a los chicos a unirse a él en la terraza para fumar y, aunque no tenían muchas ganas de dejar a las chicas, creo que sospecharon algo, porque fueron sin discutir. Cuando yo también salí unos minutos más tarde, todos se estaban dando las manos.

Wilhelm y Paul me felicitaron por llevar a un buen hombre a la familia. Respetan y admiran a Claus como amigo desde hace mucho tiempo, y me complace enormemente que todos a los que quiero aprueben de corazón a mi futuro marido.

Cuando la música comenzó, Claus me llevó de vuelta al salón de baile. Su anillo me parecía pesado y extraño en el dedo. Estaba segura de que todo el mundo lo estaba mirando. Sé que yo me habría dado cuenta si una de mis amigas llevara un anillo de compromiso, pero nadie dijo ni una palabra. Mientras bailábamos, esperando a que la música se detuviese y papá pudiera hacer el anuncio, sólo podía pensar en lo maravilloso que es amar a alguien y ser correspondida. Querer pasar toda tu vida con una persona especial. Ser completamente suya, como Claus y yo seremos el uno del otro.

Estaba tan emocionada, que apenas escuché una palabra del discurso de papá. Sé que todas mis amigas estaban sorprendidas por lo repentino de la noticia, y envidiosas de mi buena suerte al asegurarme un hombre tan maravilloso, aristocrático, guapo y respetado. Busqué a Greta mientras papá hablaba, pero no la vi por ningún sitio.

Estaba tan orgullosa y contenta cuando Claus reclamó su derecho de prometido a besarme en público por primera vez, que decidí ser mucho más amable con Greta en el futuro. Sé lo desolada que habría estado yo si él la hubiera elegido a ella en vez de a mí. Habría querido morirme.

Papá apenas había terminado de hablar antes de que las felicitaciones me llegaran de todas partes. Todos preguntaban cosas. ¿Seguía queriendo ir a Königsberg a estudiar en el conservatorio? (*Herr Schumacher*). ¿Cuándo nos casaremos? (*Irena*). ¿Vamos a tener una fiesta de compromiso? (*Peter y Nina*). Papá provocó muchas risas cuando invitó a todos a quedarse a desayunar. Dijo que sería más fácil organizar un desayuno de compromiso que otro baile.

Podríamos haberlo hecho, porque nadie se marchó antes del amanecer. Mientras los sirvientes servían sopa a nuestros invitados antes de marcharse, papá encendió la radio. La orquesta estaba recogiendo y creo que buscaba alguna música ligera para despedir a la gente, pero sólo había noticias. Malas noticias. Las tropas polacas se están reuniendo en nuestras fronteras. Georg dijo que Alemania no permitirá que agresores extranjeros apunten con sus armas al corazón del país. Eso no puede significar más que una cosa. Guerra.

Papá molestó a todos cuando dijo: «Nada bueno puede salir de la guerra». Sonó antipatriótico e irrespetuoso hacia el Führer. Todo el mundo sabe que aunque papá fue uno de los primeros en unirse al Partido Nacional Socialista, también fue masón unos meses cuando era joven. Los funcionarios del Partido dijeron que le perdonaban y que harían una excepción en su caso, pero hasta yo sé que sería

mejor si papá no cuestionara tanto la política del Führer.

Mamá intentó suavizar las cosas explicando que papá había perdido a muchos buenos amigos durante la última guerra, y hubo algunos murmullos de simpatía, incluyendo uno de la condesa von Letteberg. Me cae muy bien ya.

Mientras todos discutían la inevitabilidad de la guerra, Claus se encerró en el despacho de papá para llamar por teléfono a su oficial al mando, y me di cuenta de que ya no podré ignorar la política. No cuando mi futuro marido tiene un cargo en el ejército. A su regreso, Claus contó que sus superiores creen que pronto mandarán al ejército a Polonia para terminar con la agresión. Georg lo oyó y repitió la afirmación del Führer de que es injusto que los alemanes tengamos que luchar por la tierra y el espacio vital que es nuestro por derecho de nacimiento. Por desgracia, Manfred oyó a Georg y comenzó una larga y aburrida discusión política sobre la tierra y el bien común que cada uno debe tomar según lo que necesite, no lo que desee, que terminó en una pelea a puñetazos entre Georg y Manfred.

¿Por qué los estúpidos chicos piensan que pueden cambiar el punto de vista de alguien dejándolo sin sentido a golpes? Por suerte, Claus los separó antes de que pasaran a mayores. Me alegra que Claus nunca hable de política. Me parece que cree que, como oficial del ejército, debe guardarse sus opiniones para él.

Cuando los invitados se hubieron marchado, papá, mamá, Claus, sus padres y yo desayunamos en el salón pequeño. Greta se fue a la cama. Dijo que estaba cansada, pero sé que no podía soportar verme tan feliz con Claus. Me dio pena cuando se fue sola arriba.

En vista del empeoramiento de la situación entre Alemania y Polonia, Claus le pidió a papá consentimiento para casarnos ya. Le quedan tres semanas de este permiso de verano de un mes, y quiere pasar todo el tiempo posible como un hombre casado. Por supuesto, yo me mostré de acuerdo, pero papá se mostró muy reticente a dar su aprobación. Esperaba un largo noviazgo, y sugirió que aguardásemos al menos un año. Fue muy atrevido por mi parte, pero le recordé que mamá se había casado a mi edad. Después de aquello, no discutió más.

Quiero tanto a Claus que no soporto la idea de la vida sin él. Si somos de verdad marido y mujer, puede serme algo más fácil aguantar las semanas, quizá incluso meses de separación que llegarán si se declara la guerra. Desearía que fuera cualquier otra cosa menos oficial del ejército. No soporto pensar en que le hieran o le maten en combate.

Claus fue tan persuasivo que, al final, papá y mamá aceptaron celebrar la boda en cuanto pudiera organizarse. Papá mandó buscar al pastor. Vino enseguida, pensando que había sucedido una tragedia. Cómo nos reímos con la expresión de su cara cuando se dio cuenta de que queríamos que celebrara una boda, no un funeral. Así que, el próximo sábado por la mañana, en la iglesia de Grunewaldsee,

me convertiré en la esposa de Claus.

En cuanto se fijó la fecha, mamá y la condesa von Letteberg empezaron a preocuparse por la ropa, los invitados y los preparativos, pero Claus dijo que quería que la boda fuera sencilla y pequeña. Sólo la familia y algunos amigos íntimos. Me mostré de acuerdo. Nuestra futura vida juntos es lo que importa, no el vestido de novia, las flores y la carne fría para los invitados. Pero dudo que se haga así. Entre las dos ya han reunido una lista de más de doscientas personas a las que dicen que es esencial invitar.

Luego, mamá quería que me acostara, pero le dije que no estaba cansada. Claus me invitó a cabalgar con él. Sabía que a mamá no le parecía bien que estuviera a solas con Claus, aunque nos casaremos en menos de una semana, pero papá sabe que Claus es un oficial y un caballero, me dio permiso y, mientras Brunon ensillaba los caballos, me puse la ropa de montar.

Cabalgamos hacia el lago. Había muchas cosas que Claus quería discutir conmigo. Como dónde iremos de luna de miel. Sugirió el Gran Hotel de Sopot, mi hotel preferido del mundo entero. Me encanta cómo se abre el comedor hacia la playa. Le dije que si pudiera diseñar un lugar perfecto para una luna de miel, sería el Gran Hotel de Sopot, con sus jardines y la gente elegante.

Claus dijo que llamará para intentar reservar una suite con vistas al mar, pero será difícil porque estamos en plena temporada alta. Entonces, si hay tiempo, regresaremos a casa de su familia, Bergensee. Una casa, me recordó, que será la mía dentro de una semana.

No quiero pensar qué haré cuando se marche para unirse a su regimiento, pero él insistió en que haga planes. Acordamos que no tenía sentido que continuara mis estudios en el conservatorio de Königsberg. Puedo practicar el piano igual de bien en casa, y Claus cree que cuando estalle la guerra, las universidades tendrán que cerrar porque muchos jóvenes se alistarán en el ejército. Como reservistas, Wilhelm y Paul estarán entre los primeros en ser llamados. Nos lo dijeron tras el parte de las noticias.

Al final decidimos que tras la luna de miel volveré a vivir en Grunewaldsee. Si estalla la guerra, algunos de nuestros trabajadores tendrán que unirse a la tropa, así que papá necesitará mi ayuda para ejercitar los caballos y dirigir la granja. Estaré ocupada, pero, como le dije a Claus, contenta no. Sin él, no.

Esperaba que me besara de nuevo, mas todo lo que hizo fue sostener mi mano y acariciar con el pulgar mi dedo anular. Cuando me atreví a besarle en la mejilla, sonrió y dijo que habría mucho tiempo para esas cosas cuando estuviéramos casados. Hasta entonces se siente obligado por su honor a respetar los deseos de papá y mi reputación, y por eso le amo aún más.

Empezó a hablar de hijos, y dijo que esperaba tener una gran familia, pero

Brunon nos interrumpió. Aunque era domingo, mamá había enviado el coche a buscar a la costurera. Acabo de terminar de probarme. Hay que cortarme el vestido de novia de mamá. Greta estaba furiosa, porque es más alta que yo y eso significa que no podrá llevarlo cuando se case, pero, como dijo mamá, Greta tendrá más tiempo para planearlo que yo, así que podrá hacerse uno a medida.

Ahora estoy cansada. Es tarde. Claus vendrá dentro de dos horas para llevarme a la iglesia a hablar con el pastor sobre la boda y lo que significa el matrimonio. Antes de eso, debo intentar dormir un poco, pero a pesar de estar exhausta, sólo puedo pensar en mi querido Claus y en lo maravilloso que será convertirme en su esposa.

Estoy nerviosa, contenta y un poco, muy poco, asustada. Mamá vino a mi habitación para hablar conmigo. Me dijo que el deber de una esposa es doblegarse a todos los deseos de su marido, y eso significa en el dormitorio lo mismo que en el salón. Sé lo que quiere decir, porque Nina siempre está hablando sobre sexo. Hildegarde dice que a ninguna buena chica le gustan las cosas horribles que los hombres quieren hacer, sólo a las chicas malas que van con hombres por dinero. Cuando pienso en Claus, todo lo que sé es que quiero complacerlo de cualquier forma que pueda. Espero y rezo por no defraudarlo nunca, ni hacerlo infeliz, y que si hay una guerra, Dios lo mantenga a salvo para mí.

Samuel esperó a que Charlotte facturara su equipaje en el mostrador de Lufthansa antes de darle un gran abrazo.

—¿Te alegras de dejar los barrios londinenses?

—Sí —asintió ella—, pero no de dejarte a ti, Samuel.

—Espero que encuentres lo que estás buscando en Polonia.

—Gracias. —Charlotte le besó en los labios por primera vez. Él se llevó los dedos a la boca.

—Si hubieras hecho eso hace sesenta años, nuestras vidas podrían haber sido muy distintas.

—El destino ha querido que seamos buenos amigos, Samuel.

—Toma esto. —Le dio un sobre.

—¿Qué es? —Ella le dio la vuelta.

—Mis números de teléfono ultrasecretos, incluso mi móvil.

—Ya los tengo.

—Lo sé, pero he pensado que deberías mantenerlos en tu pasaporte, junto con instrucciones para ponerse en contacto conmigo en caso de emergencia. Tus hijos son gente ocupada. Claus tendrá que cuidar a su mujer y al bebé. Laura y tú podéis necesitar ayuda. —Se encogió de hombros—. Conozco gente.

—No dudo de que sí, incluso en Polonia —contestó ella.

—Allí también, puedo facilitar las cosas y conseguir favores.

—Samuel. —Lo abrazó de nuevo—. ¿Qué habría hecho si no te hubiera conocido?

—Sé lo que habría hecho yo. —Recogió el equipaje de mano del carrito y se lo dio—. Te veré de nuevo, Charlotte, en esta vida o en la siguiente. Y si tienes que irte a la siguiente antes que yo, busca a mi mujer. Se llama Taube. Tendrá a los niños, Shlomo y Simcha, con ella, y a la pequeña Lola. No sé si los niños crecen allí, pero Lola era una preciosidad; con sólo un año, pero menudos ojos negros y qué mata de pelo. —Se quedó callado. Charlotte reconoció ese silencio. Ella misma caía en él cuando se permitía recordar.

Él la miró y le devolvió la sonrisa.

—Dile a Taube que voy de camino y avisa a quien esté a cargo de la comida que me gusta el coñac fuerte y el café suave, con un toque de nata.

—*Mutti*^[10], me alegra ver que tienes tan buen aspecto. —Erich se sentó al extremo de la mesa y levantó la copa hacia su madre—. Porque continúes con tan buena salud.

—Gracias, Erich. —Charlotte tocó su copa con la propia—. Y gracias, Ulrike. Es una mesa espléndida y estoy segura de que la cena estará muy buena.

—Nuestra nueva cocinera indonesia es excelente. —Ulrike se toqueteó el immaculado pelo con nerviosismo antes de jugar con los cubiertos y el plato—. ¿Cómo estaba Claus cuando te marchaste de Estados Unidos?

—Feliz con Carolyn, esperando la llegada del bebé. Iban a darme una carta —mintió con diplomacia—, pero me fui tan de repente que no les dio tiempo a escribir.

—El embarazo y el parto son agotadores para una mujer. Espero que Carolyn se esté cuidando. Yo nunca fui la misma después de dar a luz a Claus y al joven Erich...

—Carolyn es una mujer joven y sana. Pásame la ensalada —interrumpió Erich, impaciente.

Charlotte vio temblar el labio inferior de Ulrike y, aunque no tenía mucha paciencia con la hipocondría de su nuera, le ofreció una sonrisa de simpatía. La brusquedad de Erich le había traído un desagradable recuerdo de la vida con su padre.

—Claus cuida muy bien de Carolyn. —Charlotte le cogió la mano a Ulrike un momento antes de desdoblar la servilleta.

—No puedo imaginar a ese joven holgazán cuidando de nada. El hámster que le compramos a los seis años murió de hambre —gruñó Erich—. Iba a su cuarto cada mañana a comprobarlo. Nunca le puso comida y casi nunca le cambió el agua o limpió la jaula.

—Claus no deja de trabajar, Erich —protestó Charlotte—. Su negocio va muy

bien.

—Si hubiera trabajado cuando tenía que haberlo hecho, en el colegio, ahora no tendría que hacer trabajos manuales.

—Claus es un artesano, Erich, no un peón. Creo que ha heredado de mi padre su amor por el trabajo de la madera.

—¿Venado, Mutti? —Ulrike sonrió débilmente mientras ofrecía el plato.

—Gracias, Ulrike. —Charlotte cogió el filete más pequeño de la bandeja y miró a su nieto, que tenía el mismo nombre que su padre, y al que todos, familia y amigos, conocían como el «joven Erich». Era tres años menor que Claus, y también había heredado de su padre y de su abuelo la altura, el pelo rubio y la belleza, pero tenía un gesto desaprobador en la boca que era completamente suyo.

—¿Tienes ganas de ir a la universidad este otoño, Erich? —le preguntó.

—Sí, aunque es mucha responsabilidad, sabiendo que me toca llevar el buen nombre de la familia en el futuro.

—La universidad no es para todo el mundo, Erich. —Charlotte cogió una patata de la sopera que Ulrike le había acercado.

—No, Oma. Sólo es para quienes trabajan duro —respondió él, pomposo.

—¿Salsa, Mutti? —Ulrike levantó la jarra.

—Por favor, Ulrike —saltó Erich padre—, no hace falta ofrecer la comida de la mesa para que todo el mundo se sirva.

—¿Cómo va el negocio, Erich? —preguntó Charlotte, intentando calmar la creciente tensión.

—Sobrevivimos. No es fácil en el actual clima económico. Todas las grandes compañías están despidiendo personal. Sus recortes han afectado a la economía alemana.

—Creía que tu empresa estaba especializada en derecho corporativo.

—Sí. Pero todas las compañías multinacionales, así como las nacionales, están en recesión.

—Qué chaqueta tan bonita, Mutti; ¿puedo preguntarte dónde la has comprado?

Charlotte sabía lo que le había costado a Ulrike hacerle una pregunta directa en presencia de Erich. Rebuscó en su cabeza intentando recordar todo lo que pudo sobre ropa y diseñadores, aunque había dejado de seguir las variaciones de la moda cuando había escapado de Inglaterra y Jeremy en los años cincuenta, en apariencia para ahorrar dinero, pero en realidad para poder crear su propio estilo. Inició una conversación en la que Ulrike intentó participar, pero sólo mirando a su marido para comprobar su reacción a cada opinión que se atrevía a dar.

Ulrike había sufrido tres crisis nerviosas desde que se casó; males que Charlotte atribuía tanto a la falta de sensibilidad de Erich como a la disposición de su nuera, y, a juzgar por su actual estado de nerviosismo, parecía estar al borde de una cuarta.

—¿Mutti?

—Perdona, Erich, ¿has dicho algo? —Charlotte esperó a que Ulrike acabara de hablar antes de volverse hacia su hijo.

—Preguntaba qué te había impulsado a decidirte a visitar Polonia ahora.

—Nada en particular, excepto el hecho de que ya no voy a rejuvenecer, y me gustaría ver el viejo país una vez más.

—Todo el mundo con quien he hablado de los que han estado allí me han dicho que ha cambiado hasta quedar irreconocible.

—Eso he oído, pero me gustaría ver esos cambios por mí misma. ¿Recuerdas algo de Grunewaldsee o del paisaje?

—Muy poco, pero como sólo tenía cuatro años cuando nos marchamos, y dado lo que me pasó después, es probable que mis primeros recuerdos sean muy poco precisos.

—Gracias. —Charlotte entregó su plato a la doncella filipina que había entrado en la habitación para recoger la mesa.

—Quizá podríamos tomar el café y el postre en el invernadero —propuso Ulrike, mirando de nuevo a su marido con aprensión.

—Sería estupendo, Ulrike —asintió Charlotte—, pero, si no te importa, primero me gustaría hablar con Erich a solas unos minutos. Tengo algunos asuntos que discutir con él.

—Jeremy me llamó anoche —le informó Erich mientras se dirigían a la biblioteca, que tenía seis veces el tamaño del estudio de Jeremy y estaba amueblada con más austeridad y cosas más caras. El escritorio a medida y las estanterías acristaladas eran de roble macizo y oscuro, las sillas estaban tapizadas con una buena piel color burdeos.

—No sabía que estuvierais en contacto.

—Normalmente no, aparte de las tarjetas de Navidad y cumpleaños que envían nuestras esposas. Quería avisarme de que nos has excluido de tu testamento.

—Ya veo. —Charlotte se hundió en una silla, agradecida porque, al contrario que en casa de Jeremy, todas eran cómodas y exactamente iguales, situando al invitado y al anfitrión al mismo nivel.

—¿Está en lo cierto? —Erich tomó la botella de coñac de una mesa auxiliar y escanció dos copas sin preguntarle si quería. La miró a los ojos mientras le ofrecía una.

—He abierto fondos de inversión para los niños. El del joven Erich es igual que los de Claus, Laura y Luke.

—Eso es muy generoso de tu parte, y te lo agradezco mucho. —Su hijo se sentó frente a ella.

—Gracias.

—Jeremy me dijo que le has dejado tu terreno y tu casa de Estados Unidos a Claus.

—Como su casa y la mía están a un tiro de piedra, y nunca hemos separado las parcelas, me pareció lo más justo.

—Jeremy no cree que sea justo.

—¿Y tú? —Le devolvió la mirada fija.

—Opino que tienes derecho a disponer de tus posesiones como veas conveniente.

—Eso es justo lo que tu padre habría dicho. —Charlotte no había esperado que Erich dijera otra cosa. Era un maestro cuando se trataba de ocultar sus emociones y de hacer y decir lo correcto. Excelentes cualidades, pero en ocasiones había deseado que tanto el padre como el hijo hubieran sido algo más espontáneos, humanos y tolerantes con las debilidades de los demás.

—Jeremy también me ha contado que quieres que firmemos una cláusula afirmando que no impugnaremos el testamento tras tu muerte.

—Así es.

—No tengo problemas con eso. Si no tienes nada más que discutir, podemos reunirnos con los demás. —Se terminó el coñac.

—Erich, antes de eso —lo miró muy seria—, quiero que sepas que te quiero mucho.

—Mutti... —interrumpió él impaciente, incómodo, como siempre que se encontraba ante cualquier muestra de emociones.

—Tu vida no fue como tu padre y yo habríamos querido.

—Sí, bueno, todo eso ya pasó —respondió su hijo, cambiando del alemán a un perfecto inglés.

—Pero quiero que sepas que estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias —replicó él torpemente, levantándose de la silla.

—Sólo una cosa más, Erich. Por favor, intenta ser un poco más paciente con Ulrike.

—Las mujeres nerviosas necesitan una mano firme.

—Necesita ayuda, Erich.

—Tiene la mejor ayuda médica posible.

Charlotte sabía cuándo retirarse. Era como si hablaran idiomas distintos. Agarró el brazo que él le ofreció.

—Al joven Erich le gustaría agradecerte el fondo de inversiones. ¿Puedo contárselo?

—Sí, Erich. Y, después del café, si no te importa, me acostaré. Tengo un largo viaje por delante. A Berlín para reunirme con Laura, y luego a Varsovia y Allenstein, quiero decir a Olsztyn.

—Tengo que irme de casa a las cinco y media. Por una reunión de negocios en

Bruselas —explicó él brevemente—. Pero Ulrike estará aquí para supervisar el desayuno, y el joven Erich te llevará al aeropuerto de Frankfurt.

—Puedo coger un taxi.

—No hace falta. Vamos a buscar a Erich y a tomarnos el café antes de despedirnos, Mutti.

Postre, café, más besos sin sentido de Ulrike, dos apretones de manos más, fríos y firmes, de su hijo y de su nieto. Las casas y el idioma de sus hijos eran distintos, pero la estéril atmósfera carente de emociones era idéntica.

La culpabilidad asfixiaba a Charlotte como una manta de invierno cuando cerró la puerta del dormitorio principal de invitados de Erich y Ulrike media hora más tarde. En ese momento, recordó a Claus, Carolyn, Luke y Laura, y la cercana y afectuosa relación que tenía con los cuatro. En algún momento, en algún lugar, debía de haber hecho algo bien para merecer unos nietos tan cordiales y cariñosos como ellos.

El Gran Hotel, Sopot

Domingo, 27 de agosto de 1939

Después de hoy, tengo que encontrar un sitio secreto y seguro donde esconder este diario, un lugar que nadie pueda encontrar, sobre todo Claus, pero por ahora tengo que contarle a alguien lo que ha pasado, aunque sea a mí misma, para poder verlo escrito. Quizá entonces no parezca tan terrible.

Ayer me casé. Ahora parece como si la ceremonia se hubiera celebrado hace años y con otra persona. A pesar de la prisa, fue la boda de mis sueños. Pero ahora, ¿qué voy a hacer con ella y con el resto de mi vida? ¿Cómo voy a soportarlo?

Dentro de unas semanas, Claus volverá a su regimiento y yo regresaré a Grunewaldsee con papá y mamá, y, si tengo suerte, no tendré que ver a Claus muy a menudo. Pero no puedo, no me atrevo a contarle a nadie cómo me siento, fuera de este libro.

Por ahora, escribiré lo que pasó antes de que mi vida cambiara para siempre.

Estaba muy contenta cuando Wilhelm y Paul nos llevaron a la estación después del banquete de bodas. Todo el mundo nos siguió. Mamá, papá, mamá y papá von Letteberg, Irena, todas mis amigas y los oficiales compañeros de Claus. El jefe de estación bromeó con que se quedaría sin billetes. Tiré el ramo y lo cogió Irena. Lo último que Claus y yo vimos fue a Irena acercándose a Wilhelm y riendo. Claus había reservado un vagón entero para que pudiéramos estar solos, la camarera nos sirvió la cena en el coche privado. Canapés de caviar, salmón ahumado, filetes de jabalí con patatas y espárragos, ensalada de lechuga, y fresas con nata. Claus había ordenado que la comida la preparara en Bergensee el chef francés de su padre y la llevaran a la cocina del tren junto con dos botellas de champán y hielo para el cubo.

Comimos, brindamos por nuestro futuro, bebimos y, cuando el tren llegó a Sopot, creía que iba a morir de felicidad, quizá porque la plataforma parecía tambalearse bajo mis pies. El hotel había enviado una limusina para nosotros, y por primera vez firmé con el nombre de *Frau*^[11] Claus von Letteberg.

Me encanta todo en el Gran Hotel: la recepción con lámparas de Tiffany en colores enjoados que se reflejan en los enormes espejos de detrás; las dos escaleras curvas iguales de hierro forjado que bajan desde los pisos superiores; los murales del comedor; las puertas que se abren a los jardines junto a la playa.

Claus había reservado una suite en la tercera planta: dormitorio, salita, baño y balcón que daba al mar. Había más champán esperándonos junto a una cesta de fruta, y todas las habitaciones estaban llenas de flores.

Mamá había insistido en que debía tener un ajuar apropiado a pesar de la falta de tiempo. Yo iba a comprar ropa y lencería confeccionada, pero la costurera había logrado terminar un camisón y una bata de seda blanca, que había ribeteado con el encaje de brujas que Oma me había dejado en su testamento. Mientras la doncella deshacía las maletas y Claus abría el champán, fui al cuarto de baño, perfumé el agua de la bañera y a mí misma, me solté el pelo, me lo cepillé, me puse mi camisón de novia, e intenté parecer lo más guapa posible. ¡Para qué!

Charlotte se quedó mirando las últimas palabras de la página, salpicada de lágrimas, y el pasado regresó tan vívidamente que pudo oler el perfume que hacía más de cuarenta años que no se fabricaba. Volvía a ser aquella chica ingenua y aprensiva de dieciocho años, estudiando crítica su imagen en el espejo del baño de la suite nupcial en el Gran Hotel de Sopot, aterrada porque su marido la pudiera encontrar fea, repulsiva o deficiente en cualquier aspecto.

Mi corazón latía errático y con fuerza, porque tenía muchas ganas de experimentar, pero también mucho miedo por lo que iba a pasar. Quería (ya hablo de mis sentimientos hacia él en pasado) tan fervientemente a Claus que me aterraba decepcionarle. Me entretuve cuanto pude; me cepillé el pelo hasta que se pegó al cepillo por la estática, rodeando mi cara como un halo. Y, por primera vez en mi vida, no me lo recogí en trenzas antes de acostarme. Sabía que por la mañana estaría horriblemente enredado, pero estaba desesperada porque Claus pensara en mí como en una mujer, no como en la estudiante que era hacía unas semanas.

Todo lo que había elegido para mi luna de miel lo había seleccionado para parecer mayor. Mi perfume era francés, «el más sofisticado que hay», o eso me había asegurado la chica de la tienda. Desde luego era caro, así como la crema aromatizada que me había extendido en la cara para hacer palidecer mi piel. Me

observé en el espejo mientras colgaba las toallas de nuevo. El camisón y la bata de seda se ajustaban a mi figura, pero me impresionó ver cuánta carne revelaban los delicados paneles de encaje.

Claus me llamó y me preguntó si estaba bien, le dije que sí e, incapaz de retrasarlo más, giré la llave y salí.

La puerta del balcón estaba abierta, y Claus permanecía fuera. Me dijo que estaba encantadora. Entonces me ofreció champán. Había llevado una botella y copas al balcón. Me uní a él, cogí la copa que me llenó, y vi que la puerta del dormitorio estaba abierta y que la doncella había destapado la cama antes de irse.

Claus hizo un brindis: «Por una larga y feliz vida juntos, y muchos, muchos hijos».

Tocó mi copa con la suya, me tomó por la cintura, y me acercó a él. El calor de su cuerpo y el peso de su brazo me hicieron darme cuenta de lo fuerte que era, y lo débil que resultaba yo en comparación. De pronto, me asusté, y traté de concentrarme en el paisaje, la poesía que había estudiado, cualquier cosa excepto él y lo que estaba a punto de pasar.

La cara y los brazos desnudos me hormigueaban al contacto con la sal del aire nocturno. Abajo se extendía la arena, de color índigo bajo la luna. Las luces del muelle brillaban en filas iguales a nuestra derecha como diamantes argénteos sobre el mar azul, y las más lejanas se mezclaban con las estrellas que titilaban en el cielo nocturno.

La escena era tan bonita que quise decir algo profundo y poético, pero en vez de eso solté: «La luz de la luna parece un camino de plata». Sonó infantil.

A Claus no pareció importarle, me dijo que era el camino a nuestro futuro, luego dejó la copa en la baranda y me miró a los ojos. Avergonzada, me aparté. Era más fácil mirar al muelle que a él, pero el silencio entre nosotros era tan incómodo que le supliqué que me llevara allí.

Él preguntó si me refería al muelle o a nuestro futuro. Cuando le dije que a ambos, dijo: «Empezaremos con el muelle, el más largo del Báltico». Y añadió que iba a prepararse para acostarse. Temblé, pero no de frío.

Él entró y colgó la chaqueta en el armario. Volví a mirar al muelle y los cisnes que dormían bajo él con las cabezas metidas bajo las alas y los cuerpos enroscados balanceándose con el movimiento de las olas, y quise estar más cerca de ellos, en la playa. Corriendo y riendo a la luz de la luna, como había hecho tantas veces con Wilhelm y Paul tras escaparnos por la noche cuando pasábamos allí las vacaciones con papá y mamá.

Claus regresó y me preguntó si era feliz. Por supuesto, dije que sí. Entonces me besó en la boca, un beso tan dulce que ya no tuve miedo. En ese instante sentí de verdad que estaba viviendo el momento más feliz de mi vida. Me dijo que no me

quedara en el balcón demasiado, y después entró en el baño.

Regresé al dormitorio cuando oí cerrarse la puerta del baño. Las sábanas de hilo estaban frías, crujientes por la clase del almidón que únicamente los hoteles parecen usar. Me quedé allí tumbada preguntándome cómo sería dormir con Claus no sólo aquella noche, sino todas las noches el resto de mi vida.

La puerta del cuarto de baño se abrió y él salió desnudo. No pude mirarle. No había visto a un hombre o a un chico desnudo desde que los gemelos tenían diez años y se bañaban así en el lago (una práctica con la que Greta había terminado).

Levantó las sábanas y se tumbó junto a mí. Sus piernas tocaron las mías: eran largas, frías y peludas. Empecé a temblar y no podía parar. Me acercó a él y dijo: «No hay que estar nerviosa, Charlotte. Es una función perfectamente natural, y necesaria para tener hijos».

Me destapó y me levantó el camisón. Intenté cubrirme, pero él me agarró las manos con una sola de las suyas y dijo: «No pasa nada, está permitido, estamos casados. ¿Y si te desvistes para que pueda verte bien? Mira, si te sientas, te ayudaré».

Recordé lo que había dicho mamá, y que había prometido obedecer a Claus ante Dios aquella misma mañana. Le permití desnudarme. Luego fue al baño a por una toalla que extendió debajo de mí.

Le pedí que apagara la luz, pero dijo que necesitaba ver lo que hacía. Me agarró el pecho dolorosamente. Me puse tensa y él se subió sobre mí, obligándome a separar las piernas con la suya.

Grité cuando me penetró. Nunca había sentido tanto dolor. Me puso una mano en la boca para que no pudiera hacer ruido, y entonces me inmovilizó y me volvió a penetrar una y otra vez...

No hubo amor o dulzura en lo que estaba haciendo, era imposible. Fue brutal. Acabó con todas las esperanzas y expectativas que tenía sobre la vida de casada. Estaba dolorida, humillada y herida, no sólo físicamente.

No podía creer que aquel horrible acto degradante y bestial pudiera ser la culminación de toda la poesía y el romanticismo del amor y de mis sueños.

Hice lo que hago siempre cuando me enfrento a algo desagradable y doloroso, como una visita al dentista o al médico: cerré los ojos e intenté simular que estaba en otro lugar y que aquello no estaba sucediendo realmente. Pero no pude. Continuó penetrándome hasta que perdí la cuenta del número de veces. En cuanto creía que había terminado, empezaba de nuevo. Siguió hasta que deseé estar muerta.

Cuando por fin se apartó de mí, una luz grisácea se filtraba por las cortinas. Sonrió y dijo: «No ha sido tan malo, ¿verdad?». No pude contestarle.

Miró a la cama, y me dijo que me lavara. La toalla que me había puesto debajo

estaba empapada de sangre, igual que mi camisón y la bata que había dejado sobre las sábanas. Los enrollé en un fardo, salí de la cama, y fui al baño.

Abrí los grifos, me senté allí, y lloré. Cuando la bañera estuvo llena, me metí en ella y traté de quitarme la sangre. Luego me puse el albornoz del hotel y salí al dormitorio. Él yacía boca arriba en la cama, roncando. Me escabullí a la salita, cogí este diario, regresé al baño, y me encerré. Al menos aquí puedo estar sola.

El dolor es tan grande que apenas puedo moverme, y caminar es una agonía. ¿Cómo voy a mirarlo a la cara cuando se despierte? Sólo espero que no quiera hacer algo tan desagradable nunca más. Si lo hace, ¿cómo lo soportaré?

¿Cómo lo hacen las demás mujeres? ¿Mamá? ¿La condesa von Letteberg? ¿Por qué me he casado?

Habría sido mucho mejor morir como una vieja solterona.

Capítulo 5

Laura estaba esperándola en el aeropuerto de Berlín. Lo había organizado todo tan bien que menos de veinte minutos después de que aterrizara el avión de Charlotte, un mozo llevaba su equipaje al coche que su nieta había alquilado. Tras los saludos iniciales y la euforia por su encuentro, Charlotte notó que Laura parecía cansada y que había perdido peso. Se preguntó si su nieta habría estado trabajando demasiado, o si el cambio se debía a los documentos que había encontrado en los archivos.

Charlotte se sentó en el asiento del copiloto y cerró la puerta del coche. Laura se subió al asiento del conductor y giró la llave de contacto.

—Te he reservado habitación en mi hotel para esta noche, y tengo billetes para volar a Varsovia mañana. Pero podemos cambiarlos si quieres descansar un día o dos antes de seguir hacia Polonia.

—Me gustaría irme en cuanto sea posible.

—¿Mañana es suficientemente pronto? —Laura miró a su abuela, a su lado.

—Sí. ¿De verdad estás disponible las próximas dos semanas? —Charlotte echó un vistazo por la ventanilla, pero no vio nada familiar. Berlín había cambiado mucho desde su última visita a la ciudad.

—No tengo nada previsto para los tres meses siguientes. Llevo prometiéndome un descanso desde hace bastante tiempo. —Ahora que estaba con su abuela, Laura se dio cuenta de lo difícil que sería hacerle todas las preguntas sobre el pasado que había anotado en su cabeza.

—¿Y estás bien? —Charlotte intentó hacer la pregunta con tacto.

—Perfectamente. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Polonia? —Laura giró el coche hacia el torrente de tráfico que abandonaba el aeropuerto.

—El que me lleve ver todo lo que quiero.

—Me gustaría poder ignorar los relojes y los calendarios igual que tú.

—He sido una completa esclava del reloj los últimos seis meses, pero —reveló Charlotte— he terminado de ilustrar los cuentos de hadas.

—¿Todos ellos?

—Todos ellos. Y, aunque lo diga yo, es mi mejor obra hasta la fecha.

—Debes de haber trabajado sin descanso.

—Me sentía con ganas.

—Claus parecía feliz por teléfono la última vez que hablé con él.

—Está eufórico, pero con Carolyn como esposa, un bebé a punto de llegar y un negocio que le encanta y que va bien, tiene todo el derecho del mundo a pavonearse.

—Qué suerte tiene. —Laura se detuvo en un semáforo.

Charlotte puso su mano sobre la de su nieta en el volante.

—¿Cómo estás de verdad, Laura?

—Cansada. El último documental ha sido emocionalmente agotador. Entrevisté a decenas de personas que no sabían que su familia y sus amigos íntimos las estaban espiando. La Stasi puede que sea historia, pero el amargo legado que ha dejado en Alemania tardará años en olvidarse.

—Sospecho que, como los demonios de la Segunda Guerra Mundial, esa amargura no acabará hasta que la generación que la vivió esté enterrada —dijo Charlotte con tristeza—. Laura, puedes llamarme vieja metomentodo, pero no pareces estar bien en absoluto. ¿Es por los documentos nazis que encontraste? Si es así, prometo que contestaré a todas tus preguntas, pero, si no te importa, no hasta que estemos en Polonia.

—¿No puedes contestarlas ahora?

—Preferiría no hacerlo. No porque quiera hacerte esperar, sino, y sé que te sonará extraño, porque hay cosas de las que no estoy segura ni siquiera ahora. No los acontecimientos. Eso lo recuerdo con suficiente claridad. Sino cómo me hicieron sentir en esa época y lo distinta que me siento ahora.

—Creo que puedo comprenderlo. —La luz cambió de color y Laura siguió conduciendo.

—¿Hay algo que te inquiete? —tentó Charlotte.

—¿Qué te hace preguntar eso?

—Algo que tu padre dijo sobre un chico somalí.

—Si le preocupaba que me casara con un africano, ya no tiene que hacerlo. No funcionó. Ahmed se ha ido. —Miró directamente a Charlotte—. Con su mujer y su hija.

—Lo siento, Laura.

—¿No te impresiona que estuviera casado?

—Te conozco, y nunca te habrías embarcado en un romance con un hombre casado si no hubieras estado enamorada de él.

—Lo estaba —asintió Laura.

—Espero que fuera digno de ti y que te haya dejado algunos buenos recuerdos del tiempo que habéis pasado juntos.

—Me gustaría que todo el mundo fuera tan tolerante y comprensivo como tú, Oma —dijo Laura con convicción—. Nos queríamos mucho y, sí, creamos algunos recuerdos felices.

—Entonces me alegro.

—¿Cómo están mis padres y Luke? —Laura cambió de tema.

—Tus padres son tus padres. Luke, por su parte, está volviendo loco a tu padre.

—Hace bien. Me siento mejor sólo con verte. Me alegra que podamos pasar algún tiempo juntas, Oma. Necesito desesperadamente buena compañía y consejo.

—La compañía es fácil. Del consejo no estoy muy segura. ¿Lo quieres personal o

de trabajo?

—Los dos.

—Pues no te voy a dar ninguno. Prefiero ser una cobarde y limitarme a escuchar, porque no soporto que la gente vuelva a mí diciendo: «Hice lo que me sugeriste y mira el resultado. Todo es culpa tuya».

Laura forzó una sonrisa.

—¿Alguien se ha atrevido a hacerte eso alguna vez?

—Sólo la familia. —Charlotte acarició la mejilla de Laura—. Por mi experiencia, preocuparse no conduce a nada, cariño. La mayoría tomamos decisiones únicamente cuando nos vemos obligados, y si son equivocadas, el tiempo lo dirá pronto. Al final, la vida funciona como se supone que debe ser.

—Ojalá pudiera creer eso.

—Intenta recordar lo que quieres, y mira hacia delante, no hacia atrás.

—Lo hago, pero el único pensamiento que me consuela últimamente es que, dentro de cien años, a nadie le importará nada de lo que hice o no.

—Tienes que dejar de preocuparte por los demás, Laura, y tenerte en cuenta más a ti misma. Siento que hayas perdido a tu amor; ojalá en algún lugar te esté esperando otro caballero con brillante armadura.

—Ahora no lo reconocería ni aunque apareciera cabalgando en su caballo blanco y con una armadura de plata. En cuanto a mi carrera, me han ofrecido un puesto, uno permanente, en el que me pagan una cantidad de dinero obscena, trabajando para una cadena de televisión estadounidense.

—¿Lo vas a aceptar?

—A pesar de la ventaja de estar más cerca de ti y de Claus, no estoy segura de querer vivir en Estados Unidos, o de querer hacer la clase de películas que desean que produzca. Historias cursis sobre marginados que se convierten en animadoras o futbolistas.

—Entonces no lo aceptes —dijo Charlotte con decisión.

Laura rio mientras metía el coche en el aparcamiento del hotel.

—¿Por qué unas palabras tuyas siempre lo ponen todo en perspectiva? Tienes toda la razón. Lo último que quiero es hacer eso. Y acabo de decidir que no lo haré.

Laura entró en la habitación de su abuela tras ella, después de la cena en el restaurante del hotel. Cogió la copia de *El último verano* que Charlotte había sacado de su bolsa de mano y había colocado junto con su diario en la mesilla de noche.

—¿Sigues llevándolo a todas partes?

—Sí —confirmó su abuela.

—Debes de haberlo leído cien veces.

—Probablemente doscientas —contestó Charlotte—. ¿Leíste el ejemplar que te

di?

—El comienzo. —Laura se sentó con el libro en la silla más cerca de la ventana.

—¿No te lo acabaste?

—No pude. Todo ese sufrimiento y tristeza rusa fue demasiado para mí. El pobre hombre prisionero en un gulag siberiano, que se despierta cada mañana para encontrarse míseras raciones y una brutalidad inhumana. Obligado por la helada miseria de su alrededor a pasar los días en su mente, tiene que recurrir a imaginarse en otra época y otro lugar, con la única mujer que ha amado.

—¿No pudiste ver que su realidad eran sus ensoñaciones? —argumentó Charlotte—. Su vida en el campamento no significaba más que una pesadilla efímera.

—Me parecía insoportable pensar que sólo le quedaba su pasado. Sin futuro, sin un presente llevadero aparte del que creaba con su imaginación. No le quedaba nada que esperar excepto la muerte.

—Habría sido mucho peor para él si no hubiera tenido ese pasado. Le dio una razón para vivir, para seguir luchando por la supervivencia. En cuanto al futuro, cuando vives en el mundo de tu imaginación, todo es posible.

—Por mucha imaginación que uno tenga, no se pueden ocultar las condiciones inhumanas de suciedad y degradación de aquel campamento. —Laura dio la vuelta al libro en sus manos—. Quería más para él.

—Quizá aprecies el libro mejor cuando llegues a mi edad. —Charlotte se sentó frente al tocador, se soltó el pelo y lo cepilló cincuenta veces, como había hecho todas las noches de su vida adulta—. Tu madre espera que tenga una charla contigo.

—¿Especificó qué clase de charla?

—Algo sobre sentar la cabeza. Le dije que pretendía tener bastantes charlas contigo.

—Eres incorregible y te quiero. —Laura besó a su abuela en la mejilla.

—¿Aunque fuera del Partido Nazi? —dijo Charlotte con suavidad.

—Luego no era un error. —Laura se puso seria, y Charlotte supo que su nieta había esperado que le diera pruebas de que sólo era eso, un error.

—No, qué va.

—Si me lo cuentas, intentaré entenderlo.

—En la década de mil novecientos treinta, la mayoría de la gente que conocía eran «buenos nazis» del partido. Era lo que todo el mundo aspiraba a ser. Un buen ciudadano, un buen nazi, un leal seguidor del Führer, que le había dado al pueblo alemán todo lo que quería y más. Creíamos realmente en el lema: «Un pueblo, una nación, un líder». En mil novecientos treinta y seis se aprobó una ley que hacía obligatorio que todos los niños y niñas alemanes se unieran a las Juventudes Hitlerianas, pero no hacía falta que nos obligaran. Adorábamos las Juventudes. Significaban viajes lejos de casa y de la vigilante mirada de nuestros padres. Nos

enseñaban a navegar, disparar, luchar con espadas, esquiar y pilotar, hacíamos gimnasia. Incluso tras la guerra, cuando todo el mundo sabía exactamente lo que los nazis habían hecho, algunas de mis amigas del colegio seguían insistiendo en que los años de Hitler habían sido los mejores de su vida.

—Conocía el milagro económico de Hitler —dijo Laura, insegura—. Pero los horrores... Los campos, los judíos: la gente debía de saber lo que estaba pasando.

—Yo era una niña, pero puedo recordar bien cómo fueron los años veinte en Prusia Oriental. No había ley ni orden. La enorme inflación devaluaba los salarios antes de ganarlos. Bandas rivales luchaban en las calles. Allenstein estaba llena de mendigos: antiguos soldados tullidos, los desempleados y sus hijos. Mi padre se veía inundado con ofertas de gente dispuesta a trabajar sólo por pan. No digo que las condiciones fueran peores en Alemania que en Estados Unidos o Gran Bretaña durante la depresión mundial, pero Alemania era un país derrotado y humillado que se había visto obligado a entregar grandes trozos de territorio cuando se firmaron los tratados de paz tras la Primera Guerra Mundial. Hitler dio esperanzas a todo el mundo. Restauró el orgullo nacional y le dio a la gente chivos expiatorios a los que culpar por la depresión. Así que, en respuesta a tu pregunta, sí, todo el mundo sabía que los nazis eran antisemitas. Era imposible no saberlo dada la cantidad de propaganda antijudía y anticomunista de la radio, los periódicos, los carteles y las películas, por no mencionar que nos lo inculcaban en las Juventudes Hitlerianas. Pero a los alemanes nos decían tan a menudo que éramos miembros de una raza superior, que la mayoría de los jóvenes, y me avergüenza decir que eso me incluye a mí, creíamos realmente que éramos especiales. Sí, veíamos a los judíos ser perseguidos en las calles. Mis amigas judías fueron expulsadas del colegio. Sabíamos que perdieron su derecho a trabajar, votar y poseer propiedades. La línea oficial era que iban a ser reubicados. Había rumores sobre Madagascar y el Este. Pero la mayoría de la gente argumentaba, mi padre entre ellos, que las leyes antijudías de Hitler eran un pequeño precio que pagar por tener los estómagos llenos y empleo para todos.

—Y terminó en el Holocausto.

—Sí. —Los ojos de Charlotte se cerraron de dolor—. Y lo único que yo y todos los alemanes que vivimos en esa época podemos hacer es reconocer que, para la eterna vergüenza de Alemania, eso sucedió, y debemos rogar el perdón. Aunque no crea ni por un momento que lo merezcamos.

—No puedo imaginar permanecer indiferente ante la persecución de una minoría —dijo Laura en voz queda.

—Claus y tú no lo habríais estado, porque, al contrario que yo cuando era joven, sois personas especiales y sensibles. A mi padre no se le seducía fácilmente, pero se unió al Partido Nazi la misma noche que oyó a Hitler hablar por primera vez. Luego, cuando Hitler se convirtió en canciller, todo cambió.

—¿De la noche a la mañana? —Laura dejó *El último verano* a un lado.

—Eso pareció. El mejor amigo de mi padre era arquitecto y maestro constructor. Su familia apenas podía sobrevivir con lo que ganaba de hacer algún que otro trabajo. Cada vez que los visitábamos antes de que Hitler llegara al poder, les llevábamos una cesta de comida. Como a la mayoría de los amigos de mis padres.

—¿Erais ricos? —preguntó Laura sorprendida.

—Mi padre poseía algunas granjas; los arrendatarios pagaban el alquiler en especie. Teníamos más comida de la que necesitábamos para nuestro uso personal, y mi padre no podía vender el exceso mientras sus amigos y sus hijos pasaban hambre. Por tanto, las granjas no daban dinero y no prosperaban. Cuando Hitler llegó al poder, empezó a construir: carreteras, colegios, hostales juveniles, fábricas. En cuatro años, el amigo de mi padre había ganado suficiente dinero como para levantar una casa enorme para su familia y comprar hectáreas de terreno en las que erigió casas y fábricas.

—¿Todos en tu familia erais nazis?

—Antes de la guerra, sí —confirmó Charlotte—. Mi padre lo organizó para que mis hermanos, mi hermana y yo nos convirtiéramos en miembros del Partido al cumplir los dieciocho y no tuviéramos que esperar hasta los veintiuno, que era la edad habitual para afiliarse. Tu tía-abuela Greta era organizadora de zona de la BDM, la sección femenina de las Juventudes Hitlerianas. Yo tocaba en la sección musical del grupo de las Juventudes en Allenstein, y mis dos hermanos estuvieron en las Juventudes antes de convertirse en oficiales de la Wehrmacht. Mi padre había sido burgomaestre de la ciudad, y mi madre organizaba eventos para recaudar fondos. Tras la guerra, no muchos alemanes querían admitir que su familia había pertenecido al Partido. Pero yo no puedo negarlo, y tienes todo el derecho del mundo a estar horrorizada. —Charlotte cogió su diario—. Sé que sabes leer alemán moderno; ¿sabes leer gótico antiguo escrito a mano?

—Tras pasar un mes buceando en el Centro de Documentación, sí.

—Esto es un diario que comencé en mi decimoctavo cumpleaños, y que continué durante la guerra y algo después. ¿Te gustaría leerlo?

—Si no te importa...

—Nos dará algo por lo que empezar. Pero no esta noche. Mañana nos espera un largo viaje. No sólo en distancia, sino hacia el pasado.

—Es verdad. —Laura se levantó de la cama—. Oma, ¿no hiciste nada...? Quiero decir, en los campos...

—No puedo hablar por Greta, pero mi padre, mi madre y yo hicimos lo peor que se podía hacer. —Charlotte miró a Laura a los ojos y vio que su nieta tenía demasiado miedo como para preguntar—. No hicimos nada para ayudar a la gente que era enviada allí —dijo—. Nada en absoluto.

Domingo 27 de agosto de 1939 (Continuación).

Regresamos a Bergensee. Ayer, mientras Claus y yo nos casábamos, el Führer dio un discurso exigiendo la devolución de Danzig y el corredor polaco que separa Prusia del resto de Alemania, y el fin del compromiso anglo-francés para apoyar a Polonia en su agresión a Alemania. Todo el mundo hablaba de eso esta mañana en el hotel. Cuando Claus y yo bajamos después de desayunar en la habitación, encontramos la zona de recepción llena de gente que estaba de vacaciones y deseaba marcharse porque esperaba que la guerra estallara en cualquier momento. Pero eso no evitó que se quedaran mirándome y asintiendo de manera cómplice entre ellos.

No había doncellas libres, así que regresé a nuestra habitación a hacer las maletas. Claus llegó más tarde. Había reservado los únicos billetes disponibles de vuelta a Allenstein. De tercera clase en un tren nocturno. Será un viaje muy distinto al de anoche. Claus está decepcionado, pero yo no. Esta tarde me va a llevar a dar un paseo por la playa y el muelle. Ya no podemos plantearnos una visita al barrio medieval.

En los jardines, hay una banda tocando música militar; los niños cantan y bailan, los chicos desfilan y marchan con las piernas derechas como soldados. Todo parece muy normal. No puedo creer que la guerra vaya a empezar de veras en unas horas. Seguramente los polacos accedan a las demandas del Führer. Todos los periódicos repiten que son perfectamente razonables, y que tenemos todo el derecho a pedir la devolución del territorio que nos robaron al final de la Gran Guerra, territorio que volverá a unir Prusia con el resto de Alemania.

Claus consiguió llamar a su oficial al mando, aunque a la centralita del hotel le costó cuatro horas contactar con el cuartel del regimiento. Le han reducido el permiso. Deberá regresar a su compañía el 30 de agosto. Tendremos una luna de miel muy corta, sólo tres días. Intenté parecer contrariada cuando me lo contó, pero estoy segura de que sospecha que odio las cosas que me hace. Esta mañana ha sido incluso peor que anoche. En cuanto se despertó volvió a desnudarme, y luego, en el desayuno, seguía intentando tocarme, haciendo chistes vulgares todo el rato.

Esta noche estaremos en Bergensee. Ha telegrafiado a su padre para que envíe un coche a buscarnos a la estación.

Grunewaldsee

Martes, 29 de agosto de 1939

Claus se ha ido y vuelvo a estar sola (gracias a Dios) en mi dormitorio de Grunewaldsee, aunque mamá ha quitado mi cama pequeña y la ha reemplazado por una enorme monstruosidad de cuatro columnas tan grande como para albergar

a un regimiento. Mamá y papá von Letteberg se marcharon a su casa de Berlín antes de que Claus y yo regresáramos de Sopot para que pudiéramos continuar nuestra luna de miel en Bergensee. Temían invadir nuestra intimidad, pero desearía que se hubieran quedado. De ser así, al menos habríamos tenido que salir de nuestra habitación para comer en el salón.

Había estado muchas veces en Bergensee, pero nunca me había dado cuenta de cuánto mayor y más formal es la casa comparada con Grunewaldsee. Probablemente, porque sólo tenía ojos para Claus cuando estaba allí. Sabía que era grande, pero no tenía ni idea de que poseía 465 habitaciones. El servicio es muy solemne (yo diría que pomposo), y el ama de llaves me da pavor. Es muy seria y correcta, y siempre está mirando por encima de su larga nariz. Cuando me enseñó los retratos de la familia en la galería, noté que no me consideraba ni de lejos tan hermosa o noble como para ser la mujer de un von Letteberg.

La visita en la que me guio fue corta. Claus dijo que tendría mucho tiempo para familiarizarme con la casa cuando él se hubiera ido. Ordenó que todas las comidas nos las sirvieran en sus aposentos. Insistió en que, aunque teníamos tan poco tiempo juntos, debíamos intentar concebir un heredero para su padre y su familia.

Odio el sexo, y me niego a llamarlo hacer el amor. Lo que Claus me hace no tiene nada que ver con el amor. Había veces en que no podía evitar llorar, por mucho que intentara recordar las palabras de mamá sobre que la obligación de una esposa es someterse.

Mamá telefoneó para invitarnos a comer hoy en Grunewaldsee. Yo estaba encantada, porque eso quería decir que podría permanecer vestida y despedirme de Claus en casa, rodeada de mi familia. A pesar de su magnificencia, me parece difícil pensar en Bergensee como en mi nuevo hogar. Me pregunto si alguna vez lo haré.

Aunque hacía calor, tuve que llevar un vestido de manga larga para que mamá y papá no vieran los moratones de mis brazos, pero creo que mamá sospecha que algo va mal, porque me preguntó varias veces si me encontraba bien. Intenté sonreír y tranquilizarla. Claus estaba igual que siempre. Él nunca cambia, nunca parece feliz o triste con nada ni nadie. Ahora me doy cuenta de que antes de casarnos no veía más allá de su cara bonita, su uniforme y su refinamiento aristocrático.

Los gemelos llevaban sus uniformes de teniente, como Peter. El lunes los llamaron a todos a sus regimientos. Papá está desolado. Seguía diciendo a los chicos que no tenían ni idea de lo que es realmente la guerra. Siguió y siguió hablando de la muerte, los lisiados y la sangre hasta que sentí ganas de vomitar. No entiendo por qué está tan enfadado con los gemelos y con Peter. Tampoco es que

tuvieran elección acerca de ser reservistas o unirse al ejército.

Como todos han completado ya su entrenamiento militar, a los tres les han dado cargos. Así que ahora tanto mis hermanos y mi cuñado como mi marido son oficiales de la Wehrmacht.

Me parece raro pensar en Peter como en mi cuñado. Siempre ha hecho el tonto en la orquesta; allí éramos compañeros. Ahora que estoy casada me siento años mayor que él y que aquella chica despreocupada que viajó a Rusia hace sólo unos cuantos días.

Los chicos no podían hablar sobre nada más que la guerra en ciernes. Greta se unió a nosotros. Como Peter es demasiado joven para tontear con él y no había más hombres jóvenes excepto Claus, estaba decidida a ser sarcástica. Apenas sé lo que le dije. Me encuentro tan mal y tan agotada tras mi «luna de miel» que no pude tomar nada de la comida que mamá había preparado con tanta dedicación, y noté que además de ella, papá estaba preocupado por mí. Creían que era porque Claus se iba. Qué sabrán ellos. Estaba deseando que se marchara.

Mamá y papá habían invitado a mamá y papá von Letteberg al almuerzo. Vinieron en coche desde Berlín sólo para pasar el día con nosotros y con Claus. Aunque papá von Letteberg se ha jubilado hace poco, lo han llamado al ejército, le han devuelto su antiguo rango de general, y lo han asignado a un puesto importante en un cuartel. Mamá von Letteberg y él están haciendo preparativos para mudarse a Berlín mientras dure la guerra, sea lo que sea. La condesa es muy amable. Me dijo que los visitara cuando quisiera. Creo que sospecha que las cosas no son tan maravillosas entre Claus y yo.

Pero por ahora tengo un espacio propio. Sin Claus ni la horrible «vida marital» durante semanas o, si tengo suerte, durante meses. Aunque estar casada no es en absoluto como había esperado que fuera, es soportable mientras Claus no está. ¿Soy muy mala al rezar por su seguridad, y también porque siga ausente?

Grunewaldsee

Miércoles, 7 de septiembre de 1939

¡Guerra! Mañana hará una semana que las tropas alemanas entraron en Polonia. No podemos estar seguros, pero casi lo estamos, de que Claus, Paul y Wilhelm estaban entre ellas. Ruego a Dios para que los mantenga a salvo de todo daño. Pero papá me ha advertido que puede ser una guerra larga. Gran Bretaña y Francia demandaron que nos retirásemos de Polonia. El gobierno no podía hacer tal cosa, así que ambos países nos declararon la guerra el 3 de septiembre. Pronto tendremos tropas en el oeste así como en el este. ¿Enviarán allí a Claus y a los gemelos?

Grunewaldsee

Martes, 12 de diciembre de 1939

No he escrito ni una palabra desde hace más de tres meses, porque casi nunca me encuentro bien. Primero la luna de miel y ahora este bebé. Mamá dice que volveré a ser la de antes cuando nazca el niño, pero no lo creo. No me parece posible sentirme bien otra vez después de mi noche de bodas.

A Claus no le han concedido ningún permiso desde que me dejó en Grunewaldsee a finales de agosto. Es horrible decirlo, pero aquí, sola con mis pensamientos, puedo ser sincera: no lo lamento. Sabemos que está estacionado en Polonia, como Wilhelm y Paul. Las cartas de mis hermanos están llenas de historias sobre lo rápido que cayó Polonia ante nuestro ejército victorioso, y de sus fiestas, con canciones y bebida, las cartas de Claus sólo hablan de lo que haremos en Bergensee tras la guerra y de cómo pretende criar a su hijo. Me pregunto qué hará si me atrevo a presentarle una hija.

Guardo cama casi todas las mañanas. Me siento muy débil y con náuseas; apenas puedo levantar la cabeza de la almohada. Por las tardes me siento con mamá en la sala. No he tocado el piano desde que me casé. Papá dejó caer que le vendría bien mi ayuda para organizar la hacienda, aunque sea con la contabilidad y el encargo de las provisiones para los caballos y la venta de bienes al departamento de guerra, así que anoche puse los libros de cuentas al día. Algo inquieta a papá. No estoy segura de qué es y, cuando le pregunto, dice que lo único que le preocupa en el mundo es la guerra y mi salud.

Papá se marcha temprano para representar a los comerciantes de Prusia Oriental en una conferencia en Baviera. Le pregunté sobre el tema, pero todo lo que dijo fue lo que siempre dice cuando mamá o yo le preguntamos por los negocios, que no son cosas de las que deban preocuparse nuestras lindas cabecitas, lo que probablemente signifique que tiene algo que ver con la guerra o el Partido. Tiene demasiadas responsabilidades desde que fue nombrado burgomaestre.

Por suerte para Grunewaldsee, con cincuenta años Brunon es demasiado mayor para que lo llamen a filas, así que al menos él se quedará con nosotros, pero todos los jóvenes han sido reclutados, excepto el idiota, Wilfie. La mayoría de las doncellas se han ido a las fábricas. Hay tal falta de trabajadores que la esposa de Brunon, Martha, ahora tiene que ayudar en la casa.

Hay muy pocas provisiones de madera y carbón, así que mamá ha decidido cerrar el salón de baile, ocho de los dormitorios de invitados y el comedor formal. No puedo imaginar lo apretados que estaremos en el comedor pequeño cuando los chicos vengan de vacaciones en Navidad. Claus no vendrá. No cree que sea correcto que los oficiales se vayan de permiso cuando tantos soldados rasos deben permanecer en sus puestos. Me escribió para contarme que probablemente esté en

casa para Año Nuevo. Si los ángeles me sonrían, cambiaré asimismo de opinión sobre eso.

Greta también está en Polonia, supervisando a sus chicas de la BDM. Preparan casas para recibir a la gente de raza alemana de Estonia y otros países del este bajo gobierno soviético. Escribe a mamá y papá casi a diario, contándoles que los polacos no merecen casas decentes, porque son una gente muy sucia, y que es un trabajo muy duro lograr que las mujeres polacas frieguen sus antiguos hogares para hacerlos dignos de la ocupación por parte de las familias de raza alemana que llegan.

Nina y Hildegarde han ido a Berlín a trabajar en el Ministerio de la Guerra. Hildegarde me escribió haciendo que su trabajo sonara muy grandilocuente e importante, pero Nina, que está en la misma oficina, dice que lo único que hacen es empujar maquetas de aviones, tanques y despliegues de tropas por un gran tablero, mientras atienden al teléfono y pasan cartas a máquina.

Ojalá no me sintiera tan enferma. Ayer por la tarde, mamá pidió el coche e insistió en que la acompañara a la ciudad, pero Brunon tuvo que parar tres veces por mis náuseas.

Wilhelm escribió a papá pidiendo permiso para casarse con Irena en Navidad en la iglesia de Grunewaldsee. Son muy jóvenes, pero, como dice papá, no es fácil para los chicos que van a entrar en batalla pensar en toda su vida. No cuando tantos de ellos se enfrentan a una muerte temprana. Ahora que los gemelos por fin son oficiales, papá ha tenido que aceptar que son adultos además de soldados.

No puedo imaginar que el amable y dulce Wilhelm quiera hacerle a Irena las cosas terribles que Claus me hace a mí. Y cuanto más pienso en la afirmación de Nina de que a algunas mujeres les gusta, menos la creo. ¡Me parece asombroso que ciertas mujeres pobres estén suficientemente desesperadas como para hacerlo por dinero! Yo preferiría ahorcarme o morir de hambre.

Irena está muy emocionada. Me preguntó cómo es la vida de casada. Creo que quería hablar de sexo, pero no podía contarle la verdad. Parecía muy feliz. Tan feliz como yo antes de mi noche de bodas, y, como ya ha aceptado a Wilhelm, no hay vuelta atrás en su promesa. Además, la obligación de las chicas alemanas es casarse y tener hijos para la Madre Patria, así que si Irena no se casara con Wilhelm, tendría que hacerlo con otro.

Mamá y la madre de Irena, *Frau* Adolf, hablan de la boda durante interminables tardes de café. Se celebrará en Grunewaldsee, no sólo porque tenemos más espacio, sino porque es el único sitio apropiado para la boda de un von Datski. Por desgracia, las restricciones de la guerra y el racionamiento limitarán la comida y el número de invitados, así que la boda de Wilhelm y la pobre Irena no será tan espléndida como la mía.

Los gemelos llegarán a casa en Nochebuena, y la boda tendrá lugar el día de Navidad por la tarde. Wilhelm e Irena tendrán que pasar la luna de miel en Grunewaldsee, porque Wilhelm sólo tiene permiso una semana y el sistema ferroviario es muy precario. Papá ha ordenado limpiar y pintar la casita junto al lago, por dentro y por fuera, y se van a quedar allí. Martha bajará a hacerles de comer.

En cierto sentido, envidia a Irena. La mañana tras nuestra noche de bodas fue horrible en el Gran Hotel de Sopot, sabiendo que toda la gente era consciente de que éramos recién casados y estaba pensando en lo que Claus me había hecho.

Intentaré escribir con más regularidad, pero ahora voy a la estación con mis padres a despedir a papá. Después, mamá y yo visitaremos a Irena y a su madre. Debo hacer un esfuerzo por dar la bienvenida en la familia a Irena, e intentar advertirle con tacto de que la vida de casada no es todo lo que dicen los libros de cuentos.

—Vas por el lado equivocado de la carretera, Laura —dijo Charlotte.

—¡Ay, mierda, es verdad! Es culpa de Gran Bretaña, por conducir al revés que todos los demás.

—Si estás cansada puedo relevarte.

—No, estoy bien; es decir, a no ser que prefieras ponerte al volante —respondió Laura, antes de recordar la advertencia de Claus sobre dejar conducir a su abuela.

—En absoluto. —Charlotte plegó el mapa que tenía extendido sobre las rodillas. Había estudiado la ruta. Al norte desde Varsovia, luego seguir la carretera de Elblag hasta que vieran el cartel de Olsztyn. Para su sorpresa, había sido tan fácil como parecía—. Otra hora o así y deberíamos estar en el hotel.

—Siempre que no tiente a la suerte conduciendo por el lado equivocado de la carretera otra vez —matizó Laura—. Tras un mes en Berlín cualquiera pensaría que me habría acostumbrado a esto. Espero que lleguemos a Olsztyn a tiempo para ducharnos y deshacer la maleta antes de la cena.

—Nunca me acostumbraré a llamar Olsztyn a Allenstein. Es una palabra muy fea —dijo Charlotte vehementemente.

—Quizá para los polacos no.

—¿Por qué están todos esos Fiats y Trabis al lado de la carretera? No pueden haberse estropeado todos.

—Por lo visto, las piezas sueltas para los coches siguen siendo un problema importante en Europa oriental —respondió Laura—. Probablemente, por eso hay tantos caballos y carretas entorpeciendo el paso por mitad de la carretera.

—Por no mencionar las bicicletas que vienen de todas las direcciones —comentó Charlotte, mientras un hombre joven giraba brusca y precariamente delante de ellas.

—¿Reconoces algo?

—Aún no, pero el paisaje sí es como lo recordaba. Me temía que estuviera contaminado, pero los bosques son igual de verdes y los lagos igual de claros que cuando era niña.

—No estoy segura de qué esperaba, pero desde luego no era todas estas casas recién edificadas y pintadas. —Laura aminoró la velocidad para leer un cartel—. Olsztyn ocho kilómetros. ¿Quieres parar por el camino?

—Eso depende de por qué carretera vayamos.

—Ahora debemos ir por la principal.

Charlotte miró alrededor.

—No veo nada que conozca.

—¿Y ese lago?

Laura señaló a un pequeño lago a su izquierda. Charlotte palideció.

—Dos, o quizá tres kilómetros más adelante, habrá una curva a la derecha. —Había pensado que tendría más tiempo para prepararse. Después de todo, algunas cosas habían cambiado. Los árboles estaban más altos y alteraban el paisaje—. Será poco más que un sendero. Antes había una cancela con cabezas de lobos de piedra en lo alto de las columnas.

Laura notó que Charlotte estaba temblando cuando disminuyó la velocidad para buscar la señal. Nunca había visto alterada a su abuela, y detuvo el coche cuando las manos de Charlotte se tensaron formando puños nudosos.

No había cancela, columnas, ni cabezas de lobos de piedra; sólo dos pilares de escombros cubiertos de hiedra.

—¿Éste es el sendero por el que querías que cogiera, Oma?

Charlotte asintió.

Laura condujo despacio por el camino. Había montones de hojas y agujas de pino atrapados entre adoquines rotos. Viró bruscamente para evitar unos agujeros, algunos tan grandes y profundos como para atrapar una rueda. El sendero describía una curva cerrada a la derecha, ella giró, y entraron en un gran patio. Delante de ellas y a su izquierda se alzaba una enorme mansión barroca de seis pisos con forma de «L».

—¿Vivías aquí? —jadeó Laura.

Incapaz de responder, Charlotte abrió con torpeza la puerta. Temblando a pesar del sol, salió. La brisa traía del bosque un inconfundible olor a resina de pino. Miró alrededor y lo asimiló todo: la fuente en el centro del patio; los rasgos de los querubines de piedra que la decoraban, desfigurados y ruinosos; los caños obstruidos con hierbajos y barro endurecido de color marrón óxido; los tejados curvados, con más agujeros que tejas rojas; las ventanas cubiertas con tablones que habían arrancado en algunos sitios de los pisos inferiores; el deterioro en la antigua mampostería, con la capa de cemento desmenuzándose en las esquinas, tan sucia y

manchada por el tiempo que su color crema original no podía adivinarse más que en uno o dos de los rincones y ranuras más cobijados.

—¿Esto es Grunewaldsee? —La voz de Laura pareció antinaturalmente fuerte en el silencio.

—Bergensee. —La de Charlotte estaba entrecortada por las lágrimas—. El hogar del padre de tu tío Erich.

—¿Y tú también viviste aquí?

—Un corto tiempo después de casarme con él.

—No tenía ni la menor idea de que vivías en un sitio tan espléndido, y estoy segura de que Claus tampoco. ¿Por qué no nos lo contaste?

—Para que no os decepcionara lo que teníais.

Mientras Charlotte hablaba, una mujer morena de pelo color ébano, con bebés en sus brazos y niños pequeños agarrados a sus faldas, salió de los establos y cruzó el patio hacia ellas.

—¿Qué hacen aquí?

La pregunta la hizo en polaco. Charlotte la entendió, pero sólo eso. Su dominio del idioma nunca pasó de lo rudimentario, incluso aunque su padre había empleado polacos antes de la guerra. Se señaló a sí misma y dijo:

—Von Letteberg.

La respuesta llegó en alemán.

—¿Ha venido a reclamar la casa?

Charlotte volvió a mirar las ruinas de la mansión. Negó con la cabeza.

—No podría ni aunque quisiera, y no quiero. —Se giró hacia Laura—. Vámonos.

—¿No quieres ver nada más, Oma?

—Ya he visto suficiente.

Al darse cuenta de que su abuela estaba demasiado alterada como para tomar una decisión racional, Laura sugirió:

—¿Quizá podamos regresar más adelante?

Charlotte se sentó en el lado del copiloto y cerró la puerta.

—No hay nada por lo que volver.

—¿Grunewaldsee estará así?

—No lo sé. —Charlotte miró Bergensee lo que esperaba que fuera la última vez. Triste, rota, con gitanos en el patio donde los carruajes y los coches de motor habían esperado antaño a príncipes y presidentes—. Grunewaldsee nunca fue tan grandiosa como Bergensee. Mi única esperanza es que ahora no esté tan ruinoso y abandonado. Greta tenía razón. No debería haber vuelto nunca.

Laura le agarró la mano.

—Cuanto antes te consigamos un hotel, una buena comida y una cama cómoda, mejor.

—Pareces mi madre. —Charlotte intentó sonreír entre lágrimas.

Laura puso en marcha el motor, cerró de un portazo el Fiat alquilado y condujo de vuelta a la carretera principal.

Capítulo 6

Laura tocó a la puerta de la habitación de Charlotte una hora después de que se hubieran registrado en el hotel. Cuando su abuela abrió, entró y miró alrededor.

—Tu habitación es idéntica a la mía.

—Sosa, sin alma, cómoda y fácil de limpiar. —Charlotte cruzó las puertas acristaladas que daban a una pequeña balconada sobre el lago.

—Nuestros balcones están juntos. Sólo tienes que llamar a la pared y puedo pasar de uno a otro.

—Haces que parezca que soy una vieja autoritaria y enferma que necesita atención constante. Lo próximo será que me des un bastón para golpear y un código. Un toque para «urgente», dos para «tienes tiempo de ponerte los zapatos».

—Estoy preocupada por ti. No logro decidir si estás mala o simplemente cansada. Charlotte sonrió.

—Físicamente exhausta por todos los viajes, y emocionalmente agotada tras ver Bergensee. Pensé que era lo bastante fuerte como para enfrentarme a cualquier cosa. Ha sido una desagradable sorpresa descubrir que no es así.

—Has sufrido una conmoción. Bergensee debió de haber sido toda una casa en sus buenos tiempos.

—Al ama de llaves de mi suegra le habría encantado contarte que tenía cuatrocientas sesenta y cinco habitaciones, hectáreas de mármol italiano, y obras de arte originales de Bartłomiej Pens y Piotr Kolberg en las paredes de las principales salas de recepción, los mismos artistas que decoraron la iglesia barroca de Swieta Lipka en el siglo diecisiete. Incluso había un cuadro atribuido a Leonardo da Vinci en el comedor.

—¿Podría seguir allí?

—Los rusos desvalijaron todas las casas de Prusia Oriental. Te prometo que no queda nada tras esas paredes rotas excepto habitaciones vacías.

—¿Y fantasmas? —aventuró Laura.

—Quizá. Pero no míos. —Charlotte volvió a la habitación y se dejó caer en una silla.

—Deberías habernos contado cómo era.

—Demasiada gente miraba hacia atrás en vez de hacia delante al final de la guerra, Laura. Eso era lo último que quería para mis hijos y mis nietos.

—Claus te habría arrastrado aquí hace años si hubiera sabido que tenía un hogar ancestral como ése.

—¿Como qué? —preguntó Charlotte—. No tiene tejado ni ventanas, hay gitanos viviendo en los edificios de afuera. Unos cuantos años de inviernos helados y veranos cálidos destruirán el material incluso más, haciéndolo tan inestable que habrá que

tirlarla antes de que se derrumbe.

—Todavía podría salvarse.

—Yo no puedo, ni Erich ni Claus —dijo Charlotte con decisión—. Cuando Alemania fue reunificada, el gobierno occidental decidió que no se darían compensaciones ni se reconocerían reclamaciones sobre tierras, edificios o posesiones perdidos en lo que es ahora territorio polaco.

—Pero puede que esté en venta —insistió Laura—. Poca gente querría una casa en esas condiciones. Podríamos conseguirla por poco.

—Incluso si lo hiciéramos, nadie de nuestra familia tiene el dinero necesario para reformar Bergensee, y menos para volver a dejarla como estaba. Además —le recordó Charlotte—, ninguno de nosotros habla polaco, así que ¿para qué querríamos vivir aquí?

—Nunca has dicho mucho sobre Grunewaldsee.

—Ya la verás por ti misma —respondió Charlotte de modo evasivo.

—¿Te gustaría cenar aquí, sola en tu habitación? —preguntó Laura con mucho tacto.

—Sé que es horriblemente antisocial de mi parte, pero ¿te importaría?

—En absoluto. Tengo que deshacer las maletas y orientarme. Me encanta explorar sitios nuevos por mi cuenta. Nunca sabes a quién vas a conocer.

—Gracias por ser comprensiva y por estar aquí conmigo.

Laura fue hacia la puerta.

—Sirven el desayuno hasta las diez. ¿Te llamo a las nueve?

—Te prometo que seré más humana entonces.

—Siempre eres humana, Oma.

Laura dio un beso a su abuela antes de dejarla en las sombras de un país desaparecido hacía tiempo y los fantasmas que sentía que se agolpaban hasta echarla de la habitación.

Miércoles, 20 de diciembre de 1939

Papá ha muerto. Incluso ahora, cuando escribo las palabras, no puedo creerlo. El telegrama llegó a mediodía. Murió anoche de un ataque al corazón en un hotel de Múnich. Han enviado su cuerpo a casa para el funeral. Mamá está histérica de dolor. He mandado venir al médico y la ha sedado. Llamó a las autoridades, que le dijeron que el féretro se sellará y no podrá abrirse bajo ningún concepto. Me explicó que los rasgos a veces se contraen durante un ataque al corazón y que deberíamos recordar a papá como era, no como estará ahora.

Estoy intentando ser fuerte y hacer lo que papá habría querido, simplemente porque no hay nadie más para organizar su funeral, aunque, como mamá, me gustaría meterme en la cama, cubrirme la cabeza con las mantas y olvidarme del

mundo.

El médico me prometió que mamá no se despertaría al menos durante seis horas, así que le pedí a Minna que se sentara con ella. Luego llamé al pastor y a papá y mamá von Letteberg. Como papá von Letteberg está en el Ministerio de la Guerra, esperaba que pudiera contactar con Paul y Wilhelm y organizar un permiso para que pudieran venir a casa al funeral. También llamé a Greta en Polonia. Fue horrible tener que contarle lo de papá por teléfono. Sonaba tan rara que después llamé otra vez a su alojamiento y se lo dije a una de las chicas de la BDM, que me prometió que vigilaría a Greta hasta que le den autorización para viajar.

Brunon estaba en la entrada cuando llegó el telegrama, así que le pedí que reuniera a los trabajadores. Debería haber sido mamá, Wilhelm o Paul quien les dijera que papá había muerto, pero como mamá no estaba en condiciones de ponerse frente a nadie y los chicos no se encontraban aquí, la responsabilidad me tocó a mí. Nunca me he sentido más inapropiada para una tarea.

Pero ahora que papá se ha ido, alguien tiene que administrar Grunewaldsee hasta que acabe la guerra y los gemelos regresen. Es justo que soporte tanta carga como pueda para librar a mamá de parte del trabajo y la preocupación. Ojalá no me sintiera tan mal con el embarazo.

Papá y mamá von Letteberg vinieron en coche desde Berlín y llegaron casi por la noche. Son maravillosos. Papá von Letteberg ya había telefoneado a los oficiales al mando de Wilhelm y Paul, y enviado un telegrama a Claus, que está fuera de su cuartel. Me ayudó a organizar el orden del servicio para el funeral de papá, que se celebrará en Nochebuena, y me prometió que se quedarían conmigo en Grunewaldsee hasta el día de Año Nuevo.

Piensan que estoy descansando, pero lo último que quiero hacer es irme a la cama. Sé que no podré dormir, y el médico no puede darme sedantes a causa del bebé. Así que fui a la habitación de mamá, envié a Minna a la cama, y ahora estoy sentada con mamá, escribiendo esto.

Es difícil creer que no volveremos a ver a papá, la puerta de su vestidor está abierta. Puedo ver su tocador y, encima, la caja con paneles de ámbar donde guarda sus gemelos y alfileres de corbata. Junto a ella están sus cepillos de plata para el pelo. Nunca los sacaba de Grunewaldsee porque pensaba que eran demasiado ostentosos para viajar. ¿Enviarán su ropa y sus cepillos de madera sencillos con él cuando vuelva a casa?

Llegaré a Allenstein el sábado por la tarde en el tren de las tres. Voy a ir a recibirlo. Mi suegro no quería que fuera, pero he insistido. Papá von Letteberg pidió que un coche fúnebre fuera a reunirse con el tren. Probablemente yo habría enviado a Brunon con una carreta. Tengo mucho que aprender. Soy afortunada de tener a Brunon. Pase lo que pase, debo esforzarme más por luchar contra mi

debilidad y mis náuseas. He de ser fuerte, por mamá, Wilhelm y Paul, porque, cuando termine esta guerra, los chicos regresarán, y es mi trabajo vigilar que las tierras de Grunewaldsee se administren adecuadamente hasta entonces, cuando ellos puedan tomar el control.

Nuestro hogar es muy valioso, y es mi deber y el de mis hermanos cuidar de él, mantenerlo a salvo y en buenas condiciones hasta que podamos dejárselo a la generación que vendrá después de nosotros, y también debo cuidar de mamá. Es lo que papá habría esperado de mí. He de ser fuerte. Simplemente debo serlo.

—Bueno, ahora que por fin estamos aquí, ¿qué te gustaría hacer primero? —preguntó Laura, mientras Charlotte y ella hacían cola en el bufé del desayuno.

—Comer, si queda algo. —Charlotte dio un paso atrás para evitar un codazo de un gran alemán que intentaba amontonar en su plato la mitad de las carnes frías del bufé.

Laura cogió una cesta de pan.

—¿Qué panecillos prefieres? ¿De sésamo, semillas de amapola, integrales, de leche?

—Elige tú.

—He estado pensando. Si no quieres ir a Grunewaldsee hoy, podríamos pasear por la ciudad. Por lo que vi por el camino, algunos edificios parecen antiguos e interesantes, y puede que haya alguna galería o tienda de artesanía.

—Hay una exposición de arte en el castillo —les informó tímidamente en inglés la camarera cuando les puso el café que habían pedido en la mesa—. Son carteles franceses del siglo diecinueve.

—¿Qué te parece, Oma? —Laura miró a su abuela.

—¿Eres tú muy sensible o soy yo muy obvia? —Charlotte cogió la cafetera y se sirvió una taza.

—No hace falta ser muy sensible para darse cuenta de que la visión de Bergensee te alteró. Fue terrible. Yo estaba llorando y no conocía la casa antes de que estuviera en ruinas.

—No soportaría ver Grunewaldsee en el mismo estado.

—Podríamos preguntar para averiguar si la casa sigue en pie.

—No —interrumpió Charlotte enseguida—. Sé que es irracional, pero no quiero hablar de Grunewaldsee con nadie hasta que haya estado allí y la haya visto por mí misma.

—Pero no puede quedar nadie en la ciudad que te conozca —dijo Laura.

—No, pero ya viste a los gitanos ayer. Conocían el nombre von Letteberg, sin embargo no podían haberse mudado a Bergensee hasta después de la guerra. Sus familias probablemente han vivido en esos edificios durante décadas. ¿No te

molestaría si apareciera alguien diciendo que son suyos?

—Tú no lo hiciste, y vivías allí —señaló Laura—. Y, si yo fuera ellos, me gustaría saber algo de la historia de la casa.

—Al contrario que tú, no creo que ellos tengan el más mínimo interés.

—No pueden culparte por querer visitar tu antiguo hogar.

—Por las historias que he oído de amigos que ya han vuelto, algunos de los actuales propietarios son más susceptibles que otros cuando se trata de enseñar a los antiguos dueños sus casas. —Charlotte puso mantequilla en un bollito y colocó encima una loncha de queso ahumado.

—Quizá saben que no pagaron nada y temen que la gente reclame sus hogares. — Laura vertió leche en su café.

—Legalmente, no se pueden hacer reclamaciones; los nuevos propietarios lo saben. Y bastantes dueños compraron sus casas al régimen comunista.

—Creía que eso no estaba permitido.

—Sucedía, sobre todo con trabajadores del gobierno como policías. —Charlotte se echó hacia atrás y miró la habitación. Aparte de unos pocos jóvenes ejecutivos, la mayoría de los demás huéspedes del hotel eran gente mayor que, según sospechaba, visitaban la ciudad por el mismo motivo que ella.

—Aún pienso que deberías enseñarle Bergensee a Claus.

—Estoy de acuerdo en que debería verla, si quiere. Pero incluso si podemos reclamar Bergensee o Grunewaldsee, y no podemos, ¿qué haríamos tu tío Erich o yo con las casas? Erich me dijo que apenas recuerda cuando vivía aquí. Sólo tenía cuatro años cuando se tuvo que marchar. —Charlotte cerró los ojos intentando olvidar la imagen de la huida de su tierra natal, que había quedado grabada en su mente de forma indeleble.

—Incluso en ruinas, Bergensee sigue siendo toda una mansión —musitó Laura.

—Espero que, quien quiera que sea, el nuevo propietario sea rico o rica. Ya has visto en qué estado se encuentra ese lugar. ¿Cuánto crees que costará? ¿Un millón de dólares demolerla? ¿Seis millones reconstruirla?

—Probablemente tienes razón —admitió Laura—. Pero después de ver la casa, envidio a Claus. La historia de su padre es mucho más interesante que la del mío, y no puedo imaginar tener un hogar ancestral como Bergensee y no querer vivir en él.

—Entonces menos mal que eres una Templeton y no una von Letteberg. ¿De qué demonios vivirías en mitad de Polonia, teniendo en cuenta que no sabes ni una palabra de polaco?

—Perdón, mi vena romántica no llega tan lejos como para pensar en cosas mundanas del día a día como el trabajo y pagar las facturas.

—Una vena romántica no es mala, siempre que la equilibres con un poco de realismo. Sin ella, nunca me habría convertido en artista. —Charlotte se rellenó la

taza de café—. Y aunque la historia de la familia de Claus puede ser más grandiosa que la tuya, no conozco otra más interesante. Tu padre me contó hace unos años que tu abuelo rastreó el árbol familiar de los Templeton hasta el siglo quince cuando se jubiló y se aficionó a la genealogía.

Laura hizo una mueca:

—Eran mercaderes textiles de Cheapside que no tuvieron la visión o el empuje para construir una Bergensee.

—Bergensee no era más que una casa. Rica o pobre, una persona sólo puede vivir en media docena de habitaciones como mucho, y eso incluye el cuarto de baño y la cocina. Los sirvientes e invitados llenaban el resto de Bergensee, lo que significaba que ninguno de nosotros tenía ni un momento de privacidad o paz cuando estábamos allí. —Charlotte echó a un lado la taza de café y el plato—. ¿Vamos a dar un paseo por la ciudad?

—Me gustaría. —Laura dejó la mesa.

—Dentro de una hora. —Charlotte quería leer más de su diario para poder avanzar desde la tragedia de la muerte de su padre—. Desde que cumplí los ochenta, me gusta tomarme un pequeño descanso después del desayuno.

—Dentro de una hora está bien, Oma. Eso me da tiempo para mirar el correo.

—¿Sigues trabajando?

—Ansiosa por saber lo que piensa la cadena de mi último documental. Ya deberían tener los discos.

Domingo, 24 de diciembre de 1939

Brunon y los trabajadores no deseaban poner el árbol de Navidad en la entrada como siempre, pero insistí. Papá no habría querido decepcionar a los hijos de los trabajadores, especialmente en tiempo de guerra, cuando hay tan pocas esperanzas. Intento hacerlo todo como papá lo habría hecho si estuviera aquí. Mamá sigue demasiado enferma como para abandonar la cama.

Papá von Letteberg y yo fuimos ayer a la estación, y allí encontramos a Greta intentando coger un taxi. No sé por qué no telefoneó a casa para decirnos cuándo llegaba. Habría enviado a Brunon a buscarla. Esperó con nosotros el tren de Múnich que traía a papá. Quería hablar con ella, pero la estación no era el lugar adecuado, y cuando llegamos a casa encontramos a *Frau* Gersdoff, la florista, esperando para vernos. Después de elegir y encargarse las coronas y flores para papá, Greta se encerró en su cuarto. La oí llorar, pero como yo quería hacer lo mismo, no se me ocurría nada que decirle para que parara.

Tuvo una horrible discusión con *Frau* Gersdoff. Por lo visto, hay escasez de rosas rojas, lo cual no es sorprendente en esta época del año. Greta quería una corona de doscientos capullos, pero tuvo que contentarse con una docena de rosas

y unos cuantos lirios. Le dije que papá habría odiado un despliegue ostentoso, sobre todo en tiempo de guerra, pero no me escuchó y se negó a discutir el servicio fúnebre que papá von Letteberg y yo habíamos preparado. Le pregunté a mamá si aprobaba los himnos que habíamos elegido, pero no podía ni hablar, así que no fue de ninguna ayuda.

Wilhelm y Paul llegaron hoy a la hora del almuerzo, y ahora todos nos estamos vistiendo para el servicio. Irena y sus padres, y Manfred, que está en casa de permiso, van a venir, y papá y mamá von Letteberg, por supuesto, así como todos nuestros arrendatarios y los trabajadores de las tierras. No sé quién más estará allí, pero desde que he subido he estado escuchando coches entrando en el patio y el sonido de pasos caminando lentamente por el hielo y la nieve del sendero hacia la iglesia.

Fui allí esta mañana a comprobar las flores. Fue horrible ver la cripta abierta para recibir a papá. Simplemente no soporto el pensamiento de que metan ahí su féretro junto al de Opa y Oma y todos los demás von Datski. No he oído ni una palabra de Claus, lo cual todo el mundo menos yo encuentra extraño. Me siento fría y vacía. Pensé que el matrimonio marcaría el fin de mi infancia, pero no fue así. Papá siempre estaba ahí para quererme, protegerme y guiarme. Ahora que estoy sin él, me siento muy sola y cansada.

Charlotte insistió en conducir el coche de alquiler hasta el centro de Allenstein. Se dirigió al barrio antiguo de la ciudad y aparcó en una amplia calle tranquila bordeada de árboles. Laura miró los sólidos edificios.

—Estos bloques de apartamentos parecen de antes de la guerra.

—Lo son. Es de lo más peculiar. Esta calle no ha cambiado en más de sesenta años. La gente y los gobiernos han ido y venido, pero la vida doméstica sigue adelante aquí a pesar de todo. Los Muller vivían en el primer piso. —Charlotte señaló un bloque Art Decó que no habría parecido fuera de lugar en Nueva York—. Sobre ellos estaban los Heine, y ése en lo alto encima de la tienda era el hogar de los Freiberg; su padre era primo segundo de mi padre.

—¿Todos se fueron cuando los rusos invadieron esto al final de la guerra? —preguntó Laura.

—No. *Frau* Muller y su marido nunca fueron muy listos, pobrecillos. Se casaron mayores y tuvieron una hija, Nina. Era muy amiga mía. Estaba trabajando en Berlín cuando llegaron los rusos. Luego oí que había sobrevivido a la guerra. Su padre trabajaba en el ferrocarril. Su tren tenía que ir al este, y aunque lo que quedaba del ejército alemán estaba huyendo de los rusos que avanzaban, se empeñó en cumplir el horario que le habían asignado y dirigirse derecho hacia ellos. Su mujer no se quiso marchar sin él, aunque los vecinos se lo rogaron. Insistió en esperar a que regresara.

—¿Qué pasó?

—Nadie descubrió el destino de *Herr Muller*, aunque lo supusimos. *Frau Muller* fue violada y asesinada por un grupo de soldados rusos que tiraron su cadáver a la calle. Un soldado alemán de la ciudad que había sido capturado por los rusos escribió años más tarde sobre lo que había presenciado aquí. Por lo visto la dejaron allí durante días.

Laura se quedó mirando la ventana que Charlotte había señalado. Era difícil imaginar las terribles escenas que tuvieron lugar en una zona ahora tan tranquila.

—¿Y tus parientes los Freiberg?

—*Herr Freiberg* era farmacéutico. Se envenenó a sí mismo, a su mujer y a sus cuatro hijos. El mayor tenía doce años y los tutores de la escuela de música lo consideraban un niño prodigio.

—No tenía ni idea de lo que sucedió en Prusia Oriental al final de la guerra. — Las lágrimas acudieron a los ojos de Laura.

—Es muy extraño estar aquí de nuevo. —Charlotte observó el antiguo convento delante del bloque de apartamentos. Era exactamente como recordaba: pintado de color crema y marrón, con monjas vestidas de blanco y negro subiendo y bajando los escalones de la iglesia católica de enfrente—. Ésta es mi ciudad natal. Conocía cada calle, las familias de casi cada bloque. Compañeras de clase, familiares, conocidos de los negocios de mi padre; gente que era tan parte de mi vida diaria que yo la daba por supuesta. Me siento como si me hubiera despertado en una pesadilla en la que los edificios han envejecido y la gente ha desaparecido, pero yo sigo siendo joven. —Le dedicó a Laura una triste sonrisa—. Eso es lo peor de la vejez. Por dentro no me siento distinta a cuando tenía dieciocho años. Y estar aquí me hace pensar que si giro esa esquina, los achaques y dolores de articulaciones desaparecerán, y mis hermanos me estarán esperando en uno de sus coches nuevos.

Laura la tomó del brazo.

—No puedo imaginar lo que es soportar lo que tú has soportado. Ver tu ciudad vacía. Tener que huir para salvar la vida, y ahora volver para descubrir que todos se han ido y todo ha cambiado.

—No todo. —Charlotte echó un vistazo al convento.

—¿Vamos a visitar la exposición del castillo?

—La camarera del hotel me dijo que hay una heladería excelente cerca. ¿Qué es lo que dicen? «¡Come todo el helado que puedas antes de que el médico te lo prohíba!». Vayamos cuando hayamos visto todo lo que queramos en el castillo, y pidamos los helados más grandes que tengan.

—¿Y después? —preguntó Laura.

—Después regresaremos al hotel, comeremos y descansaremos un poco antes de alquilar uno de esos paseos en coche de caballos alrededor del lago que anuncian en

la recepción.

Charlotte tomó a su nieta del brazo, y caminaron colina arriba hacia el castillo de ladrillo rojo del siglo catorce. No mencionó que el lago era el mismo que bordeaba Grunewaldsee.

La casa principal estaba a cierta distancia, pero podía verse desde algunos puntos de la orilla, y esperaba averiguar si las paredes seguían en pie. También quería saber si la pequeña casa de madera que su padre reformó con tanto cariño para la luna de miel de Wilhelm e Irena en diciembre de 1939, y que después le había servido como refugio y santuario durante el verano más feliz de su vida, había sobrevivido al nuevo milenio.

Lunes, 25 de diciembre de 1939

Dejamos descansar a papá en la cripta a las cuatro de la tarde de ayer. El pastor tuvo que restringir la entrada a la iglesia a la familia y los amigos íntimos. Fuera, en la nieve había una multitud de pie, los hombres descubiertos para mostrar su respeto. Había cientos y cientos. Creo que toda la ciudad estaba allí. No tenía ni idea de que papá conociera a tanta gente.

Aunque mamá no había abandonado la cama desde que recibimos el telegrama, insistió en ir a la iglesia. Dijo que si no la hubiéramos dejado, habría lamentado el resto de su vida no haberse despedido de papá.

El médico le permitió asistir al servicio con la condición de que regresara a la cama inmediatamente después. Greta y yo la ayudamos a vestirse y, como nos preocupaba que pudiera desmayarse, Paul y Wilhelm iban uno a cada lado y se sentaron con ella. Fue espantoso seguir al féretro desde la casa camino abajo hasta la iglesia.

Brunon y cinco de nuestros trabajadores más antiguos llevaron a hombros a papá en su último viaje. Paul y Wilhelm los seguían con mamá. Greta caminaba conmigo. Sentí una mano en mi hombro cuando llegamos a la iglesia. Me volví y vi a Claus detrás de mí. Parecía enfermo. Después me contó que había viajado sin descanso durante tres días y sus noches. Estaba de maniobras cuando oyó la noticia de la muerte de papá, y aunque su oficial al mando le dio permiso inmediato para marcharse, hubo problemas con los trenes a causa de las vacaciones de Navidad.

Nunca pensé que escribiría esto, pero fue bueno tenerlo junto a mí en la iglesia. Entró en la cripta con nosotros cuando metieron el féretro de papá, y me acompañó de vuelta a casa tras el servicio. Vino mucha gente a presentar sus respetos. Menos mal que la esposa de Brunon, Martha, se había encargado de organizar la comida. No tengo ni idea de dónde la encontró, pero había té y café de verdad, y vino y coñac suficiente para todos. Los pasteles, las conservas y los sándwiches que

comieron los asistentes probablemente han agotado toda nuestra ración de comida para el próximo mes, pero no importa. Lo importante es que papá fue enterrado con respeto y las ceremonias adecuadas.

Cuando casi toda la gente de la ciudad se hubo marchado, Greta y yo ayudamos a mamá a desvestirse, y el médico le dio otro sedante. Como Greta se empeñó en sentarse con mamá, yo fui a buscar a Claus. Estaba en el salón con Wilhelm, Paul, los Adolf, sus padres y unos cuantos parientes y amigos íntimos. Me dijo que tenía que marcharse el día después de Navidad. Ni él ni los gemelos dijeron mucho sobre lo que está pasando en Polonia, pero cuando *Herr Adolf* y algunos otros hombres preguntaron cuándo pretende la Wehrmacht sacar a los ingleses de Francia, no fueron muy comunicativos, así que supongo que pronto habrá lucha en Francia.

Sabía que Claus quería estar a solas conmigo, pero eso era lo último que yo deseaba, así que fui a la entrada a supervisar la decoración del árbol de Navidad. Minna había hecho disponer unas mesas para los regalos de la familia. Los míos estaban arriba en mi habitación, pero no me parecía correcto llevarlos abajo y ponerlos en el recibidor el mismo día que habíamos enterrado a papá, así que por respeto a él, Brunon y yo decidimos romper la tradición.

Como no queríamos celebrar la Nochebuena el mismo día del funeral de papá, pensamos que los hijos de los trabajadores vinieran a ver el árbol esta mañana, y también abrimos entonces nuestros regalos. Fue extraño celebrar las pequeñas ceremonias, pues eso eran, un día tarde y después del desayuno. La Navidad nunca volverá a ser lo mismo para mí.

Antes de irse a la cama, mamá repitió que la boda de Wilhelm e Irena debería seguir adelante como estaba planeado, porque papá no habría querido que la pospusieran por su culpa.

Todos, incluida yo, decimos a cada momento: «Eso es lo que papá habría querido». Lo decimos sin pensar. Incluso lo he escrito aquí, pero cuando mamá empezó a hablar de la boda, me di cuenta de que ninguno de nosotros podía saber lo que papá querría si ya no está para decírnoslo.

Envié a Minna arriba a coger mis regalos para todo el mundo, pero le dije que los escondiera en la sala de costura hasta la mañana de Navidad. Y le pedí a Brunon que bajara otra mesa del desván para los regalos de boda de Wilhelm e Irena. Fue entonces cuando mamá von Letteberg notó lo impaciente que estaba Claus por quedarse a solas conmigo, así que insistió en relevarme en la organización para que Claus y yo pudiéramos subir.

No tenía ni idea de cuánto me molestaría su presencia en la habitación que había sido mía desde que era un bebé. Aunque la cama de cuatro columnas que mamá había mandado poner en el dormitorio durante la luna de miel es enorme, no

podía soportar la idea de compartirla con Claus. Y ahí estaba él. Tumbado en la ropa de cama bordada con su uniforme, tras haber dejado las botas sucias fuera en el pasillo para que Brunon se las llevara abajo y las limpiara.

Claus me besó y alabó mi figura. Le dije que he estado demasiado ocupada vomitando como para ganar peso. Dijo que está muy contento por el bebé y que sabía por las cartas de su madre que no me encontraba bien y que le echaba de menos. Intenté sonreír pero me costó mucho trabajo. Sólo podía pensar en papá yaciendo en aquella cripta helada. Papá, que siempre había odiado el frío.

Claus sugirió que tomáramos algo de vino y fuéramos a la cama. No eran más que las nueve, pero dijo que parecía tan exhausta como él. No tenía sentido discutir, porque sabía que todos esperaban que permaneciéramos aquí hasta la mañana.

Me pregunto si me estoy acostumbrando a las cosas que me hace, o si de veras fue menos brusco. No dolió tanto como recordaba, aunque aun así fue desagradable y después tuve unas náuseas terribles, pero para entonces Claus estaba dormido, así que no importaba. Me senté a escribir, porque no podía soportar estar tumbada junto a él escuchando sus ronquidos. Luego, a las tres sentí mucha hambre y sed, y me di cuenta de que apenas había comido nada desde que papá había muerto, así que me puse la bata y salí de la habitación.

La casa estaba en silencio. Fui a ver a mamá. Greta se había quedado con ella, probablemente para que todo el mundo sepa que es una mártir, aunque no tenía que haberse molestado, porque estaba dormida en la *chaise lounge*, así que si mamá hubiera querido algo, Greta no habría servido de mucho. Y estaba dormida muy profundamente, porque no se movió cuando entré a hurtadillas y apagué todas las luces excepto la pequeña junto a la cama de mamá.

Incluso *Putzi* apenas levantó la cabeza de su cesta cuando bajé las escaleras; menuda perra guardiana. Alguien había llenado todas las mesas con regalos. Había varios con la letra de Claus, así que supe que debía haberle dado la maleta a su madre para que la vaciara.

Mientras iba a la cocina escuché un ruido en el despacho de papá, y me quedé helada, medio esperando que estuviera allí. Estaba aterrada cuando empujé la puerta. No era papá, sino Wilhelm e Irena. Habían cerrado con llave la puerta que daba a la entrada, pero no se habían molestado con la pequeña que daba a la parte de la casa de los sirvientes. Estaban en pie delante de la chimenea, susurrando tan bajo que no podía oír lo que decían. Irena estaba desabrochando los pantalones de Wilhelm, algo que no me podía imaginar haciéndole a Claus, luego le ayudó a desvestirse mientras él la desnudaba a ella.

Me quedé allí, preocupada por si al moverme veían mi reflejo en el espejo sobre la chimenea, y también, aunque me avergüenza admitirlo, quería ver si

Wilhelm hacía a Irena tanto daño como Claus a mí.

Pero cuando ambos estuvieron desnudos, se tumbaron uno junto al otro en la alfombra frente a la chimenea. Irena besó a Wilhelm por todas partes. Cada centímetro de él. Me quedé impresionada. Sólo la idea de besar a Claus en los labios me da arcadas. Luego él empezó a acariciarla y a besarla. Debería haberme ido, pero es que sencillamente no podía creer lo que veía de Irena. Le dejaba hacer lo que quería, y sonreía y se reía todo el rato como si le gustara que él la tocara. Si le dolía algo no mostraba ninguna señal.

¿Podría tener razón Nina? ¿De verdad algunas mujeres quieren que los hombres les hagan esas cosas? Era obvio por lo que Irena le estaba haciendo a Wilhelm, y él a ella, que no era la primera vez que estaban a solas y desnudos.

Me escabullí hasta la escalera y subí a la habitación, donde estoy escribiendo esto. Claus sigue durmiendo. Estoy cansada y mareada, y sigo hambrienta porque no fui a por nada de comer por si hacía ruido y molestaba a Wilhelm o Irena.

No puedo entender a Irena yaciendo desnuda sin avergonzarse en los brazos de Wilhelm. ¿Es mejor actriz que yo? ¿O puede ser que de verdad le guste hacer el amor?

¿Es mi disgusto por las cosas que me hace Claus culpa mía? ¿Debería intentar con más entusiasmo ser su esposa? Desearía tener a alguien con quien hablar. Siempre me he sentido más cerca de Irena que de Greta. Hablamos de todo. Quizá cuando se case con Wilhelm pueda discutir el lado privado de la vida marital con ella. Espero que sí.

Laura se asomó fuera del carruaje abierto para comprobar que el cochero sólo fingía azotar a los dos caballos grises que tiraban de su vehículo. Cuando se hubo asegurado, volvió a sentarse y dijo:

—Este paisaje me recuerda a algunas de las zonas más aisladas de Maine. Esa extensión de bosque parece que no ha cambiado en siglos.

—Probablemente no lo haya hecho —asintió Charlotte, ausente. Examinó la orilla buscando una señal de la casa junto al lago de Grunewaldsee. Si estaba allí, no podía verla, ni las paredes de las edificaciones anejas. Pero donde recordaba árboles jóvenes ahora se alzaban altos troncos, y una maleza que habría ocultado cualquier pared superviviente de la vista.

Laura observó un par de botes neumáticos que se dirigían hacia un embarcadero.

—¿Alguna vez navegaste en este lago cuando vivías aquí, Oma?

—Sí, pero nuestras barcas no eran tan elegantes ni coloridas como éstas.

—¿Usted vivía aquí? —Una entrometida mujer mayor con el pelo teñido de rubio y acento americano en su inglés interrumpió la conversación.

—Hace mucho tiempo —admitió Charlotte, deseando no haber accedido a la

petición del cochero de compartir el carruaje con otras dos huéspedes del hotel. Le había ofrecido un descuento, y eso no había influido, pero sí la hora de espera para el siguiente carruaje.

—Igual que yo —dijo la mujer con vehemencia—. Mi familia vivía en la calle del Lago. Quizá los recuerde, los Schuler.

Charlotte negó con la cabeza.

—La única familia que conocía en esa calle eran los Adolf.

—Los recuerdo. Tenían un hijo comunista, que siempre estaba metido en problemas con la policía, y una hija preciosa, Irena. Se casó bien, con uno de los aristócratas, un von Datski. Pero luego todos saben lo que les pasó; fue una gran desgracia en aquella época...

—¿Una desgracia? —Laura miró inquisitiva a la mujer, y luego a su abuela.

Charlotte la interrumpió. Lo último que quería era que aquella extraña le contara a Laura una versión de cotilleo de la historia familiar.

—¿Ha vuelto a ver su antiguo hogar?

—Quería enseñar a mi hija dónde nació. —Señaló con la cabeza a una versión más joven de ella misma sentada a su lado—. La señora de Charles Grant III.

—Encantada de conocerla. —Charlotte le ofreció la mano—. Ésta es mi nieta, Laura Templeton.

—Es usted inglesa.

—Sí —respondió Laura.

—Estamos girando. —Charlotte cogió a Laura del brazo—. Si nos excusa, me gustaría concentrarme en las vistas.

—Y a mí. Por supuesto, nada de esto estaba desarrollado en nuestra época, y ahora fíjese. Todos los bosques de este lado del lago talados para dejar sitio a esas pequeñas cabañas, casas de veraneo y huertos. Han destrozado por completo el paisaje.

—Probablemente no para la gente que vive de las hortalizas —comentó Charlotte—. El precio de los alimentos se ha disparado desde que los comunistas cayeron del poder.

—Y en buena hora. ¿Su familia tenía propiedades en Allenstein?

—Algunas —respondió Charlotte con cautela.

—Por supuesto, los alemanes que huyeron en mil novecientos cuarenta y cinco no pueden reclamarlas, pero los polacos que escaparon del ejército ruso sí. Estoy aquí porque oí que la antigua casa de mi padre estaba en venta.

—¿Va a comprarla?

—Ya lo he hecho. Ha sido una ganga. Sólo cuarenta y cinco mil dólares.

—¿Qué va a hacer con ella?

—Reformarla, para empezar. No la ha tocado ni una brocha desde que nos

fuimos. Cuando esté modernizada, se la alquilaré a los turistas. Una casa de alquiler es más barata para una familia que un hotel, y ésta es una buena base desde la que visitar los lagos de Masuria. Hola, Ranolf. —La mujer saludó a un hombre mayor que caminó hacia el carruaje mientras éste se detenía para negociar el viaje al hotel—. He conocido a esta encantadora señora y su nieta. Es otra refugiada que viene a enseñar a sus parientes el viejo país. Tenemos que traer a nuestros nietos el año que viene. —Se volvió hacia Charlotte—. Mi marido, Ranolf Hedley IV. Lo siento, ¿cómo ha dicho que se llama?

—Charlotte Templeton. Si nos perdonan, debemos irnos. Estamos esperando una llamada de teléfono.

—¿«Templeton»? —repitió Laura mientras caminaban hacia la zona de cafetería exterior—. Nunca te había oído usar el apellido del abuelo antes. ¿Por qué no le contaste quién eres a esa mujer?

—Porque es una creída. Ya la has oído hablar sobre los aristocráticos von Datski y su desgracia.

Laura se cruzó de brazos.

—¿Cuál fue la desgracia?

—Fue una desgracia sólo para los nazis suficientemente viejos como para recordar los años de Hitler. —Charlotte evitó responder la pregunta—. Y para los que no lo son, se ha formado un mito alrededor de las familias aristocráticas prusianas. ¿Quién puede decir hoy lo ricos, espléndidas y poderosas que eran? No hay nada como la pérdida, el tiempo y la distancia para otorgar distinción a cualquier clase, por no mencionar el gran aumento de las cantidades. He oído a gente que vivía en los barrios bajos de la ciudad asegurar que su familia poseía enormes haciendas.

—¿Nunca los has corregido?

Charlotte sonrió.

—¿Para qué? Se tardaría años en demostrar algo en algún sentido, y ¿para qué disgustarlos?

—Nunca me has hablado de tu infancia.

Charlotte cogió la mano de Laura.

—Aquella ruina que ves era una torre de vigilancia del siglo catorce. Mis hermanos y yo solíamos coger una barca, remar por el lago y merendar allí cuando éramos niños. —Vaciló—. Te contaré más, Laura, cuando hayamos visitado Grunewaldsee. Hasta entonces quiero aferrarme a mis recuerdos, porque mientras permanezcan prisioneros aquí —se dio unos golpecitos en la frente—, seguirán siendo únicamente míos. Cuando te haya hablado de ellos se convertirán en el pasado, en historia. Por el momento, aparte de Bergensee, mis muertos vuelven a estar vivos, y me gustaría vivir con ellos un poco más.

Capítulo 7

Domingo, 16 de junio de 1940

Ha pasado mucho tiempo desde que tuve tiempo libre para escribir en este diario, pero, como nos dicen constantemente por la radio, todos debemos trabajar duro en un país en guerra, las mujeres igual que los hombres. Con mamá enferma y los gemelos en Francia, como ya había anticipado, la administración de Grunewaldsee ha recaído sobre mí. Wilhelm sugirió a Greta que dejara su actividad en la BDM para ayudar, pero ella dijo que su trabajo implementando el programa de realojamiento del Reich era demasiado importante, ya que no sólo concernía a la guerra, sino a todo el futuro del Tercer Reich.

Le supliqué a Wilhelm que no discutiera con ella. Estoy contenta de asumir sola la responsabilidad de nuestro hogar, porque odiaría volver a vivir con Greta. Dirigir la hacienda es una carga, pero que resulta bienvenida, ya que me deja poco tiempo para pensar en lo mucho que echo de menos a papá o en mi matrimonio con Claus.

He descubierto cuánto trabajo duro se necesita para que todo vaya bien en Grunewaldsee. Muchas cosas que siempre di por hechas necesitan mucha organización. Estaba acostumbrada a coger los arreos limpios y brillantes; ordenar a los mozos del establo que ensillaran mi caballo; entrar en el comedero de los animales y ver los cubos llenos. Ahora, nada más que escribir las tareas semanales me lleva todo un día; y eso sin mantener las cuentas actualizadas, rellenar formularios del departamento de guerra y emitir y pagar facturas. El trabajo de oficina ocupa dos, a veces tres días a la semana; tiempo que preferiría pasar ayudando a Brunon a supervisar a los trabajadores. Hay mucho que necesito aprender.

Me gustaría haberme molestado en escuchar más a papá cuando estaba vivo, pero creía que tenía todo el tiempo del mundo. Y en aquellos días no podía imaginar Grunewaldsee sin él o sin los chicos.

Trabajo en el despacho de papá, y, a menudo, miro el documento enmarcado que hay colgado en la pared frente al escritorio. Es una copia del fuero que otorga el lago de Grunewaldsee y las tierras de alrededor al primer Wilhelm von Datski para vivir aquí. Lo firmó el Gran Maestre de la Orden de los Caballeros Teutones en 1286. A veces me siento abrumada por la larga línea de von Datski que han vivido aquí antes que yo, y siento su desaprobación ante las decisiones que yo, una mujer, y tan joven, me veo obligada a tomar en nombre de la familia.

Antes de irme a la cama, a menudo me quedo en el balcón de mi dormitorio, mirando al lago e imaginando no sólo a todos esos von Datski muertos a lo largo

de los siglos, sino a todos los que vivirán aquí después de mí. Espero no ganarme también su desaprobación. Sería terrible pasar a la historia de la familia como la Charlotte von Letteberg, de soltera von Datski, que arruinó la hacienda, o la llevó a la bancarrota, pero con suerte, y con la ayuda de Brunon, evitaré cometer errores graves.

Quiera Dios que algún día mis nietos jueguen aquí con los de Wilhelm y Paul. Irena espera un hijo para septiembre. Wilhelm y ella están en éxtasis, pero nadie podría estar más contento que mamá. Dice que sabe que Irena tendrá un niño, que asegurará la continuidad del linaje von Datski en el Reich de mil años del Führer. No puedo ni imaginarme cómo será Grunewaldsee dentro de mil años. Con suerte, igual y tan perfecta como ahora.

Confío totalmente en Brunon. Papá siempre dijo que es el mejor administrador que Grunewaldsee ha tenido en su historia. Sabe más que nadie sobre la hacienda. Me alegra que sea demasiado mayor para servir en el ejército, porque en lugar de los hombres capaces que se han alistado, nos han dado chicas del ejército de tierra y civiles polacos.

Las chicas del ejército de tierra se han alojado con las familias de los hombres que están fuera luchando. Al principio fue difícil, pero cuando las viudas supieron que les pagarían por albergarlas, estuvieron de acuerdo. Metimos a los polacos en algunas de las cabañas más viejas, que papá siempre pensó en reformar, pero, por diversas razones, nunca llegó a hacerlo. Su ración de comida es menor que la nuestra, pero yo la he aumentado. No eran ni remotamente suficientes para trabajadores del campo.

Brunon les dijo que pusieran las cabañas lo más cómodas posible, y les dio madera para reparar las puertas y ventanas, así como algunos muebles viejos que teníamos en el desván. Han hecho un buen trabajo; las cabañas tienen ahora mejor aspecto del que han tenido desde hace años.

Llevó un tiempo, pero, de momento, al menos, todo parece ir bien, aunque tengo que mantener los grupos completamente separados, porque las chicas alemanas miran con desprecio a los polacos y no pierden ni una oportunidad de denigrarlos. Recibimos una directiva del despacho del Gauleiter^[12] que decía: «Todos los alemanes deben tratar a los trabajadores polacos del Reich con una actitud que corresponda a nuestra dignidad nacional y a los objetivos de la política alemana». Me sentí confusa cuando lo leí, pero Brunon dice que es una advertencia sobre que no debemos ser demasiado amistosos con los polacos. No necesitaban haberse molestado en enviarnos el papel. Apenas tengo tiempo de ver a mi propia familia.

La cosecha de este año será buena, pero no ganaremos mucho dinero, porque tres cuartas partes de la misma han sido requisadas por el ejército y tenemos que

vendérselas al precio que ha fijado. Pero será un pequeño sacrificio si eso significa que la guerra acabará antes.

Han muerto muchos en Francia las dos últimas semanas, incluidos cuatro chicos de mi orquesta; Peter era uno de ellos. El querido Peter, que era tan divertido, aunque a veces resultara un fastidio y una molestia. Mamá y papá von Letteberg recibieron el telegrama hace tres días, pero murió el 30 de mayo. Fue un gran golpe para los dos, como también lo será para Claus. Mi pobre cuñado; fuimos parientes tan poco tiempo...

Aún no he explicado el motivo por el que he vuelto a coger la pluma después de todo este tiempo.

Mi hijo, Erich Peter Claus von Letteberg, nació a las dos en punto esta mañana, dos días después de que nuestra bandera pasara bajo el Arco del Triunfo y nuestros soldados marcharan por los Campos Elíseos.

El parto fue una agonía. El médico me dio tanta morfina como se atrevió, y si no hubiera sido por Minna y mamá von Letteberg, creo que habría muerto, pero cuando todo pasó y vi a mi querido hijo por primera vez, no podía creerlo. Un niño precioso, rubio, de ojos azules, tan vivo, enfadado y perfecto, y exactamente igual que su padre, o eso me aseguraron mamá y papá von Letteberg.

Vinieron en coche desde Berlín para verme en cuanto recibieron la noticia de la muerte de Peter, porque quisieron contármelo ellos mismos. Fue muy considerado de su parte, y me hizo sentir verdaderamente como hija suya. Y se quedaron cuando me puse de parto poco después de que llegaran.

Adoran al pequeño Erich. El pobre Peter murió antes de convertirse en tío. Claus ya había escrito aceptando que si teníamos un hijo llevara el nombre de mi padre, pero también lo he llamado Peter por su hermano.

Sé que Claus intentó conseguir un permiso, pero me alegró que no lo consiguiera, porque habría venido a casa a oír mis gritos llenando la mansión durante dos días con sus noches. Papá von Letteberg me dijo que no se podía prescindir de ningún soldado alemán en la gran ofensiva de Francia, pero utilizó sus influencias para telefonar a Claus y contarle que tenía un hijo. Claus dijo que ahora que los ejércitos ingleses y franceses se habían rendido y que Alemania había liberado a Europa de la presencia de las tropas aliadas, quería que sus padres y yo lo visitáramos en París. Papá von Letteberg dijo que para él era imposible, pero no para su mujer y para mí. Pobre mamá von Letteberg; lo único que quiere hacer ahora es abrazar a Erich y hablar de Peter. Lo han enterrado en Francia, así que no habrá funeral, sólo un servicio en su memoria.

En cuanto a mí, Claus tendrá que esperar hasta que vuelva a estar bien. El médico me ha advertido que como el parto de Erich ha sido tan complicado, tardaré al menos dos años en recuperarme; además, Erich es demasiado pequeño

para viajar. Me alegra tener una excusa. Quizá me sienta distinta sobre ver a Claus de nuevo dentro de un mes o dos. Aunque no lo creo.

Cuando miro a mi hijo durmiendo junto a mi cama, en la cuna que usamos Greta, mis hermanos y yo, rezo por que la guerra acabe pronto y no vuelva a haber otra. La idea de que dentro de dieciocho años puedan reclutar a Erich y muera como Peter me hace desear cogerlo en brazos y ocultarlo del mundo, para que no conozca nunca el daño ni el dolor.

Un tren viajando de París a Prusia Oriental con escala en Berlín
Viernes, 23 de agosto de 1940

Regreso a Grunewaldsee tras pasar dos semanas con Claus en París. Como lo han ascendido a coronel, le resulta imposible conseguir un permiso. No me daba ninguna pena hasta que Greta llegó a Grunewaldsee a primeros de mes con Helmut Kleinert, un pariente lejano de un primo segundo de papá. Anunció que se quedarían dos semanas porque necesitaban unas vacaciones, aunque se me escapa por qué cree que merece más que los chicos del frente.

Greta estaba tan irritante y sarcástica como siempre, y cada vez que entraba en la casa o iba a las tierras, me seguía, así que al final acepté la invitación de Claus. Le dije a mamá que podía ir porque Greta estaba allí para cuidarla.

Greta conoció a Helmut en Berlín. La transfirieron al cuartel de la BDM allí en Pascua. Ella y Helmut celebraron su compromiso con sus compañeros de trabajo, lo cual me parece muy bien, dada la situación alimenticia en Grunewaldsee. A papá le habría gustado Helmut, es un joven tranquilo y agradable, pero habría odiado el anillo de compromiso tan vulgar de Greta. Me dijo que lo había elegido en persona. A mí me daría vergüenza admitirlo. No tendría el valor de llevar un diamante tan ostentoso, sobre todo estos días de austeridad en tiempos de guerra.

El padre de Helmut fabrica armamento, y ha usado su influencia para asegurar un puesto de oficinista en Berlín para su hijo, lo que significa que Helmut nunca tendrá que luchar en el frente. Greta siempre ha buscado su propio interés antes que nada, incluso que el bienestar de la Madre Patria.

Cuando dejé Grunewaldsee, me preocupaba llevar a Erich a una ciudad que podría ser bombardeada, pero simplemente hubo una alerta en todo el tiempo que estuvimos en París, y fue una falsa alarma. Me quedé con Claus catorce días... con sus noches.

Era un viaje tan largo que insistió en que sería ridículo que hiciera el esfuerzo para menos tiempo. El único motivo por el que acepté era que no quería regresar a Grunewaldsee hasta que Greta se hubiera marchado. Así podría volver a dirigir la hacienda sin preocuparme de organizar cenas formales y de entretenerla.

Si la actitud de Greta es un ejemplo de lo que sucede en Berlín, es hora de que

la gente de allí se entere de lo que está pasando en el resto del país. Hay escasez de todo: comida, ropa, combustible. A veces es imposible encontrar la ración asignada de comida, y el cielo sabe que ya es bastante pequeña. Sin embargo, Greta y Helmut se comportan como si no hubiera una guerra. Suponen que tenemos reservas ilimitadas de carne, mantequilla y huevos sólo porque vivimos en el campo.

Irena me dijo que su padre tiene tan pocos trabajadores para su negocio de construcción que ha pedido a las autoridades prisioneros de guerra. A mí no me gustaría tener prisioneros ingleses y franceses en Grunewaldsee. Me daría demasiado miedo que sabotearan nuestros esfuerzos por incrementar la producción.

He escrito sobre todo el mundo excepto Claus. Lo mejor que ha salido de nuestro matrimonio está durmiendo en su cochecito junto a mí. Claus usó su rango para conseguirnos un vagón para nosotros, por si Erich entraba en contacto con gente con alguna enfermedad contagiosa. No debe de haber sido fácil, ni siquiera para un coronel. Todos los trenes están abarrotados y los permisos para viajar escasean, pero Claus, como sus padres, adora a nuestro hijo y haría cualquier cosa por protegerlo, incluso usar su rango para obtener privilegios, algo que nunca haría por mí o por sí mismo.

Por primera vez vi un toque de ternura en su rostro cuando dio un beso de despedida a Erich. Creo que tenemos un matrimonio extraño. No tiene nada que ver con el de Irena y Wilhelm. Mi hermano no ha conseguido más que dos permisos desde su boda en Navidad, pero Irena viaja kilómetros, pide que la lleven y se sienta en camiones con toda clase de hombres extraños simplemente por pasar una hora o dos con él. Cuando están juntos apenas pueden mantener las manos apartadas el uno del otro, e Irena es igual que Wilhelm en eso.

Claus siempre es formal y educado. Pero es un coronel y tienen que verlo comportándose correctamente todo el tiempo, no como Wilhelm, que sólo es teniente y puede tener una actitud más escandalosa.

Claus no estaba en la estación para recibirme cuando llegué a París, pero envió a su chófer. El sargento se disculpó y dijo que había un problema con los ingleses, que estaban bombardeando los cañones que apuntaban a sus costas. Soy demasiado educada como para decirle algo a él o a Claus, pero sabía que era una excusa.

Claus posee una suite en un precioso hotel con vistas al Sena. Tiene sala de estar, comedor privado, dos dormitorios y dos cuartos de baño. Por primera vez, Erich no durmió junto a mí. Claus había pedido al hotel que situara la cuna en el cuarto de la doncella. Me llevé conmigo a la hija de Brunon, María. Me ha ayudado a cuidar de Erich desde el día que nació, y me prometió fielmente

llamarme si se despertaba, pero no lo hizo. Creo que Claus le advirtió que no lo hiciera, y ella, como todos nuestros sirvientes, le tiene pavor.

Claus, o más bien su ayudante, había sido de lo más atento. Había fruta y flores en todas las habitaciones, perfume y cosméticos en el baño, champán helado y coñac en la sala, y su chófer estaba a mi disposición para llevarme a la modista, donde Claus había abierto una cuenta para mí. Me había dejado una nota para contarme que había sacado entradas para la ópera a modo de celebración por mi primera noche en París, y que después habría una cena formal en mi honor.

Me alegró que Claus hubiera hecho esos preparativos. Es más fácil ser su esposa en público que en privado. Me bañé y me cambié de ropa, fui a la costurera y elegí una serie de trajes de día y tres vestidos de noche, uno de los cuales me arreglaron de inmediato para poder llevarlo esa velada. Luego visité la peluquería del hotel y me lavé y arreglé el pelo, y me hice la manicura. Cuando Claus llegó a la suite a las seis, estaba esperándolo vestida.

Estaba casi tan nerviosa como en nuestra luna de miel. Llevamos un año casados, pero hasta estas vacaciones sólo habíamos pasado juntos siete días con sus noches. Antes de que llegara, cogí su fotografía de mi maleta y la puse en el tocador para recordarme su aspecto. Terriblemente guapo, un poco distante, y la quintaesencia de un coronel de la Wehrmacht. Me quedé desconcertada cuando vi lo respetuosos que eran todos con nosotros. Nos abrían las puertas y la gente se inclinaba, no únicamente el personal militar alemán, sino también los civiles franceses.

Lo primero que hizo Claus fue pedir ver a su hijo. Aunque Erich estaba dormido se empeñó en despertarlo. Creía que a los hombres se suponía que no les gustaban los niños. Claus lo cogió en brazos y se le veía muy orgulloso cuando Erich empujó hacia abajo con los pies como si intentara ponerse en pie. Insistió en que era un prodigio.

No sirvió de nada decirle que el médico y Minna sostienen que todos los bebés hacen lo mismo. Después de jugar con el niño, me pidió que le acompañara al dormitorio para hablar con él mientras se bañaba y se cambiaba el uniforme por el de gala. Sabía lo que quería. No importó que ya estuviera vestida. Simplemente me agachó, de cara contra la cama, me levantó la falda, y me bajó la ropa interior.

Quizá me he vuelto una mujer de verdad, porque la idea de lo que iba a pasar fue peor que la realidad. Aún fue doloroso y humillante, un poco como los exámenes del médico cuando estaba embarazada, pero he aprendido a concentrarme en otras cosas, y nada dura eternamente. Ni siquiera eso.

El resto de la noche fue maravilloso. La ópera fue estupenda; me hizo darme cuenta de lo mucho que he echado de menos la buena música. Los oficiales compañeros de Claus fueron encantadores; la cena en el restaurante, excelente: las

salsas estaban hechas con nata y mantequilla de verdad, y la carne y los pasteles estaban perfectos. Creo que nunca he bailado tanto. Todos los compañeros de Claus me pidieron que les hiciera el honor. Pero cuando la velada tocaba a su fin empecé a temer la vuelta al hotel.

Apenas dormí durante las dos semanas; Claus no me dejaba tranquila. Quiere que tenga otro hijo en cuanto sea posible. Le dije que el médico me avisó que no me quedara embarazada otra vez hasta que me recuperase completamente, pero Claus declaró que el parto y el embarazo son lo más natural para una mujer, y que si mi médico no puede cuidarme, debería mudarme a París, donde me encontrará uno mejor.

Quería alquilar una villa fuera de la ciudad, no demasiado lejos, donde pudiera visitarnos a Erich y a mí, y quedarse a veces a pasar la noche. Si no tuviera que organizar Grunewaldsee, creo que me habría ordenado quedarme con él.

Me alegra estar de vuelta a casa. No tengo ni idea de cuándo volveré a ver a Claus, pero espero que no sea antes de Navidad. Algún día la guerra terminará y tendremos que vivir juntos. Deseo el fin de la guerra, pero no pasar todos los días con Claus. La vida de casada sólo es soportable durante dos semanas. Será insufrible cuando dure para siempre.

—Ha sido una buena cena. —Laura apartó a un lado el café y cogió el coñac—. ¿Qué te gustaría hacer mañana?

—Ya te he dicho que quiero ir a ver Grunewaldsee —contestó Charlotte.

—No tenemos por qué hacerlo. He estado mirando las guías. Hay muchas buenas vistas a poca distancia en coche de Olsztyn. El castillo de Malbork, la Guarida del Lobo de Hitler, o podríamos visitar los lagos de Masuria.

—Vine aquí a ver mi antiguo hogar. ¿No crees que ya lo he pospuesto bastante? —preguntó Charlotte.

—Pues entonces iremos, pero sólo si estás absolutamente segura de que no será demasiado para ti.

—Intentaré no llorar esta vez.

—No quería decir eso —dijo Laura rápidamente.

—Ya lo sé, querida.

—Odio verte triste.

—Fui una tonta al pedirte que pararas en Bergensee de camino aquí, y más tonta aún por esperar que no hubiera cambiado. La Polonia comunista tenía prioridades más importantes que el mantenimiento de viejas mansiones.

—Podríamos preguntar a alguien por Grunewaldsee antes de ir allí —sugirió Laura otra vez.

Charlotte negó con la cabeza.

—Lo único que necesito antes de verla es una buena noche de descanso. ¿No te importa si te dejo sola de nuevo?

—Para ser sincera, en este momento no hay nada que me apetezca más que acurrucarme en la cama con un buen libro y la mitad del contenido del minibar.

—Una botella de coñac sería mejor. Mezclar da dolor de cabeza.

—¿Me estás aconsejando que me emborrache? —Laura sonrió.

—Que te pongas un poco alegre tal vez. Mereces una pequeña celebración después de acabar tu película. —Charlotte dejó su asiento—. Te veo por la mañana.

Laura se acabó el coñac y fue al vestíbulo. Apretujado entre la inevitable tienda de joyas de ámbar y un caro *outlet* de moda femenina, había un pequeño puesto que vendía prensa polaca y extranjera, y unos cuantos libros. La selección en inglés se limitaba a la media docena de los más vendidos en los últimos diez años. Al reconocer la sobrecubierta de *El último verano*, decidió que era tan buen momento como cualquier otro para retomar el libro, así que lo llevó a la caja. Por la mañana lo lamentó mucho cuando vio que se había quedado dormida en la primera página.

Lunes, 30 de junio de 1941

Ahora comprendo por qué a Claus, Paul y Wilhelm les dieron un permiso de tres semanas a principios de mes. Hace ocho días nuestras tropas invadieron Rusia, y creemos que los tres estaban entre la avanzadilla.

Ha sido un año duro. El Ministerio de la Guerra nos acosa constantemente, cada vez quiere una parte mayor de la producción, que no podemos darle, la última vez que sus funcionarios nos visitaron, se llevaron una docena de caballos. Insistieron en que eran para el transporte, pero Brunon y yo estamos convencidos de que eran para usarlos como comida. Vi a uno de ellos mirando a *Elisa*. Le dije que se la llevaría por encima de mi cadáver.

No tengo ni idea de cómo piensan que vamos a reemplazar el ganado y los cerdos que se han llevado. Nuestra reserva de cría ha disminuido a la mitad desde el comienzo de la guerra, las raciones de comida se han reducido al mínimo y se habla de volver a recortarlas. Nuestros «amigos» de Allenstein no ayudan. Gente que apenas conocemos nos visita ofreciendo dinero y bienes por una comida que no tenemos. Cuando trato de explicarles que no nos queda suficiente para alimentarnos tras entregar la cuota del ejército, nos acusan de vivir de lo que produce la tierra mientras todos los demás pasan hambre.

A mamá von Letteberg le pasa lo mismo en Bergensee. Como las granjas pagan un alquiler a las tierras de Bergensee, todos suponen que lo pagan en comida. Incluso el padre de Irena entrega la mayoría de los huevos que ponen las gallinas de su patio trasero. Como él dice, a donde quiera que se mire, se ven niños con grandes ojos y estómagos vacíos.

Irena y Wilhelm pasaron su permiso en la casa junto al lago con su hijita, Marianna, que nació el pasado septiembre. La llamaron así por mamá, con la esperanza de complacerla, pero la pobre mamá está peor que nunca. La mayor parte del tiempo ni siquiera recuerda que papá está muerto. Martha, Minna, Irena y yo hacemos lo que podemos, pero a menudo se niega a dejar su habitación durante días seguidos. Cuando conseguimos convencerla de que bajara a cenar con Paul, Wilhelm y Claus la noche que llegaron, empezó a llorar, entonces cogió un cuchillo y se apuntó con él. Tenemos pánico de que se haga daño.

Pasar tres semanas con Claus en casa fue una presión terrible. Pasaba la mayoría del tiempo trabajando en la granja y jugando con Erich. He llegado a la conclusión de que el matrimonio es simplemente una cuestión de pasar las noches lo mejor que pueda. Por el día no es tan malo cuando hay más gente alrededor.

Nos quedamos tres noches en Bergensee. Su madre celebró una fiesta con cena en su honor, y su padre también consiguió unos días de permiso.

Greta volvió para ver a Paul y Wilhelm. Creo que hay algo entre Paul y la hija de Brunon, María. Los vi salir juntos del granero tarde por la noche, y los dos estaban cubiertos de paja. Pasa gran parte del día montando a caballo con ella. Espero que no sea algo serio. No sería apropiado que un von Datski se casara con la hija de un administrador.

Desde que Wilhelm, Paul y Claus se han marchado, vivimos día a día, poniendo todas nuestras fuerzas en organizar Grunewaldsee, esperando y rezando por que acabe la guerra. ¿Y cuando lo haga? Claus ya ha dicho que continuará su carrera militar. Wilhelm ha decidido acabar sus estudios y establecer un bufete en Königsberg. Irena sería feliz en cualquier parte mientras esté con él. Se mudó a Grunewaldsee después de la boda, se quedó para el parto de Marianna, y no se ha ido desde entonces. Creo que encuentra reconfortante dormir en la cama de Wilhelm aunque él no esté allí, y yo estoy muy contenta de tener su compañía.

Puedo hablar con ella de cualquier cosa excepto de mi vida marital, porque ella supone que soy tan feliz con Claus como ella con Wilhelm. No puedo desilusionarla. La haría infeliz y no soporto la idea de entristecerla, sobre todo cuando es tan amable conmigo y se comporta como una hermana más de lo que Greta ha hecho o podría hacer.

Paul es el único que no ha decidido lo que hará tras la guerra. Espero que se encargue de dirigir Grunewaldsee. Estoy muy cansada, aunque de momento no puedo imaginar vivir otra vida. Si Claus permanece en el ejército, podrían destinarlo a París, o a Rusia. No dijo si querría que me uniera a él, y yo no le pregunté. A veces creo que sólo se casó conmigo para que le diera descendientes. Está contrariado porque Erich siga siendo hijo único. Ojalá fuera posible tener niños de otra forma.

Después de París pensé que podría acostumbrarme a la vida de casada; tras las tres semanas con Claus sé que nunca lo haré. Incluso Paul notó el contraste entre Irena y yo. Ella no soporta apartarse de Wilhelm ni un momento. Yo siempre estoy buscando excusas para alejarme de Claus.

Acabo de volver a leer el comienzo de este diario. Han pasado muchas cosas desde entonces. *Herr* Schumacher nos visitó esta mañana. El Alto Mando le ha pedido que organice un concierto para entretener a las tropas en Polonia. Quiere que me una a ellos dos semanas. Las tropas disfrutan de pocos placeres. ¿Debería ir?

Sería difícil dejar a Erich y a mamá, aunque Irena, Minna, Martha y Brunon aseguran que pueden arreglárselas sin mí. Quizás debería. Pensaré en ello.

Jueves, 13 de noviembre de 1941

Estoy tan enfadada y avergonzada. Ayer Irena y yo fuimos en coche a la ciudad para hacer algunas compras de Navidad, aunque sabíamos que habría muy poco en las tiendas. Fuimos a la confitería. Es raro ver dulces de cualquier clase estos días. El ejército se lleva mucha comida. Azúcar, mantequilla, nata y almendras son casi imposibles de encontrar a no ser que conozcas a un granjero que se atreva a arriesgarse a ser encarcelado por acaparar de más. Al final, mis ruegos llegaron a la conciencia de *Herr* Meyer; después de todo, estábamos entre sus mejores clientes antes de la guerra. Nos dio una pequeña caja de trufas, pero nos advirtió que no se ajustaban a sus características habituales por la pobre calidad de los ingredientes.

Cuando dejamos la tienda, Brunon nos llevó a casa de los padres de Irena. En 1934, *Herr* Adolf compró a los judíos un enorme terreno en el que levantó su casa y los talleres necesarios para su negocio de construcción. El cementerio judío y la sinagoga están pegados a su patio. No recuerdo la última vez que vi abierta la sinagoga. Como la mayoría de la gente, evito pensar y hablar sobre los judíos, la más leve mención hacia ellos parece sacar lo peor de alguna gente, especialmente de los chicos jóvenes.

Papá insistía en que no todos eran malos; aunque no iba tan lejos como el tío Ernst, que solía invitar a todos los judíos que podía encontrar a quedarse en su casa para molestar a las autoridades. Fue una bendición que el tío Ernst muriera en 1938. Si no, habría logrado meter a toda la familia en graves problemas.

Papá me dijo que lamentó tanto como yo cuando Ruth, Emilia y mis amigas judías fueron expulsadas del colegio en 1935 junto con todos los demás judíos a los que ya no se les permitía estudiar. Eran buenas amigas, y a papá nunca le importó que las visitara o que las invitara a Grunewaldsee, pero no había oído hablar de ellas desde que cumplí diecisiete años, y papá me advirtió que no sería

prudente invitarlas a la fiesta de mi decimoctavo cumpleaños.

Como todos los negocios judíos de la ciudad han sido tomados por alemanes, no había visto judíos por las calles. Supuse que estaban intentando mantenerse fuera de problemas. Se ha hablado de reubicarlos en África o Madagascar, o darles su propia tierra natal en el Este. No estaba segura de si las familias de Ruth y Emilia se habrían marchado ya, pero hoy las vi por primera vez desde hacía más de tres años.

Brunon tuvo que parar el coche cuando entramos en la calle de Irena, porque la calzada estaba bloqueada por un convoy de camiones aparcado delante de la sinagoga. Soldados y oficiales de las SS daban vueltas, Georg entre ellos. Típico de él unirse a un nuevo regimiento con tan terrible reputación. Estaba pavoneándose con sus botas y su uniforme gris, como un gallito que se cree el amo del corral.

Los soldados sacaban a montones de niños y chicas de la sinagoga. Había tantos que no podía imaginar cómo se habían apretujado todos allí, porque no es un edificio muy grande. La mayoría eran guapos, con pelo rubio y ojos azules, nada que ver con los horribles judíos feos de los carteles. Algunas de las chicas mayores llevaban bebés, y entonces vi que Georg estaba apuntando con una pistola a Ruth y Emilia.

No podía creerlo. Estaba en la misma clase que nosotras en la guardería; había tocado en la orquesta con Ruth y Emilia hasta que tuvieron que dejarla. A pesar del frío, bajé la ventanilla.

Sé que Ruth me vio porque gritó mi nombre y empezó a correr hacia el coche, pero Irena me agarró de la manga y susurró: «Por Dios, cierra la ventanilla. Piensa en los niños si no piensas en ti misma».

Georg golpeó a Ruth en la sien con la pistola. Ella se tambaleó, obviamente herida, pero él la obligó a volver a la fila. Nos sentamos allí viendo a los soldados pegar y patear a las muchachas y a los niños, y meterlos en los camiones, durante lo que parecieron horas, aunque cuando luego miré el reloj únicamente habían sido diez minutos. Y todo el rato Marianna durmió e Irena mantuvo las manos sobre los ojos de Erich para que no viera lo que estaba pasando. Él creía que estábamos jugando a las escondidas.

Después de que Irena subiera la ventanilla, nos sentamos en silencio. Ni ella ni Brunon dijeron una sola palabra, aunque estoy segura de que Irena reconoció a Ruth y a Emilia igual que yo.

El primer camión se marchó, y sacaron al rabino y a algunos ancianos del edificio. En ese momento los SS hicieron señas a Brunon para que se moviera. Cuando miré atrás vi al rabino tirado en el suelo y a los soldados pateándolo. Estaba cubierto de sangre.

Supongo que los SS estaban enfadados porque había ocultado a muchos niños en la sinagoga. ¿Estaba intentando salvarlos de la deportación? ¿Por qué molestarse, si pueden tener su propio país? ¿Y por qué pegarle? Era anciano; no podía defenderse ni herir a ninguno de ellos. Los soldados se reían como si disfrutaran lo que estaban haciendo, y Georg era el que se reía más alto.

Intenté hablar con Irena sobre ello, pero no dijo ni una palabra, y cuando vi que estaba tan impresionada como yo, no insistí. Mi vida sólo han sido secretos desde que *Herr Schumacher* dijo que no debíamos hablarle a nadie sobre nuestro alojamiento en Rusia. No puedo confiar a ninguna persona mis sentimientos sobre Claus o nuestro matrimonio, y ahora esto.

¿Cómo pudo Georg pegar a Ruth? ¿Cómo pudieron él y los demás soldados ser tan crueles? ¿Cómo puede alguien golpear a un anciano indefenso mientras sangra?

La madre de Irena nos estaba esperando con café y pastelitos, pero yo no podía comer nada. Sentía náuseas. Algunas de sus ventanas daban a la sinagoga. ¿Cómo podía ignorar lo que estaba pasando?

Odio la guerra. Odio que no se me permita ser amiga de Ruth y Emilia. Odié ver que se las llevaba a punta de pistola un idiota como Georg, y odio vivir con todas estas mentiras y no poder decir lo que quiera; y tener que contarles siempre a todos que echo de menos a Claus cuando no es verdad.

Quizás estoy siguiendo al tío Ernst. Nunca le importó lo que la gente dijera sobre él o sobre sus opiniones. Por primera vez, comprendo por qué discutía contra la política de pureza racial del Führer. Una cosa es estar orgulloso de ser alemán, y otra es ver cómo patean a los judíos y se los llevan a punta de pistola. Sobre todo cuando son amigos tuyos.

¿Pero volverán a pensar Ruth y Emilia que soy su amiga, cuando las he ignorado y he permitido que Irena subiera la ventanilla para no escucharlas?

Aunque intenté unirme a la conversación en el café de la tarde, no pude fingir estar contenta. Me alegró que llegara la hora de volver a casa. Mientras la doncella nos ayudaba a ponernos los abrigos, regresó *Herr Adolf*. Llamó a Brunon para que subiera de la cocina, donde había estado tomando el té con la secretaria de *Herr Adolf*, y luego, con *Frau Adolf*, nos acompañó al coche. El aire frío resultaba agradable tras el calor de la casa. *Herr Adolf* empezó a hablarnos de los curiosos ruidos que habían oído en el cementerio judío detrás de la casa por la noche tarde y a primeras horas de la mañana.

Únicamente un muro bajo separa parte del jardín de los Adolf del cementerio judío. No es una buena zona, pero Irena me dijo que era el único sitio en que su padre pudo comprar suficiente tierra como para construir una casa, oficinas, todos los talleres y garajes, y lo demás que necesitaba para su empresa. Me había

preguntado cómo pudo permitirse comprar un terreno tan grande y abrir un negocio, cuando tan sólo siete años antes estaban viviendo en una casa alquilada y trabajaba para otra persona. Ahora creo que lo compró a un precio inferior al suyo a unos judíos que se vieron obligados a vender por las leyes raciales que les prohibían poseer tierras y negocios.

Herr Adolf me abrió la puerta del coche, pero insistí en oír más sobre los ruidos extraños. Me imaginé a los SS que volvían por la noche tarde a enterrar a Ruth y Emilia. *Herr* Adolf bajó la voz y me contó que los ruidos era de gente abriendo tumbas, no para ocultar cuerpos o robarlos, sino para esconder propiedades de valor. *Frau* Adolf cree que es porque la ley no permite que nadie saque más de diez marcos fuera del Reich. Los judíos que van a ser reubicados quieren guardar sus propiedades con la esperanza de que se les permita regresar después de la guerra para reclamarlas. ¿Pero les dejarán volver?

Recuerdo uno de los discursos del Führer antes de la guerra. No le presté mucha atención en aquel momento, pero Wilhelm sí. Y escuché que Paul y él hablaban después sobre ello con el tío Ernst: «En caso de guerra, el resultado no será la bolchevización de esta tierra, y por tanto la victoria del judaísmo, sino la aniquilación de la raza judía en Europa».

¿Significa «aniquilación» el aprisionamiento y la deportación de todos esos niños y chicas como Ruth y Emilia? ¿O, después de lo que vi que le hacían los SS al rabino, quizá incluso algo peor? ¿Por qué nadie pregunta nada o intenta detenerlo?

No importa lo que los judíos hayan hecho, seguro que las jóvenes como Ruth y Emilia no merecen ser golpeadas y obligadas a subir en camiones por chicos como Georg, que luego se ponen a pegar a ancianos. Muy valiente por su parte elegir a gente demasiado débil para defenderse. Hablaré con Paul y Wilhelm sobre eso cuando vuelvan a casa de permiso.

Capítulo 8

—¿Estás completamente segura?

—Completamente —repitió Charlotte con énfasis, mientras entraban en el aparcamiento vigilado del hotel.

—Podemos posponerlo.

—¿Hasta cuándo? ¿Hasta el año que viene? —preguntó Charlotte—. Me he dado una seria charla esta mañana. Llevamos aquí dos días enteros...

—Un día y medio —corrigió Laura.

—De cualquier modo, es hora de visitar el lugar que he venido a ver tras volar por medio mundo.

Laura abrió el coche.

—¿Volvemos a la carretera por la que entramos?

—No, gira a la derecha en la cancela.

—¿Entonces Grunewaldsee no está cerca de Bergensee?

—Están construidas en distintos lagos en los extremos opuestos de la ciudad. No está lejos. A unos tres kilómetros por la carretera habrá un camino hacia la derecha.

Laura condujo en silencio. De vez en cuando miraba de reojo a su abuela, que estaba preparada en el asiento del copiloto, estudiando las vistas manifiestamente.

—¿Ha cambiado algo? —se atrevió a preguntar cuando dejaron atrás los siniestros bloques de pisos de los barrios construidos por los comunistas.

—Demasiado. Esa pila de escombros era una próspera granja. Pertenecía a una familia llamada Zalewski. Tenían un hijo de la misma edad que mis hermanos; solían salir a cabalgar juntos. Gira ahí delante.

Laura tendió la mano para ponerla sobre la de su abuela.

—Todo irá bien.

—No estoy segura de qué es lo que temo más. Si encontrar Grunewaldsee abandonada y en ruinas como Bergensee, reducida a escombros, o desaparecida.

—¿Es éste el camino a la mansión? —preguntó Laura, mientras el coche saltaba de un agujero a otro.

—No. Este lleva a una casa más pequeña. Mi padre la reformó para mi hermano Wilhelm cuando se casó en mil novecientos treinta y nueve.

—Puedo ver el lago ahí delante.

Charlotte sintió que el corazón se le escapaba por la boca cuando se acercaron más.

—La casa está a la izquierda —susurró.

—Qué bonita. ¡Es una cabaña de cuento de hadas! —exclamó Laura mientras se detenía delante de una dacha^[13] situada en un pequeño huerto que bordeaba el lago. Diminutas manzanas, peras y grandes cerezas, todas maduras, colgaban de las ramas

que enmarcaban el tejado barroco.

Charlotte abrió la puerta antes de que Laura detuviese el coche. Rebuscando en el bolso, sacó un enorme manojó de llaves que Laura nunca había visto antes.

—¿Sigues teniendo las llaves de la casa? —preguntó Laura, asombrada.

—Qué tontería, ¿verdad? —Charlotte se sentía avergonzada al verse pillada—. No les cerré nada a los rusos. No le vi sentido. Sabía que habrían echado las puertas abajo, y no soportaba la idea del daño que harían. —Empujó la puerta, la abrió, y caminó por un sendero pavimentado hacia la puerta principal.

—Parece bien cuidada y mantenida —observó Laura.

—Las viejas cerraduras siguen aquí. —Charlotte señaló una enorme, aunque sobre ella brillaba otra nueva y brillante. Llamó a la puerta; el sonido volvió en forma de eco. Tras esperar respuesta infructuosamente, entró en el jardín y se dejó caer en un banco de madera que había pegado a la pared. Parpadeó frente a la intensa luz del sol, y Laura vio cómo una lágrima se deslizaba por su mejilla.

Charlotte se dio cuenta de que su nieta la observaba.

—Este lugar está exactamente como durante la guerra. Hay cemento nuevo entre las piedras, todo está limpio y ordenado. Me recuerda al trabajo que papá hizo cuando mi hermano Wilhelm se prometió a Irena.

—¿Vivieron aquí después de casarse?

—En realidad, no. Irena se quedaba en la mansión con nosotros cuando Wilhelm no estaba. Pero pasaban los permisos de Wilhelm aquí. Dudo que estuvieran más de dos o tres semanas juntos en toda la guerra.

—Pero debieron de ser felices. Hay una atmósfera maravillosa en este lugar.

—Sí que la hay. —Charlotte se volvió de lado. Si la felicidad de la gente contribuía a la atmósfera de un lugar y de una casa, no era sólo la de Irena y Wilhelm la que se había capturado—. Me gustaría poder entrar y ver cómo está ahora.

—Quizá algunos muebles hayan sobrevivido.

—¿Sesenta años? —Charlotte negó con la cabeza—. Papá la amuebló con piezas viejas de la casa principal. No eran los mejores muebles, ni siquiera entonces.

—Podríamos ir por detrás y mirar por las ventanas —sugirió Laura.

—¿Y si hay alguien dentro?

—Habría contestado a la puerta. —Laura le ofreció a Charlotte el brazo. Antes de haber dado seis pasos, un hombre joven llegó por un camino que bordeaba el lago. Les habló en polaco.

Charlotte, que seguía llorosa, no fue capaz de contestarle. Laura lo intentó en alemán. Él negó con la cabeza.

—Oma, ¿puedes intentar explicarle por qué estamos aquí?

—¿Inglés? —El joven les sonrió.

Antes de que Charlotte pudiera detenerla, Laura se metió de lleno en la

conversación.

—Ésta es mi abuela; vivía aquí.

—¿En esta casa?

—No, en esta casa no, en Grunewaldsee.

El joven frunció el entrecejo.

—¿En la casa grande?

—¿Oma? —preguntó Laura, en busca de ayuda.

—Mi abuelo vive allí. Vengan, se lo presentaré. —Recordando de pronto sus buenos modales, miró si tenía limpia la mano y se la sacudió en la parte de atrás de los pantalones antes de tendérsela—. Encantado de conocerlas. Me llamo Brunon Niklas.

Charlotte se quedó mirándolo fijamente. Tenía el pelo y los ojos oscuros, estatura media y complexión robusta.

—Tenemos un coche. —Laura cerró la cancela del jardín antes de irse.

—Lo he visto. Les enseñaré el camino. Síganme. —Brunon cogió unas tijeras de podar y una guadaña, las echó en la parte de atrás de un viejo y maltrecho camión aparcado detrás de la casa, y se sentó al volante.

—No deberías haberle dicho que vivía en Grunewaldsee —reprochó Charlotte a su nieta cuando estuvieron solas en el coche.

—¿Por qué? Quieres ver la casa, ¿no? Y ha dicho que su abuelo vive allí, así que no puede estar en tan mal estado como Bergensee. ¿Recuerdas este camino?

—El camino sí, pero lo han ensanchado. Nosotros nunca trajimos coches por aquí, en mi época, las carretas se usaban para todo por la granja. —Los nudillos de Charlotte palidieron y se agarró fuerte al asiento cuando los establos aparecieron ante sus ojos.

Brunon giró el camión bruscamente a la izquierda y otra vez a la izquierda. Charlotte no quería ver Grunewaldsee desmoronada y abandonada, así que cerró los ojos.

—¿Es esto, Oma?

Había sorpresa en la voz de Laura, y Charlotte se atrevió a mirar. Donde antes había altas puertas pintadas en plata, había postes oxidados. Las cabañas de los trabajadores que formaban el ala derecha del cuadrángulo que cerraba el patio estaban rodeadas de andamiajes, y había hombres ocupados trabajando en los edificios, quitando ventanas rotas y contraventanas de madera podrida. Le alegró que las estuvieran reformando. Nunca había habido suficiente dinero para mantener las cabañas en buen estado, ni siquiera en la época de su padre.

El patio en sí estaba lleno de maquinaria agrícola oxidada. Pero detrás de la maraña de hierro abandonado se alzaba la casa, exactamente igual que cuando se había marchado del patio en una carreta una tarde nevada de enero de 1945.

Las paredes estaban pintadas en el mismo tono crema, la mampostería alrededor de la puerta y las ventanas resaltaba en el burdeos profundo que su padre había elegido antes de la guerra. El césped entre el frontal de la casa y el patio de adoquines estaba bien recortado. Los marcos de madera de las ventanas se habían pintado recientemente de blanco y el tejado de pizarra estaba en buen estado. Las columnas a ambos lados de la puerta principal eran blancas, con bandas de flamante pintura burdeos. Los escalones que se elevaban sobre las medias ventanas del sótano tenían nuevas baldosas de mármol, y las barandillas y rejas de hierro de las balconadas estaban tan bien como el día en que las habían forjado, incluso en el pequeño balcón que se abría en el vestidor de su padre.

—¿Esto es Grunewaldsee? —repitió Laura.

Charlotte continuó mirando fijamente, hipnotizada. Tras todas sus pesadillas de abandono, verla como atrapada en el tiempo resultaba traumático.

Casi esperaba que Laura se desvaneciera y Wilhelm y Paul bajaran corriendo las escaleras, con las chaquetas de montar colgadas al hombro, las fustas en la mano, gritando y peleando en broma mientras se dirigían hacia los establos. Su madre saliendo al pequeño balcón sobre la puerta principal, llamándolos, avisándoles de que no llegaran tarde porque esperaban invitados para la cena. Ella misma de joven en el camino que llevaba a la parte de atrás de la casa, discutiendo con Greta. Su padre saliendo de la puerta lateral que llevaba a su despacho en el ala oeste, pidiéndoles que no riñeran.

—¿*Fräulein* Charlotte? —Un hombre mayor se acercó al coche. Ella abrió la puerta al reconocer la voz, aunque no la cara—. Ha vuelto, *Fräulein* Charlotte. Tras todos estos años, ha vuelto a casa.

Capítulo 9

—¿Marius? —Charlotte salió del coche y avanzó insegura hacia él—. ¿Te quedaste aquí? ¿Todos estos años, te quedaste aquí?

—¿Creía por un momento que dejaría Grunewaldsee a merced de los rusos, *Fräulein* Charlotte? Por supuesto que me quedé. ¿Quién si no un Niklas habría sabido cómo cuidar de Grunewaldsee? —El alemán de Marius era vacilante, fracturado por la falta de uso. Charlotte recordó que alguien le había contado que el idioma había estado prohibido durante los años del Comunismo en los antiguos estados prusianos y se había reinstaurado muy recientemente.

Continuaron en pie mirándose el uno al otro y, por un momento, Laura pensó que su abuela iba a abrazar al anciano. Pero algo, un sentido del decoro, o una estructura social que había muerto con las secuelas de una guerra mundial más de sesenta años atrás, los mantuvo separados.

Fue Marius quien rompió el silencio.

—Entre, *Fräulein* Charlotte. Beba vodka y café con nosotros.

Detrás de Marius había una señora mayor que obviamente era su mujer.

Estaba claro que no había entendido ni una palabra de lo que había dicho su marido, pero los gestos de Marius indicaban que había ofrecido una invitación, así que hablando en polaco, añadió su llamamiento al de él.

Laura y Brunon sintieron que allí ni se les necesitaba ni se les quería, así que retrocedieron. Charlotte miró a su nieta.

—Adelante, Oma —la instó Laura—. Habla con tu amigo. Yo estaré bien aquí.

—Le enseñaré los establos —dijo Brunon en inglés antes de hablar en polaco con la pareja de ancianos.

Laura observó cómo Marius y su esposa acompañaban a Charlotte a una de las dos casas de guarda construidas una a cada lado de la entrada principal al patio, la que estaba en las mismas excelentes condiciones que la mansión. Alrededor de la otra habían levantado andamios, presumiblemente preparando una reforma similar.

—¿Te gustaría ver los caballos? —preguntó Brunon cuando su abuelo hubo cerrado la puerta de su casa y se quedaron solos en el patio.

—Me encantaría.

—Mi abuelo ha llamado a tu abuela Charlotte —comentó él—. ¿Era Charlotte von Datski?

—Y lo sigue siendo, pero nunca usa el von. —Laura lo siguió a una serie de edificios que encuadraban el lado izquierdo del patio.

—Es extraño que utilice su nombre de soltera.

—Lleva haciéndolo desde que su marido murió hace casi cuarenta años.

—Debe de haberte contado todo sobre este lugar.

—Muy poco, y puedo comprender por qué. —Laura se volvió y miró hacia la mansión—. Marcharse debió de ser tremendamente doloroso.

—Los alemanes no tuvieron opción al final de la guerra —dijo él llanamente—. Si los rusos los encontraban, los mataban o los ponían en un tren hacia Siberia. Allí los tiraban en campo abierto. La mayoría se congelaba y moría de hambre.

—Me asombra que tu abuelo siga viviendo aquí.

—Los Niklas fueron administradores de las tierras von Datski más de trescientos años. No es fácil abandonar esa clase de historia.

—¿No tuvo que marcharse cuando llegaron los rusos? —preguntó Laura.

—Por lo general, los rusos dejaban en paz a los polacos, lo que fue una suerte para mí. Si no, yo no habría nacido. Mi bisabuela se negó en redondo a abandonar Grunewaldsee. Creía que mi bisabuelo, Brunon, me llamo así en su honor, al que habían reclutado en la Guardia Nacional de la Wehrmacht en diciembre de mil novecientos cuarenta y cuatro, regresaría, y que si se marchaba no volverían a encontrarse. Aunque mi abuelo sólo tenía trece años entonces, no la abandonó. Cuando el ejército ruso convirtió Grunewaldsee en su cuartel local, le dieron trabajo de cocinera, y convirtieron a mi abuelo en mozo de establo, pagándoles con comida, que valía más que el oro al final de la guerra.

—Pero habían trabajado para la familia de mi abuela.

—¿Te extraña que pudieran trabajar para los rusos después de hacerlo para los von Datski?

—No, qué va, sólo me parece increíble que alguien que mi abuela conocía siga aquí.

—Hay algo más que sigue aquí. —Abrió una puerta de madera y la condujo a los establos.

Laura lo siguió y vio que aunque el exterior del edificio estaba ruinoso y en espera de una reforma, el interior estaba impecable. El cemento de las casillas era reciente, y las separaciones de madera tan nuevas que olían a pino y serrín.

—Qué caballo tan bonito —exclamó cuando apareció una yegua de pelaje casi blanco puro. El animal agachó la cabeza y olisqueó los bolsillos de Brunon en busca de comida. Incluso a los inexpertos ojos de Laura parecía un magnífico ejemplar.

—Seguro que tu abuela te ha hablado de los grises Datski.

—No. —Laura comprendió que se había quedado helado por su ignorancia.

—¿Sabes montar?

—Mi abuela me pagó las clases, pero no soy muy buena.

—Si quieres, podríamos visitar la hacienda a caballo. —Miró su ligero vestido veraniego y sus sandalias—. ¿Has traído ropa apropiada para montar?

—Tengo pantalones de sport.

—Entonces iremos, quizá mañana, o pasado. Y no te preocupes, te buscaré un

caballo tranquilo y un casco. —Cerró la puerta del establo y volvieron por el patio.

—Es maravilloso ver el antiguo hogar de mi abuela con este aspecto. —Laura estuvo a punto de mencionar Bergensee y cuánto había alterado su estado de abandono a Charlotte, pero algo la detuvo—. Tu familia la ha cuidado bien. Debe de haber costado una fortuna reformar la mansión.

Brunon echó atrás la cabeza y se rio.

—Mi familia no ha reformado este lugar. Mi abuelo no se podría haber permitido comprar ni la pintura, mucho menos emplear a los trabajadores para reparar el tejado y las paredes.

—¿Grunewaldsee no es vuestra ahora? —preguntó ella sorprendida.

Él se dirigió a la casa del guarda.

—Ya te lo dije, la familia Niklas siempre ha sido la de los administradores, no los propietarios.

—Pero está en unas condiciones maravillosas.

—Incluso los comunistas reconocían algo bueno cuando lo veían. Cuando el ejército abandonó la casa en los cincuenta, alguien con autoridad recordó los grises Datski. La mayoría había acabado en el puchero o los habían mandado a Rusia, pero mi abuelo escondió unos cuantos en las granjas vecinas. Quedaban suficientes para establecer un programa de cría. Él se ofreció para supervisarlos. El gobierno deseaba patrocinar deportes que le permitieran competir a nivel internacional, sobre todo en las Olimpiadas. Aceptaron su oferta, y cuando abrieron este lugar como escuela hípica y caballeriza, lo nombraron director. Los grises Datski han participado en todas las exhibiciones de salto y competiciones de adiestramiento olímpicas de los últimos cuarenta años.

—Si mi abuela lo sabía, nunca dijo nada.

—Tiene que saberlo. Un gris Datski es inconfundible —dijo con autoridad—. Cuando lo has visto una vez, no lo olvidas. ¿Tu abuela nunca ha montado después de dejar Prusia Oriental?

—No que yo sepa. Pero sigue trabajando, es pintora y dibujante.

—Pintora, no intérprete. Qué sorpresa. Mi abuelo dice que nadie tocaba el piano y el violín como *Fräulein* Charlotte von Datski. Antes de la guerra estaba estudiando para convertirse en concertista de piano.

—¿Mi abuela era intérprete de piano? No tenía ni idea. —Laura se quedó mirándolo sorprendida, y luego recordó que Charlotte había mencionado haber sido miembro de una orquesta de las Juventudes Hitlerianas. Había supuesto que su abuela tocaba el tercer violín o la flauta junto con otros cuantos, no que hubiera sido una concertista de piano en potencia—. Tiene una amplia colección de música clásica, pero nunca la he escuchado tocar el piano ni ningún otro instrumento.

—Charlotte Datski la artista —musitó Brunon Niklas—. Es extraño que no

hayamos oído hablar de ella en Polonia.

—Es ilustradora de libros infantiles. Tiene mucho talento, pero no es muy conocida fuera de los círculos literarios.

—Supongo que eso sólo demuestra que no conocemos todo lo que hay que saber de nuestras familias, sobre todo de nuestros abuelos. ¿En qué trabajas tú?

—Hago documentales para la televisión.

—¿De qué temas? —preguntó él directamente.

—Sobre todo históricos y de actualidad. Acabo de terminar uno sobre la Stasi. — Se sentó en los escalones que conducían a la galería de la mansión y miró alrededor, tratando de imaginar cómo habría sido crecer en Grunewaldsee.

—Yo estudio agronomía en la escuela técnica local. Mi madre y mi hermano viven en Varsovia, pero yo siempre he pasado mucho tiempo aquí. Me encanta este sitio. Incluso cuando estaba lleno de funcionarios del Partido, había algo especial aquí. Por supuesto, os quedaréis, ¿no?

—En Polonia, una semana o dos, quizás.

—No quiero decir en Polonia, quiero decir aquí. Tu abuela debe de tener mucho que enseñarte, y mis abuelos se empeñarán en que os quedéis con ellos.

—Este viaje fue idea de mi abuela. Lleva mucho tiempo queriendo regresar. Yo sólo estoy aquí para acompañarla, y porque tenía curiosidad por ver dónde se crio y lo que dejó atrás. Ella es la que toma las decisiones sobre lo que hacemos.

Él asintió.

—Pues vamos a ver qué ha decidido.

Encontraron a Charlotte y a la anciana pareja sentados en una pequeña, sombría y abarrotada salita. Una enorme estufa invadía un tercio del espacio, y masivos muebles de madera oscura, que parecían hechos para la cocina de un gigante, ocupaban el resto. En el centro había una mesa redonda cubierta con un mantel de encaje artesanal. Sobre él se veía una botella de vodka, un plato de mazapán casero y una cafetera.

—Lo siento. —Charlotte se levantó para saludar a su nieta y a Brunon—. No os he presentado. Éste es Marius Niklas, el hijo del último administrador de mi padre, que también se llamaba Brunon. Y ésta es la mujer de Marius, Jadwiga. Marius, Jadwiga, ésta es mi nieta inglesa, Laura Templeton. —Repitió la presentación en alemán para Marius, y deseó poder hacer lo mismo en polaco para Jadwiga, pero nunca había tenido fluidez en ese idioma, ni siquiera cuando en la hacienda habían tenido trabajadores polacos antes y durante la guerra.

—Encantada de conocerlos. —Laura pretendía darle la mano al anciano, pero él se la llevó a los labios y la besó.

—¿Le pusieron Brunon por su bisabuelo? —preguntó Charlotte a Marius.

—Nació el año en que murió mi madre. Le gustaba pensar que el nombre de mi padre perduraría.

—Tienes un aire a su aspecto —dijo Charlotte en inglés, antes de darle a Brunon la mano.

—Me alegra conocerla por fin, señora. Mi abuelo habla de usted y de los viejos tiempos sin parar. —Brunon tradujo su comentario al anciano.

—Sólo las cosas buenas —puntualizó Marius en alemán antes de hablarle a su mujer.

—Nos hemos perdido una buena fiesta aquí, Laura. —Brunon echó una mirada al vodka.

—Por favor, siéntese, *Fräulein* Laura —la invitó Marius en alemán, suponiendo acertadamente que Laura conocía bien el idioma—. Jadwiga traerá más tazas y vasos.

Laura miró el espacio que quedaba y dudó que pudiera meterse otra silla en la habitación.

—He pensado que sería un buen momento para llevar a nuestros invitados a ver la casa —sugirió Brunon.

—Tengo la llave, pero al dueño podría no gustarle —repuso Marius con cautela.

—No le importará —replicó Brunon, seguro de sí mismo.

—Puede que prefiera enseñarle la casa a *Fräulein* Charlotte y a su nieta él mismo —advirtió Marius.

—Pero podría no regresar en días.

—¿El dueño no está? —preguntó Charlotte, que sólo entendía lo esencial de su conversación en polaco.

—Podría volver en cualquier momento —contestó Marius brevemente.

—¿Es polaco?

—Ruso. —Marius se volvió, incapaz de mirar a Charlotte a los ojos. Pensaba que sabía cómo se sentiría una von Datski porque un ruso poseyera Grunewaldsee. Antes de conocerlo, él mismo tenía una mezcla de sentimientos sobre quedarse en la casa del guarda que había sido el hogar de la familia Niklas durante más de trescientos años—. No es un mal tipo —añadió intentando suavizar la noticia.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí? —preguntó Charlotte.

—Un año. Las autoridades pusieron Grunewaldsee a la venta tras la revolución en mil novecientos ochenta y nueve, pero entre el papeleo y los retrasos legales, no se vendió hasta el año pasado.

—Y hasta ahora se ha gastado cincuenta veces más de lo que pagó por la hacienda en renovar la mansión —interrumpió Brunon.

—Hoy día, los rusos son los únicos con dinero —comentó Marius.

—¿Tiene familia? —A Charlotte le costaba mantener la voz tranquila. Encontrar Grunewaldsee igual era un milagro. Pero enfrentarse a la dura realidad de que alguien

distinto a un von Datski convirtiera la casa en su hogar le hacía más daño del que había creído posible.

—No está casado. —Marius miró fijamente su vaso—. Y no se ha mudado a la mansión. Vive en la casa junto al lago. Ése fue el primer edificio de la hacienda que reformó, aunque no necesitaba hacerle más que lo que hizo su padre en mil novecientos treinta y nueve. Pero no tenía buen aspecto antes de ponerle ventanas nuevas y repararle el tejado.

—La he visto —dijo Charlotte suavemente.

—Le habría roto el corazón ver la hacienda antes de que él empezara a trabajar en ella, sobre todo la mansión. —Marius se terminó el vodka—. Como cualquier otro edificio del país bajo el gobierno comunista, Grunewaldsee se usó hasta el abuso y luego se descuidó.

—Lo primero que hizo el ruso después de comprar el lugar fue llamar a un constructor especializado en restauración. Tenía una idea muy definida sobre lo que había que hacer. Primero la albañilería y las reparaciones externas, vigas y tejas nuevas en el tejado, carpintería interior nueva, instalación eléctrica y de agua, todas las paredes interiores enyesadas de nuevo, los techos restaurados, todo repintado. Pero ¿por qué estamos aquí sentados hablando sobre ello cuando podemos verlo? —Brunon abrió la puerta.

—¿Cómo supo qué colores elegir? —Charlotte lo siguió afuera.

—Yo lo ayudé —confesó Marius, preguntándose si Charlotte consideraría su colaboración como una deserción ante el enemigo.

La voz de Charlotte titubeó.

—¿Queda algo de nuestro mobiliario?

—Los rusos se lo llevaron todo —dijo Marius brevemente—. Hicieron grandes montones. Todo el equipo eléctrico, las máquinas de coser, las lámparas, radios, estufas, hornillas, todo lo que tenía un enchufe se lo llevaron de los pueblos y ciudades y lo amontonaron en un claro del bosque, y allí se quedó dos años. Dos inviernos enteros antes de que lo cargaran en camiones y lo enviaran a Rusia. —Sacudió la cabeza, compungido—. Se puede imaginar lo útiles que podían ser después de aquello.

—Qué desperdicio —murmuró Charlotte.

—Los muebles los apilaron en otro claro. —Marius los condujo por el patio—. Joyas, juguetes, todos los objetos pequeños los pusieron en mochilas y petates. Eran como langostas. Dejaron todo el paisaje arrasado, sin gente, sin bienes, sin comida. Lo único que quedaba eran casas vacías en las que reubicaron a las familias polacas desplazadas del sur. —Marius cogió a su mujer de la mano—. Y por suerte para mí, una de esas familias polacas era la de Jadwiga.

Brunon subió los escalones de la puerta principal de la casa. Tendió la mano a su

abuelo para que le diera la llave. Pero Marius retrocedió.

—¿Está segura de que quiere entrar, *Fräulein* Charlotte?

—Ha pasado mucho tiempo desde que era *Fräulein* Charlotte, Marius. Ahora soy Charlotte a secas. Y sí, estoy segura. Me gustaría verla de nuevo, sólo una vez más.

Brunon abrió la puerta. Charlotte era consciente de que todos habían dado un paso atrás, esperando a que ella hiciera el primer movimiento, y entró.

Charlotte casi retrocede, abrumada por el olor a pintura y barniz. Al mirar abajo vio que pisaba un suelo nuevo de parqué.

—Hubo que reemplazar todos los suelos —explicó Marius—. Los inviernos del cuarenta y seis y el cuarenta y siete fueron fríos. Los soldados rusos arrancaron las planchas para alimentar la caldera; después, las autoridades pusieron linóleo barato, que no duró mucho.

A Charlotte le pareció que esperaban que dijera algo.

—Es madera de buena calidad.

—No tan buena como los antiguos suelos, pero al menos no tiene las marcas por las que su madre solía reprender a las doncellas, porque nunca eran capaces de quitarlas. —Había una aspereza en la voz de Marius que a Charlotte le pareció difícil ignorar.

—¿Esto también es nuevo? —Tocó la baranda de la escalera, no muy segura de si la habían restaurado y barnizado, o reemplazado por completo.

—Como el suelo, el pasamanos se usó para alimentar la caldera.

—Quien hizo esto tenía muy claro cómo era el original. ¿Dices que ayudaste?

—Todo lo que pude —admitió él tímidamente.

—Hiciste bien, Marius. Habría sido terrible si Grunewaldsee se hubiera convertido en escombros. —Miró arriba al techo. Era obviamente nuevo, pero las molduras adornadas con rosas eran idénticas a las antiguas.

—Se copiaron con moldes de las originales. Quedaban suficientes piezas para que el escayolista recreara los diseños. —Se dejó caer en el último escalón y miró alrededor—. La entrada es lo que más sufrió al final de la guerra, porque es donde los soldados esperaban órdenes. Pero si va a la salita verá que sigue teniendo la antigua chimenea. —Charlotte abrió una puerta a su derecha. Sin muebles, el tamaño de la habitación era sobrecogedor. La larga ventana con bisagras miraba a los bosques, enmarcando el sendero que conducía al lago. Se dirigió al hogar y pasó las manos por el suave mármol—. No sólo la chimenea —susurró—. Incluso los azulejos de alrededor han sobrevivido.

—Y dos de las lámparas de araña del salón de baile. —Marius se levantó y abrió la puerta doble de la mayor habitación de la casa—. Rompieron la tercera cuando intentaron bajarla, así que decidieron dejar las otras dos y limpiarlas en donde

estaban.

Era lo mismo dondequiera que fueran. El fantasma de una casa antigua que vivía en unas nuevas, brillantes y bellamente proporcionadas habitaciones, con paredes, techos y suelos desprovistos de adornos y muebles. Los colores eran los mismos que en 1945: verde y dorado en la salita; azul, blanco y plata y en el salón de baile y el comedor formal; rojo en la sala de billar, aunque se habían llevado la mesa. Charlotte sentía como si hubiera vuelto al siglo dieciocho, cuando Wilhelm von Datski llevó a su esposa de Hanover a Schloss Grunewaldsee^[14] y, tras decidir que el viejo castillo de ladrillo rojo no le gustaba, lo tiró y contrató a un arquitecto para levantar el hogar clásico de Grunewaldsee sobre sus cimientos.

Tan sólo la cocina no hacía concesiones a la historia de la casa. Moderna, con superficies de trabajo de acero inoxidable, muebles blancos y negros y baldosas brillantes que ocultaban las cicatrices infligidas durante la época comunista, cuando aquello había sido una escuela hípica y un hotel para la élite.

—He dejado lo mejor para el final. —Marius caminó por la cocina y el pasillo de los sirvientes de vuelta a la entrada hasta la biblioteca. Oscuras estanterías de madera cubrían las paredes, pero Charlotte vio que, aunque similares a las originales, eran también demasiado nuevas.

—¿Echaron las estanterías y los libros a la caldera?

—Todos ellos, así como los del despacho de su padre. —Marius abrió una puerta que llevaba a una habitación más pequeña y acogedora. En el extremo opuesto de la casa que el salón de baile, miraba hacia el lago.

—¿Cuántas habitaciones hay? —Laura estaba asombrada y apabullada ante el tamaño de la casa.

—Nunca las conté —respondió Charlotte—. ¿Tú lo sabes, Marius?

—Para una casa con una hacienda del tamaño de Grunewaldsee, no eran tantas. En esta planta, aparte de la cocina, las despensas y los dormitorios de los sirvientes, hay dos salitas, los comedores formal e informal, el salón de baile, la biblioteca, un estudio, la sala de billar, el despacho de su padre, una oficina separada, el invernadero y cuatro habitaciones de propósito general.

—¿De propósito general? —Laura miró con curiosidad a su abuela.

—Mi madre usaba una como sala de mañana, una como despacho, y otra como sala de costura para el ama de llaves. La cuarta era de mis hermanos y no dejaban entrar a nadie, ni a las doncellas. No me atrevo a pensar lo que hacían allí.

—Fumar y beber —desveló Marius—. Entré por la ventana cuando tenía seis años y me puse terriblemente malo con la cerveza y los cigarrillos que me dieron. ¿Se acuerda de esto? —Los condujo a la habitación que había sido el despacho del padre de Charlotte.

—El armario de papá —gritó Charlotte—. Así que queda algo después de todo.

—Se acercó a un inmenso mueble tallado de color ébano que llenaba un considerable hueco desde el suelo hasta el techo—. Todos los documentos de la hacienda desde el siglo trece se guardaban aquí. —Abrió la puerta y miró dentro. Estaba vacío—. ¿Por qué no lo quemaron?

—La madera es dura. Los rusos eran demasiado vagos como para meterle el hacha cuando había cosas más fáciles que usar.

—Después de todo lo que ha pasado, el armario de papá sigue aquí. Apenas puedo creerlo.

—Trate de moverlo, *Fräulein* Charlotte. Diez hombres fracasaron. El constructor no pudo ni escayolar la pared de detrás. Lo siento, pero no podemos subir —continuó Marius cuando regresaron a la entrada—. Ayer metieron los muebles arriba. De hecho, si hubiera venido una semana más tarde, creo que todas las habitaciones estarían amuebladas.

—¿Entonces el nuevo dueño pretende vivir en Grunewaldsee? —Charlotte se agarró a la puerta para apoyarse.

—No lo sé, no me lo ha comentado. —Marius vio tambalearse a Charlotte y le ofreció el brazo—. Es casi la hora de cenar. ¿Se quedarán a comer con nosotros?

—Por favor —presionó Jadwiga en polaco, suponiendo que Marius había ofrecido una nueva invitación.

Charlotte miró a Laura, que bajaba los escalones con Brunon delante de ellos.

—Sólo si no es mucha molestia para vosotros.

—¿Molestia? ¿En su propia casa? —comentó Marius indignado, como si Charlotte nunca hubiera abandonado el lugar—. Esta noche debe dejar el hotel y venirse con nosotros. Brunon les ayudará con las maletas.

—Gracias, pero no, Marius. Una visita es una cosa, pero no podría volver a dormir en Grunewaldsee. —Charlotte miró al otro lado del patio, a la diminuta casa del guarda de dos habitaciones. Le conmovió la invitación de Marius. Era obvio que se la hacía de corazón, sin pensar en aspectos prácticos—. El hotel es muy cómodo y, si podemos, nos gustaría volver a veros.

—¿Mañana? —Marius se entusiasmó con la idea—. Prepararé uno de los carruajes, pasaremos por la hacienda y visitaremos la iglesia.

—¿Aún tienes los carruajes originales? —preguntó Charlotte mientras se acercaban a los establos.

—Dos de los antiguos, y esta preciosidad. —Entró en el establo, abrió una casilla y sacó la yegua que Brunon había enseñado a Laura—. Aquí está nuestro mayor orgullo, que pronto será madre y por eso está aquí.

A Charlotte se le hizo un nudo en la garganta.

—Se parece a *Elisa*.

—Pues claro, es su descendiente. Escondimos a su potranca en la granja

Salewski. Al final de la guerra, la trajimos de vuelta y crio. ¿Qué le parece? No es tan buena como su abuela, pero conserva parte de su espíritu.

—Parte. —Charlotte enterró el rostro en el cuello del caballo con la esperanza de que nadie viera sus lágrimas.

—Laura me dijo antes que sabe montar —dijo Brunon a su abuelo—. ¿Mañana puedo llevarla por el lago a caballo?

—¿Sabes montar? —preguntó Marius a Laura en alemán.

—Claro que sabe —dijo Charlotte con orgullo—. Tiene sangre von Datski.

Martes, 23 de diciembre de 1941

He escrito muy poco este año. Dirigir Grunewaldsee requiere cada minuto de vigilia. Brunon y yo hemos trabajado dieciséis horas al día para mantener las granjas a flote, pero por mucho que produzcamos, nunca parece quedar suficiente para alimentar a los trabajadores después de cumplir con la cuota del Ministerio de la Guerra.

Ante la insistencia de Irena y Brunon, visité Varsovia para entretener a las tropas. Sabía que Irena cuidaría de Erich y Grunewaldsee tan bien como yo. Me repitió una y otra vez que las tropas tienen pocas diversiones. Espera que alguien con autoridad piense en organizar algún entretenimiento para los soldados de Rusia. Wilhelm siempre está en sus pensamientos.

Tocamos en una sala de conciertos fuera de los muros del gueto judío de Varsovia. Pregunté por la gente de dentro. *Herr* Schumacher me llevó aparte y me dijo que la zona dentro de los muros era una de las varias que el Reich ha establecido para contener a los judíos y que no es prudente hacer preguntas sobre lo que sucede dentro. Nina, que tenía un permiso especial de Berlín para unirse al grupo del concierto, había pasado por el gueto en tranvía. Me dijo que las condiciones allí dentro son terribles. Las calles y las casas están cochambrosas y en mal estado; la gente sucia, sin lavar, vestida con harapos y claramente incapaz de cuidar de sí mismos o de sus hijos adecuadamente.

Recordé las escenas fuera de la casa de los padres de Irena. ¿Están Ruth y Emilia en el gueto de Varsovia o en uno parecido? Y si es así, ¿cómo lo soportan? Ya es difícil encontrar comida y ropa para todos en Grunewaldsee, y nosotros tenemos los pequeños beneficios de la hacienda y, cuando hace falta, nuestros ahorros, para vivir. Entonces me acordé de Georg, y le pregunté a Nina si había visto soldados dentro del gueto, pero dijo que se supone que nadie debe hablar de eso. Yo quería ir también en el tranvía, pero no hubo tiempo. Tras dos días recibí un telegrama de Irena contándome que mamá había empeorado.

Regresé y encontré a mamá frágil, débil y agitada. Irena me dijo que empezó a buscar a papá en cuanto me marché. Ella intentó calmarla y mantenerla tranquila,

pero mamá abandonó la cama y la casa en mitad de la noche, y se dirigió al lago. Una de las chicas del ejército de tierra la vio metiéndose en el agua hacia las tres de la mañana. Estaba tan contenta de que alguien hubiera detenido a mamá antes de que se ahogara, que no le pregunté a la chica qué estaba haciendo junto al lago a esas horas. Brunon me confió que es más que amiga del hijo de uno de los arrendatarios que estaba en casa de permiso.

Irena estaba terriblemente preocupada. Me costó mucho convencerla de que no había sido culpa suya y de que mamá se habría levantado de la cama en mitad de la noche incluso si yo hubiera estado en casa. Mamá está cada vez más confusa, y no hay nada que ninguno de nosotros pueda hacer para ayudarla. Su cuerpo está con nosotros, pero la mayor parte del tiempo su mente está fuera de nuestro alcance.

La pasada semana dos de las chicas del ejército de tierra se marcharon para casarse. La hacienda nunca ha estado tan corta de personal. Lo peor de todo es la gente que se empeña en que nos sentamos sobre montañas de mantequilla, nata, leche y carne. Incluso los que deberían conocernos bien, como los Adolf esperan que les consigamos algún extra en esta época del año.

Las noticias sobre la guerra no son buenas. Desde que los Estados Unidos se han incorporado a los Aliados, parece como si estuviéramos luchando contra el mundo entero. Pero esta noche ha sido realmente especial. Invité a los Adolf y a papá y mamá von Letteberg a unirse a nosotros en la festividad. Han venido hoy y se quedarán hasta el Año Nuevo. Irena y yo tocamos el piano mientras los demás cantaban villancicos y decoraban la salita y el árbol. Durante unas horas creo que conseguimos olvidar la guerra, pero no a las personas que hemos perdido. Sé que el hermano de Claus, Peter, estaba en todos nuestros pensamientos.

En secreto, todos esperamos que los gemelos y Manfred Adolf vengan a casa por Navidad, aunque nadie se atreve a decirlo, por si nos creamos esperanzas que luego se desvanecen. Irena llora cada vez que piensa que ella y la pequeña Marianna podrían no ver a Wilhelm estas fiestas. Está embarazada de siete meses, aunque Marianna sólo tiene dieciséis meses de edad.

Claus me escribió avisando que no vendría a casa. No le parece adecuado para el oficial al mando tomarse un permiso de vacaciones cuando los hombres no pueden. Pero no había motivo por el que su padre no pudiera venir aquí, para estar con mamá von Letteberg. Estoy segura de que hará el esfuerzo. Ella no ha sido la misma desde el telegrama sobre Peter.

He conseguido guardar un ganso para nuestra cena de Navidad. Después de que el Ministerio de la Guerra se llevara su parte, no quedaban más que dos adecuados para comer, e insistí en que Brunon tomase uno. Le debemos todo. No podría mantener Grunewaldsee a flote sin su lealtad, sentido común y ayuda.

Cortamos un árbol como siempre, pero como hay tal escasez de azúcar, este

año hay muy pocos dulces para los niños en sus ramas. Brunon y los demás hombres mayores han estado ocupados tallando, e Irena, Minna, Martha y yo cosimos un poco, así todos los niños tendrán un animalito de juguete y las niñas una muñeca de trapo, aunque tuvimos que cortar vestidos viejos para terminarlas. Temo pensar cómo será el año que viene si aún no hemos ganado la guerra.

Al menos no falta la verdura, y juntamos nuestras raciones de mantequilla para hacer *stollens*^[15]. Las almendras son más escasas que las frutas exóticas, pero hicimos mazapán de nueces y no sabía nada mal. Los regalos eran un problema. Hice un paquete para Claus con toda la comida enlatada que pude encontrar, incluyendo nuestro último paté de hígado. Espero que lo reciba. Puse su rango en el exterior con grandes letras rojas, y si alguien se atreve a robarle a un coronel espero que lo cojan y lo castiguen.

Han ascendido a los gemelos a capitanes, pero no puedo creer que sea esencial que permanezcan en el frente. Rogué a Claus y a papá von Letteberg que hicieran todo lo posible por ayudar a conseguirles un permiso de Navidad. Mamá está ahora tan enferma que apenas reconoce a nadie, e Irena está cada día más pálida y delgada. Estoy preocupada por ella y por el nuevo bebé.

Viernes, 26 de diciembre de 1941

Vinieron todos en Nochebuena: Wilhelm, Paul, Manfred, Papá von Letteberg, Greta y Helmut Kleinert... e incluso Claus; por lo visto, su general insistió en que se tomara el permiso. Tras abrir nuestros regalos, pasamos una maravillosa velada tocando y cantando. Creo que Claus debe de tener otra mujer. Llegó con los chicos a la hora de la cena y no sugirió que nos fuéramos al dormitorio. Comió con nosotros, y luego se sentó a hablar con su padre, los gemelos, Manfred y *Herr Adolf* la mitad de la noche. Cuando por fin vino a la cama, fingí estar dormida, pero no tenía que haberme molestado. Ni siquiera intentó tocarme. Estaba tan aliviada que casi lloré. No podía haberme dado un mejor regalo de Navidad.

Cuando se despertó, llevé a Erich a nuestra habitación para desearle feliz Navidad y disipar cualquier intento de «vida marital». Estaba encantado y asombrado al ver a Erich caminar y hablar. Yo llevaba horas levantada, ayudando a Martha con la comida, porque pensé que sería justo que Brunon, Marius, María y ella cenaran en la casa del guarda y no nos sirvieran a nosotros por una vez. Cuando volví arriba para cambiarme antes de comer, Claus y Erich estaban jugando en el baño, y conseguí entrar y salir de la habitación sigilosamente sin que me viera.

Tuvimos un ajetreado día de Navidad. Claus estuvo relacionándose con Erich, y mamá pareció reconocer a los chicos y a Greta. Cenó con nosotros, aunque justo

después pidió volver a su habitación.

La casa estaba caliente gracias a Brunon, que había pasado la mayor parte del otoño cortando troncos. Encendió fuegos en toda la planta baja excepto el salón de baile, incluso en el comedor formal, y me alegró ver que, gracias a mis esfuerzos y los de Martha, teníamos suficiente comida, las chicas lo hicieron muy bien sin Martha para dirigirlas, y después de que hubieran servido el queso, las salchichas y las ensaladas de invierno que yo había ayudado a hacer, les dije que se tomaran el resto de la noche libre.

Los gemelos, *Herr* Adolf, papá von Letteberg, Manfred y Claus habían traído mucha bebida, así que todos nos pusimos un poco contentos. ¿Es que era algo tan malo?

Las cosas deben de ser más fáciles en Berlín que aquí. Helmut y Greta aparecieron con bombones belgas, trufas francesas, licores y ricos presentes para todos (gemelos de oro para Claus y los chicos, un broche de oro para mí), y Helmut le dio a Greta un conjunto de zafiros compuesto por collar, tiara, brazalete y pendientes que tiene que costar una fortuna.

Claus me regaló un conjunto de diamantes que había pertenecido a su abuela. Como puse tantas cosas en el paquete de comida que le envié, me quedaba muy poco que darle. Sólo tres camisas calentitas. Cuando me disculpé, miró al pequeño Erich y me pidió otro hijo. Yo sugerí una hija. En realidad no me importaría. Erich hace que todo merezca la pena, pero sé que sería mejor madre si no estuviera tan preocupada por la guerra, y por si lograré mantener la hacienda en marcha el año que viene.

Hubo una terrible escena la noche de Navidad. Manfred había pasado bebiendo la mayor parte del día y, después de la cena, decidió contarnos un chiste. Como ha dejado claro que nunca ha abandonado sus creencias comunistas, sus padres e Irena le dirigieron miradas de advertencia, pero sin ningún resultado.

Empezó de forma bastante inocente. Como en el bautizo de la Bella Durmiente, dijo, tres hadas buenas presidieron el de Hitler, y cada una le dio al Führer un regalo muy especial, la primera prometió a Hitler que todos los alemanes serían honrados, la segunda que todos los alemanes serían inteligentes, y la tercera que todos los alemanes serían fervientes seguidores del Nacional Socialismo. Entonces apareció el hada mala. Furiosa porque no la habían invitado a la celebración, decidió que cada alemán no poseería más que dos de aquellas cualidades. Así dejó Alemania con nazis inteligentes pero no honrados, con nazis honrados pero no inteligentes, y con alemanes honrados e inteligentes que no eran nazis.^[16] Cuando terminó no se oía ni una mosca en la sala, aunque juraría que vi sonreír a papá von Letteberg.

Claus y Paul se enfadaron, pero Wilhelm estaba furioso. Le dijo a Manfred que

era un absoluto imbécil por hacer que los demás, sobre todo Irena y yo, fuéramos testigos de sus traidores chistes de colegial, y que podrían fusilarnos a todos o enviarnos a los campos a causa de su estupidez.

Creo que habría golpeado a Manfred si Irena no se lo hubiera llevado a la casa del lago. Después, Paul insistió en que Manfred se uniera a los hombres en la sala de billar. Se encerraron allí y, aunque los escuché discutir, parecían bastante calmados cuando salieron a medianoche.

Así que acabé pasando la noche de Navidad en compañía de Greta, *Frau* Adolf y mamá von Letteberg. Greta únicamente hablaba de sí misma, de cuánto dinero está ganando el padre de Helmut, de las últimas modas y tendencias en Berlín, las fiestas a las que va, y la boda que Helmut y ella celebrarán cuando acabe la guerra.

Mamá von Letteberg nos advirtió que nunca repitiéramos el estúpido chiste de Manfred a nadie para que no pensarán que también éramos desleales al Partido Wilhelm y ella tienen razón. Sólo haría falta que una palabra sobre el chiste de Manfred llegara a los oídos equivocados para que todos nos convirtiéramos en sospechosos.

Claus, Manfred y los gemelos se marcharon muy temprano esta mañana. No hubo tiempo para hablar con Wilhelm y Paul sobre Ruth y Emilia, porque había demasiada gente alrededor y, después de la tontería de Manfred, temía volver a enfadar a Wilhelm, pero todos notamos que estaban inusualmente callados.

Claus y yo sólo pasamos juntos dos noches; la primera estaba tan cansado que durmió, y la siguiente tan bebido que ni siquiera me besó en la intimidad de nuestra habitación. La «vida marital» fue muy breve y se limitó a esta mañana. Tal vez pueda darle otro hijo. No tengo ni idea de cuánto tardaré en volver a verle, pero cuando me abrazó y se despidió del pequeño Erich con un beso, casi pude creer que realmente nos echa de menos.

Durante toda la noche escuchamos pies marchando por la carretera al final del sendero. Creía que eran nuestros ejércitos moviéndose hacia el Oeste de permiso, pero cuando Brunon fue a investigar, nos contó que las columnas eran prisioneros de guerra rusos que conducían hacia Alemania. Irena y yo nos levantamos para verlos. Algunos estaban heridos y todos parecían helados, miserables y hambrientos, pero cuando intentamos darles pan y mantas viejas, los guardias nos gritaron. Nos dijeron que éramos unas alemanas traidoras, desleales y estúpidas.

Poco después, un capitán llamó a la puerta y nos dijo que como éramos jovencitas que no sabían nada, nos lo pasaría por alto en esta ocasión, pero que la próxima vez que ofreciéramos al personal militar enemigo infrahumano comida o ropa que necesitaba la gente del Reich, nos metería en prisión.

Esta guerra se vuelve más estúpida cada día. No veo cómo el meternos a Irena y a mí en prisión, o el ser cruel con prisioneros que no han hecho nada excepto

luchar por su país cuando se lo han ordenado, ayudará al Tercer Reich en algo.

Capítulo 10

Charlotte dejó a un lado su diario, con la mente impregnada de imágenes de hacía más de sesenta años de hombres ensangrentados, patéticos, de mirada vacía, con las descarnadas figuras derrotadas y encorvadas por los golpes mientras avanzaban penosamente hacia el Oeste con botas raídas.

Miró alrededor en su habitación de hotel. No eran más que las ocho y media de la noche, pero se sentía como si fueran las doce. Se preguntó si su agotamiento lo causaba el cáncer o la tensión emocional de ver Grunewaldsee y a Marius otra vez. Había muchas preguntas que seguían sin respuesta. Preguntas que habría hecho si Marius y ella hubieran estado a solas.

Laura llamó a la puerta.

—Qué guapa estás —la piropeó, cuando su nieta entró con un vestido de seda azul a media pierna.

—¿No te cambias para cenar?

—He comido tanto en casa de Marius que no me entraría una cena.

—¿Estás enferma? —preguntó Laura, preocupada—. ¿O sólo cansada después de lo de hoy?

—Cansada —reconoció Charlotte—. Regresar a Grunewaldsee me ha traído muchos recuerdos. Pero aunque no quiero comer, si me das cinco minutos, me cambiaré e iré contigo al comedor.

—No hace falta. He conocido a dos chicas judías estadounidenses en el vestíbulo. Están aquí con su madre. Sus bisabuelos dejaron Prusia Oriental en mil novecientos veinte y están buscando su antiguo hogar. Nunca se sabe, una cena con ellas podría llevar a un documental. No hay muchos cineastas que hayan explorado la emigración de Europa del Este tras la Primera Guerra Mundial.

—Cuánta gente regresa en busca de un país que ha desaparecido —murmuró Charlotte, ausente—. Me refiero al pasado, no a Prusia Oriental.

—«El pasado es un país extraño, allí hacen las cosas de otra manera» —dijo Laura citando la primera línea de *El mensajero*, de Hartley.

—¿Seguro que no te importa si me quedo aquí?

—Para nada. Pero pide algo más tarde, aunque sea una bebida, ¿vale? —presionó Laura.

—Quizá coñac y helado —dijo Charlotte, traviesa.

—No tenemos que regresar a Grunewaldsee mañana, Oma.

—¿Olvidas que Marius y Brunon nos han ofrecido una visita por la hacienda?

—Podríamos posponerlo e ir a otra parte.

—No —respondió Charlotte con decisión—. Si puedo soportar ver la casa, puedo soportar ver los campos. —Recogió su diario.

Laura se marchó de la habitación sin hacer ruido y cerró la puerta suavemente tras ella, mientras su abuela regresaba una vez más a su pasado.

Miércoles, 22 de julio de 1942

A veces parece que sólo acudo a este diario para contar tragedias. Apenas puedo ver esta página por las lágrimas. Mataron a Paul en Sebastopol el 1 de julio. Hace tres semanas, aunque el telegrama llegó esta mañana. Brunon estaba conmigo cuando el chico entró en el patio. Se ofreció a contárselo a las doncellas y a avisarlas de que no dijeran nada a mamá, pero no podía arriesgarme a que lo averiguara accidentalmente, así que fui a su habitación.

Sus gritos fueron atroces, pero por suerte duraron poco. Cinco minutos después estaba sonriendo, no queriendo o no pudiendo recordar lo que le había contado. Irena había salido antes de que llegara el telegrama, a visitar a sus padres con su nueva hija, Karoline, y Marianna. Me alegro. No quiero ver a nadie, ni siquiera a Brunon o a Martha. Creo que lo entienden, porque cuando dejé el cuarto de mamá cogí este diario y me encerré en la habitación de Paul. Deben de saber que estoy aquí, pero no han llamado a la puerta.

Los gemelos compartieron este dormitorio desde el día en que nacieron. Cuando Wilhelm se casó, Paul siguió durmiendo aquí cuando venía a casa de permiso. Ahora únicamente puedo mirar lo que ha dejado atrás. Sus libros, su juego de ajedrez, sus alfileres de corbata, botones, gemelos y colonia. Es como la muerte de papá otra vez. Hace un momento abrí el armario de Paul y toqué sus ropas. Ropas que no volverá a llevar. Es tan injusto... Ni siquiera había empezado a vivir la vida que quería.

Puedo oír a una mujer sollozando en el patio. Sé que es María y siento que debería ir con ella, pero incluso la idea me parece una hipocresía. Paul nunca me habló de ella, y todos fingíamos que no pasaba nada entre ellos.

No sé si debería enviar el carruaje. No tenemos combustible para el coche. ¿Debería ir a ver a Irena, o aguardar a que regrese esta noche? Espero y rezo por que Wilhelm esté a salvo. No soporto la idea de perderlo a él también.

Domingo, 27 de diciembre de 1942

Esta Navidad fue mucho más lúgubre que la anterior. Cada año somos menos. Primero papá, luego Peter, ahora Paul y María. Se suicidó una semana después de que llegara la noticia sobre Paul. Se ató un saco lleno de piedras a los tobillos y saltó del embarcadero al lago. Creemos que tal vez estaba embarazada de Paul. No pude escribir sobre eso entonces, porque me sentía culpable. Si hubiera hablado con ella, si la hubiera tratado como a una hermana, si le hubiera contado cosas de

Paul, la hubiera aceptado y recibido en la familia, tal vez seguiría viva, y tendríamos a su hijo y de Paul para quererlo.

En vez de eso, sólo tenemos la tumba de María, y es por mi culpa, por ignorar su profundo dolor.

Brunon y Martha han sido muy valientes. El médico ayudó escribiendo «ahogamiento accidental» en el certificado de defunción para que pudieran enterrar a María en el cementerio de Grunewaldsee, y no fuera con los otros suicidas.

A veces siento que estoy rodeada de muerte, aunque me esfuerzo en no pensar en ello; Wilhelm y Claus van de regreso al frente ruso y Manfred ya está allí. Tienen que sobrevivir a esta guerra. ¡Tienen que hacerlo! ¡Tienen que hacerlo!

Charlotte recordó que había roto la punta de la pluma cuando escribió las exclamaciones. Era como si intentara mantener a Wilhelm, Claus y Manfred vivos a costa de fuerza de voluntad.

No nos quedaban gansos que matar estas Navidades, así que nos apañamos con las gallinas viejas que ya no ponían huevos. Todos excepto Manfred lograron venir a casa, incluso Greta y Helmut, por desgracia. Su compromiso debe de ser uno de los más largos de la Historia. Le pregunté cuándo piensa casarse, y me contestó:

—Hasta que la guerra termine, no.

Le dije que se preparara para morir soltera. Ella insistió en que su trabajo en la guerra es demasiado importante como para interrumpirlo con el matrimonio, como si dirigir Grunewaldsee fuera algo intrascendente.

Wilhelm, Claus, papá y mamá von Letteberg y los Adolf estuvieron aquí el día de Navidad, y conseguí organizar una buena cena, pero si no hubiera sido por los jamones y la comida que mis suegros trajeron, habríamos tenido una mesa bastante escasa. Intenté llevar a mamá a comer con nosotros, pero no hacía más que mirar alrededor preguntando por papá y por Paul, hasta que a todos les pareció mejor, y más humano hacia ella, permitirle regresar a su habitación.

Claus y Wilhelm sólo estuvieron con nosotros dos días. Tenían un permiso de doce días y pasaron cinco viajando para llegar aquí, y tenían que hacer un viaje de vuelta de otros cinco. Irena y Wilhelm desaparecieron en la casa del lago como de costumbre. Claus estaba más reservado que nunca. Se puso furioso cuando descubrió que permitía a Erich tener una luz de noche. Me acusó de querer que siguiera siendo un bebé cuando debería estar preparándose para ser un hombre. Le recordé que Erich no tiene más que dos años, pero Claus gritó que quería que su hijo fuera un hombre, no un marica, y al final tuve que levantarme de noche cuando Erich se despertó gritando, porque le aterra la oscuridad. Me alegra que

Claus sólo estuviera en casa dos días; más tiempo habría resultado intolerable.

Irena lloró y se aferró a Wilhelm cuando se marcharon. Yo únicamente saludé con la mano a Claus. Alguien que espera que su hijo de dos años se comporte como un hombre, sin duda se sentiría incómodo por una muestra de afecto de su esposa.

Lo que duele es la amable pregunta de mamá von Letteberg sobre si todo va bien entre Claus y yo. ¿Cómo va a ir bien si discuto con él cada vez que nos vemos y odio que me toque?

Domingo, 7 de febrero de 1943

Han anunciado que el Sexto Ejército luchó hasta el último hombre en Stalingrado. Como en las Termópilas, no hay supervivientes. Aunque Wilhelm y Claus no estaban con el Sexto Ejército, están en Rusia, y sabemos que los oficiales a menudo llevan mensajes a otras unidades. Querido Dios, había un cuarto de millón de soldados alemanes en Stalingrado. Muchos chicos que conozco estaban destinados allí. No soporto pensar en eso. Estoy preocupada hasta la desesperación por Wilhelm, Manfred y Claus. Fue estúpido de mi parte pensar las pasadas Navidades que las cosas no podían ponerse peor.

Lo único que me alegra es que las exigencias de organizar la hacienda me dejan poco tiempo para dormir y ninguno para pensar. Apenas nos queda ganado para cría tras las requisas del ejército. Se han llevado hasta al idiota Wilfie, no podemos imaginar para hacer qué. Todos los hombres se han ido, excepto los muy jóvenes como Marius, que a pesar de tener diez años trabaja como un esclavo cuando sale del colegio, y los mayores como Brunon, que no hace más que trabajar también, cuando debería estar jubilado.

No hay comida suficiente; no tenemos ni para alimentar a los niños. Vinieron funcionarios del Ministerio de la Guerra con una lista de producción que esperan que proporcionemos para cumplir la cuota del año que viene. No sé si fue la preocupación por Wilhelm y Claus, saber que era imposible cumplir la cuota, o la forma en que se comportó Claus cuando estuvo en casa, pero estallé. Les dije a los funcionarios que no había forma de darles nada hasta que tuviera más mano de obra.

Luego me sentí verdaderamente avergonzada, pero Brunon me dijo que era lo mejor que podía haber hecho, porque dos días después recibí una carta oficial diciendo que se nos ha concedido mano de obra adicional en forma de doce prisioneros de guerra rusos.

Tuve que firmar lo que parecieron mil documentos para declarar que pagaré al Reich, no a los hombres, y que ni yo ni mi familia ni mis empleados los alimentaremos o colaboraremos con ellos de ninguna manera.

Vino un funcionario del campo de prisioneros para avisarnos de que esperásemos infrahumanos en apariencia y comportamiento, le dije que había visitado Rusia en 1939 con la orquesta de las Juventudes Hitlerianas de Allenstein, y que no había nada que pudiera contarme sobre la forma en que los rusos vivían en las zonas rurales.

Vinieron caminando penosamente por el sendero esta mañana al amanecer. Nos reunimos para ver cómo entraban en el patio. Brunon y Marius se habían armado con horcas. No se tenían que haber molestado. Tres soldados con rifles los vigilaban, y no es que los prisioneros parecieran tener fuerzas como para dar problemas o huir. Las muñecas, las manos y las caras que asomaban de sus harapos estaban incrustadas de suciedad y terriblemente delgadas. Sus ojos eran oscuros, con cercos negros que podían ser de mugre o agotamiento. Y tienen piojos. Vi algunos en sus barbas, y se rascaban las axilas.

Brunon los puso a trabajar enseguida, a despejar la nieve del patio, llevar estiércol y limpiar los establos. La tierra está demasiado dura para empezar a sembrar. No son buenos trabajadores. Son lentos, y no hacen nada hasta que los guardias les gritan y les amenazan.

Los observé desde la ventana de la habitación de mamá cuando llevé a Erich para su visita diaria. Todas las tardes intento organizar una pequeña fiesta para mamá. La visito, y Minna nos trae café de bellota, que es lo único que podemos conseguir ahora. El café de verdad y los pasteles son algo que sólo vemos en nuestros sueños. Mamá y yo nos sentamos y bebemos el espantoso café mientras intento fingir desesperadamente que todo es normal.

Por primera vez desde hace meses, mamá se sentó junto a mí. Observó trabajar a los hombres un rato, luego se volvió y, casi como si fuera la de antes, dijo:

—Tienes que alimentar a nuestros trabajadores, Charlotte. Tu padre dice que un hombre debe comer bien para trabajar bien.

Cuando regresé a la cocina, una de las chicas del ejército de tierra se estaba quejando de que había cogido un piojo en los establos. Eso es algo que no puedo permitir. Si los prisioneros rusos tienen los típicos piojos, podemos acabar con una epidemia.

Llamé al campo de inmediato y exigí hablar con el comandante. Dijo que no podía hacer nada. Los rusos vivían como animales y se negaban a lavarse o a seguir las normas básicas de higiene. Hablé con Brunon y me dijo que la única solución era que los rusos vivieran aquí en Grunewaldsee donde podríamos asegurarnos de que se mantenían limpios. Eso es imposible. No puedo tener a doce prisioneros enemigos durmiendo aquí junto a una casa con mujeres, bebés, ancianos y niños pequeños.

Hice una llamada a papá von Letteberg para pedirle consejo. Es imposible que

cumpla con las cuotas del ejército sin los trabajadores adicionales, pero tampoco puedo arriesgarme a una epidemia de tifus que podría matar a los niños y al resto de nosotros. Con suerte telefonaré esta noche y me aconsejaré qué hacer.

Martes, 9 de febrero de 1943

Papá von Letteberg llamó con la noticia de que Wilhelm y Claus están vivos, a salvo y bien, pero Manfred estaba en Stalingrado. Los Adolf e Irena tienen el corazón roto. Pobre, idealista, estúpido Manfred. No puedo creer que nunca vaya a volver a dar problemas en una reunión familiar. La tragedia nos ha unido aún más a Irena y a mí. Mi querida hermana por matrimonio. Incluso si la guerra terminara mañana, habremos perdido demasiado para que el mundo vuelva a ser el mismo otra vez. Las dos pasamos la mayor parte del día llorando por Manfred, Paul, Peter... Es muy duro cuando ni siquiera hay un cuerpo que enterrar o una tumba sobre la que llorar, únicamente un servicio funerario que organizar.

Papá von Letteberg no podía decir dónde están Claus y Wilhelm, ni lo que está pasando en el frente ruso, pero ha resuelto el problema con los prisioneros de guerra. Ha llamado al comandante del campamento personalmente y ha insistido en que los hombres que trabajen en Grunewaldsee se mantengan limpios. El comandante me llamó entonces para asegurarme que así sería en el futuro, pero noté que estaba furioso conmigo por atreverme a contactar con uno de sus oficiales superiores acerca del asunto cuando había supuesto que él ya lo había zanjado.

Le pedí a Brunon que viniera a verme en el despacho de papá para que pudiéramos hablar a solas, y le conté lo que había dicho mamá sobre alimentar a los prisioneros. Me advirtió que los soldados ya habían repetido las instrucciones de que no había que dar de comer a los rusos, aunque siempre había algún guardia gorroneando en la cocina.

Como si supiera lo que estaba pensando, el comandante del campamento volvió a llamar más tarde para dejar claro que si alguien de Grunewaldsee da comida a los prisioneros, se ocupará de que esa persona sea severamente castigada, sea quien sea.

No tuve más elección que aceptar aislar a los prisioneros. Eso significa asignarles tareas que no los pongan en contacto con nosotros, las chicas del ejército de tierra o los polacos. Brunon y yo miramos las hojas de trabajo y decidimos que en cuanto mejore el tiempo, los rusos se pondrán a arar y sembrar los campos de patatas. No hace falta que nadie se acerque a ellos, siempre que los mantengamos en ese lado de la granja y, si los encerramos en el granero mientras sus guardias comen a mediodía y luego los llevamos directamente de los campos al campamento al final del día, los veremos muy poco.

Sólo espero que estos prisioneros faciliten las cosas. Estoy muy cansada de

peleas. Muy, muy cansada.

Domingo, 30 de mayo de 1943

Wilhelm y Claus han regresado hoy al frente ruso tras un permiso de cuatro días. No ha sido suficiente. Olvidé todas nuestras diferencias cuando lo vi entrar en el patio con Wilhelm en un coche del estado mayor. Estaban tan pálidos, enfermos y exhaustos que el corazón me dio un vuelco por los dos. Las chicas del ejército de tierra y las mujeres cuyos maridos están en el frente tenían muchas preguntas, pero sólo dijeron que el ejército alemán está haciendo todo lo que puede.

Wilhelm parecía tan débil que Irena y yo queríamos llamar al médico, pero Claus, que había ido conduciendo, insistió en que no era necesario y en que lo que ambos necesitaban era descanso y comida. Corrí a la cocina a ver qué teníamos, mientras Irena subía a preparar los baños. Ni Claus ni Wilhelm se acercaron a nosotras hasta que se hubieron despiojado. En cuanto se bañaron y Martha enrolló sus uniformes en bolsas de plástico para llevarlos a la lavandería a limpiarlos con vapor, se vistieron con las ropas de civiles que habían dejado aquí y vinieron a comer.

Por la escasez de combustible y doncellas, hemos cerrado incluso más habitaciones de la casa. Puse la mesa en la sala de mañana de mamá. Si a alguno de ellos le pareció extraño que comiéramos allí, no dijo nada.

Mientras se estaban bañando, le pedí a Marius que matara una gallina. No podíamos permitirnoslo, pero era lo único que se me ocurría para darles. Habíamos recogido las primeras patatas nuevas, y había un repollo, así que hice *sauerkraut*^[17].

Martha, que me ha estado enseñando a cocinar, dice que ya soy casi tan buena como ella.

Les di a Wilhelm y Claus un tazón de la sopa de hueso de jamón y guisantes secos que Martha hizo para todos los de la granja. Era terriblemente clara, pero Irena y yo renunciamos a nuestra ración de pan y, para cuando se comieron eso, ya estaban listos el pollo y las patatas, que había frito en la grasa del pollo, y junto con el *sauerkraut* constituyeron una comida bastante presentable.

Quedaba un bote de cerezas del verano pasado, y se lo dimos con una copa del coñac de papá. No soportaba servirles café de bellota, así que Irena hizo té de rosa mosqueta. Ambos declararon que era la mejor cena de su vida. Qué distinta de las comidas de cinco y seis platos que solíamos tomar en los viejos tiempos.

Luego lo único que querían era dormir. Irena se fue a la cama con Wilhelm, pero yo volví a salir al campo. Ha desaparecido otro gato. Esta vez es el preferido de Martha. Brunon y yo estamos seguros de que los rusos los están matando para

comérselos, pero no quiero decir nada, porque los guardias no necesitan más excusas para tratarlos mal.

Ayer, cuando Martha llevó a Brunon y Marius su almuerzo al campo, vio a uno de los soldados pegando al prisionero ruso más joven. Parece demasiado mozo para ser soldado, pero los guardias siempre están golpeándolo y pateándolo. Me dijo que le salía sangre de la sien y que hubo un fuerte crujido que sonó como si el guardia le hubiera roto el cráneo al pobre chico.

Ayer por la noche, después de cenar una tortilla de hierbas, pan de centeno y una de las últimas pocas botellas del vino de papá, oímos a los prisioneros marchando por el camino. Claus se acercó a la ventana. Dijo que los rusos eran lo peor de lo peor, y que si hubiéramos visto lo que les habían hecho a los soldados alemanes capturados, no los tendríamos en la granja.

Traté de explicarle que no teníamos mano de obra, y que el Reich necesitaba nuestras cosechas. Wilhelm permaneció sentado muy quieto. No dijo nada durante un rato, permitiendo que Claus despotricara y vociferara. Luego habló muy suave y quedamente, asegurando que si no hubiéramos tratado a los rusos tan mal cuando invadimos su país, quizá ahora no serían tan duros con nosotros.

Nunca he visto a Claus tan furioso.

—¡Son infrahumanos! ¡Pregúntale a ella! —Me señaló a mí—. Visitó Rusia antes de la guerra. Tienen un aspecto y un comportamiento medieval. Son bárbaros hasta límites insospechados.

Wilhelm exclamó:

—¿Es que vas por ahí con los ojos cerrados?

Les rogué que no discutieran, por los niños y por mamá. Irena intercedió y logró calmar a Wilhelm. Creo que él iría al infierno si ella se lo pidiera, pero también sabía que no había nada que yo pudiera hacer para tranquilizar a Claus. Si lo amara de verdad, o estuviera cerca de él como lo está Irena de Wilhelm, tal vez podría haberlo apaciguado. Pero no tenía sentido ni que lo intentara. El último comentario de Claus a Wilhelm fue:

—Motín y revolución no son palabras del vocabulario de un oficial alemán, y tú estás cerca de ambas.

Si ésta es la forma en que los capitanes y coroneles se comportan entre ellos, ¿qué oportunidad tenemos de ganar la guerra?

Wilhelm puso fin a la discusión preguntando si podía ver a mamá. Le dije que no tenía mucho sentido, pero Irena, él y yo fuimos de todos modos. Estaba sentada junto a la ventana. Los rusos seguían caminando por el sendero. Podíamos verlos arrastrando los pies, con los guardias riendo y bromeando detrás de ellos.

Sin volver la cara, mamá dijo:

—De verdad que tienes que darles más de comer, Charlotte. No pueden ni

poner un pie delante de otro.

Wilhelm me miró y yo moví la cabeza. Él la cogió de la mano y dijo:

—Mamá.

Ella se volvió hacia él y, por un instante, un pequeño instante, juraría que lo reconoció. Luego dijo:

—Papá llegará dentro de poco; debes irte y recoger tus juguetes.

Nos sentamos con ella un rato. Pero no sirvió de nada. No sé que me ha pasado. Antes lloraba muy fácilmente, ahora casi no lloro nunca. A veces creo que con Paul y papá muertos, mamá tal como está y Claus frío y distante, tan completamente distinto del hombre con el que pensé que me estaba casando, mi corazón se ha vuelto de piedra. Luego vi a Claus llevando a Erich por el patio a ver los caballos y sentí una abrumadora oleada de amor hacia mi hijo.

Suceda lo que suceda, mientras tenga a Erich, la vida merece la pena. Sobreviviré y lucharé por los dos, sin importar nada más. Se merece lo mejor que le pueda dar.

Sábado, 10 de julio de 1943

Esta mañana escuchamos en la radio que nuestros ejércitos lanzaron una ofensiva a lo largo de un frente de 273 kilómetros en Kursk, Rusia, hace cinco días. Ahora comprendo por qué les dieron un permiso a Claus y Wilhelm a finales de mayo, y por qué Wilhelm estaba tan extraño, deprimido y ansioso por Irena y sus hijas. Sólo puedo suponer que ambos están en el grueso de la batalla.

Lleva lloviendo desde que se marcharon, y me siento tan miserable como el tiempo. Ahora lamento haber presionado a Wilhelm para que me contara cómo murió Paul. Fue después de comer, el último día de su permiso. Habíamos hecho preparar el carro del poni para llevar a los niños de paseo, pero Wilhelm dijo que le dolía la cabeza y se retiró al despacho de papá. Presenté mis excusas a Claus e Irena, le seguí y me empeñé en que me contara todo lo que supiera sobre lo que le había pasado a Paul.

El oficial al mando de Paul nos había escrito a mamá y a mí. Nos dijo que Paul había muerto instantáneamente de una herida en la cabeza. En aquel momento, Brunon intentó consolarme diciendo que Paul no había sufrido, pero no me creí del todo la carta. Recordaba algo que había dicho Claus al comienzo de la guerra sobre que los oficiales siempre reconfortaban a los familiares de los hombres caídos contándoles que habían muerto rápidamente y sin dolor.

Wilhelm repitió que en el caso de Paul era cierto. Estaba al mando de una batería que disparaba a la línea del frente ruso, hasta que el enemigo voló los cañones y los hombres por los aires con fuego de obús. Cuando le pregunté por la tumba de Paul, contestó que no quedó suficiente que enterrar. No creo que quisiera

decirme eso, pero cuando empezó a hablar sobre Paul ya no pudo parar.

La idea del perfecto cuerpo joven de Paul hecho pedazos me llena de horror. Desde que Wilhelm me lo contó no hago más que imaginarme la muerte de Paul.

Wilhelm insistió en que, ya que todos tenemos que morir, hacerlo rápidamente en batalla no es una manera tan mala, le recordé que Paul no tenía ni veinticinco años. Wilhelm dijo que la juventud, junto con la verdad, era una de las primeras víctimas de la guerra, y que, al morir así, Paul había escapado a una larga y prolongada muerte en un hospital de campaña.

Pero sigo sin ver por qué Paul tenía que morir. Esta guerra parece sin sentido, aunque no creí que pudiera decirle eso a Wilhelm, no cuando volvía al frente.

Y eso significa mantener aún más pensamientos en secreto. Claus se pondría furioso si alguna vez viera este diario o me oyera expresar la mitad de las cosas que pienso. Sé que son ideas poco patrióticas, pero ¿de verdad traiciono a mi país por querer mantener vivos a los que quedan de mi familia?

Wilhelm siguió diciendo que no había nada peor que permanecer indefenso y contemplar cómo un compañero moría lentamente de frío, gangrena y congelación. Hablaba tan seria y sinceramente que estoy segura de que ha tenido que hacerlo muchas veces.

Luego habló sobre los inviernos rusos y, cuando le pregunté, admitió que eran exactamente tan terribles como los soldados que regresan dicen que son, y la única razón por la que Claus y él no han sufrido de congelación es porque ambos están en puestos de mando.

Lo único que pude hacer una vez que comenzó a hablar fue sentarme y cogerle la mano. Deseaba reconfortarlo desesperadamente, pero no se me ocurría nada que decir, y todo el tiempo mientras hablaba, la declaración de papá de que «nada bueno puede salir de la guerra» resonaba en mi cabeza.

Wilhelm repetía que estamos luchando contra toda la población soviética, porque las unidades de las SS, la Gestapo e incluso la Wehrmacht han alienado a cada hombre, mujer y niño de Rusia con su brutalidad inhumana. Me contó que cuando nuestras tropas cruzaron la frontera por primera vez, la gente salía corriendo de sus casas para señalar y besar las cruces de nuestros tanques, porque veían a la Wehrmacht como salvadores cristianos enviados para liberarlos del impío mundo del Comunismo, pero ahora escupen en los cuerpos de nuestros muertos. Se quedó en silencio un largo rato, y luego dijo:

—He visto tras el telón de mentiras, Charlotte. Que Dios me ayude, pero sé lo que está pasando, aunque no me atrevo a contárselo a nadie, ni siquiera a ti, porque en este magnífico Tercer Reich nuestro, la verdad mata con más seguridad que las balas.

El silencio en el despacho de papá era peor que las palabras de Wilhelm. No

podía comprender qué estaba intentando contarme. Sé que no he visto toda la brutalidad de la guerra, pero después de lo que me contó sobre la forma en que murió Paul, trataba de imaginarlo. En cuanto a que el conocimiento era peligroso, en tiempos de guerra todos debemos tener cuidado con lo que decimos, la reacción de Wilhelm ante el estúpido chiste de Manfred me lo enseñó.

Wilhelm enterró la cabeza entre las manos. Me senté junto a él sin ser de ninguna utilidad, sin saber cómo reconfortarle. Irena sí habría sabido, pero Claus y ella seguían fuera con los niños. Cuando se oyó un ruido en la escalera, Wilhelm saltó como si le hubiesen disparado. Fui hacia la puerta. No era más que Minna llevándole su infusión a mamá. Intenté tranquilizar a Wilhelm, pero no escuchaba nada de lo que trataba de decirle.

Empezó a llorar, lágrimas que ni siquiera se molestaba en enjugar. No le había visto llorar desde que éramos pequeños. Me cogió la mano y la apretó, aplastándome los dedos.

—He visto cosas que tú y la gente normal y decente no podría ni imaginar, Lotte; cosas viles y horribles que han destrozado mi paz de espíritu y envenenado mi vida, incluso mi amor por Irena y las niñas. A veces pienso que vivo en un manicomio. Temo por Irena, Marianna, Karoline, por ti y por Erich, y por el futuro de todos los niños alemanes de este glorioso país nuestro, porque estamos construyendo un legado de sufrimiento que heredarán por nuestros pecados. Una herencia de brutalidad, salvajismo y odio que dirigirán hacia Alemania como país, y hacia los alemanes como raza.

Fuera, en el patio, pude oír a los niños riendo mientras Claus e Irena regresaban. Wilhelm me cogió la mano y me suplicó que cuidara de su esposa y de sus hijas. Que no importaba lo que pasara, no las dejara nunca. Se lo prometí, pero mi promesa no fue suficiente para él; apretó mi mano sobre la biblia de papá y me lo hizo jurar.

Yo temblaba, preguntándome por qué podía estar tan aterrado. Intenté contarle que los hombres en el frente como Claus y él son los que están corriendo todos los riesgos, no las mujeres y los niños que se quedan en casa. Y aunque ciudades como Dortmund y Berlín han sido bombardeadas, ni siquiera los ingleses pensarían que merece la pena enviar un avión a destrozarse el campo a las afueras de Allenstein.

Sonrió ante mis intentos por calmar sus temores, me advirtió que me cuidara y cuidara a Erich, pero luego dijo:

—Estarás bien, Lotte, porque tienes al general von Letteberg para cuidar de ti.

Preocupada por su ánimo sombrío le rogué que se cuidara, por su bien y el mío, y por Irena y sus hijas, diciéndole que no soportaría perderlo como a Paul. Incluso mencioné a mamá, pero él sonrió y dijo:

—Mamá, la pobre, está lejos de esto. Ahora sólo quedas tú, Lotte. —Me besó en la frente, un beso muy tierno—. Pobre pequeña Lotte, que nunca tuvo las fiestas y los bailes que merecía. Un día era una niña y al siguiente tenía que llevar la carga de diez hombres.

Le recordé que tengo a Brunon, Marius, Martha, Minna y todas las mujeres y chicas del ejército de tierra para ayudarme, pero no había manera de convencerlo.

—Un anciano, unas cuantas mujeres, un niño que ni ha terminado el colegio, lisiados, chicas reclutadas por el ejército de tierra y polacos y rusos esclavizados, que deberían estar todos en otra parte.

Había tanta amargura en su voz, que me pareció que no había manera de poder ayudarlo. Pero después tomé una decisión.

Conozco a mi hermano y a mi marido. Ambos preferirían morir en batalla que pedir favores, pero antes que ver a Wilhelm estallar en pedazos como Paul o a Claus morir lentamente en el frente ruso y que mi hijo crezca sin su padre, escribiré a papá von Letteberg y rogaré por que las autoridades no abran mi carta. Papá von Letteberg ya ha perdido a un hijo con Peter. Yo he perdido a un hermano con Paul, Irena ha perdido a Manfred. ¿No hemos pagado ya suficiente? No puede ser antipatriótico por mi parte querer mantener a salvo a Wilhelm. Papá von Letteberg debe de seguir recordando y pensando en Peter. Si considera lo que Claus, el hijo que le queda, significa para mamá von Letteberg, quizá organice un traslado a un cuartel de Berlín para Claus y Wilhelm. En alguna parte donde tengan que trabar duro, pero sobrevivan.

Jueves, 26 de agosto de 1943

En Allenstein corre el rumor de que las cosas no van bien en el frente ruso, pero no hay nada en los periódicos excepto las habituales reproducciones de discursos, descripciones de desfiles y artículos de «estamos ganando la guerra en todos los frentes». ¿Son todo mentiras?

Claus y Wilhelm no han regresado, pero otros han venido de permiso después de resultar heridos y, aunque cuentan muy poco, tienen rostros serios y adustos. No hace falta ser un genio para deducir que la situación en el este es precaria y que Prusia Oriental será la primera en la línea de fuego si los rusos ponen en retirada a nuestras tropas.

La conversación que tuve con Wilhelm me ha estado preocupando. ¿Qué quiso decir con «tras el telón de mentiras»? ¿Son las cosas en Rusia tan terribles como dice? ¿Por qué estaba Claus tan furioso cuando Wilhelm empezó a hablar sobre la forma en que nuestras tropas tratan a los rusos?

Papá von Letteberg me llamó después de escribirle pidiéndole que ayudara a organizar traslados para Claus y Wilhelm. Insistió en que no puede dar trato

preferente a nadie, y menos a su propio hijo y a miembros de mi familia. Eso no sería justo para todos los soldados que no tienen amigos influyentes que intercedan por ellos.

Le dije que no me importaba lo que era justo, sólo mantener vivos a mi hermano y al padre de mi hijo hasta el fin de la guerra. No me contestó, pero Wilhelm y Claus siguen destinados en el frente ruso.

La eficacia de los prisioneros que mandan a trabajar a Grunewaldsee se ha deteriorado. Al principio, los hombres al menos intentaban trabajar. Ahora hay que pegarles para completar la más mínima tarea.

Mamá sigue observándolos por la ventana y diciéndome que les dé de comer. Ayer desaparecieron dos gatos más. He decidido hablar con Brunon sobre el estado de los prisioneros. Los doce hombres que nos mandan apenas pueden realizar entre todos en un día lo que el idiota Wilfie solía hacer. ¿Es porque son perezosos o, como dice mamá, porque están hambrientos? Una cosa es segura: si las cosas siguen como están, no podremos recoger la cosecha antes de que se eche a perder, y entonces el Ministerio de la Guerra puede patalear todo lo que quiera, que no tendrá su cuota.

Jueves, 2 de septiembre de 1943

Ayer Brunon y yo acordamos que merecía la pena intentar alimentar a los rusos con la esperanza de conseguir que trabajen más. Lo que sea que les dan en el campamento obviamente no es suficiente.

Le pedí a Martha que preparara un guiso con algunas verduras y dos de las liebres que Brunon había cogido en sus trampas. Todavía quedan cinco campos de zanahorias y coles por recoger, cuatro de nabos y seis de apios aparte de los últimos de trigo, maíz, heno, cebada y patatas. Eso es mucho trabajo por hacer antes de que llegue el frío.

Como el guiso para los de la casa y otro para las chicas del ejército de tierra y los guardias ya estaban hirviendo a fuego lento, Martha debe de haber supuesto para quién queríamos la comida adicional, pero no dijo nada, simplemente se puso a hacerlo.

Lo preparó fuera para no alertar a los soldados. Cuando los guardias estaban comiendo en la cocina con las chicas, y los polacos habían regresado a sus cabañas, donde se preparaban sus propias raciones para que ni unos ni otras pudieran ver que les damos de más, Brunon, Marius y yo llevamos la olla fuera al granero. Siempre se encerraba allí a los prisioneros a la hora del almuerzo para que los guardias pudieran comer juntos.

Brunon abrió la puerta lateral, de la que nunca les había dado la llave a los guardias. Los hombres estaban tirados en las pocas balas de paja que quedaban de

los últimos años. Apestaban terriblemente y parecían incluso más salvajes, mugrientos y fieros que desde lejos. Estaba petrificada, pero Brunon les habló, primero en alemán, luego en polaco, diciéndoles que no tenían nada que temer. Pusimos la olla en el suelo y levantamos la tapa. Antes de que Marius pudiera abrir el saco con las cucharas, los cuencos y el pan, cayeron sobre ella, tirando a Brunon al suelo.

Comieron con las manos, sumergiendo los dedos sucios en la comida hirviendo, metiéndose lo que podían en la boca como animales en un abrevadero. Ayudé a Brunon a levantarse.

Marius se quedó atrás, con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa. Murmuró:

—Es verdad que son bestias infrahumanas, ¿verdad, papá?

Me avergüenza decir que había estado pensando lo mismo, pero Brunon dijo:

—No hijo, no son bestias, sólo están hambrientos.

Entonces me di cuenta de lo delgadas que tenían las manos y las muñecas bajo las capas de harapos. Son poco más que esqueletos. Por primera vez comprendí por qué habían estado desapareciendo los gatos, por qué se arriesgaban a recibir palizas de los guardias al revolver en los cubos de bazofia para los cerdos, e incluso algo de lo que Wilhelm había estado intentando contarme.

Me di la vuelta mareada, no por cómo estaban comiendo, sino por el hecho de que yo no era únicamente testigo, sino responsable de su estado. ¿Cómo había podido estar tan ciega e indiferente a las carencias de otros seres humanos a los que veía a diario?

Los rusos llevaban meses trabajando en Grunewaldsee. Ni siquiera la enfermedad de mamá había evitado que ella notara su estado, pero yo, que se suponía que estaba al cargo, había ignorado su desesperada condición. Observarlos meterse la comida en la boca a puñados me hizo sentir como si mironeara una escena íntima por el ojo de una cerradura. Miré a Brunon, y entonces alguien dijo mi nombre.

Uno de los hombres dejó la comida y a los otros, y caminó hacia mí. Repitió mi nombre. Brunon me cogió del brazo para protegerme y Marius corrió hacia la puerta preparado para abrirla.

El hombre retrocedió, se disculpó en alemán por haberme asustado, y dijo que podía entender por qué no quería saber quién era. Entonces lo reconocí. El mugriento esqueleto vestido con harapos era Alexander, el hermano de Masha, quien con su hermano me había dado el collar de ámbar en la estación de Moscú. El que yo había pensado que era guapo para ser ruso.

Charlotte dejó a un lado el diario, abrió el minibar y se sirvió un coñac. Levantó

la copa y murmuró:

—Por ti, Sascha, donde quiera que estés.

Capítulo 11

Amanecer, viernes, 3 de septiembre de 1943

Después de que Alexander me hablara, Brunon envió fuera a Marius para vigilar a los guardias de la cocina y le dijo que nos avisara cuando los viera prepararse para salir. Brunon se quedó con los prisioneros mientras yo llenaba un cuenco de guiso para Alexander. Nos sentamos a un lado mientras él comía. Me esforcé en no dejar que notara cuánto me mareaba su visión y su olor.

Me disculpé por no haberlo reconocido antes, pero dijo que dudaba de que su madre, su hermana o la chica con la que se había casado cuando empezó la guerra lo hubieran reconocido tal como estaba.

Le pregunté cómo era el campamento. Dijo que ningún prisionero había vivido allí más de dos meses, y que los afortunados morían antes. Sentada cerca de él y los demás, no pude creer que hubiera ignorado su condición tanto tiempo. No sólo están delgados, sino que sus cuerpos y sus rostros están cubiertos con masas de llagas abiertas y supurantes.

Quise saber qué podía hacer para ayudarles, y Alexander dijo que lo más importante era la comida, porque no les daban ninguna ración. Cuando los sacaron de Rusia, los llevaban a los campos por las noches y les decían que pastaran como animales.

Pensaban que las cosas irían mejor cuando llegaran al campamento, pero incluso allí, lo único que tenían era la hierba del campo abierto donde dormían y, con tantos hombres amontonados, se había terminado hacía meses, únicamente les dan un barril de agua al día, y no es suficiente para beber, así que no queda para lavarse ellos o las ropas. No hay letrinas y los guardias se niegan a darles palas para cavar unas. Y el comandante del campamento me decía que los rusos no querían lavarse...

Prometí hacer lo que pudiera por ellos. Alexander me rogó que no arriesgara mi vida o las de nadie en Grunewaldsee por él o por sus hombres. Dijo que muchos rusos mueren cada día en el campamento; consideran que ya están muertos.

Le ofrecí la mano, pero se negó a dármela porque estaba sucio y lleno de bichos. Como para demostrar lo que decía, atrapó a un piojo de su manga y lo mató. Yo lo recogí del suelo y lo envolví en mi pañuelo.

Salí del granero y entré en la cocina, donde los guardias estaban comiéndose una de las tartas de manzana de Martha y bebiendo café de bellota. Alexander me dijo que el más gordo de los tres, un veterano inválido, no era un mal hombre, y a menudo cerraba los ojos cuando veía a algún prisionero robando comida de los

cerdos o verduras crudas de los campos. Así que, como todos los guardias tienen el mismo rango, cabos, decidí dirigirme a él.

Tras servirme una taza de café, me senté frente al cabo. Estaba discutiendo con los otros dos sobre cuál era el mejor club nocturno de Berlín. Cogí mi pañuelo, lo desdoblé y puse el piojo delante de su plato. Las chicas del ejército de tierra se estaban marchando, pero una de ellas miró atrás, lo vio y gritó.

Les dije que había encontrado el piojo en mi ropa cuando había ido al establo después de que los prisioneros lo hubieran limpiado esta mañana. El segundo guardia, el delgado que Alexander me había contado que era un sádico, dijo que la solución era sencilla. Había que mantener fuera a los rusos todo el tiempo, y las chicas del ejército de tierra tendrían que hacerse cargo del trabajo de dentro.

Repliqué que no podríamos recoger la cosecha de este año o plantar la del siguiente sin la ayuda de los prisioneros de guerra, y que la solución más sencilla sería lavarlos a ellos y sus ropas. Él contestó que sería un ejercicio inútil, porque incluso si los rusos querían hacerlo, lo cual según él era casi seguro que no, el campamento estaba lleno de piojos, y el resto de los prisioneros mugrientos. Por tanto, en cuanto los nuestros regresaran allí por la noche, volverían a coger piojos.

Entonces sugerí que deberíamos limpiar a los doce prisioneros y permitirles vivir en Grunewaldsee.

Sabía que los guardias no tenían la autoridad para permitirme hacer eso, pero primero son hombres y después soldados, y los tres, incluso el cabo gordo casado, persiguen a las chicas del ejército de tierra. Los oigo reírse juntos y los veo ir al bosque en parejas cuando creen que nadie mira.

Les recordé que si los prisioneros rusos viven en Grunewaldsee, ellos también tendrían que quedarse con nosotros. No tuve que decir nada más. Entre que vigilan a los prisioneros y disfrutan sus jueguitos con las chicas, comen en nuestra cocina, y siempre están felicitando a Martha por cómo guisa y diciendo que su comida es mucho mejor que las raciones que sirven en el campo de prisioneros.

Propuse llamar a mi suegro, el general von Letteberg, en Berlín, y, mientras él hacía los preparativos necesarios, Minna, Martha y yo lavaríamos la ropa de los hombres; mientras se secaba, ellos podrían lavarse. Cuando los guardias dudaron, cogí el piojo y les recordé que al tifus le da igual matar arios que infrahumanos.

Mientras dejaba la cocina para ir a llamar al despacho de papá, vi a los guardias comprobar su propia ropa. Después de lo que había pasado la última vez que hablé con el comandante del campo, ni siquiera intenté comunicarme con él, sino que telefoneé a la oficina de papá von Letteberg. Su ayudante prometió darle un mensaje. Subrayé la urgencia de la situación, y le dije que el nieto del general, junto con todos los de la casa, corría el riesgo de contraer el tifus. También era vital recoger la cosecha para abastecer a las tropas, y no podíamos hacerlo sin la

ayuda de los prisioneros.

Luego fui al lavadero para ayudar a Minna y a Martha con los uniformes rusos. Martha quería quemarlos, pero yo sabía que los guardias no lo permitirían, así que los echamos en tinas hirviendo. Mientras, tenían que llevar algo, así que fui a las habitaciones de papá y Paul y vacié sus armarios. Por suerte, tenían mucha ropa. Había pantalones calientes, ropa interior, camisas y jerséis suficientes para los doce prisioneros y más. Envié jabón desinfectante, peines, cepillos y tijeras al granero con Marius y Brunon. Las tijeras las escondieron; lo último que quería era una discusión con los guardias sobre si los prisioneros podrían usarlas como armas o no.

Era difícil creer que los hombres que salieron una hora después eran los mismos que habían entrado en el granero a la hora de comer. Alexander me vio observándolos desde la ventana del despacho de papá, pero no me hizo ningún gesto de reconocimiento.

Lo comprendí. No estaría bien que la nuera del general von Letteberg, la esposa de un coronel de la Wehrmacht y señora de Grunewaldsee, admitiera conocer a un prisionero de guerra, un infrahumano enemigo del Reich. ¿Por qué la vida tiene que ser tan complicada? La familia de Alexander fue amable conmigo cuando viví con ellos en Moscú. Si no hubiera habido una guerra, papá habría insistido en que correspondiera a su hospitalidad y los invitara a él y a Masha a visitar Grunewaldsee como nuestros huéspedes.

A media tarde, papá von Letteberg había obtenido permiso para que los guardias y los prisioneros fueran enviados a Grunewaldsee. Entonces tuvimos que decidir dónde meterlos. Brunon y Martha ofrecieron dejar su casa para que los guardias se mudaran allí. Fue muy generoso de su parte. Sabían que odiaba la idea de tener a los hombres viviendo en la mansión con mamá, Irena, los niños y yo.

Ayudé a Brunon, Marius y Martha a vaciar su casa y a llevar sus pertenencias a la mansión. Les di las habitaciones al final del pasillo del segundo piso en el ala este. Hay cuatro habitaciones y un cuarto de baño, y una puerta que separa esa parte de la casa del resto, así que casi tienen su propia puerta de entrada.

Brunon dijo que era mucho mejor que Martha, Marius y él se mudaran con nosotros a que lo hicieran los guardias, pero lo repitió tanto que sabía que a Martha y a él les daba mucha pena dejar su casa.

Minna y yo buscamos en los armarios de la ropa de hogar. Encontramos una docena de mantas limpias. Eran ásperas y de poca calidad, pero lo bastante cálidas para esta época del año. Hay suficiente paja en el granero para que los hombres duerman allí esta noche, y mañana buscaremos algo mejor. Martha hizo otro guiso, y cocinó todas las manzanas caídas, para que los rusos comieran algo por la noche.

Los guardias encerraron a los prisioneros en el granero antes de regresar al

campamento a recoger sus cosas. Les advertí que los prisioneros no podían permanecer en el granero indefinidamente, porque lo necesitábamos para almacenar heno y paja, y las gallinas ponían allí. No querían oír hablar de ponerlos en el salón de baile, así que Brunon y yo decidimos que mañana los rusos tendrán que limpiar el desván sobre los establos y mudarse allí.

A los guardias les pareció bien aquello porque creen que sólo hay una escalera exterior que sube allí, lo cual hace más fácil su trabajo. No saben que hay una puerta en el despacho de papá que lleva directamente al cuarto de los arreos pegada a los establos, y una trampilla en el techo de dicha habitación que da al desván. Mi bisabuelo la hizo poner para que pudieran subir o bajar los sacos de comida sin tener que molestarse en cargarlos por las escaleras exteriores.

Será útil para pasar objetos prohibidos. Los guardias ya nos han reprendido por darles a los prisioneros jabón y desinfectante, que escasean en el frente. Comenté que Grunewaldsee no es el frente, y que si ayuda, enviaré paquetes a mi marido y a mi hermano en Rusia para que puedan distribuirlos allí. Eso calló a los guardias. Tienen un alojamiento muy confortable en Grunewaldsee, mientras que Claus y Wilhelm... no soporto pensar lo que sufrirán durante un segundo invierno en el frente ruso.

No me siento bien con lo que Brunon y yo estamos haciendo. No hemos hecho que las vidas de los rusos sean más seguras o más cómodas, sólo nos hemos asegurado de que tendrán más salud para trabajar, lo que significa que podremos producir más comida para ayudar en la guerra. Una guerra que los rusos rezan por que los alemanes pierdan. Y no habría movido un dedo por ayudarlos si Alexander no hubiera sido uno de los prisioneros. ¿Por qué es tan fácil ignorar a la gente que no conoces, incluso cuando se está muriendo de hambre, y tan difícil pasar de largo junto a alguien que una vez fue amable contigo?

«¿Por qué?».

Charlotte dejó a un lado el diario, se acercó a la ventana, abrió la puerta del balcón y salió. Arriba, la vasta cúpula del cielo nocturno se extendía infinita, inconmensurable sobre el lago rielante. La luz de la luna brillaba sobre el agua que se agitaba debajo. El fuego y las velas parpadeaban en la orilla a su derecha, y las melancólicas notas de un concierto para violín de Brahms resonaban en el fresco aire de la noche. Podía oler la carne asada y oír las voces agudas de una joven pareja cantando que llegaban a ráfagas con la brisa.

Era una escena que se había repetido en las márgenes del lago una y otra vez durante su juventud y, no le cabía duda, en las décadas posteriores y los siglos antes. Si dejaba el hotel e iba en busca de la fiesta, ¿vería chicos que le recordaran a Paul y Wilhelm, y chicas como habían sido Irena y ella?

Vio moverse la sombra de un barco. Su vela blanca como un fantasma se agitó y recogió el viento, y la nave cortó la superficie del lago, esparciendo las imágenes reflejadas de la luna y las estrellas. En la orilla opuesta, la oscuridad de los bosques invadía el borde del agua. Buscó hasta encontrar la luz que señalaba el extremo del embarcadero de Grunewaldsee más cercano a tierra. ¿Era su imaginación, o podía ver de verdad el resplandor blanco de la pequeña casa?

—Sabía que no estarías durmiendo. —Laura estaba de pie en el balcón de su cuarto, en la puerta de al lado. Encendió la luz de fuera, y los mosquitos formaron una nube danzante alrededor.

—Espero que hayas traído repelente de insectos —le avisó Charlotte—. La variedad de Grunewaldsee puede ser especialmente feroz si se le ofrece carne fresca.

—¿Por qué crees que están todos ahí arriba, bien lejos de mí? —Laura se apoyó en la baranda y miró afuera—. Es precioso. Espero que no cambie nunca.

—Sin duda tiene que hacerlo en algunos aspectos pero, con suerte, no drásticamente, y así se salvará algo para las generaciones futuras. Hay muchos más edificios de los que había en mil novecientos cuarenta y cinco, pero el agua no está contaminada y, a juzgar por las canciones y el olor a barbacoa, los jóvenes siguen viniendo a divertirse.

—¿Llamaste al servicio de habitaciones? —preguntó Laura.

—Se me olvidó, pero me he servido un coñac del mini-bar, lo cual ha sido todo un despilfarro, sabiendo los precios que cobran —confesó Charlotte.

—Sabía que no comerías nada, así que pedí al camarero algo para llevar. —Laura entró en su habitación y regresó con una bandeja, cubiertos envueltos en una servilleta y dos cajas.

—Un sándwich de *kielbasa*^[18] en pan de centeno y un trozo de tarta de semillas de amapola.

Charlotte los cogió.

—¿Quién es la abuela y quién es la nieta?

—Si no tienes hambre, tíralos.

—¿Cómo ha estado tu cena?

—Bien. Cerdo al estilo polaco con rollos de col, o *golabki*. Ya ves, estoy aprendiendo polaco. Regado con *krupnik*.

—Había olvidado el vodka de fuego.

—Dos vasos fue mi límite. Con tres habría olvidado cómo me llamo —bromeó Laura.

—¿Y hay documental? —Charlotte puso las cajas en la mesa de su balcón.

—Con las chicas judías, no. —Laura negó con la cabeza—. La zona donde estaba la granja de la familia está cubierta con bloques de pisos comunistas, y el cementerio donde fueron enterrados sus tatarabuelos es ahora el aparcamiento de un hospital. —

Miró a su abuela—. Lo siento, no lo había pensado. Tus padres...

—Fueron enterrados en la cripta familiar en la iglesia de Grunewaldsee. Tengo que preguntarle a Marius si su lápida sigue ahí.

—¿También hay una iglesia en Grunewaldsee?

—Sí. Sigues pareciendo cansada, Laura.

—Lo estoy. Cuando estoy haciendo una película trabajo tantas horas que no me doy ni cuenta de que estoy cansada. Luego, cuando paro, podría dormir días enteros.

—¿Por qué no desayunamos en la balconada de mi habitación mañana? Así podemos elegir la hora que queramos —sugirió Charlotte.

—¿Las diez es demasiado tarde, Oma? —Laura sabía que su abuela acostumbraba a levantarse temprano.

—A las diez me parece perfecto.

Charlotte observó a su nieta cerrar la puerta del balcón y las cortinas de su habitación. Luego cogió las cajas y regresó a la suya, cerrando la puerta tras ella. Los mosquitos de Grunewaldsee nunca le habían picado. Pero, como Greta solía decir con malicia cuando se aplicaba loción sobre las brillantes ronchas rojas:

—Si hay alguna justicia, algún día será el primero para ti, Charlotte.

Domingo, 5 de septiembre de 1943

No hemos usado el desván para nada, ni siquiera como almacén, durante años (probablemente, como dijo Brunon, durante un siglo o más), así que estaba muy sucio. Pero los rusos lo habían limpiado antes de las ocho de la mañana, después de pasar su primera noche en Grunewaldsee. Trabajaron duro, sobre todo después de que Brunon le susurrara al teniente de Alexander, Leon, que sabe hablar polaco, que ese iba a ser su nuevo alojamiento. Brunon se aseguró de que tuvieran bastante paja fresca con la que hacerse camas y, cuando fui a verlo, no tenía demasiado mal aspecto.

Los guardias se cuidan bien de mantener a todos los civiles apartados de los prisioneros. Brunon pensaba que se me había olvidado la trampilla que lleva del cuarto de los arreos al desván y me la recordó. Dijo que nos sería relativamente fácil pasarles comida adicional. No es que tengamos mucho que darles, aparte de verduras, avena y los conejos y liebres que Brunon atrapa.

A Martha le han dado las raciones de los guardias para cocinar. Son buenas. Lo sé porque su cupo de la primera semana completa ha llegado esta mañana, pero lo único que nos dieron para alimentar a los doce prisioneros durante una semana fue una bolsa pequeña de nabos infestados de gusanos. No sirven ni para dárselos a los cerdos.

Me gustaría contarle a Alexander lo que dijo Wilhelm sobre los sucesos en Rusia, pero es demasiado peligroso. Quizá dentro de una semana o dos, cuando los

guardias y los prisioneros estén acostumbrados a la rutina, sea más fácil encontrar un momento y un lugar en que no nos oigan.

Domingo, 26 de diciembre de 1943

Este año hubo un poco de alegría en Navidad, pero sólo porque todos en Grunewaldsee hemos aprendido a ser felices con las cosas más pequeñas, que habríamos dado por hechas antes de la guerra. Por suerte, Erich, Marianna y Karoline son demasiado pequeños para conocer algo distinto. Fue papá von Letteberg quien me hizo el mejor regalo. Wilhelm y Claus fueron trasladados a puestos de oficina en Berlín cuatro semanas antes de Navidad.

Sospeché que había usado su influencia, aunque él lo negó cuando traté de agradecersele tras seguirlo a la biblioteca en Nochebuena. Había ido allí a coger prestado un libro. Nunca me habría atrevido a mencionarlo si no hubiéramos estado a solas. Siempre tengo mucho cuidado cuando lo llamo a su despacho en Berlín.

A Wilhelm lo han asignado a la Oficina del Ejército General, sita en el cuartel general del Ejército de Reserva en *Bendlerstrasse*^[19], así que tengo motivos para pensar que no tendrá que volver a ver Rusia o el servicio activo.

No había juguetes en las tiendas, así que corté unas ropas viejas y un abrigo de piel de conejo, e hice tres conejos de juguete, pero dudo que reemplacen a los verdaderos conejos de la granja en el cariño de los niños. Los adultos estábamos preparados para conformarnos con buenos deseos y la cena que pudiéramos organizar. Pero Claus y Wilhelm lo cambiaron todo al llegar a casa cargados de regalos.

Claus le compró a Erich una granja tallada en madera y una pequeña carreta que podía llenar de juguetes y llevar consigo. También trajo un pequeño uniforme perfecto de la Wehrmacht de la talla exacta de Erich. Como ambos hemos perdido hermanos en esta guerra, y con tantos de nuestros amigos y vecinos muertos, me pareció un regalo peculiar. Pero no dije nada cuando lo puse en la mesa de Erich con su conejo, el traje que le había hecho a partir de unos pantalones de Paul y el resto de los regalos de Claus; aunque debo admitir que me encantó ver después de la iglesia en Nochebuena que los regalos que más le gustaron a Erich fueron los lápices y libretas que papá y mamá von Letteberg le dieron, la carreta de Claus y mi conejito.

Mamá von Letteberg se va a quedar con nosotros toda la semana de Navidad; Claus, Wilhelm y papá von Letteberg no pudieron pasar más que dos días. Se marcharon esta mañana al amanecer. Sé que todos los problemas entre Claus y yo son culpa mía, pero eso no me ayuda a resolverlos.

Por más que lo intento, no puedo amarlo como una esposa debería. Lo más que puedo hacer es no gritar cada vez que me toca. Debe de notar cuánto temo estar a solas con él. Tengo que obligarme a quedarme quieta y permitirle hacer lo que quiere, porque sé cuánto desean él y sus padres que tenga otro hijo. Y no sólo ellos. Amo tanto a Erich que yo también querría otro niño.

Es obvio que las tiendas de Berlín, sobre todo para los oficiales del ejército, no están ni de lejos tan vacías como las de Allenstein. Wilhelm y Claus no compraron regalos y dulces para los niños únicamente, sino todo un cargamento de comida y presentes para la familia al completo. Claus me trajo un conjunto de collar, pendientes y brazalete de oro y esmeraldas. Wilhelm regaló joyas y lencería a Irena. Claus también me dio lencería, pero en privado. Es demasiado grande, y desde luego no de la clase que llevaría una esposa. No pude evitar preguntarme si Claus le habría pedido a su amante que la eligiera para mí. Sé que tiene una por las pistas que Greta se deleitó en dejar caer cuando nos ayudó a Irena y a mí a hacer la cena de Navidad, mientras los hombres se sentaban a hablar con un coñac y cigarrillos. Irena estaba horrorizada ante la idea, pero no tengo motivos para no creer a Greta.

Greta e Irena no comprenden que realmente no me importa que Claus se acueste con otra mujer. Cuanto más a menudo le haga esas cosas desagradables a otra, menos querrá hacérmelas a mí. Sólo cuando veo a Wilhelm e Irena en perfecta armonía, cada uno pensando lo que va a pensar el otro antes de que lo diga, es cuando me pongo celosa. No por la amante de Claus, sino por lo que mi hermano y su mujer comparten. Es muy duro saber que nunca experimentaré ese amor perfecto.

Quiero que acabe esta guerra. Quiero poder ir a Allenstein y caminar por las calles sin ver a más y más mujeres y niños de negro. Quiero poder encender la radio sin oír los rimbombantes acordes de Wagner precediendo «anuncios de guerra especiales». Pero el fin de la guerra significará vivir con Claus.

Si Claus se queda en el ejército cuando llegue la paz, espero que nos permita a Erich y a mí vivir aquí o en Bergensee. Así puede visitarnos en sus permisos y pasar cuanto tiempo quiera con su amante.

Me gustaría dejar de compararnos con Wilhelm e Irena. Viven para los momentos que pasan juntos. Para ellos fue un esfuerzo dejar la casita para traer a las niñas a cenar en Navidad con nosotros. Mientras estábamos todos sentados a la mesa, papá von Letteberg sugirió que, ya que puedo organizar Grunewaldsee tan bien en tiempo de guerra, con la única ayuda de unos cuantos prisioneros, mujeres reclutadas y polacos, cumplir todas las cuotas militares, y ejercer la hospitalidad preparando una buena cena como la que estábamos disfrutando, Claus podría retirarse después de la guerra, poner Bergensee en mis manos y concentrarse en

escribir sus memorias.

Por desgracia, ese comentario dirigió la conversación hacia lo que está pasando en Bergensee ahora. El departamento médico del ejército ha requisado la casa y la ha convertido en un hospital para convalecientes destinado a soldados mutilados y heridos graves. Mamá von Letteberg no es capaz ni de visitarlo.

Yo voy una vez por semana con lo poco que podemos permitirnos, que no es mucho, principalmente unas cuantas manzanas y verduras, y toco el piano para los pacientes. Empecé a ir después de la muerte de Paul. Es terrible ver a tantos jóvenes sin ojos, manos o extremidades. Les dije a mamá y papá von Letteberg lo agradecidos que están por que les presten su preciosa casa.

Wilhelm dijo que no debería sentir lástima por ellos. Están vivos, y pueden aprender a adaptarse. Su nuevo oficial al mando fue herido de gravedad en la retirada del norte de África.

Perdió un ojo, la mano derecha y dos dedos de la izquierda, y tiene profundas heridas de metralla en las piernas y la espalda, y aun así todos sus subordinados lo consideran el mejor soldado bajo el que han servido. Todos lo admiran y respetan, y están listos para seguirlo hasta el fin del mundo. Es obvio que Wilhelm lo adora. Me alegro. Su discurso sobre la injusticia y la futilidad de la guerra tras las derrotas en Rusia estaban cerca de la traición, pero su nuevo oficial al mando, el teniente coronel Graf von^[20] Stauffenberg, parece haberle dado un renovado interés hacia su trabajo. Estoy muy contenta por él y por Irena. Ella no soporta verlo triste.

Como siempre, cada vez que Claus, Wilhelm y papá von Letteberg se marchan tras una de sus cortas visitas, la casa parece antinaturalmente tranquila. Brunon les ha dado a los prisioneros rusos las tareas de abrillantar los arreos, limpiar los establos y las pocilgas, y talar los árboles muertos del bosque para leña. Eso significa que durante estos meses de invierno, las chicas del ejército de tierra tienen vacaciones añadidas, pero nos aterra que si no les damos a los rusos suficiente trabajo, los vuelvan a enviar al campamento.

Veo a Alexander a menudo, pero como es el oficial ruso de mayor graduación, los guardias lo vigilan todo el rato. Tenemos cuidado de no sonreír ni mostrar ninguna señal visible de reconocimiento por si alguno de ellos o de las chicas se fija y nota que nos conocemos. Los guardias permiten a Brunon decirle a Leon, el segundo al mando de Alexander, el trabajo que hay que hacer. Como ninguno de los rusos ha admitido que hablen alemán, los guardias permiten que Brunon y Leon conversen en polaco, que por suerte para Alexander y sus hombres, ninguno de los guardias entiende.

Martha sacrificó tres de las gallinas más viejas para la cena de Navidad de los rusos. Debería haberlas hervido, pero dijo que no le parecía adecuado en Navidad,

así que las asó, aunque sin duda estaban duras.

Brunon se las pasó con una enorme sartén de patatas fritas, salsa y verdura hervida por la trampilla del cuarto de los arreos. Encontró una vieja estufa en la basura detrás del granero al comienzo del invierno y se la dio a los prisioneros. Por suerte, los guardias no pusieron objeciones. No parece que les importe lo que hagan los rusos ahora, con tal de que no les den problemas.

Los prisioneros pronto tuvieron la estufa reparada y funcionando. La conectaron al tiro de la cocina, que pasa por detrás de los establos, así si el comandante del campamento nos visita no notará que los prisioneros tienen calefacción, a no ser que entre en el desván, y no es probable que haga eso. Quemar la poca leña que los guardias les permiten llevarse, junto con los troncos que Brunon y Marius les pasan por la trampilla. Brunon dice que se está más caliente allí que en la salita.

Brunon se ocupa de que la paja del desván se cambie regularmente, y encontré más mantas en los armarios de mamá. Eran viejas, pero aun así bastante buenas. Sin la trampilla, los rusos no tendrían suficiente ropa, comida, madera, ni ningún jabón ni mantas.

Por fortuna, la trampilla puede abrirse desde ambos lados, así que los prisioneros pueden tirar abajo al cuarto de los arreos cualquier cosa que saben que los guardias confiscarán cuando los soldados llevan a cabo sus inspecciones y búsquedas regulares. Marius y Brunon vuelven a pasárselo todo arriba cuando los guardias han terminado. Me reí cuando Brunon me contó que los prisioneros han construido una letrina improvisada delante de la trampilla para que los guardias no puedan verla de lejos y eviten acercarse a mirar más detenidamente.

Una noche, cuando fui al cuarto de los arreos, encontré un pedazo de arpillera doblado con mi nombre en carboncillo por fuera. Dentro había un trozo del envoltorio de la comida con música escrita en él, y una palabra: «*Danke*^[21]». No estaba firmada, pero sabía que era de Alexander.

Toqué la música mientras los prisioneros estaban trabajando en el patio y podían oírme. Es muy bonita, probablemente la pieza de música más bonita que he oído en mi vida, y debe de haberle costado horas escribirla, pero no me atrevo a responderle. Cualquier comunicación con los prisioneros de guerra está severamente castigada.

Si esta guerra terminara para que todo pudiera volver a ser como antes... Pero nunca lo será. Nunca volveré a ver a papá, Paul, Peter o Manfred en esta vida. Hay demasiada gente muerta y demasiados lugares vacíos que no pueden llenarse. ¿Cuándo acabará el invierno y empezará la primavera?

Lunes, 7 de febrero de 1944

La nieve alcanza los dos metros de altura y, por rápido que los prisioneros limpien el patio, la ventisca sopla y la nieve vuelve a caer. Irena está embarazada. Si no tiene un hijo cuando Wilhelm viene a casa de permiso, podemos estar seguros de que lo tendrá para cuando se vaya. Éste nacerá cerca del cuarto cumpleaños de Marianna. Irena es una madre maravillosa, mucho más devota y menos distraída que yo. Tanto ella como Wilhelm (que llamó desde Berlín después de que ella le escribiera para darle la noticia, sólo para contarle lo complacido que estaba ante la idea de volver a ser padre) dicen que les encantarían tres niñas. Creo que tampoco les importaría un chico.

Como en los anteriores embarazos, Irena no puede comer nada. Suele estar exhausta al final del día, así que cuando los niños se acuestan, la mando a la cama a ella también. Cuando Wilhelm está en casa, se queda levantada toda la noche si eso es lo que él quiere, pero cuando su marido regresa a Berlín, es como si se le apagara la chispa de la vida, y no hay nada que Martha, Brunon o yo podamos hacer para animarla.

Después de acostar a Erich esta noche, dejé la cocina y fui al cuarto de los arreos a ver qué trabajo habían hecho los prisioneros reparando las sillas y las bridas. Cuando encendí la lámpara oí un ruido. Alexander susurró por la trampilla que había estado vigilando la puerta de la cocina desde el tragaluz. Me había visto dejar la casa y quería hablar.

Eché el pestillo a las dos puertas, la que daba al patio y la del despacho de papá, y entonces bajó desde el desván al cuarto de los arreos. Cerró la trampilla enseguida y, como Brunon le ha puesto unos ganchos donde ha colgado mantas de caballos, a no ser que se mire muy atentamente, el techo parece sólido.

Alexander me prometió que aunque sus hombres y él podían bajar por la trampilla cada vez que quisieran, no tenían intención de escapar. Saben que si tan siquiera lo intentan, todo el mundo en Grunewaldsee sufrirá.

También son conscientes de que apenas tienen posibilidades de cruzar Prusia Oriental y las líneas alemanas hasta las suyas sin que les cojan y les disparen. Pero saber que pueden salir cuando quieran les hace sentir un poco menos como animales enjaulados. Puntualicé que no pueden salir más que al cuarto de los arreos, y la única puerta de salida que tiene, aparte de la que lleva al despacho de papá y a la casa, da al patio, a plena vista de los soldados en la casa del guardia.

Nos sentamos sobre balas de paja y hablamos mientras Alexander me ayudaba a inspeccionar las sillas y las bridas. No tardamos mucho. Uno de los rusos era zapatero antes de la guerra, y se había asegurado de que todos los prisioneros hicieran un trabajo profesional. Nunca he visto los arreos tan bien arreglados, y pedí a Alexander que le diera las gracias al hombre.

Me dijo que se enorgullecían de su trabajo en Grunewaldsee porque querían

pagarme mi amabilidad por salvarles la vida al darles comida y permitirles vivir en la hacienda. Pero también añadió que ninguno de ellos veía cómo arreglar mis bridas y mis sillas podía ayudar en la guerra al Reich, recordándome que los prisioneros son rusos y soldados enemigos primero, y trabajadores después.

Me contó que me habían oído tocando la música que me había escrito, y que les produjo gran placer y una terrible nostalgia. Pensaba que la música la había compuesto él, pero se rio y dijo que no tenía tanto talento. Estaba escrita por un ruso llamado Shostakovich.

Mucho después de que termináramos de mirar los arreos, continuamos sentados hablando de música, arte, literatura, los conciertos que habíamos oído y tocado juntos en Moscú. Estoy asombrada por cuántos compositores rusos hay de los que no he oído hablar aparte de Shostakovich. Pero en la escuela sólo nos permitían estudiar compositores alemanes y en la orquesta de las Juventudes Hitlerianas sólo tocábamos piezas alemanas.

Alexander echa de menos su violín y su violonchelo. Me gustaría poder prestarle los nuestros, pero los guardias le oírían tocar y entonces habría problemas.

Ahora pocas veces visitamos la salita que usábamos como sala de música. El piano pasa la mayor parte del tiempo cubierto, los instrumentos enfundados. Tengo pocas ocasiones de tocar el piano aparte de en mis visitas semanales a Bergensee y en Navidades. Todos esos estudios y ratos que Alexander y yo pasamos practicando, para nada. Parece un terrible desperdicio.

Hablamos de nuestras familias. Alexander se casó con una chica llamada Zoya, que estaba en la orquesta con nosotros en 1939.

Únicamente recuerdo el nombre; no me la imagino en absoluto. Alexander dijo que fue una típica boda de guerra; apenas se conocían pero les pareció que tenían que hacer el gesto por si mataban a alguno de los dos, o a ambos. Un poco como Claus y yo. Sólo pasaron una semana juntos antes de que ordenaran entrar en Polonia a su unidad.

Zoya le escribió para contarle que iba a tener a su hijo, pero, como no ha sabido de ella desde las Navidades de 1939, no sabe si es un niño o una niña. Me confesó que a veces incluso olvida que está casado. Puedo entenderlo. Me resulta sencillo no pensar en Claus entre sus permisos.

Alexander ha visto a Erich en el patio y cree que su hijo debe de tener más o menos la misma edad. Espero que encuentre a su familia después de la guerra. Era tan fácil hablar con él que, por un rato, conseguí olvidar mis problemas con la hacienda, Claus e incluso la guerra. Alexander me pidió que lo llamara Sascha. Recuerdo que sus padres y Masha lo llamaban así cuando me quedé con ellos en su apartamento de Moscú.

Cuando pienso en papá y Paul, y recuerdo a Wilhelm contándome cómo murió Paul, siento que se me rompe el corazón. Cuánto peor debe de ser para Sascha no saber si su mujer, su hijo, sus padres y su hermana están vivos. No saber ni una palabra, ni una sola palabra, en más de cuatro años. Me dijo que su unidad había recibido muy poco correo, incluso antes de que los capturaran.

Intenté reconfortarlo contándole que parece que los rusos nos están echando de la Unión Soviética. Me sentí terriblemente desleal por decirlo, sobre todo porque Paul y Manfred murieron allí. Pero mientras hablaba con Sascha no podía evitar preguntarme qué estamos haciendo en su país, por mucho que el Führer insista en que los alemanes necesitamos *Lebensraum*^[22]. ¿Por qué mandar a los alemanes fuera del Este y moverlos a Polonia, si han vivido allí durante generaciones? ¿Y qué derecho tenemos los alemanes a apropiarnos del territorio, las casas, la tierra y las cosechas polacas y rusas si nunca han sido nuestras?

Ninguno de nosotros es tan ingenuo como para pensar que habrá un final fácil o rápido para esta guerra. Alexander dijo que, ya que era un prisionero, no podía imaginar mejor prisión que Grunewaldsee ni una carcelera más amable que yo.

Es capitán, el mismo rango que Wilhelm... y que Paul cuando murió. Sólo le ha dicho a su teniente que me conoce y, como son viejos amigos del colegio, me ha asegurado que Leon Trepov es de confianza, así que si no puedo hablar con él directamente, siempre puedo pasarle un mensaje a través de su amigo.

No podía creerlo cuando miré el reloj y vi que eran las doce. No logro recordar otra noche que haya pasado tan rápido.

Le prometí a Sascha que nos veríamos otra vez mañana por la noche. Me llevaré un poco de grasa para los arcos por si los guardias se ponen suspicaces, aunque con este tiempo tan frío encierran a los prisioneros en el desván del establo temprano, y vigilan las escaleras exteriores y la puerta desde la comodidad de la ventana de su casa.

Es una locura. Aquí estamos, en mitad de una guerra, y no puedo dormir pensando en la reunión que he organizado con uno de los enemigos. ¡El enemigo! Es fácil pensar en los extranjeros así cuando no los conoces. Incluso cuando invadimos Rusia, sólo dediqué un rápido pensamiento a Masha, Sascha y sus padres. Ahora no soporto la idea de que algún día Wilhelm y él puedan encontrarse frente a frente en una batalla.

Capítulo 12

Jueves, 30 de marzo de 1944

Los periódicos y la radio están llenos de fotografías e historias sobre nuestras tropas marchando en Hungría, pero las bajas siguen llegando en los trenes y es obvio que hay duros combates en Rusia. Todos los días agradezco a Dios que Wilhelm no esté allí... ni Claus tampoco.

El deshielo por fin ha llegado. Ya queda muy poca nieve, y todos los árboles y arbustos están llenos de capullos. Los rusos han empezado a arar los campos. Sigo yendo al cuarto de los arreos casi todas las noches, pero ahora siempre uso la puerta que va allí desde el despacho de papá.

Dejo la puerta cerrada con llave, excepto cuando la uso. El guardia gordo miró en el cuarto de los arreos una vez cuando estaba cogiendo la silla de *Elisa* y vio la puerta. Me preguntó qué había detrás. Le dije que era una antigua entrada a las dependencias de los sirvientes, pero que la llave se había perdido hacía años. Por suerte, me creyó. Gracias a Dios por un hombre tan estúpido.

Aunque no pueden verme desde la casa del guarda o el patio, voy al cuarto pasadas las nueve, cuando los guardias encienden la radio y sacan el licor. Mamá, los niños e Irena siempre están acostados a esa hora. Martha, Brunon y Marius están arriba en sus habitaciones, y Minna se queda en el cuarto de mamá. Ahora duerme allí por si mamá se levanta de noche y se marcha de nuevo. Todos están muy ocupados para fijarse en lo que estoy haciendo, y nadie excepto los rusos sabe que Sascha y yo pasamos las noches juntos.

Cuando la lámpara está encendida, la trampilla cerrada y las llaves de las puertas echadas, me siento como si Sascha y yo estuviéramos dentro de nuestro propio mundo privado. Nos envolvemos en las mantas de los caballos y nos sentamos a hablar de todo y de nada... excepto de la guerra.

Es extraño cuántas cosas tenemos en común: la música; el amor por la literatura; el arte; los caballos; y la naturaleza. Aunque Sascha creció en Moscú, su padre tenía una casa de campo, y allí aprendió a montar.

Ha descrito los bosques y los campos alrededor de la dacha de su padre tan bien, que siento como si los hubiera visitado. Hace unas cuantas semanas llevé un par de libretas, algunos lápices y carboncillo a la habitación. Sascha es un magnífico dibujante. Me hizo un retrato y un boceto de Grunewaldsee. Yo era razonablemente buena en la escuela, pero lo dejé para concentrarme en la música. Sascha dijo que fue un error, y me está enseñando técnicas básicas de dibujo. Dice que estoy mejorando, pero creo que simplemente está siendo amable.

Ayer, después de dibujar un retrato decente de *Elisa*, me besó, nada más que en

la mejilla, pero me estremecí. Se disculpó. No quería hacerlo, pero empecé a hablarle de mi matrimonio con Claus y cuánto odiaba la vida de casada, y cuando empecé a hablar no pude parar. Después me sentí muy tonta, pero Sascha no estaba incómodo, sólo se mostró amable y comprensivo. Dijo que es fácil para un hombre asustar a su novia, y que el amor, como todo lo que merece la pena tener en la vida, es algo que hay que ganarse.

Sascha es sensible, amable y comprensivo; completamente lo opuesto a Claus, que siempre es severo, impaciente y exigente. Cuando me acosté anoche, empecé a preguntarme cómo sería estar casada con él; vivir y trabajar junto a él; sentarme y hablar con él por las noches en la salita sobre arte, poesía y música; comer siempre con él; y dormir con él. Quizá incluso hacer el amor con él como Irena lo hace con Wilhelm.

Siempre he tenido cuidado con este diario, ahora tengo el doble de cuidado. Si alguien lo leyera, tendría serios problemas. Aparte de que algunas cosas que he escrito rozan la traición, Sascha y yo seríamos sin duda fusilados.

Charlotte levantó la vista de la página. Había amanecido, y no se había dado cuenta. La luz había aumentado en la habitación hasta ser más brillante que la de la mesilla de noche. No pretendía leer toda la noche, pero había olvidado muchas cosas. No sucesos, sino visiones, sonidos; la textura de la piel de Sascha bajo sus dedos; su olor a lluvia, bosques de pinos, campos limpios y humo de madera de la estufa en el desván.

Recordó la amarga lucha que había tenido con su conciencia desde los primeros días de su amistad. No podía olvidar los votos sagrados que había intercambiado con Claus en la iglesia de Grunewaldsee en su boda. Pero la sensación de culpa que la había atormentado no había evitado que se escapara siempre que podía para pasar el tiempo con Sascha.

Esa noche, cuando Sascha la besó, suave y castamente en la mejilla, marcó un punto de inflexión en su relación. Ella creía que Sascha se lo había dado como un maestro a una alumna, un reconocimiento y una recompensa por el trabajo bien hecho. Pero desde aquel momento, entre ellos pasaron cosas que nunca se había atrevido a confiar a su diario. Sin embargo, cada segundo que habían compartido permanecía indeleble en su memoria. Tesoros secretos a los que se había aferrado, en los que se había refugiado y que la habían consolado durante los peores momentos de su vida.

Esos recuerdos la habían sostenido y le habían causado angustia durante más de sesenta años. Le habían dado fuerzas para seguir adelante cuando no tenía nada ni nadie por lo que vivir. Y habían dado lugar a su más lóbrega desesperación cuando había dudado de los motivos de Sascha para hacerse su amigo. ¿Sólo buscaba obtener

comida y calor que les permitieran sobrevivir a él y a sus hombres? ¿De verdad la había amado como ella a él? ¿Eran sus recuerdos de Sascha y su amor reales, o estaba, como tanta gente mayor, recordando lo que nunca había sido?

¿Había significado algo aquella noche trascendental de su vida para Sascha? ¿Se había aferrado a ella, la había conservado y revivido una y otra vez después, como ella había hecho, y aún hacía?

El día había sido frío, pero ya no era lo mismo que en pleno invierno. Había llevado una caja de madera rellena de heno al despacho de su padre. Dentro había un lujo inimaginable: un pequeño bote de verdadero café, hecho con granos que mamá von Letteberg había enviado desde Berlín junto con algunas delicias más. Había sacado unas cucharadas del café y dos trufas de chocolate del paquete antes de compartir el resto del contenido entre su familia y la de Brunon.

Sascha la estaba esperando. En cuanto ella echó los cerrojos a las puertas del cuarto de los arreos, descendió por la trampilla, cerrándola tras él. Aterrizó suavemente de puntillas, olisqueó y dijo:

—No me lo puedo creer.

Ella abrió la caja, orgullosa, y le mostró el contenido. Dijo:

—Créetelo.

Puso un mantel de encaje sobre un cajón de madera, sacó dos tazas de porcelana y una lechera de plata. Como no sabía si él tomaba azúcar, había llevado el tarro de la miel y un platito de porcelana para las trufas. Cuando acabó de preparar el festín, se sintió avergonzada, como si estuviera jugando a las casitas.

Él le cogió la mano, se la llevó a los labios y dijo:

—Gracias. Me vuelvo a sentir casi humano.

Incluso ahora, no sabía por qué lo había dicho, pero repitió automáticamente, sin pensar:

—Y no infrahumano.

Él la miró a los ojos, y ella sintió como si estuviera buscando en su alma.

—¿Es eso lo que piensas de los rusos, Charlotte?

—Nunca —protestó ella—. Masha, tu familia, tú... no sois diferentes de nosotros.

—Lo éramos... lo somos —la contradijo—. Pero no nos dábamos cuenta. Hace falta ser especialmente sádico para llevar a los prisioneros de guerra al campo y decirles que pasten como ganado. E incluso más para apuntar con lanzallamas a una casa de madera y disparar a los niños cuando escapan corriendo.

Se le había helado la sangre. Luego reunió el coraje para contarle lo que había dicho Wilhelm, y preguntarle si sabía qué había querido decir su hermano con «tras el telón de mentiras».

Fue bueno que resultara casi imposible conseguir café durante otros cinco o seis

años, porque, durante un largo tiempo después de aquello, el olor la había hecho regresar al cuarto de los arreos. Y llevaba consigo todo el paralizante horror que sintió mientras escuchaba a Sascha recitar listas de atrocidades que el ejército alemán había llevado a cabo contra los civiles indefensos de su país.

Le habló de soldados del Reich que disparaban a los niños sentados en la escuela. De las secciones de la Wehrmacht, así como las SS, que colgaban y fusilaban a civiles, hombres y mujeres por igual, por ningún motivo aparente; las «acciones» organizadas que habían dejado vacíos aldeas y pueblos enteros. Le habló de supervivientes que se habían escondido y habían visto a los escuadrones de la muerte que recorrían el campo tras las líneas alemanas, rodeando a hombres, mujeres y niños (rusos, judíos, partisanos) antes de llevarlos al bosque, obligarlos a cavar sus propias tumbas y dispararles.

Empezó a llorar mucho antes de que él acabara. Lágrimas silenciosas que corrían frías sobre su cara. Esa noche nació en ella una gran vergüenza por que los soldados alemanes pudieran hacer esas cosas, y por fin comprendió lo que Wilhelm había sido incapaz de contarle. Para un soldado, una cosa era luchar en una batalla, y otra muy distinta matar civiles desarmados y niños no mayores que Erich, Marianna y Karoline.

Cuando Sascha terminó de hablar, le enjugó las lágrimas con besos. Ella le echó los brazos al cuello y le devolvió los besos. Quería demostrar que lo consideraba su igual, que no era como sus paisanos que asesinaban indiscriminadamente. Pero, sobre todo, quería agradecerle que le hubiera contado la verdad. Una verdad que ni siquiera su hermano había sido capaz de confiarle. Pero no se había limitado a besarlo.

Y después, cuando yacía desnuda en los brazos de Sascha, alegrándose de conocer por fin, de verdad, lo que podía ser el amor entre un hombre y una mujer, no le hubiera importado si los guardias la hubieran arrastrado al patio y le hubieran disparado como a un perro. Porque, por primera vez en su vida, había encontrado y conocido el amor y la felicidad perfectos.

Miércoles, 7 de junio de 1944

La primavera ha dado paso a un cálido verano. El más bello que he conocido. Los últimos cuatro meses hemos estado arando, plantando y cavando del alba al anochecer, y después... después he sido demasiado feliz como para escribir. Pero ahora es la una de la mañana. Todos en Grunewaldsee están durmiendo, mi ventana está abierta al tranquilo y cálido aire de la noche, y me siento más viva de lo que jamás creí que sería posible. En comunión con las estrellas, la luna, los árboles, las flores perfumadas, y toda la vida natural que me rodea.

La oscuridad está tan silenciosa, tan tranquila, que siento que sólo tengo que contener la respiración y escuchar atentamente para oír los latidos del corazón de

Sascha. Lo cual es una tontería, teniendo en cuenta la distancia entre el desván del establo y mi dormitorio.

Ojalá Sascha pudiera moverse más libremente por la casa y los terrenos, sentarse conmigo a la mesa, estar conmigo cada minuto de cada día, dormir conmigo aquí, en esta habitación, observarme mientras escribo esto, pero, como papá solía decir cada vez que Greta le pedía algo que no podía darle: «No llores por la luna».

Como todos los niños, debo aprender a contentarme con las bendiciones que tengo, en vez de añorar lo imposible.

Sospecho que la guerra va mal para Alemania pero, como todos los demás, no me atrevo a expresar mis temores por si alguien me acusa de antipatriota. Sabemos que se libran feroces combates en Rusia e Italia, porque han reclutado a Marius para el servicio postal y nos ha contado que están entregando cientos de telegramas a las familias de los chicos y los hombres que sirven allí. No sabía que se podía comprar tanta tela negra en Allenstein.

Irena y yo fuimos a tomar café con pasteles (café de bellota y pasteles de miel) con su madre esta tarde. Era un acto de recogida de fondos para la Cruz Roja. Como no tenemos gasolina para los coches, le pedí a Brunon que preparara la carreta. Los niños pensaron que era una aventura ir a la ciudad así. Pasamos por la sinagoga cerrada, y recordé el día que vimos a Georg y a los SS llevarse a Ruth, Emilia y los niños judíos del edificio, y patear al viejo rabino hasta que sangró.

¿Hay opciones de que Ruth o Emilia puedan regresar algún día? Espero que sí, quizá entonces tenga la oportunidad de decirles cuánto siento haber sido tan cobarde y no haber hecho nada para ayudarles.

La madre de Georg estaba en la tarde de café. Georg está a salvo, destinado en alguna parte de Polonia, con «funciones especiales» en las que tiene acceso a toda clase de bienes escasos. Me pregunto qué «funciones especiales» puede cumplir Georg. ¿Pegar a más ancianos y maltratar a niños y chicas indefensos? ¿O dirigir uno de los terribles campos como Dachau, sobre los que la gente susurra? Sean cuales sean esas funciones, no me atreví a preguntarle a su madre sobre ellas. No habría sido educado empezar una discusión en casa de *Frau Adolf*.

Frau Adolf había invitado a veinte mujeres para ayudarla a recaudar fondos y, de las veinte, dieciséis de nosotras habíamos perdido a un hijo, marido o hermano.

Se suponía que debía ser una ocasión agradable, pero la conversación acabó tratando inevitablemente sobre la guerra, y aunque nadie formuló la cuestión, sabía que todo el mundo se preguntaba cuántos sacrificios más tendríamos que hacer antes de poder volver a vivir en paz. Irena estaba muy callada en el viaje de vuelta. Abrazaba a sus hijas y tenía una mirada perdida que me decía que estaba pensando en Wilhelm, Manfred y Paul. Pero cuando llegamos a casa, la mayor de las alegrías

estaba esperándola. ¡Wilhelm estaba allí!

Su coronel tenía un asunto urgente que resolver en Prusia Oriental. Voló a un destino secreto desde Berlín esta mañana, y había traído a Wilhelm consigo como ayudante. Lo recogerá en Grunewaldsee dentro de dos días. Ya estoy haciendo planes para ofrecerle al coronel de Wilhelm una excelente cena de agradecimiento cuando llegue.

Mientras Wilhelm e Irena jugaban con las niñas y las acostaban, Martha y yo bajamos a la casa del lago y se la preparamos. Llevé alguna comida, dos de las botellas del vino de fresas casero de Martha y lo que quedaba de una botella de coñac que Claus había llevado en Navidades. La bodega llevaba meses vacía, e incluso la despensa está agotada, porque no hemos podido reponer nada desde el comienzo de la guerra. Le prometí a Irena que me ocuparía de las niñas sí se despertaban por la noche, aunque sabe bien que nunca lo hacen, y que Martha y yo les daríamos el desayuno por la mañana, para que Wilhelm y ella puedan aprovechar al máximo sus inesperadas vacaciones.

Antes de irse a la casa del lago, Wilhelm me dio una carta de parte de Claus. Por la forma en que me miró, me imaginé que sabe que algo va muy mal entre nosotros.

Después de que se fueran, me pasé a ver a mamá y a los niños. Sascha y yo debemos tener mucho más cuidado ahora que las tardes son más largas. Los guardias y las chicas del ejército de tierra suelen ir de paseo juntos y cruzan el patio a todas horas. Me aterra que nos oigan hablar a Sascha y a mí. Pero esta noche fue fácil. Fui al granero a comprobar dónde estaban los guardias, y vi a tres de las chicas bebiendo licor en el desván con ellos. Estaban cantando el himno del Partido, así que supe que se encontraban muy borrachos. Fui derecha al despacho de papá, y de allí al cuarto de los arreos.

Sascha estaba escuchando a ver si llegaba. Esperó a que echara los cerrojos y silbara nuestra señal antes de dejarse caer por la trampilla. Tenía esa sonrisa especial, la que reserva para cuando estamos a solas.

Antes de él, conocía la felicidad a través de Wilhelm e Irena, pero nunca soñé que algún día sería mía, o cómo me haría sentir.

Ahora sé por qué Wilhelm e Irena se tocan todo el tiempo. No hay dolor, ni vergüenza, ni humillación en lo que Sascha y yo hacemos. Únicamente amor. Un profundo y perdurable amor que se vuelve más hondo, apasionado y perfecto cada día, tanto si estamos juntos como separados. No puedo imaginar cómo he pasado mis días y mis noches antes de que él entrara en mi vida. Lo adoro, no existo más que para él. Por primera vez siento que realmente hay un propósito superior. Que esta vida sin duda no puede ser lo único que haya.

También comprendo por qué María se ahogó cuando Paul murió. El amor

verdadero no puede acabar en esta tierra, y creo fervientemente que en algún lugar, a pesar de cometer lo que su iglesia considera un pecado mortal, María se ha reunido con Paul. Como María, he perdido el miedo a la muerte, porque he tenido esta relación perfecta, este gran amor desinteresado. Sascha es, y siempre será, mi verdadero esposo. Mi esposo del corazón.

Paso los días a la deriva, haciendo lo que debo, viviendo sólo para las noches, cuando podemos estar a solas. Me basta vislumbrar a Sascha durante las horas en que estamos separados. No tenemos que mirarnos a los ojos. Veo su alta figura rubia desnuda hasta la cintura trabajando en los campos, cavando o plantando, o cruzando el patio con los demás, y recuerdo la sensación de su cuerpo desnudo contra el mío, escucho su voz susurrándome, siento su corazón latir sobre el mío.

Puedo contarle a Sascha todo, cada deseo secreto, cada ambición ardiente, todas las pequeñas cosas maliciosas y vergonzosas que he hecho, sabiendo que me aceptará por quién soy y lo que soy. Pero hay una cosa sobre la que nunca nos atrevemos a hablar: el futuro.

Cuando la guerra termine, nadie sabe lo que pasará con los prisioneros de guerra después de que se firmen los tratados de paz. Intento concentrarme en el ahora; los cálidos días, las noches llenas de amor y la belleza del verano. Sascha lo llama «nuestro verano». Espero y rezo por que no sea el único.

Soy muy codiciosa. Quiero más para nosotros que únicamente un verano. Quiero una vida juntos. Quiero saber que siempre estará conmigo. No soporto la idea de vivir un solo día sin él. Lo amo totalmente; su mente, sus pensamientos, su corazón, su cuerpo. Incluso cuando escribo esto sigo sintiendo su calor en mi cuerpo. No tengo más que cerrar los ojos para notar la caricia de sus dedos en mi pecho. Sus besos me queman en los labios. Puedo oler su limpio aroma en mi piel.

Pero ahora es el momento de devolver este libro a su escondite en el agujero de la pared bajo el alféizar de la ventana. Tengo que contarle a alguien mi amor por Sascha o arderé, y mejor que escriba mis pensamientos y los relegue al secreto que arriesgarme a la muerte de Sascha así como a la mía propia.

Han fusilado a mujeres alemanas por menos de lo que yo he hecho, y sé lo poco que el Reich valora las vidas rusas. Pero haré todo lo que esté en mi poder para mantenerlo en Grunewaldsee, donde puedo protegerlo y ayudarlo, a él y a sus hombres, a sobrevivir a la guerra.

Sábado, 1 de julio de 1944

Los Aliados invadieron Francia el 6 de junio. Ahora estamos combatiendo en Italia, Rusia y Francia. Parece que Alemania está rodeada por enemigos y luchando por sobrevivir en todos los frentes. Claus vuelve a estar en Francia; me envió una postal desde París. Si era para tranquilizarme, no lo hizo, porque en

Allenstein abundan los rumores, y más y más heridos llegan cada día a Bergensee.

Wilhelm, gracias a Dios, no está en ningún frente. Lo sabemos porque su coronel tiene que visitar Prusia Oriental muy a menudo. Wilhelm habla muy poco sobre su trabajo, pero hay quien dice que el cuartel de Hitler está cerca de la hacienda von Lehndorff en Steinort, y creo que por eso el coronel Graf von Stauffenberg tiene que hacer tantos viajes de Berlín a Prusia Oriental. Cada vez que viene, deja que Wilhelm pase unas horas con Irena. La última vez fue hace sólo unos días.

Lo único bueno en este momento es el tiempo. Hace tanto calor que los guardias permiten a los rusos bañarse en el lago a mediodía, mientras ellos se sientan en la sombra y se toman el almuerzo para llevar que Martha les prepara. Después, los guardias holgazanean una hora, y Sascha se escapa a la casa junto al lago. Yo le espero allí. Es peligroso, aunque sus compañeros siempre están preparados para cubrirle y yo tengo cuidado de dejar unas cuantas herramientas de carpintero en la sala, por si los guardias entran y nos pillan juntos, poder decir que le pedí que me ayudara a colgar un cuadro.

Fingimos que somos un matrimonio y que es nuestra casa. Discutimos las mejoras que haremos cuando tengamos tiempo, como dónde pondremos mi piano y sus materiales de dibujo, y dónde construirá una estantería y un armario para guardar nuestra música. Su pieza preferida es la de Shostakovich que me escribió, pero también le gusta la sonata *Claro de Luna* de Beethoven y el *Ensueño* de Schumann.

He vuelto a usar la salita pequeña, y por la noche temprano, después de la cena, abro la ventana y toco lo más fuerte que puedo, para que Sascha y sus hombres puedan oírme desde el desván del establo. Los guardias a menudo vienen a la ventana a escuchar. Me han hecho cumplidos por lo bien que toco. Uno me preguntó quién había compuesto la pieza de Shostakovich. Temía tanto que averiguara que me la había dado Sascha y la había escrito un ruso, que les dije que era mía, y ahora creen que soy un genio.

Sascha y yo nunca nos atrevemos a pasar más de media hora en la casa del lago durante el día, pero sabemos cómo hacer que cada segundo valga la pena. La mayor parte del tiempo sólo nos sentamos juntos en el viejo sofá, cogidos de la mano y mirando el reloj sobre la repisa de la chimenea, deseando que el tiempo se detenga.

He sido más feliz en esos pocos momentos robados con Sascha que en todos los días y noches que he pasado con Claus. Pero debo tener cuidado. He pillado a Irena, Brunon y Wilhelm mirándome con caras raras últimamente.

Sé que estoy distinta, más tranquila, más calmada, más contenta. Mi felicidad se ve. Pero si alguien sospechara la verdad sobre Sascha y yo, significaría la

muerte para los dos. No me importa la mía, pero no soporto la idea de que fusilen a Sascha.

Viernes, 20 de julio de 1944

Martha llegó corriendo del campo esta tarde para contarnos que habían dado un anuncio en la radio. Hitler ha sobrevivido a un intento de asesinato. Brunon y yo volvimos inmediatamente a la casa con la esperanza de oír más, pero sólo escuchamos el mismo anuncio repetido varias veces. Entre ellas ponían música fúnebre muy solemne que sugería que el Führer había muerto, lo que nos pareció peculiar dada la declaración inicial de que había sobrevivido.

Yo estaba inquieta por Irena. Estaba en la cocina cuando Brunon y yo entramos corriendo en casa, y pensé que se iba a desmayar. Parecía muy pálida y estaba temblando como un perro al que sacas de un baño frío. Wilhelm ha estado muy locuaz cuando Irena y yo nos hemos quedado a solas con él recientemente, criticando el liderazgo de Hitler, citando las pérdidas innecesarias en Stalingrado porque el Führer no permitía una rendición o una retirada de Alemania. Me pregunté si Irena sabía algo sobre el intento de asesinato. Entonces se me ocurrió la horrible idea de que Wilhelm podía estar involucrado.

A pesar de su avanzado estado de gestación y su agotamiento, que había empeorado con el calor, Irena insistió en sentarse a escuchar la retransmisión que Hitler le había prometido al pueblo.

A las nueve, puse alguna excusa sobre mirar los caballos, y fui al cuarto de los arreos. Sólo me quedé para hablar con Sascha por la trampilla y contarle lo que había pasado. Prometí llevarle más noticias en cuanto pudiera, luego regresé a la casa y me senté con Irena. Tuvimos que esperar mucho rato. La retransmisión no empezó hasta la una de la mañana, y a esa hora Irena parecía tan pálida y enferma que pensé que iba a sufrir un colapso.

Cuando escuché el discurso de Hitler, me quedé helada y sentí como si el corazón dejara de latirme. Recuerdo cada palabra que dijo:

«Una camarilla de estúpidos oficiales ambiciosos, irresponsables, inconscientes y criminales han urdido un plan para eliminarme a mí y al alto mando de la Wehrmacht de Alemania, la bomba la colocó el coronel Graf von Stauffenberg...». Cuando Hitler pronunció el nombre, supe con seguridad que Wilhelm estaba involucrado. Miré a Irena, pero estuve demasiado impresionada como para decirle algo durante unos minutos. Ella bajó la cabeza. Yo sólo podía pensar en Wilhelm. ¿Qué le harán a él y a su valiente, encantador y cortés coronel? ¿Cuántos más hay implicados?

Cuando pude hablar, le pregunté a Irena sobre Claus y su padre, pero Wilhelm había tenido cuidado de no contarle ningún detalle que la incriminara. Dijo que

sólo le había pedido permiso para arriesgar la vida, y por tanto la felicidad de ambos. Había dicho que ningún sacrificio sería demasiado grande si el resultado final era librar de Hitler a Alemania. Que el hombre que llamábamos Führer nos está llevando por un camino de muerte y destrucción.

Irena me dijo que, lejos de olvidar los horrores que había visto en el frente ruso, Wilhelm le contó a su coronel y a todo el que quiso escucharle las atrocidades que había presenciado. Como Sascha, Wilhelm dijo que Hitler no está haciendo sólo la guerra, sino asesinando en masa las poblaciones civiles de los países del Este que hemos añadido a nuestro imperio. No únicamente soldados, sino mujeres y niños.

Como Irena y yo, había visto que congregaban a judíos y a otros civiles, pero no en pequeños grupos. Había visto a cientos y miles obligados a marchar al campo, donde nuestros soldados los masacraban. A veces los pelotones de ejecución tardaban días en terminar su tarea. Y Wilhelm le contó a Irena que después había visto la tierra sangrando y había oído gritos del suelo, aunque las tumbas estaban tapadas.

Irena nada más que confirmaba lo que Sascha me había contado y que yo había temido en secreto desde que vi a Georg apuntando a Ruth y a Emilia.

Agarré lo que quedaba de la botella de coñac. Ni Irena ni yo nos acostamos. No sé por qué. No había nada que pudiéramos hacer excepto sentarnos, abrazarnos y rezar. Y, después de lo que Sascha me había contado sobre lo que sucedía en el Este, las muertes de papá, Paul, Peter y Manfred, y la enfermedad de mamá, no estoy segura de seguir creyendo en Dios. Ya está, al final lo he escrito. ¿Sascha también me ha vuelto atea?

Sábado, 21 de julio de 1944

Wilhelm llegó al amanecer. Me miró con los ojos de un hombre muy, muy anciano. Ninguno de los dos habló. Sabía que si lo intentaba, me derrumbaría y lloraría. Lo abracé y lo envié con Irena, porque sabía que había venido a ver a su esposa, no a mí. Después de besar a sus hijas, Irena y él bajaron a la casa junto al lago. Yo fui al cuarto de los arreos. Sólo podía arriesgarme a quedarme un momento, porque los guardias ya se estaban moviendo alrededor de la casa del guarda y pronto despertarían a los prisioneros del desván.

Subí la escalerilla, llamé a la trampilla de modo que pareciera accidental y silbé nuestra señal. Cuando Sascha vino, le conté lo que había pasado. Se ofreció a escribir una carta a los rusos contándole lo que había hecho Wilhelm. La carta hubiera podido protegerlo, pero dudo que hubiera podido atravesar las líneas alemanas, e incluso, si por algún milagro hubiera llegado ileso al frente ruso, no había garantías de que los rusos no le disparasen primero y leyeran la carta de

Sascha después. Pero ensillé a *Elisa* y la dejé preparada en el patio, por si Wilhelm estaba preparado para intentar escapar.

Acababa de dar el desayuno a los niños cuando ocho oficiales armados de las SS llegaron en dos Mercedes del estado mayor. Salí a recibirlos. Intentando parecer más valiente de lo que me sentía, les dije que me oponía a que se llevaran armas en la casa, porque asustaban a los niños.

Ignorando mi petición, preguntaron por Wilhelm. Les respondí con bastante sinceridad que no estaba en la casa. No me creyeron y empezaron a buscarlo. Antes de que subieran vi a Wilhelm al otro lado del patio con Irena a su lado. Uno de los dos había cepillado y limpiado su uniforme, y venían de la mano como si hubieran salido a dar un paseo.

Salí corriendo y le rogué a Wilhelm que cogiera a *Elisa* y se escondiera en el bosque. Aseguré que un batallón podría buscar un año y no encontrar todos los sitios donde jugábamos de niños. Él me escuchó, sonrió gravemente y negó con la cabeza, como si fuera una niña tonta de nuevo.

Luego miró arriba y vio al oficial al cargo del destacamento de las SS observándonos desde la puerta de la cocina. Le preguntó si lo estaba buscando. Cuando el comandante contestó que sí, Wilhelm le ofreció su pistola.

Nunca he estado más enfadada con mi hermano, ni más orgullosa de él. Sólo la tensión de su mandíbula traicionaba su nerviosismo. Paul y él siempre apretaban los dientes cuando papá les reñía por sus travesuras. El comandante ordenó que uno de sus hombres atara a Wilhelm los brazos a la espalda. Él les aseguró que no era necesario, que estaba preparado para ir con ellos a donde quisieran, siempre que perdonaran a su esposa, hijas, madre y hermana.

Creo que avergonzó al comandante, porque ordenó dejar libre a Wilhelm, y le dio permiso para subir a despedirse de mamá. Fui con él. Resultó horrible. Mamá no lo reconoció. Me abrazó y me dio un beso antes de dejar la habitación, y me recordó mi promesa de cuidar de Irena y de las niñas. Como si necesitara hacerlo.

Irena, Marianna y la pequeña Karoline lo esperaban en la entrada. Los SS observaron mientras Wilhelm las abrazaba y las besaba. Le dijo a Irena que la amaba y que sentía haber amado más a su país, pero que estaba seguro de haber hecho lo correcto. Sonrió y miró a los soldados, diciendo:

—Como Dios dijo a Abraham que perdonaría a Sodoma si le mostraba diez hombres justos en la ciudad, así espero que Dios sea misericordioso ahora y no destruya Alemania porque nos mantuvimos firmes por nuestro país. Ninguno de nosotros puede quejarse por tener que morir.

Luego me miró por encima del hombro de Irena. Sabía lo que quería que hiciera. Aparté a Irena de él. Wilhelm se dio la vuelta y salió de casa por última vez.

Irena se encontraba en un estado terrible. Se libró de mí y, gritando el nombre de Wilhelm, corrió afuera detrás de los coches. Creía que nunca dejaría de gritar. Minna se llevó a los niños a la cocina, Martha trajo el coñac, y entre todas intentamos meter a Irena en la cama, pero no se calmó hasta que prometí llamar a papá von Letteberg y pedirle que ayudara a Wilhelm.

No pude ponerme en contacto con el despacho del general, ni con donde trabaja Claus. Lo único que conseguí fue hablar con una serie de oficinistas pomposos que sólo repetían que se había declarado la ley marcial después del intento de asesinato. Llamé a los padres de Irena, y vinieron enseguida con el médico, que sedó a Irena a pesar de su embarazo. Avisó que si no lo hacía, sin duda perdería al bebé.

A las cuatro llegaron otros dos coches con seis oficiales más de las SS, tres en cada uno. Supe a por quién habían venido cuando vi que dos de los oficiales eran mujeres.

Preguntaron por Irena, Marianna y Karoline. Les dije que Irena estaba enferma y embarazada, y que temíamos por su vida y la del bebé. Pero me empujaron a un lado y citaron la doctrina de Sippenhaft, «culpable por parentesco», como si las niñas o Irena pudieran estar contaminadas por algo que Wilhelm había hecho.

Subieron, sacaron a la madre de Irena de la habitación y la arrastraron fuera de la cama. *Frau* Adolf estaba histérica. Me empeñé en ver a Irena, y una de las oficiales me permitió ayudarla a vestirse, pero sacó la pistola y nos apuntó con ella todo el rato. Le pregunté adónde creía que iba a salir corriendo una mujer tan embarazada, con oficiales de las SS por toda la casa, pero no me contestó.

Cuando bajamos, la mujer entregó a Irena al capitán al mando, luego ella y otra oficial fueron a la cocina y cogieron a las niñas. Sabían exactamente a quiénes estaban buscando. Ni siquiera miraron a Erich, cogieron a Marianna de la mano, levantaron en brazos a Karoline y las llevaron a la entrada.

Intenté coger a las niñas, diciendo que era su tía. Que era mi deber, y no el suyo, cuidar de la mujer y las hijas de mi hermano, pero me ignoraron. Usé los nombres de Claus y mi suegro, pero sin resultado.

Al final, uno de los oficiales me cruzó la cara y me envió dando tumbos hasta la escalera, advirtiéndome que si no dejaba de armar escándalo también nos llevarían a Erich y a mí, después de fusilar a los demás de la casa.

Fue entonces cuando Irena se portó tan valientemente como Wilhelm. Besó a su padre, a su madre y a mí, me agradeció ser una buena hermana, y me pidió que cuidara de sus padres así como de mamá y Erich, y, que si había algún futuro para Alemania y vivían, de sus hijas.

Su padre y Brunon permanecieron con los labios pegados, mientras que la madre de Irena, Erich, Martha y Minna empezaron a llorar. Mamá salió de su

habitación a ver qué pasaba con tanto jaleo. Le pedí a Minna que se la llevara. Las mujeres de las SS se hicieron cargo de Marianna y Karoline. Situaron a las dos niñas una junto a otra delante de Irena y les ordenaron despedirse. Pude ver por la expresión confusa de sus caras que ninguna entendía ni una palabra de lo que les decían.

Una de las mujeres añadió entonces:

—Tendréis que cambiar de nombres para que nadie de vuestra familia pueda volver a encontraros nunca. Hitler os educará, y no veréis a vuestra madre, a vuestro padre o la una a la otra desde este momento.

Todos sabíamos que la advertencia estaba dirigida a nosotros, no a las niñas. Menos de cinco minutos después se habían ido. Nada de lo que yo pudiera hacer o decir cambiaría las ideas o enternecería los corazones de los oficiales. Rogué que dejaran a las niñas llevarse sus muñecas preferidas, pero no les permitieron coger nada más que la ropa puesta. Irena les dijo a sus padres que lamentaba haberles causado dolor, pero que no podía y no condenaría lo que Wilhelm había hecho. Luego me dijo:

—Haz lo que puedas por las niñas.

Salió de la casa erguida, con los ojos secos, mirando al frente, como Wilhelm. Pensé que su embarazo provocaría alguna simpatía, pero apartaron a las niñas de ella y las metieron en un coche, y a ella en otro. Sus últimas palabras a sus hijas fueron:

—Recordad quiénes sois y quién era vuestro padre.

El médico intentó darme un sedante cuando los coches se hubieron ido, pero no quise tomarlo. Se llevó a los Adolf a la ciudad. El bebé de Irena nacerá dentro de dos meses. No matarán a una mujer embarazada, ¿verdad? ¿Qué le harán? ¿De verdad separarán a las niñas? ¿Las matarán?

Me senté en la cocina acunando a Erich en el regazo lo que pareció un largo tiempo, sin saber qué hacer o pensar, deseando poder dejar de llorar, deseando que se pusiera el sol para poder ir a ver a Sascha a pedirle consejo. Sólo puedo pensar en mi promesa rota a Wilhelm. ¿Cómo he podido permitir a las SS que se lleven a mi familia?

Capítulo 13

Miércoles, 25 de julio de 1944

Me he sentido tan desdichada y miserable que ni he pensado en Grunewaldsee, y he dejado que Brunon hiciera él solo todo el trabajo. El domingo no soportaba ver a nadie, así que me quedé en mi cuarto la mayor parte del día, leyéndole cuentos a Erich. Sigue preguntando por tita Irena, y Marianna y Karoline. No comprende por qué los soldados malos vinieron y se las llevaron, y repite sin cesar que no habían sido malas.

No encuentro las palabras para reconfortarlo o la fuerza para visitar a mamá. Estoy segura de que los guardias me están vigilando, así que me mantuve alejada del despacho y el cuarto de los arreos.

A primeras horas de esta mañana, Sascha se arriesgó tremendamente. Dejó el desván, entró en el cuarto de los arreos, cruzó el patio y trepó por la pared hasta mi balcón. Le escuché susurrar mi nombre fuera de la puerta acristalada. Fue una locura. Si uno de los guardias lo hubiera visto, le habría disparado.

Se quedó conmigo, cogiéndome la mano y dejándome llorar, sin decir una palabra, hasta una hora antes del amanecer, cuando lo llevé de vuelta por la casa al despacho, y abrí la puerta al cuarto de los arreos. Incluso entonces, entré primero para comprobar que no había nadie. Resultaba peligroso caminar por la casa, pero era una ruta más segura que a través del patio.

Lo dejé allí y fui a aprovisionarme a la cocina. Le llevé leche y pan, que habría sido el desayuno de Irena y las niñas. Les pasó a sus hombres la mayoría, pero se quedó conmigo mientras se tomaba su parte. Me contó que los guardias sólo han estado hablando de Wilhelm, Irena y las niñas. Incluso ellos están avergonzados del trato dispensado a una joven embarazada y dos niñas pequeñas.

Mamá von Letteberg llegó sin avisar mientras yo estaba en el cuarto de los arreos con Sascha. De algún modo Brunon sabía dónde estaba y llamó a la puerta. Sascha regresó a su desván y después abrí. Tenía la cara hinchada y los ojos rojos, así que esperaba que Brunon y mamá von Letteberg supusieran que me había encerrado allí a llorar lejos de mamá, Erich y los sirvientes.

No tuve que contarle nada a mi suegra; ya lo sabía todo. Se sentó conmigo mientras continuaba llorando. Entonces cerró la puerta y dijo que no importaba lo duro que fuera, tenía que recomponerme y ser valiente. Que si armaba escándalo, se llevarían a Erich y a mamá como a Irena y a las niñas. Me contó que ya habían ejecutado al coronel Graf von Stauffenberg, y que las pruebas contra Wilhelm eran abrumadoras.

Dijo que papá von Letteberg estaba haciendo lo posible por ayudar a Wilhelm,

pero que era muy poco, ya que habían detenido a todos los oficiales relacionados con von Stauffenberg y su departamento, y a miles más, y podía ser sólo cuestión de tiempo que cuestionaran a Claus y a su padre por su relación con von Stauffenberg mediante Wilhelm y yo.

Al mirarla, noté que estaba tan nerviosa como yo; sólo que ella es mucho más experta ocultando sus sentimientos. Quería preguntarle si papá von Letteberg conocía de antemano el plan para matar a Hitler, y si él y Claus eran parte de la conspiración. Pero no tuve el valor para cuestionarla. Veo que cuanto menos sepa alguien sobre quién estaba involucrado exactamente, mejor.

Mamá von Letteberg no cree que Hitler se atreva a matar a una mujer embarazada y a unas niñas, sobre todo cuando llevan el antiguo y respetado nombre de von Datski. Espero que tenga razón y no lo diga simplemente por darme esperanzas donde no las hay. Papá von Letteberg ha descubierto que Irena está en una prisión de mujeres no lejos de Berlín, pero está prohibido enviarle nada ni escribirle. Aún no ha averiguado adónde han llevado a las niñas, pero duda que podamos verlas o enviarles algo.

Mamá von Letteberg conocía algunos detalles. El coronel Graf von Stauffenberg y tres oficiales más fueron fusilados poco después de la medianoche el 21 de julio en un patio interior del Ministerio de la Guerra. Supe que Wilhelm sería ejecutado en el momento en que mamá von Letteberg dijo que el coronel fue afortunado por tener una muerte tan rápida, piadosa y marcial.

Wilhelm, junto con muchos otros, soportará un juicio. El Führer ha ordenado el arresto de todos los hombres involucrados y también de sus familias, así que Irena, Marianna y Karoline no son las únicas mujeres y niñas encarceladas. El coronel Graf von Stauffenberg, o alguien cercano a él, había contactado con Inglaterra en un intento por detener la guerra. Cuando el Reich anunció el fracaso del plan para matar a Hitler, la BBC emitió una lista de los conspiradores, así que el Führer supo exactamente quién había conspirado contra él. ¿Es que los británicos no entienden que aunque todos los oficiales eran alemanes también eran enemigos de Hitler?

Tras un rato, mamá von Letteberg me convenció para dejar el cuarto de los arreos y regresar a la casa. El médico esperaba para vernos. *Herr* y *Frau* Adolf han muerto. Escribieron una nota diciendo que no podían soportar vivir sabiendo lo que había pasado, y tomaron veneno. El médico sugirió que les resultaba imposible vivir con la desgracia de tener un yerno que intentó derrocar y matar a nuestro amado Führer, pero yo creo que fue la pérdida de Manfred y la crueldad infligida a Irena y a sus nietas lo que condujo a los Adolf a quitarse la vida.

Claus llamó a medianoche para contarme que regresa al frente ruso y que pasará por Grunewaldsee de camino. Eso fue todo lo que dijo. Tuve demasiado miedo de hacerle preguntas porque sospechaba que alguien estaba escuchando.

Mamá von Letteberg sabía lo de su destino. Le pregunté si eso era la forma que tenía Hitler de castigar a Claus por estar emparentado con un miembro de la conspiración. Ella aseguró que no. Que las cosas son tan inciertas y peligrosas en Berlín, que papá von Letteberg había organizado el regreso de Claus al frente, porque ahora mismo es más seguro que el Ministerio de la Guerra.

Por primera vez me alegra que Claus venga a verme. En toda esta confusión de muerte y crueldad, hay un secreto por el que estoy contenta. Llevo un mes embarazada del hijo de Sascha. Nadie lo sabe excepto yo, ni siquiera Sascha, pero se lo contaré antes de que llegue Claus.

Si consigo que Claus crea que él es el padre, puede que me permitan quedarme el bebé, al menos un tiempo.

Charlotte cerró los ojos y, una vez más, sintió en ellos la mirada azul de Sascha, reluciendo ante la luz parpadeante de la lámpara que había colgado del techo del cuarto de los arreos. Desde el momento en que habían hecho el amor por primera vez, no había podido ocultarle nada. Pero encontró muy difícil contarle lo que deberían haber sido buenas noticias.

—Tengo algo que contarte —susurró por fin.

—Ya sé lo que es —respondió él con templanza.

Su repentino cambio de humor la atemorizó.

—¿Cómo lo sabes?

La calidez e intimidad engendrada al hacer el amor se había hecho pedazos. Él se alejó de su lado, se sentó y cogió la camisa que ella le había arrancado; una vieja camisa de lino de Paul que había zurcido muchas veces.

—¿Eso importa?

—Sí. —Negándose a dejarlo apartarse de ella, se puso de rodillas y lo envolvió entre los brazos cruzando las manos sobre su pecho.

—Oí a Brunon decirle a Marius que se asegurara de que los arreos del semental gris estaban limpios, porque tu marido llega mañana.

Sintió su dolor como si fuera suyo.

—No tienes motivos para estar celoso de Claus.

Él bajó la cabeza, y ella supo que estaba avergonzado de su rabia.

—No soporto la idea de que yazcas entre sus brazos, de que te bese, te acaricie, te ame...

—¡Yo no yazgo entre los brazos de Claus! —Lo abrazó más fuerte—. No le amo, nunca podré amarle como te amo a ti. Pero...

—Mientras yo siga aquí, soy un prisionero, un esclavo, no soy nada, no soy nadie —interrumpió él con dureza—. Y Claus von Letteberg es un aristócrata, tú eres su mujer...

—Voy a tener un hijo tuyo. —Pretendía elegir un momento mejor para darle la noticia. Y había planeado hacerlo con delicadeza. Incluso había ensayado lo que diría.

Él se volvió y se quedó mirándola. Ella vio conmoción, miedo y algo más reflejado en sus ojos.

—Voy a tener un hijo, tu hijo —repitió quedamente, consciente de los hombres en el desván sobre ellos, separados sólo por una capa de planchas de madera.

—¿Cuándo... cuándo nacerá?

No necesitó calcularlo, porque no había hecho otra cosa durante el mes anterior, desde que sus sospechas se habían vuelto certeza.

—En primavera. Finales de marzo o principios de abril.

Él dejó caer la camisa, volvió a hundirse en el heno y la miró.

—¿Le dirás a Claus que es suyo?

—Ahora no, pero dentro de un mes o dos, sí. ¿Qué otra opción tengo? —dijo con voz suplicante, deseando que Sascha le ofreciera una esperanza de que pudiera ser de otro modo. Podrían escapar, construir una nueva vida para ellos en alguna parte lejos de Alemania y Rusia, pero incluso mientras lo pensaba, sabía que era inútil.

—No tenemos elección mientras siga habiendo guerra. Pero si termina...

Ella sabía por qué él no había terminado la frase. Era el motivo por el que ninguno de los dos había abordado antes el tema.

—La guerra terminará. Aunque sea porque pronto no quedarán soldados para luchar —dijo ella con tristeza.

—Si Rusia gana, iré a casa, y os llevaré a ti y a Erich conmigo —prometió él precipitadamente.

—¿Con tu mujer? —Forzó una sonrisa para quitar hierro a sus palabras, aunque quería recordarle que él tampoco era libre.

—¿Y si gana Alemania? —preguntó él.

—Los hombres regresarán.

—No quedarán bastantes supervivientes para hacer todo el trabajo. Si tengo suerte, me quedaré aquí, prisionero y esclavo, y mi hijo y tú viviréis con Claus von Letteberg. Y si no tengo suerte...

—¡Sascha, no! —Enterró la cara en su pecho, incapaz de soportar la idea de la separación—. Te quiero.

—¿Y nuestro hijo?

—El niño nacerá de nuestro amor. Lo querré, adoraré y protegeré con todas mis fuerzas. Por favor, Sascha, ¿no puedes alegrarte? Esta guerra ha traído mucha muerte: papá, Paul, y parece seguro que Wilhelm. Tanta gente a la que quería, y tantos amigos, que se han ido para siempre... Y, en cierto modo, no saber qué les ha pasado a Irena y a las niñas es incluso peor. Cada noche me imagino que las torturan, y

lloran, me gritan que las ayude...

Él la atrajo hacia sí. Ella apoyó la cabeza sobre su pecho y Sascha le acarició el pelo.

—El bebé no ocupará su lugar, Charlotte.

—Lo sé. —Era como si un puño de hierro se hubiera cerrado sobre su corazón—. Nadie puede.

Sascha volvió la cara hacia ella y sonrió; la lenta sonrisa que Charlotte había llegado a amar tanto.

—El bebé no ocupará su lugar. Pero traerá esperanza para el futuro, para nuestro futuro.

Casi temía hacer la pregunta:

—¿Y mientras tanto?

—Haremos que cada segundo y cada minuto merezca la pena. Nos amaremos como ningún hombre ni ninguna mujer se han amado antes, y —recorrió con los dedos su cuerpo desnudo— agradeceré cada día que pueda ver a nuestro pequeño crecer en tu interior. Y espero que el destino nos permita estar juntos cuando nazca.

Charlotte dejó el diario en la mesilla de noche, salió de la cama y abrió la puerta del balcón. El sol se había levantado sobre el lago, brillando a través de la niebla matutina que enturbiaba el agua y nublaba los bosques, como había hecho tantas otras mañanas de verano. Volvió a la habitación, cogió su chal y el diario, y se sentó en la mesa de fuera, disfrutando una belleza que nunca había olvidado. Los árboles, la hierba, las flores, incluso los cisnes deslizándose por el agua y formando cadenas de ondas, todo parecía igual que cuando vivía en Grunewaldsee. Si Paul y Wilhelm estuvieran junto a ella, sabía que reconocerían su amado país.

¿Alguna vez había dejado de llorar a sus amados hermanos? Pobres Paul y Wilhelm... El paso de los años no hacía que dejara de estremecerse. No conoció la historia completa hasta después de la guerra.

Quiso ir a Berlín a apoyar a Wilhelm en su juicio, pero papá von Letteberg la convenció de que aquello ya sería lo bastante humillante y difícil para Wilhelm, a quien habían despojado de su rango y expulsado del ejército antes de someterlo a lo que la Gestapo llamaba «interrogatorio intensivo», que resultaba ser otro término para tortura.

Junto con los demás conspiradores, sufrió tres semanas sin divulgar ningún nombre aparte de los de los hombres que sabía que ya habían sido ejecutados. Entonces fue juzgado en el Tribunal del Pueblo. El juez había emitido la inevitable sentencia de muerte. A Wilhelm no le concedieron la ejecución militar de su superior. Lo colgaron, desnudo, de una cuerda de piano suspendida de un gancho de carne en una celda de la prisión de Ploetzensee.

Un testigo constató que Wilhelm tardó veinte minutos en morir, porque, como al hermano de su coronel, lo bajaron y lo revivieron dos veces antes de volver a colocarlo en el gancho.

La mañana de su ejecución, a Wilhelm le mostraron los papeles que Greta había firmado; papeles en los que renunciaba a todos los lazos entre ellos y lo denunciaba como un traidor que había profanado el nombre von Datski. Pero, como reflexionó Charlotte, Wilhelm no habría esperado otra cosa de Greta.

Su suegro le dio su palabra de que a Wilhelm le habían dado su último mensaje. Era corto y sencillo: «Te quiero, y estoy y siempre estaré orgullosa de ti, mi querido hermano».

Abrió su diario por la contraportada. La última carta de Wilhelm estaba guardada allí. La desdobló, con lágrimas brotando de sus ojos como cada vez que veía su conocida letra: «Lo único que lamento es que no lo logramos, y que Irena, las niñas, mamá y tú sufriréis. Espero que algún día me perdones y comprendas por qué tuve que sacrificar incluso a mi familia a la causa de Alemania. Tu hermano que te quiere: Wilhelm».

Deseó haber podido decirle que siete meses después lo había comprendido, y había deseado con toda su alma y todo su corazón que el coronel Graf von Stauffenberg y su conspiración hubieran tenido éxito.

Charlotte hojeó las siguientes páginas de su diario. Las entradas eran cada vez más escasas, con semanas en lugar de días entre ellas. Había estado ocupada dirigiendo Grunewaldsee, pero antes también, y eso no había evitado que plasmara sus pensamientos en el papel. Pero el miedo sí. Un miedo paralizante, que la consumía y le helaba la sangre, que la perseguía en la vigilia y volvía sus sueños pesadillas; un miedo que no era por ella misma, sino, después de lo que le había sucedido a Wilhelm, Irena y sus hijas, por su hijo, su madre, Sascha, y el hijo de Sascha.

Antes era abierta y amigable, ahora suspicaz con todo el mundo que llamaba a Grunewaldsee, sin importar que fuera un viejo amigo o un extraño. Había espías por todas partes, y las acciones de su hermano habían marcado a toda la familia como traidores.

El comandante del campo de prisioneros de guerra la llamó. Le dijo que había que reemplazar a los guardias, porque todos los soldados con experiencia eran necesarios en el frente. Sabía que era inútil discutir con él, ni siquiera lo intentó. No es que le gustaran los antiguos guardias, pero llevaban tanto tiempo viviendo en Grunewaldsee que se había acostumbrado a ellos. Cuando llegó su reemplazo, recordó con cariño a los tres cabos y pensó en ellos casi como en amigos.

Dos de los nuevos guardias eran unos crueles y amargados amputados con piernas artificiales. Ambos disfrutaban azotando y humillando a los prisioneros. Otro era un

chico demasiado joven para afeitarse, pero que las autoridades consideraban lo bastante mayor como para llevar un arma. Y había un cuarto. Un tísico terriblemente delgado que no dejaba de toser y pasaba la mayor parte del día de pie mirando por la ventana de la cocina de la casa del guarda, observando cada movimiento que Brunon, Marius, Minna, Martha y ella hacían. Y cada vez que le devolvían la mirada, él escribía ostentosamente en una libreta.

Era obvio que lo habían enviado a espiarlos. Pero en aquellos días oscuros del final del verano había un consuelo, Sascha. Incluso después de todo lo que había pasado más tarde que le había hecho dudar de los motivos de Sascha, aquel verano Charlotte creía de verdad que él se preocupaba por ella y por su futuro hijo.

Cogiendo el diario, dejó la balconada, volvió a la cama y se quitó las zapatillas. Se echó sobre las almohadas y recordó.

Cielos azules, largos días de calor trabajando en los campos, seguidos de cálidas noches de verano pasadas detrás de balas de heno recién cortado en el cuarto de los arreos. Si Brunon se preguntó por qué había ordenado que se guardara tanto heno allí en vez de en el granero, nunca cuestionó sus órdenes.

Y Sascha, que trabajaba como el esclavo que era durante el día, la abrazaba cada noche robada; cargaba con la pena de Charlotte por su padre, hermanos y amigos perdidos, la compartía, y le prometía ayudarla a buscar a Irena y a las niñas después de la guerra.

Sólo tenía que oler heno recién cortado para verse transportada de vuelta a aquella época que, a pesar de toda la pena, angustia e incertidumbre, había sido la más apasionada e intensa de su vida.

Martes, 17 de octubre de 1944

Alemania está de luto. El Mariscal de Campo Rommel ha muerto. La radio y los periódicos informan de que fue hace tres días, cuando unos aviones de la RAF ametrallaron su coche, pero Brunon oyó rumores en Allenstein de que también estaba involucrado en el plan de von Stauffenberg.

La matrona a cargo del hospital de Bergensee me pidió que dejara de visitarlos después de la ejecución de Wilhelm. Obviamente, una autoridad superior le había ordenado que lo hiciera. Estaba incómoda todo el tiempo mientras hablaba conmigo, e incluso dijo que si dependiera de ella seguiría dejándome ir. Pero el cabo a cargo de las admisiones la escuchó, y me dijo abruptamente que las autoridades no creían que fuese apropiado que la hermana de un traidor pudiera visitar una institución militar.

No voy a la ciudad a menudo, no tiene mucho sentido cuando las tiendas no tienen prácticamente nada que vender, pero cuando lo hago, la gente se cruza de acera para no tener que saludarme. Las chicas que estaban conmigo en el colegio,

las madres de chicos que estaban en el grupo de las Juventudes Hitlerianas de Paul y Wilhelm, incluso el médico y su mujer, que han sido buenos amigos de papá y mamá desde que puedo recordar, tienen miedo de hablar conmigo en público.

Han arrestado y ejecutado a mucha gente: generales, coroneles, oficiales; todos hombres respetados, aristocráticos, inteligentes, capaces, que Alemania no puede permitirse perder. Ahora me pregunto si papá murió de un ataque al corazón. El Führer odia a los masones, y mucha gente sabía de la indiscreción juvenil de papá, así como de sus críticas hacia la guerra.

Cuando papá murió, creí que perderlo era lo peor que me pasaría en la vida, y ahora, ni cuatro años después, no lloro únicamente a papá, sino a Wilhelm y Paul. Sólo quedamos mamá, Greta y yo, y aunque el cuerpo de mamá está aquí, su mente está con papá y los chicos. Y Greta... Hace un año pensé que ya no podía caerme peor. Ahora la odio con cada fibra de mi ser.

Hace siete semanas desde la ejecución de Wilhelm. Aún no hay noticias oficiales sobre Irena. Sé que papá von Letteberg ha tenido que trabajar muy duro para evitar que nos llevaran a Erich, a mamá y a mí. Vino a Grunewaldsee desde Berlín para decirme que Wilhelm había muerto, porque no quería que supiera la noticia por un extraño. Mi hermano ni siquiera recibió la muerte otorgada a un oficial con un pelotón de fusilamiento. Lo colgaron como a un criminal común.

Rogué a papá von Letteberg que me contara todo lo que supiera sobre la muerte de Wilhelm. Había hablado con un soldado que había presenciado la ejecución, y todos los presentes estuvieron de acuerdo en que mi hermano murió de forma muy valiente. Nunca dudé que lo haría, aunque la idea de cualquier hombre joven, sano y fuerte, y más mi queridísimo hermano, asesinado deliberadamente en la flor de la vida, me pone enferma. Un minuto vivo, y al siguiente, nada.

Wilhelm se negó a nombrar a sus compañeros de conspiración e insistió hasta el final en que nadie, aparte de los hombres que ya habían sido ejecutados, conocían el plan para matar a Hitler, y que ninguna mujer, ni siquiera su esposa, ninguna madre o hermana, tenía ni idea de lo que él y los demás estaban planeando.

Poco después, Greta me escribió una carta que habían abierto en el correo, como hacen ahora con todas las que entregan en Grunewaldsee. En ella adjuntaba una copia de la carta que había enviado al alto mando, denunciando no sólo todo lo que Wilhelm había hecho, sino al propio Wilhelm.

Como nadie me ha pedido que escriba una carta así, tengo que suponer que lo hizo por iniciativa propia en un intento de distanciarse de lo que llamaba «crímenes sediciosos de Wilhelm von Datski». Pero Greta siempre ha tenido un sentido superdesarrollado de autoprotección. Como Paul decía, Greta pone a Greta

la primera, la segunda, la tercera, y así, del principio al final.

En su carta personal me decía que, como Paul y Wilhelm están muertos y no han dejado herederos legítimos que no sean criminales, como si las pobres pequeñas Marianna y Karoline pudieran ser criminales, Grunewaldsee es ahora suya por derecho, como hija mayor superviviente de papá, y que Helmut y ella se mudarán y vivirán aquí cuando se casen.

Estaba tan enfadada que quemé ambas cartas. Espero que Greta tenga la sensatez de mantenerse alejada de mí y de Grunewaldsee. No seré responsable de lo que le diga o haga si intenta poner un pie en la casa. Si la hacienda pertenece a alguien es a Marianna, Karoline y, si Irena tiene un niño, al hijo de Wilhelm, y pretendo hacer que sus herederos reciban las tierras, no Greta y el perrito faldero de su prometido.

No necesitaba que papá von Letteberg me advirtiera que todas las carreteras alrededor de Grunewaldsee están vigiladas. Si pudiera enviar a Erich lejos, lo haría, ¿pero adónde? Mamá von Letteberg es la elección más obvia, pero sé por su última visita que está cada vez más preocupada por los rumores de más detenciones. Está aterrada de que el próximo sea su marido, y si lo es, ni ella ni nadie que viva con ella estarían a salvo, y no soporto la idea de perder a Erich como he perdido a Marianna y Karoline.

Intento no pensar en cómo estarán las niñas tras meses o años en un campamento o un orfanato del Estado, suponiendo que sobrevivan y las encuentre después de la guerra. Después de ver brevemente a Claus un día (y una noche muy necesaria para el hijo que llevo dentro) antes de su marcha al frente ruso, estoy convencida de que no estaba involucrado en la conspiración, incluso si su padre sí.

Papá von Letteberg repitió que el frente ruso era más seguro que Berlín cuando organizó el traslado de Claus inmediatamente después de la ejecución del conde von Stauffenberg. Pero sé por las pistas en las cartas de mamá von Letteberg que ahora se lo está pensando mejor. No me sorprende. Por lo que Brunon ha oído, ya no queda frente ruso, sólo el polaco, y los rusos están concentrados en las fronteras de Prusia Oriental y Bielorrusia.

Escribí a Claus a finales de septiembre para informarle de que va a volver a ser padre. Al mismo tiempo, llamé a mamá von Letteberg para contarle que estaba embarazada de su segundo nieto. Fingió estar contenta, pero noté que mis noticias sólo le daban un motivo más de preocupación. El embarazo me hace más vulnerable, otro peón que pueden usar contra papá von Letteberg si encuentran pruebas que lo impliquen en la conspiración de julio.

Brunon me dijo que se rumorea que se habían llevado a los campos a miles de familiares de los conspiradores, incluyendo ancianos, niños y bebés. Lo único que espero es que Irena, Marianna y Karoline estén vivas, y que las condiciones no

sean demasiado duras para las mujeres y los niños. Pero con la escasez de comida entre los civiles, temo pensar lo que les darán a los prisioneros. Las raciones de los guardias se han reducido a la mitad, aunque ahora hay cuatro en vez de tres, y hace meses que no nos dan nada para los rusos.

No es muy sorprendente que el comandante del campamento me llame cada semana para preguntar si necesitamos prisioneros de reemplazo. Brunon dice que la política oficial es matarlos de hambre. Los nuevos guardias insisten en que los rusos pueden sobrevivir sólo con un cuenco de sopa aguada al día. Doy gracias por la trampa, aunque debemos tener mucho cuidado. Es obvio por la apariencia de los hombres de Sascha que les estamos alimentando de más, y los guardias registran el desván del establo a todas horas del día y de la noche para intentar cogerlos con la comida. Hasta ahora hemos tenido suerte.

Si está viva, Irena ya habrá tenido a su hijo. Espero que sea un niño, así nunca habrá duda de quién debería heredar Grunewaldsee, si es que queda algo que heredar. El ejército se ha llevado casi todos los animales. Brunon ha escondido unos cuantos caballos en las granjas vecinas, incluyendo a *Elisa*, porque estamos convencidos de que se los llevan como comida.

Brunon, Marius y yo matamos tres cerdos en secreto, de noche junto al río, para que los guardias no nos vieran hacerlo y pudiéramos lavar la sangre. Salamos los cuartos y los ocultamos tras las despensas de vino de papá en la bodega. Si no lo hubiéramos hecho, no tendríamos qué comer. La ración semanal de pan se redujo otros 200 gramos ayer. Ya es suficientemente malo para nosotros, pero es incluso peor para Sascha y los prisioneros. Tenemos tan poco para nosotros y los niños de la hacienda, que cada vez es más difícil encontrar algo que llevarles.

No habría podido sobrevivir los últimos meses sin Sascha para amarme y reconfortarme. Noche tras noche me ha sostenido entre sus brazos mientras lloraba por papá y mamá, por Paul y Wilhelm, por Irena y sus niñas, y por nosotros.

Nunca he conocido un agosto tan caluroso. En lo peor de la ola de calor, Sascha y yo nos escabullimos fuera del cuarto de los arreos de madrugada. Dejamos atrás la mansión y cruzamos el bosque hasta la casita para bañarnos en el lago.

Fue una locura correr semejante riesgo, pero después de lo que les ha pasado a Wilhelm e Irena, nuestro tiempo juntos es el más preciado. ¿Quién sabe cuánto nos queda? Y el peligro no parecía importar tanto como pasar unidos cada momento posible.

Ahora recuerdo nadar bajo las estrellas con Sascha, yacer desnuda entre sus brazos en la orilla, y observar la luna hundirse lentamente en el cielo. Nunca olvidaré esa noche, y creo que Sascha tampoco. Fue casi como si consiguiéramos parar el tiempo. Durante un largo rato, nada se movió. Ni siquiera había brisa.

Todo estaba tan quieto, tan silencioso, que casi podía creer que éramos las únicas criaturas vivas en un mundo de cartón piedra.

Nada existía aparte de nosotros hasta que un pájaro empezó a cantar y una corriente de aire onduló la superficie del lago. El pájaro rompió el hechizo, pero incluso entonces quería quedarme hasta el amanecer, aunque Sascha estaba preocupado, no por él mismo (nunca por él), siempre por mí.

Volvimos a la mansión por la ventana del salón de baile, y lo llevé por el pasillo hasta el cuarto de los arreos. Mientras tanto, no podía evitar pensar qué pasaría si uno de los guardias nos viera. Estos insisten en tener las llaves de la casa, las usan cuando quieren, de día o de noche, y siempre llevan sus armas. Creo que dispararían primero a Sascha y después a mí.

Mi terror infantil a la muerte parece extraño ahora. Acosada por pesadillas, me despertaba gritando una noche tras otra durante las semanas siguientes a la muerte de Oma, cuando tenía cinco años. Papá y Greta perdieron la paciencia; incluso mamá no comprendía mis temores... ¿O quizá sí? Quizá todo el mundo siente en secreto lo mismo. Terror ante la idea de que los gusanos y los insectos se coman tu cuerpo, de caer en una negra nada donde ya no se puede ni pensar.

Creo que Wilhelm y Paul entendieron por lo que estaba pasando. Ahora, después de todo lo que ha pasado desde que empezó la guerra, pienso en la muerte demasiado para el bien de Erich o el mío propio.

Espero que haya algo después de la muerte. Algún tipo de vida, aunque no sea como la de la tierra. Y que los gemelos se hayan reunido con papá y María, y Peter y Manfred, y que algún día los vuelva a ver. Pero no creo ni por un momento que, si hay una vida así, tenga nada que ver con un Dios que todo lo ve, todo lo sabe y todo lo perdona. Ningún Dios permitiría que sucedieran las cosas terribles que les están pasando a niños y personas inocentes de toda Europa.

Si un guardia nos matara a Sascha y a mí, ¿sería rápida la muerte? ¿Es una bala en la cabeza tan indolora como aseguran los soldados? Supongamos que no te mata de inmediato y que, después del disparo, sientes un inmenso dolor. ¿Eres consciente de la muerte llegando minutos antes del final?

No quiero que suceda, pero no querría vivir sin Sascha. Él repite que, si sucede lo peor, debo seguir adelante, porque mucha gente depende de mí. Que tengo responsabilidades hacia Erich, el niño que llevo dentro, las hijas de Wilhelm e Irena, mamá, Minna, la familia de Brunon... y él. Cuanto más crece el bebé en mi interior, más insiste Sascha en que tenemos un futuro juntos. Pero yo no estoy tan segura, y tengo demasiado miedo para preguntarle a Sascha cuál cree que es.

Jueves, 19 de octubre de 1944

Ayer llamaron a todos los hombres no discapacitados entre dieciséis y sesenta

años para formar una Guardia Nacional. El propio Führer hizo el anuncio, condenando al mismo tiempo a todos nuestros aliados por rendirse. Dejó claro que ahora Alemania se enfrenta sola a nuestros enemigos judíos internacionales.

Yo estaba devastada, no por la confirmación de que la guerra va mal, cosa que sospecho desde hace meses, sino por perder a Brunon. No puedo imaginarme organizando la hacienda sin él. Ya ha recibido sus órdenes y un permiso de viaje hacia Königsberg. Martha está consternada. Le prometí a Brunon que cuidaré de ella y de Marius; espero que pueda mantener esta promesa, no como la que le hice a Wilhelm. Gracias a Dios, Marius sólo tiene trece años.

Recibí una carta de Claus esta mañana. Estaba encabezada con un «en alguna parte de Polonia». Le alegra que esté embarazada, y sugirió que si es un niño se llame Peter por su hermano. Me pregunté si recordaría que el segundo nombre de Erich es Peter. Si es un niño, me gustaría bautizarlo como Wilhelm Paul, pero sé que Claus no lo permitiría, porque podría verse como aprobación hacia la complicidad de Wilhelm en la conspiración de julio.

Pero ¿qué tiene que ver Claus con este niño? Una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer en mi vida fue permitir que volviera a tocarme en su último permiso. El tacto de su cuerpo desnudo contra el mío era repugnante después de haber hecho el amor con Sascha. Cuando Claus no está es muy fácil fingir que Sascha es mi marido, pero es sólo ficción y quizá es lo único que siempre será. No, no puedo creer eso. ¡No lo haré!

Las noches se están volviendo más frías. Sascha y yo pasamos tanto tiempo como nos atrevemos en el cuarto de los arreos.

Intentamos desesperadamente olvidar la guerra, pero los dos sabemos que las cosas están a punto de cambiar. Los rusos continúan concentrándose en nuestras fronteras orientales y se habla de trasladar a los prisioneros al Oeste. Espero que no lo hagan. No me imagino tener que vivir sin Sascha.

Miércoles, 8 de noviembre de 1944

Los rusos entraron en Prusia Oriental el mes pasado y masacraron mujeres y niños alemanes en Nemmersdorf, un pueblo cerca de Königsberg. Los periódicos estaban llenos de terribles fotografías de crucifixiones y gente destripada y quemada viva. Deseé no haberlas visto, porque desde entonces no hago más que pensar en Erich, Marianna y la pequeña Karoline asesinados como esos pobres niños.

Sascha dijo que las fotografías podrían ser propaganda, pero me avisó que, lo fueran o no, las tropas rusas que invaden Prusia Oriental no serán amables con los soldados o los civiles alemanes después de las atrocidades que nuestro ejército perpetró en el Este.

La gente del este del país ha intentado alquilar habitaciones en Allenstein, pero la policía ha ordenado a los hoteleros que no los admitan. Nuestro Gauleiter, Erich Koch, asegura que han expulsado a los rusos. Se nos ha ordenado a todos permanecer en nuestras casas, incluso a la gente que vive cerca de las fronteras polaca y rusa, y a la población civil de Königsberg, que será la primera ciudad que ataquen los rusos, ya que es nuestra capital.

¿Es verdad que han expulsado a los rusos? ¿Está Brunon a salvo? Martha sólo ha recibido una carta suya desde que dejó Grunewaldsee el mes pasado. ¿Invadirán los rusos Prusia Oriental? ¿Qué nos pasará si lo hacen? Me estremezco de pensarlo.

Capítulo 14

Martes, 26 de diciembre de 1944

Ésta ha sido la Navidad más lúgubre que he conocido. Martha, Minna y yo intentamos hacerla especial para Erich, Marius y los niños de la hacienda, pero ninguna se sentía con ganas de celebraciones. Papá von Letteberg no podía salir de Berlín, y su mujer no quería dejarle.

Sé por los rumores que Marius trae de la ciudad que la Gestapo sigue arrestando gente relacionada con la conspiración de von Stauffenberg. Mamá von Letteberg todavía debe de temer que impliquen a su marido. Los Aliados están bombardeando ciudades alemanas y avanzan en el frente italiano y en el francés; alguna gente dice que las ciudades alemanas fronterizas del oeste ya están en manos aliadas. Es una locura. Las tropas aliadas están cercando Alemania desde todos lados y las autoridades arrestan, aprisionan y matan a nuestros propios oficiales, cuando necesitamos a todos los hombres que tenemos para combatir a nuestros enemigos.

Esta mañana fui a la iglesia y fingí rezar por las almas de papá, Wilhelm, Paul, Peter, Manfred y *Herr y Frau* Adolf; la seguridad de Irena y sus hijas, y la paz de espíritu de mamá. Lo hice porque todos esperaban que lo hiciera, pero me molesta cada minuto desperdiciado que pasé en aquel frío edificio lleno de corrientes de aire. Asistir a servicios religiosos parece un acto mecánico e inútil cuando ya no creo en Dios.

Sin embargo, pensé en mi familia, viva y muerta, y deseé que de algún modo supiera que mis pensamientos estaban con ella. Como comunista, Sascha bromea mucho sobre Dios. Dice que si existe un Dios, se fue de vacaciones en 1939 y no ha vuelto todavía.

Mi único consuelo es que mamá no sabe nada de lo que está pasando. Cuando le llevé su cena de Navidad y le regalé unos pañuelos que había cortado de sábanas viejas y había bordado, me pidió que les recordara a papá y a los chicos que se abrigaran, porque estaba haciendo mucho frío y cada vez nevaba más. A veces desearía poder ignorar todo lo que está pasando y vivir en el pasado como ella.

Greta no envió ningún regalo, ni siquiera para mamá, pero escribió para contarnos que habían cancelado su permiso y que a Helmut lo habían destinado a un regimiento en el frente. ¡Ya era hora! ¿Por qué deberían luchar los ancianos como Brunon mientras hombres jóvenes como Helmut tienen trabajos seguros y cómodos? Me reprendía por no contestar a su última carta, pero no puedo escribirle ni una palabra después de que denunciara a Wilhelm y amenazara con quedarse Grunewaldsee, así que ni siquiera la felicité.

Quería enviar mensajes de felicitación y paquetes de comida a Irena y a las niñas, pero mamá von Letteberg me advirtió que ni lo intentara, porque cualquier tentativa de comunicación podría ponerles peor las cosas, estuvieran donde estuvieran.

Así que sólo Martha, Minna, Marius, Erich y yo nos sentamos a una cena de Navidad a base de panceta salada y patatas hervidas. La comida se me atragantaba. Recordaba otros años en que la casa estaba llena de gente, risa, alegría y espíritu navideño.

Incluso el árbol que Marius, que intenta con empeño ocupar el lugar de su padre como administrador y cabeza de su familia, había cortado y llevado a la entrada, y los pocos dulces que preparamos para los niños de la hacienda con sirope y puré de patatas, parecían tristes en comparación con los adornos de las pasadas Navidades, y no digamos ya de las de antes de la guerra.

Me parece como si la casa estuviera llena de fantasmas. Si una corriente provoca un portazo, escucho a los gemelos corriendo y gritando escalera abajo de camino a una fiesta. O al pasar por el despacho, abro la puerta y espero ver a papá fumando y leyendo el periódico en lugar de haciendo las cuentas, como fingía hacer cada mañana. Incluso el cuarto de costura de mamá parece abandonado.

Ayer, justo después de anochecer, entró un camión en el patio. Tenía una capa de nieve en el parabrisas, y los lados y el techo del toldo de lona estaban incrustados de hielo. Recordé a los SS que se habían llevado a Irena y a las niñas, y ordené a Martha y a Minna que escondieran a Erich y a Marius arriba, antes de salir a recibirlos. Estaba aterrada, incluso antes de oír los gemidos que venían de atrás.

El conductor y un oficial salieron. Miré adentro. Estaba lleno de soldados heridos. Los hombres estaban en unas condiciones terribles, con vendas manchadas de sangre envolviéndoles las cabezas, manos y pies helados. Incluso con el frío, el hedor era tremendo.

Mientras el conductor examinaba a los hombres, el oficial, un teniente absurdamente joven, juntó los talones, se inclinó y me dio un paquete y una carta. Dijo que eran una entrega especial del *Standartenführer*^[23] Graf von Letteberg.

Sugerí que los hombres tal vez querían entrar al calor y beber algo caliente. Martha siempre tiene alguna sopa en la olla, aunque estos días es más agua con verduras que otra cosa.

El teniente lo rechazó. Algunos de los hombres estaban gravemente heridos, y la mayoría había perdido dedos de las manos y los pies por el frío. Dijo que si no los llevaba pronto a los médicos de Bergensee, podrían gangrenarse. Pregunté si podía hacer algo por ayudar, pero negó con la cabeza.

Los observé marcharse, luego regresé a la cocina y llamé a Martha, Minna y

los niños. Esperaba que el paquete contuviera algo que alegrara a Erich. Ya es lo bastante mayor como para saber que las Navidades deberían ser especiales, y éstas han sido muy solitarias para él. Sigue preguntando constantemente por Marianna y Karoline (solían jugar juntos) y echa de menos a Irena, que pasaba horas contando cuentos a los niños. Ni siquiera Marius ha sido capaz de acabar con su abatimiento.

Este año no había uniforme de la Wehrmacht, sino un pequeño tren de madera que a Erich le encantó, una caja de frutas escarchadas, que repartí entre Martha, Minna y los niños, y ropita de bebé tejida a mano y bordada para mí. No quiero ni pensar lo que Claus habrá pagado por ella.

La carta de Claus era cautelosa, pero sugería que visitara a sus padres en Berlín en cuanto pudiera. Así pues, sé que los rusos están a punto de invadir de nuevo Prusia Oriental. Pero es imposible que abandone Grunewaldsee sin Brunon aquí.

Después de acostar a Erich, me senté en la cocina media hora con Martha y Minna. Estaban tan deprimidas que se fueron a la cama antes de las nueve, o quizá sospechan que hay algo entre uno de los prisioneros y yo.

En cuanto me quedé sola, cogí la comida que pude encontrar y dos botellas del vino de cerezas casero de Martha, y fui al cuarto de los arreos.

Mamá tiene razón: hace mucho frío este año. La vieja estufa del desván sigue funcionando bien, pero incluso así, Sascha me contó que sus hombres pasaban la mayor parte del tiempo apiñados bajo todas las capas de ropa que podían encontrar. El cuarto de los arreos estaba helado. Está casi tan frío como el exterior.

Ofrecí a Sascha escaparnos a mi cuarto y a mi cama, pero insistió en que como los nuevos guardias tienen las llaves de la casa, era demasiado peligroso, así que nos acurrucamos bajo las mantas de los caballos después de que pasara la mayoría de la comida y el vino a los demás por la trampilla.

Su generosidad me da otra razón para amarlo, pero desearía que tomara más de la comida que le llevo y no se lo diera todo a sus hombres. Nadie sabe lo que nos espera, pero una cosa es segura. Todos vamos a necesitar cada gramo de fuerza que tengamos.

Por segunda vez nos atrevimos a discutir el futuro. Sascha sugirió que si los rusos atraviesan las líneas alemanas e invaden Prusia Oriental, le dé a sus hombres y a él caballos y un carro para poder huir al frente ruso, llevándonos a Erich y a mí con ellos. Le recordé que, aparte de Erich, tengo a mamá, Minna, Martha y Marius a mi cargo, y que el ejército ruso no estaría muy bien dispuesto hacia un grupo de mujeres alemanas con dos niños, sobre todo si sabían que una de las mujeres era la nuera del general von Letteberg y el niño menor su nieto.

Entonces Sascha empezó a hilar sueños incluso más locos y, envuelta en sus brazos, abrigada y cómoda bajo las mantas, con un vaso de vino de cereza dentro,

me permití creer que eran posibles.

Habló de dirigirnos a la costa, robar un barco, navegar hasta la neutral Suecia y encontrar una casa allí, algo pequeño y acogedor, como la casa junto al lago. Viviríamos con Erich y el niño, sin ver a nadie más, de los frutos de la tierra. Usaría el barco para pescar en el mar y en invierno cazaría ciervos. Tendríamos unas cuantas gallinas y una vaca o dos, y plantaríamos nuestras propias verduras.

Era una fantasía encantadora, y un maravilloso regalo de Navidad, pero tengo más miedo que nunca. Intento esconder mis temores a Sascha, pero me conoce demasiado bien. Me resulta imposible ocultarle ningún secreto. Pronto será otro año, 1945. Debería ser un año feliz en el que cuidar de un nuevo hijo, pero tengo miedo por Erich, Irena y las niñas, mamá, Alemania, y Sascha y sus hombres. ¿Qué nos traerá?

Charlotte torció el gesto mientras tanteaba las siguientes páginas. Eran de un papel más áspero y delgado, con la superficie rugosa. Arrancadas de una libreta que le habían dado cuando la reclutaron, las había cosido en el diario el día después de la rendición de Alemania. Se imaginó a sí misma cómo había estado, sentada en la esquina de la cocina de una granja extraña, abriendo agujeros con una aguja que le había prestado la esposa del granjero, y uniendo los papeles sueltos con un hilo cortado del dobladillo del uniforme que ya no necesitaba.

Cerró el libro y se reclinó en las almohadas. Miró el reloj. Las ocho. Laura no quería desayunar hasta las diez. Podía dormir una hora. Incluso cerró los ojos, pero el diario había evocado recuerdos demasiado intensos y reales como para ignorarlos.

Volvía a estar en Grunewaldsee. Sábado, 13 de enero de 1945. Había estado ayudando a Martha a pelar verduras en la cocina. Estaba nevando tan fuerte que no tenía sentido intentar hacer ningún trabajo fuera. Los rusos estaban limpiando los establos, y Martha y ella se estremecían con el restallido intermitente de las fustas intercalado con gritos de los soldados. Los nuevos guardias pegaban y humillaban a los prisioneros continuamente y sin piedad, pero nunca tocaban a Sascha ni a Leon. Sascha le había contado que era un viejo truco: darle a los oficiales un trato «suave», y con el tiempo los hombres bajo su mando se volverían contra ellos. Pero en este caso les había salido el tiro por la culata. Los hombres de Sascha lo habían seguido a él y a Leon al infierno del campo de prisioneros, les habían confiado sus vidas, y esa confianza se había visto recompensada con la supervivencia. El respeto que los subordinados de Sascha les tenían a él y a Leon no se podía erosionar tan fácilmente.

Después de que todos los de la casa se acostaran esa noche, llevó gasa y yodo al desván. La botella de coñac se había terminado meses antes, pero llevó una botella de

fuerte vodka casero que uno de los trabajadores polacos de la hacienda le había dado a Martha en agradecimiento cuando ella había llevado una olla de caldo de pollo a su esposa enferma. Sascha quitó el corcho con los dientes y bebió un trago antes de pasarlo con lo demás por la trampilla. Después la cerró y se acurrucaron juntos, temblando bajo las mantas de los caballos.

—Lo siento. —No había tenido que explicar por qué—. ¿Son graves las heridas de tus hombres?

—Están maltrechos, magullados y algunos sangran, pero vivirán. Ojalá esas bestias no se cebaran siempre en los más jóvenes. Tienen la piel de la espalda hecha tiras. —Apretó los puños—. Quiero matar a esos bastardos... —La miró y su rabia se disipó—. «Una palabra amable es mejor que una gran tarta»... Me darás muchas palabras amables, ¿verdad, amor mío?

—Sí. Y gracias por otro de tus refranes rusos. Hay mucha verdad en ellos. —Le besó la punta de la nariz, porque tenía la boca cubierta por las mantas.

—Sobre todo en «A todas las edades podemos amar». Te seguiré amando dentro de cincuenta años.

Ella se abrazó fuerte a él. Tenía demasiado miedo de mirar tan lejos en el futuro.

—Si aún estamos vivos, seremos viejos torcidos con el pelo gris.

—Y viviremos en paz, aunque sólo sea porque Stalin y Hitler se habrán quedado sin soldados que luchen por ellos.

—«La paz eterna sólo dura hasta la siguiente guerra» —dijo ella, citando otro de los proverbios que él le había enseñado—. Mi padre luchó en la última guerra para acabar con todas las guerras. Veinte años después de que firmaran los tratados de paz, Hitler empezó ésta. ¿Cuánto tardará la siguiente?

Él sintió su desesperación y trató de reconfortarla.

—Sobreviviremos, Charlotte.

—¿Cómo puedes estar tan seguro, Sascha?

—Por esta pequeña. —Movi6 las manos bajo la manta, las puso sobre su vientre y sonrió cuando sintió una patada del bebé.

—Es un niño.

—Una niña —corrigió él—, que llevará nuestro amor al nuevo mundo, que se construirá sobre los restos del antiguo. ¿Quieres soñar?

—Con nuestra casa —asintió ella.

Él se llevó su cabeza al pecho. Sabía que era la postura que a Charlotte más le gustaba porque podía oír su corazón latiendo bajo ella.

—Creo que deberíamos pintarla de rojo y verde. Rojo en las habitaciones de los niños, y verde en la sala y el comedor. Y llenaremos la estantería de los niños con todos los cuentos de hadas que podamos encontrar: rusos, alemanes...

—Y pintarás cuadros para su habitación.

—De trasgos y osos fieros. —Puso una cara feroz.

Olvidando las precauciones, ella se rio.

—No te dejaré, asustarán a los niños.

—Nuestra casa será tan tranquila, tan pacífica y tan llena de amor, que tendremos que inventar peligros para enseñarles que hay algunas cosas que deberían temer.

—Ojalá eso pudiera ser cierto.

—¿Dudas de nuestro mundo de sueños?

—Nunca —mintió ella.

—Bien, porque es hora de que discutamos qué arbustos plantaremos en el jardín. Grosellas rojas y negras, por supuesto, y frambuesas...

—Pero no grosellas espinosas, que pueden pinchar.

—Grosellas espinosas, no.

El aire en el cuarto de los arcos estaba helado, y el heno y la manta eran una cama tan acogedora, que no se levantaron hasta las tres, e incluso entonces Sascha intentó retenerla. ¿Sentían que habían pasado su última noche juntos?

La mañana se abrió tarde, tan fría, gris y llena de nieve como el día anterior. La fecha estaba grabada en su mente: domingo, 14 de enero de 1945, el último día en el hogar de su infancia. Comieron en la mesa de la cocina, una sopa clara de zanahoria y col. El rostro de Erich estaba pálido, consumido; sus ojos azules, enormes sobre las mejillas huecas mientras la miraba sobre el borde de su cuenco. Ella estaba cortando pan, Martha poniendo la sal y la pimienta en la mesa, y Minna desdoblado la servilleta de Erich. Entonces Marius entró de un portazo desde el patio, y gritó que la Wehrmacht se había retirado y los rusos estaban en Allenstein.

Estaba resollando, sin aliento. Había hablado con refugiados en el extremo del camino que le habían dicho que un capitán ruso había recorrido la ciudad en un tanque equipado con altavoces. Hablando en alemán, había ordenado a todos los civiles alemanes que abandonaran sus casas y corrieran por sus vidas, porque no podía controlar a las tropas que venían detrás de él.

Su primer pensamiento fue hacia Sascha y sus hombres. Lo último que necesitaba un ejército en retirada eran prisioneros, y sabía que los nuevos guardias no tendrían remordimientos en dispararles. Hizo callar a Marius. Él la obedeció enseguida, mirando a la casa del guarda donde los soldados estaban descansando después de su almuerzo. La tormenta de nieve seguía cayendo. Los prisioneros estaban encerrados en su desván.

Pasó por delante de Martha y Minna, que estaban temblando delante de la estufa, fue al despacho, cogió las llaves de su padre del escritorio, entró en la armería y abrió la cadena que sujetaba sus rifles de caza. Había dieciséis. Algunos habían sido de su padre, otros de sus hermanos y de su abuelo. Junto al mueble de las armas había otro con las espadas y sables de los gemelos, y los cuchillos de caza de su padre.

Como no se atrevía a arriesgar la vida de Marius o Martha, había llevado las armas al cuarto de los arreos por el despacho ella misma. Le costó seis viajes. Todo el tiempo, Martha, Minna y Marius vigilaron las ventanas, pero los guardias no dejaron la casa. Cuando todas las armas estuvieron en el cuarto, silbó a Sascha. Él abrió la trampilla, alarmado y con los ojos muy abiertos cuando vio las armas y la mirada en su rostro.

—Tu ejército está en Allenstein. Es cuestión de poco tiempo que lleguen aquí. — Señaló las armas—. Podéis quedároslas.

Antes de que él pudiera contestar, regresó a la cocina y empezó a dar órdenes: a Marius que preparara la carreta con la pareja más fuerte de caballos que quedaba; a Minna que recogiera una bolsa con la ropa más abrigada de Erich, de su madre y suya propia; a Martha que recogiera las cosas de valor de su familia.

Corrió al despacho, abrió la caja fuerte de su padre, cogió sus llaves y los documentos de posesión y los metió en una mochila junto con la concesión de tierras colgada de la pared. Arriba amontonó el contenido de sus joyeros y los de su madre sobre los papeles. Las cajas de su padre y sus hermanos con gemelos y demás, las joyas de Irena...

Estaba sacando los protectores de su abrigo de piel y del de su madre cuando oyó disparos. Miró por la ventana del dormitorio y vio a los cuatro guardias tumbados, rotos y ensangrentados, bocabajo en el patio cubierto de nieve. Dejando caer los abrigos, corrió escaleras abajo. Abrió la puerta de par en par y salió como una exhalación para ver a los prisioneros rusos agachados sobre los cuerpos. Sascha estaba de pie detrás de ellos, con el rifle en la mano y una expresión en la cara que ella no había visto nunca.

Una mirada que lo transformó de prisionero en soldado.

Se quedó mirándolo, horrorizada ante la visión de la muerte en Grunewaldsee. Sascha le devolvió la mirada. Ella sabía que había visto su repulsión, pero que eligió ignorarla. Se echó el rifle al hombro.

—Quédate conmigo. Te protegeré.

Despreciando al soldado en que se había convertido, ella se apartó de él, y continuó mirando los cuerpos. Les habían disparado por la espalda. El guardia joven aún sostenía su pistola, con el dedo alrededor del gatillo incluso muerto.

—¿Cómo has podido? —Quería gritar la pregunta, pero apenas fue un susurro—. Teníais armas, podíais haberles pedido que se rindieran.

—Podían no haber soltado las armas. No estaba dispuesto a arriesgar la vida de mis hombres. —Avanzó hacia ella—. ¿Qué crees que es la guerra, Charlotte?

Ella no contestó. Pero continuó retrocediendo mientras los hombres rebuscaban en los bolsillos de los cadáveres en busca de objetos de valor o cigarrillos.

—¿Qué crees que hacen los soldados? —Su tono era suave, suplicante—. ¿Tus

hermanos? ¿Tu marido? ¿Yo? Teníamos que matarlos, Charlotte. Eran ellos o nosotros. ¿Vienes conmigo?

Le contestó con una sola palabra, y gritó tan fuerte que los cuervos echaron a volar desde las ramas cargadas de nieve de los árboles esqueléticos:

—¡Asesino!

Volviéndole la espalda, entró corriendo en la casa. Minna se le acercó, llevando a su madre y a Erich de las manos, con el mismo pánico, confusión y miedo reflejados en los tres rostros.

Las responsabilidades con las que había cargado tras la muerte de su padre nunca le habían parecido tan pesadas, y ella nunca se había sentido tan débil ni tan sola, sin tan siquiera la ilusión del amor para sostenerla.

En ese momento supo con una terrible certeza que Sascha la había utilizado para sobrevivir. Y ella lo amaba demasiado como para culparlo o despreciarlo por ello.

Capítulo 15

Charlotte abrió los ojos. Era inútil, no podía dormir. El pasado estaba tan cerca que había vuelto al caos, la tragedia y el terror de aquella última tarde en Grunewaldsee. Su diario yacía en la cama junto a ella. Si había habido un momento adecuado para revivir su huida de Prusia Oriental, era ahora, después de haber regresado y visto su antiguo hogar restaurado a la gloria. ¿Era posible que por fin pudiera dejar descansar a sus fantasmas?

Enero de 1945

No sé qué día es, ni cuánto tiempo ha pasado desde que dejé Grunewaldsee. Días, posiblemente semanas... Podría pensar que incluso años. Mi vida anterior parece remota, como si la hubiera vivido otra persona, en otra época y otro país. El presente parece irreal, como si estuviera atrapada en una pesadilla.

Este papel es rugoso y cuesta escribir en él, pero fue amable por parte del oficial darme la libreta. Dijo que podría usarla para escribir a mi familia. Cuando le pregunté a qué dirección, fingió no escucharme y se fue.

Mi diario está en la mochila, pero me ha dado demasiado miedo abrirlo desde que Leon me lo devolvió en el claro. Puedo sentir su forma a través de la lona. Es la prueba de que tuve una vida antes de esto.

Las otras chicas y los oficiales me ignoran la mayor parte del tiempo, pero sé que me miran fijamente cuando creen que no los veo. Saben lo que me ha pasado y me desprecian por ello. No los culpo. La vergüenza arde en mi alma, pero carezco del valor para quitarme la vida.

Sólo estoy escribiendo para tener una excusa y sentarme tan lejos de ellos como permita el espacio. Sé que no me quieren cerca.

Hace tanto frío en la parte de atrás de este camión abierto que el lápiz se ha congelado en los dedos, pero no hace tanto como aquel último día en Grunewaldsee.

La nieve caía, pesada, espesa y silenciosa, un horrible y denso silencio que me hizo preguntarme si me había quedado sorda tras escuchar los disparos en el patio. Los cuerpos de los guardias pronto estuvieron cubiertos. Primero por una fina capa que tapó la sangre, luego por montones que ocultaron sus formas tan bien que las pilas podrían haber sido casi cualquier cosa. Pero yo no podía olvidar lo que eran, ni perdonar a Sascha su asesinato... Entonces, no.

Martha, Minna y Marius se afanaban en recoger cosas y cargarlas en la carreta. Los hombres de Sascha estaban guardando munición y los restos de nuestra comida en fardos. Yo tenía una mochila con las fotografías de la familia, la concesión de la tierra, escrituras de la hacienda, las llaves y las joyas de la familia.

Vi que Martha había puesto mantas, ropa y comida en la carreta, y no se me ocurría nada más que coger.

La casa estaba llena, no sólo con nuestras posesiones sino las de todos los von Datski de siglos atrás, pero no había más que una pequeña carreta, y dos viejos caballos cansados. Me parecía injusto elegir una cosa por encima del resto, así que no elegí nada.

En vez de eso, permanecí en el patio esperando a los demás. Era consciente de que Sascha estaba cerca, pero no intentó buscar más excusas por haber matado a los soldados y yo estaba demasiado aturdida para hablar.

Miré más allá de la casa del guarda hacia el camino y la carretera, la escena me recordaba un teatro de sombras chinescas. Una interminable procesión de siluetas negras se movía por un fondo nevado, iluminado por una débil luz invernal grisácea, en una columna tras otra de personas y lentos vehículos. Parecía como si no sólo toda la población de Allenstein huyera, sino el país al completo.

Recordé lo que Wilhelm había dicho sobre nuestras tropas matando civiles rusos, y me pregunté si se habían producido las mismas escenas cuando nuestro ejército los había invadido. Gente abandonando sus casas, granjas y todo por lo que había trabajado, huyendo para salvar la vida.

Sascha me cogió la mano. Yo la retiré, no quería que me tocara.

—Todas las carreteras al oeste estarán colapsadas como ésa. Va a nevar más y no habrá comida.

Su voz era ronca, pero contuve mi lástima. Recuerdo que deseé que las balas que habían matado a los guardias también hubieran matado mi amor por él. A pesar de todo lo que habíamos compartido, todo lo que habíamos sido el uno para el otro, de pronto éramos menos que extraños. Éramos enemigos.

Señalé a los montones de nieve que cubrían los cuerpos.

—Eres un soldado ruso. Tu deber es matar alemanes. Si me disparas ahora, me ahorrarás el esfuerzo de intentar sobrevivir y a tu ejército la molestia de encontrarme más tarde.

A pesar de la súplica en sus ojos, aún no podía perdonarle, no con los guardias muertos en la nieve a nuestros pies. El niño que crecía en mi interior eligió ese momento para dar una patada. Me di la vuelta. Sascha me estrechó entre sus brazos. Yo no tenía fuerzas para apartarlo, pero tampoco le devolví el abrazo.

—¿Vienes conmigo? —suplicó.

Fue entonces cuando me di cuenta de que incluso si sus hombres y él no hubieran disparado a los guardias, habríamos tenido que separarnos. Podría haberme protegido como su amante, pero no a Erich, mamá y Minna. Ningún soldado puede cuidar a un séquito de mujeres y niños enemigos. Todas nuestras esperanzas para el futuro no habían sido más que sueños de lo que nunca podría

ser. Me pregunto si siempre lo habría sabido.

Ambos estábamos temblando, aunque yo llevaba puesto prácticamente todo mi guardarropa de invierno. Estaba tan bien envuelta que apenas podía moverme. Sascha llevaba lo que quedaba de su uniforme y ropa de Paul. El frío era tan intenso que amenazaba con llevarse la piel que quedaba expuesta, la nariz y alrededor de los ojos. Sascha, con la cabeza, la cara y las manos al descubierto, debía de estar sufriendo de veras.

Martha y Marius salieron de la casa arrastrando las últimas mantas y un saco de comida. Ya habían apilado en la carreta demasiadas cosas para su seguridad. Alejándome de Sascha, negué con la cabeza a Martha. Ella les pasó los bultos a los hombres de Sascha, luego rodeó los hombros de Marius con los brazos y lo llevó de vuelta al cobijo del establo.

Me dijo que ellos se quedaban. Había preparado bien su argumento, insistiendo en que no podía dejar Grunewaldsee cuando su hija estaba enterrada en el cementerio de la iglesia. Que Brunon regresaría pronto, y ¿qué pensaría cuando fuera a su casa y ellos no estuvieran para recibirlo? Que los rusos no le daban miedo. Sascha y sus hombres eran perfectos caballeros, todos y cada uno de ellos, no como los guardias, que merecían morir. Ella era polaca de nacimiento y estirpe, Marius era polaco, y Brunon sabía hablar polaco. Cuando regresara, los rusos comprenderían que no había tenido más opción que obedecer órdenes cuando lo reclutaron en el ejército alemán.

Hice todo lo que pude para convencerla, le recordé que Brunon me había pedido que cuidara de su familia hasta que regresara, pero ella se mantuvo inflexible. Alguien tenía que cuidar de Grunewaldsee, y ella y Marius eran la elección obvia. Todo el mundo sabía lo que los rusos le harían a las mujeres y a los niños alemanes, sobre todo a las familias de los oficiales de la Wehrmacht, si les ponían las manos encima. No distinguirían entre alemanes buenos y malos, pero los polacos estarían a salvo.

Minna terminó con la discusión cuando llevó a mamá a la carreta, la pobre mamá empezó a gemir y a llorar. Repentinamente fuerte, empujó a Minna a un lado e intentó correr de vuelta a la casa. Sascha la cogió, y le expliqué que teníamos que ir a Berlín a ver a papá y mamá von Letteberg. Ella sólo escuchó «papá» y yo no la desilusioné, pero incluso así, quería que mandara traer el coche, le expliqué que no teníamos gasolina por la guerra, Llamó a Wilhelm y Paul, diciendo que yo nunca sabía dónde conseguir las cosas, pero que los chicos sí. Al final le prometí que los veríamos a ellos también, pero hizo falta que Sascha y dos de sus hombres la subieran en la parte de atrás de la carreta.

Se sentó allí, rodeada de mantas, sollozando al viento, mientras Sascha ayudaba a Minna a colocarse al lado. Erich estaba aferrado a mi falda. Sascha lo

cogió en brazos, le dijo que cuidara de su madre y lo puso en el asiento de delante. Allí parecía muy pequeño, asustado y desconcertado, con la cara pálida asomando entre las capas de bufandas que Minna le había puesto.

Creía que no volvería a ver a Sascha, pero incluso si hubiera encontrado las palabras, no había tiempo para discursos. No había nada que pudiera decir que no hubiera dicho ya. La nieve seguía cayendo espesa, rápidamente, y los copos ondeaban alrededor de la cabeza de Sascha, quedando atrapados en su pelo rubio.

Me levantó del suelo y me apretó contra él por un instante antes de ponerme en la carreta, pero yo me negué a abrazarle o besarle.

Martha siseó:

—Por Dios, váyanse, mientras aún puedan.

Sascha golpeó a uno de los caballos y empezamos a movernos fuera del patio. Él y sus hombres caminaban junto a nosotros. Tardamos diez minutos en encontrar un hueco para poder dejar el camino e incorporarnos a la procesión de refugiados en la carretera. Estaba abarrotada con lentos carros, bicicletas, gente a pie e incluso algunos coches. Mujeres y niños, abrigados contra el frío como tuberías aisladas para el invierno, caminaban con dificultad a través de la nieve, empujando cochecitos con bebés y tantas posesiones como podían amontonar a su alrededor.

Había chicos jóvenes que reconocí de la ciudad, chicos que deberían haber estado divirtiéndose esquiendo y corriendo en trineo en el bosque. En vez de eso tiraban de los trineos cargados con sus abuelos. Pero a pesar de que había tanta gente, se oía muy poco ruido, sólo el sonido de los pies aplastando el hielo y la nieve compacta.

Volví la cabeza para echar una última mirada a Grunewaldsee... y a Sascha. Leon me vio y me saludó. Con los rifles que les habíamos dado al hombro, los hombres iban caminando hacia el extremo de la fila, contra la corriente de refugiados, dirigiéndose hacia la ciudad y el ejército ruso. Sólo quedaba Sascha. Estaba mirándonos, con la cara borrosa por los copos que caían y por mis lágrimas.

Erich me tiró de la manga y me preguntó si íbamos a ir a ver a papá y al abuelo. Susurré que al abuelo, y cuando volví a mirar, Sascha se había ido.

Charlotte dejó caer el diario y miró alrededor. La visión, el sonido y el olor del pasado eran tan potentes, que le sobresaltó ver la anodina decoración de la habitación del hotel.

Inquieta, dejó la cama y abrió la puerta del balcón. El lago refulgía, con la superficie tan tranquila y clara como el cristal. El aire ya era incómodamente cálido; incluso las flores alrededor de la balconada colgaban flácidas. No había ni una pizca de brisa. Temblando con un frío que no había sentido en medio siglo, su mente

permanecía atrapada en aquella otra época. Durante sesenta años se había atormentado con remordimientos por la forma en que se había despedido de Sascha en Grunewaldsee.

Recogió su diario y lo llevó al balcón. Ignorando el paisaje, se escabulló sin esfuerzo de vuelta al pasado.

Espero no volver a pasar nunca semejante frío. Nos atravesaba la ropa, los huesos, nos congelaba la sangre, hacía que el más mínimo movimiento fuera una lenta y dolorosa tortura. Mamá pronto estuvo demasiado helada incluso para gemir, y lo poco que podía ver de las caras de Erich y Minna se había vuelto azul.

Erich se arrimó a mí en el asiento, buscando calor y seguridad que yo no podía darle. Preocupada por mamá, le dije a Minna que apilara mantas alrededor de ambas. Cuando acabó, puse una más sobre sus cabezas y, cogiendo otra, envolvía Erich en ella. No podía hacer nada más, excepto mantener las riendas en mis manos y a los caballos avanzando lentamente hacia el Oeste.

La luz empezaba a apagarse cuando una unidad de las SS pasó junto a nosotros. Un coche sobrepasó nuestro carro, luego camiones llenos de heridos pasaron a empujones, obligando a todos a echarse a la cuneta. Una moto se paró más adelante. Un oficial dejó el sidecar. Movié los brazos y me gritó, pero estaba demasiado helada y cansada para escucharle.

Cuando los caballos dejaron de moverse, chasquéé las riendas y levanté la mirada para ver que el oficial estaba sujetando las bridas. Rugió:

—Requiso este carro en nombre del Reich.

Estaba vestido con el uniforme de un comandante de las SS, pero parecía demasiado joven, demasiado bajo y demasiado moreno para ser un oficial del nuevo regimiento del Führer. Le escuché pero decidí no creerle. Pensé que un caballero no echaría a dos ancianas, un niño pequeño y una mujer embarazada a la carretera en una tormenta de nieve. Espoleé a los caballos, y él sacó su arma. Le rogué que nos dejara ir. Claus se habría horrorizado si hubiera estado con nosotros. Primero por ver a su esposa suplicando a un oficial tan joven, y segundo por el descuidado patán. Tenía el pelo largo, no se había afeitado hacía días y tenía el uniforme sucio.

Dudó, y le ofrecí montar en el carro. Respondió con un disparo al aire y tirándome del asiento. Erich empezó a llorar, protesté diciendo que tenía un hijo y una madre enferma, y que estaba a punto de dar a luz. Le conté que mi marido era coronel de la Wehrmacht, mi suegro el general von Letteberg. Que podía sacar mis pertenencias del carro para dejarle sitio a él y a sus tropas, pero que tenía que llevar a mi madre y a mi hijo a casa de mi suegro en Berlín.

Bien podía haberme ahorrado el aliento. Media docena de soldados subió a la

parte de atrás del carro. Tiraron a mamá y a Minna al suelo. Mamá cayó tan mal, que estaba segura de que se había roto algún hueso. Un hombre, un sargento, mayor que el resto y con tristes ojos marrones, me dio a Erich, todavía envuelto en la manta. Apenas tuve tiempo de coger mi mochila del asiento antes de que se fueran.

Corrí junto a ellos un tiempo, mendigando unas mantas para mamá. Estoy segura de que el oficial y sus hombres me oyeron, pero se volvieron. Lo único que pude hacer fue volver con Minna y mamá. Sentarse en el carro con el frío ya era malo, pero caminar era insoportable. Mis botas de invierno eran buenas, de antes de la guerra, con gruesas suelas de goma, pero aun así resbalaban en la carretera helada.

Minna y mamá seguían sentadas donde las habían tirado. Intenté contarles que los soldados nos habían hecho un favor, que era mejor caminar porque el ejercicio nos mantendría calientes. Cogí la pequeña mano enguantada de Erich con la mía y el brazo de mamá con la otra, y me uní a la masa de refugiados. Manteníamos la cabeza gacha porque el viento cortaba como un cuchillo. Arrastrando los pies, me concentré en seguir los talones de la mujer de delante; así no tenía que pensar en lo que estaba haciendo, sólo en lo lejos que estaba de Berlín.

El bebé eligió ese momento para volver a moverse, haciéndome pensar en Sascha, cuando lo único que quería era olvidarlo, a él y a los cuerpos en la nieve. Entonces un avión voló bajo sobre nosotros y ametralló la columna.

Cogí en brazos a Erich y los arrastré a mamá y a él al lado de la carretera, donde me tumbé sobre Erich hasta que las ráfagas de disparos pasaron.

Después, Minna se negó a levantarse, repitiendo que no podía dar un paso más. Pobre Minna. Fui muy dura con ella, la amenacé con toda clase de castigos si no seguía. No era culpa suya. Cuarenta años de servicio como primera doncella de la familia von Datski no la habían preparado para una marcha por el campo cubierto de nieve en mitad del invierno helado.

Ya habíamos llegado al bosque. Algunas otras mujeres se habían detenido en un claro a unos veinte metros de la carretera. Conseguí convencer a Minna de llegar hasta el pequeño campamento, la mayoría de las mujeres estaba demasiado cansada para hablar, pero me enteré de que habían viajado desde mucho más lejos que nosotros ese día. Se apiñaron en pequeños grupos bajo los árboles, compartiendo las mantas y comiendo lo que habían traído. Ninguna se atrevió a encender un fuego, aunque había mucha madera; temían llamar la atención de otro avión enemigo. Dejé que Minna vigilara a mamá y a Erich, y regresé a la cuneta con la esperanza de encontrar a algún conocido que pudiera llevarnos en carro, o al menos darnos una manta para mamá.

De camino, me tropecé con un soldado herido. Tenía la pierna rígida, cubierta

de sangre y hielo. Cuando intenté ayudarlo, me di cuenta de que estaba muerto. Tenía los ojos en blanco, mirando hacia arriba, al cielo que se oscurecía. Cuando fui a cerrárselos, mis dedos rompieron una capa de hielo que ya se había formado sobre sus pestañas.

Pasé sobre él y llamé a la gente de los carros, rogando que llevaran a mamá y a Erich, ofreciéndome a llevar sus cosas y caminar al lado a cambio. Fue inútil. Nadie contestó. Entonces vi el coche del médico. Golpeé la puerta y se detuvo. Bajó la ventanilla, se levantó el sombrero, y me saludó como si nos encontráramos en el café del parque de Allenstein.

Su mujer estaba sentada a su lado, con sus tres hijos apretados en el asiento de atrás sobre montañas de maletas y cajas. Le dije que el ejército había requisado mi carro y que estaba buscando a alguien que llevara a mi madre y a Erich a Berlín porque estaban muy débiles para caminar.

Se disculpó, diciendo que, como podía ver, no estaba en posición de ayudar a nadie. Se lo rogué a su mujer, le supliqué que al menos recogiera a Erich. Que era tan pequeño que apenas ocuparía espacio. Les dije que, ya que tenían que ir a Berlín de todas formas, Erich no sería un problema. E incluso si la casa de mi suegro había sido bombardeada, un general sería fácil de encontrar en el cuartel del ejército en Bendlerstrasse. Les recordé que si alguien les podía ayudar a encontrar alojamiento seguro y limpio, sería papá von Letteberg.

La mujer del doctor acabó por sugerir que Erich se sentara en su regazo. El médico accedió. Corrí de vuelta a donde estaba Minna y agarré a Erich. Le dije que iba a ir en coche a ver a los abuelos. Le pedí que fuera bueno, y le prometí que iría a por él en cuanto pudiera. No había tiempo de decir nada más.

No lloró, pero deseaba con todo mi corazón poder olvidar la expresión aterrorizada de su rostro cuando se lo entregué a una gente que apenas conocía.

No quedaba más que intentar dormir donde mamá y Minna ya yacían en la nieve. Me quité el abrigo y se lo eché encima a mamá con Minna a un lado y conmigo al otro, cerramos los ojos, aunque pasé casi toda la noche llorando por Erich.

No creo que ninguna de nosotras durmiera realmente, y cuando llegó la mañana, tan fría y oscura como la tarde anterior, las tres estábamos heladas hasta los huesos. Mientras luchaba por levantarme, medio esperaba que mis extremidades se partieran crujiendo como carámbanos. Mamá estaba en un estado comatoso más profundo que ningún sueño. Minna y yo recogimos puñados de nieve y los frotamos por su cara y sus manos en un intento por despertarla, pero seguía sin moverse. Entonces el suelo tembló y escuchamos las pisadas.

Dejé a mamá con Minna y fui a la carretera con otra mujer. Ahora comprendo por qué la Wehrmacht llamaba al ejército ruso «la apisonadora». Hacia nosotras se

acercaba lentamente por la carretera un tanque, y detrás marchaba un muro sólido de tropas rusas.

Corrí de vuelta. Mamá aún ni se había agitado. Recogí la mochila y levanté a mamá, que colgaba con los ojos cerrados. La mayoría de las otras mujeres ya habían reunido sus cosas y corrían hacia el bosque. Grité a mamá que se moviera. Minna intentó ayudar, pero mamá simplemente continuaba ahí de pie, balanceándose sobre sus talones. El estruendo del tanque se acercaba cada vez más, las tropas cayeron sobre nosotras, y los gritos comenzaron.

Charlotte se echó atrás en la silla, con la mente inundada por una mezcla de confusas imágenes de dolor (agudo, agónico dolor) sobre las que nunca le había hablado a nadie. El criterio de los rusos era simple. A los hombres y a los chicos alemanes les robaban y luego los mataban, lenta y horriblemente. A las chicas y a las mujeres les robaban, las violaban y, si sobrevivían a la violación en grupo, las mataban. A las afortunadas, les disparaban. Los refugiados que no habían sido lo bastante rápidos como para abandonar la carretera fueron derribados y aplastados por los tanques. Ataron a unos soldados alemanes de uniforme, los empaparon de gasolina y les prendieron fuego. No perdonaron a nadie, ni a los viejos, ni a los jóvenes, ni a los enfermos, ni a las embarazadas, y el paso de los años no había hecho nada para reducir su vergüenza por lo que le habían hecho.

Un soldado ruso me tiró al suelo. Las botas de mamá estaban al nivel de mi cabeza. La arrastraron y sus talones dejaron unos rastros gemelos en la nieve, como raíles de tranvía. No recuerdo si grité. No podía moverme porque el soldado ruso tenía sus rodillas en mis hombros. Me quitó la mochila y la vació en la nieve junto a mi cara. Podía oler su sudor, y el vodka y el pescado encurtido de su aliento, mientras separaba las joyas de los papeles y las llaves. Después de guardarse los objetos valiosos, se sentó en sus talones y me abrió la chaqueta a tirones. Pude oír cómo gritaba Minna, pero no sabía si era por lo que me estaban haciendo, o por ella misma.

Intenté pelear, pero vino otro soldado. Me subió la falda y las enaguas y me rompió la ropa interior. Otros me sujetaron los brazos y las piernas. Empezaron a reírse cuando el que me había levantado la falda se desabrochó el pantalón y me penetró.

Cuando aquello empezó, duró para siempre. Cerré los ojos contra los hombres, el frío, el dolor... y cuando acabó intenté levantarme, pero me sujetaron con más fuerza, y el soldado fue reemplazado por otro, y otro, y otro, y otra vez, y otra vez, y otra vez...

El dolor en mi vientre se volvió insoportable mientras me empujaban. Mis

oídos estaban llenos de su risa y los gritos de las mujeres. Me sentía como si me estuvieran partiendo en dos. Lloré por mí, por mamá, por mi bebé, pero nada los detuvo. Contuve el aliento, quería morir, pero no funcionó, e intenté conjurar la imagen de Sascha, su rostro, su tacto suave, pero lo único que podía ver, lo único que podía oler, era el hedor de los hombres que me estaban violando.

Después, cuando me encontré tumbada en la nieve, demasiado débil para llorar o moverme, escuché un disparo. Entonces recordé a mamá. Arrastrándome a cuatro patas como un perro, seguí el rastro de sus botas.

Sus ojos estaban tan fríos y muertos como los del soldado que había visto. Pero no tenía heridas, ni marcas, sólo sangre en los muslos desnudos. Espero que muriera antes de que la desvistieran. Uno de los soldados vino a por mí. La nieve estaba ensangrentada a mi alrededor: mis piernas y lo que quedaba de mi ropa estaban empapados. Le rogué que no volviera a tocarme.

Alguien dijo mi nombre. Levanté la mirada y Sascha estaba allí. Corrió hacia mí y me ayudó a levantarme. Leon lo siguió. Se paró a recoger mis llaves, fotografías, papeles y diario, y lo volvió a meter todo en la mochila antes de dármele.

Los soldados empezaron a gritar. Un hombre que parecía tener cierta autoridad apartó a Sascha de mí con un empujón. Otro, que hablaba mal alemán, exigió saber qué relación existía entre nosotros. Sascha me dijo que contara la verdad, y lo echaron al suelo de una patada por hablar alemán.

Vi a los hombres de Sascha detrás de él, rodeados por los soldados, y temí no sólo por mí, sino por ellos. Expliqué que habían trabajado como prisioneros de guerra en la misma granja que yo. Que todos habían sentido lástima por ellos, e intentaron darles más comida porque las raciones que les daba el Reich eran muy escasas.

El hombre que actuaba como intérprete declaró que no había visto ningún prisionero ruso con un aspecto tan saludable y bien alimentado como el de Sascha y sus hombres, y que si no les decía la verdad, me dispararían. Su idea de la verdad era que Sascha y sus hombres habían sido colaboradores, y que habían trabajado para el Reich voluntariamente.

Antes de que pudiera decir nada más, uno de los soldados sacó su arma. Fue a donde un grupo de mujeres alemanas se acurrucaban medio desnudas en la nieve. Sosteniendo la pistola junto a sus cabezas, empezó a dispararles de una en una, como a ratas en un granero. Y la primera a la que disparó fue a Minna.

Sascha levantó su rifle y mató al hombre. Entonces gritó:

—¡Corre, Charlotte! ¡Corre!

Lo último que sentí fue su mano en mi espalda mientras me empujaba hacia el bosque. Agarrando la mochila, corrí torpemente, aunque el dolor y el bebé casi me

lo impedían. Mientras zigzagueaba entre los árboles, la voz de Sascha resonaba en mis oídos:

—¡Corre, Charlotte! ¡Corre!

No sabía si era real o imaginado.

Las balas silbaron a mi alrededor, haciendo ruidos sordos en la nieve. Me lancé detrás de un arbusto. Otro avión pasó en vuelo rasante, ametrallando el suelo. Cuando el sonido del motor se desvaneció, me atreví a mirar atrás. En la nieve yacían soldados y mujeres por igual. Pero los hombres de Sascha habían sido rodeados y les estaban quitando los rifles.

A Sascha lo empujaron de rodillas en el centro. Un oficial se situó junto a él, sosteniendo un revólver junto a su sien.

Sascha miró arriba y, por un instante, creí que me había visto. No rogó piedad para él o para sus hombres, sólo gritó una vez más:

—¡Corre, Charlotte!

Cuando me volví y corrí, escuché un último disparo.

No he dejado de correr desde entonces.

Capítulo 16

Laura tuvo que llamar a la puerta de la habitación de su abuela cuatro veces antes de que se abriera.

—¿Por qué no me has despertado, Oma? Son las once... —Laura cogió a Charlotte justo cuando se desmayaba. La tumbó en la cama y descolgó el teléfono.

El médico era un pequeño y amable hombre asiático, pero su dominio del inglés, del alemán y, hasta donde Charlotte podía entender, del polaco, era excelente. Mandó salir de la habitación a Laura y al director del hotel, examinó a Charlotte sin decir una palabra, y luego abrió su maletín y volvió a meter en él su estetoscopio.

—Está usted agotada, *Madame* Datski. ¿Puedo preguntarle qué se ha estado haciendo? —inquirió educadamente.

Charlotte sonrió con ironía.

—En la última semana, he volado de Estados Unidos a Londres. Desde allí, a Frankfurt. Tras tomar un vuelo nacional a Berlín, volé a Varsovia con mi nieta, luego vinimos aquí en coche.

—Un itinerario que habría agotado a un adolescente.

—Y además cometí la tontería y el error de quedarme toda la noche leyendo. — Cuando Charlotte vio cómo la miraba de modo penetrante, añadió—: No podía dormir.

—¿Pero qué le pasa? —preguntó él con suavidad.

—Me acaba de diagnosticar agotamiento.

—Soy doctor, *Madame* Datski —le recordó.

Charlotte vaciló.

—Mi médico sospecha cáncer de páncreas contestó Charlotte tras vacilar. Quería que me sometiera a más pruebas y a un tratamiento. Le dije que tendrían que esperar.

El doctor frunció los labios.

—Ya veo.

—No puede contarle mi estado a nadie.

—Como debe de saber, ningún médico puede hablar del estado de un paciente con nadie aparte del paciente, sin su consentimiento explícito. —Se sentó en la silla junto a la cama—. ¿Cuándo regresa a Estados Unidos?

—Cuando haya visto todo lo que quiero en Polonia.

—Podría organizar su ingreso en un hospital. ¿Tiene seguro de viaje?

—Sí, pero mi tiempo es demasiado precioso para pasarlo tumbada en la cama de un hospital. Tengo ochenta y seis años, doctor. Creo que tengo derecho a elegir cómo pasar mis días.

El médico se puso el maletín en el regazo y lo abrió de nuevo.

—Siempre y cuando sea consciente de que, a no ser que descanse, no le quedarán demasiados días, *Madame Datski*. —Rebuscó en el maletín y sacó un bote de pastillas—. Dos de éstas le harán dormir al menos doce horas. Le sugiero que se las tome y guarde cama al menos veinticuatro, o hasta que se sienta bien como para levantarse de nuevo.

Charlotte cogió el bote.

—¿Qué le dirá a mi nieta?

—¿Qué quiere que le diga?

—La verdad —dijo Charlotte—. Que estoy agotada.

El médico cerró bruscamente el maletín.

—Como desee. ¿Me avisará si sufre una recaída?

—Sí. Por favor, haga pasar a mi nieta. Y —Charlotte le sonrió— gracias.

—Sé que el médico ha dicho que sólo era agotamiento —discutió Laura—, pero realmente creo que debería quedarme contigo, Oma. Si no en tu habitación, en la de al lado, para que puedas avisarme si me necesitas.

—¿Cómo voy a avisarte si estoy durmiendo, Laura? —cuestionó Charlotte con lógica—. Te lo he dicho, voy a llamar al servicio de habitaciones y a pedir un sándwich. Antes de comérmelo, me daré un baño caliente y me tomaré dos de las pastillas que me dejó el doctor. Luego no me despertaré en horas. Y, mientras tanto, tienes que ir a Grunewaldsee a presentar mis disculpas a Marius y a montar a caballo con Brunon.

—¿No podría...?

—Pensarían que es de muy mala educación si no lo hicieras.

—No si saben que estás enferma.

—No estoy enferma, tan sólo cansada, como cualquier mujer de mi edad tiene derecho a estar dada la distancia que he recorrido en los últimos pocos días. No olvides presentar a Marius mis disculpas. Dile que aceptaré su oferta de un paseo por la hacienda en cuanto pueda. Quizá mañana. Me encantaría enseñarte Grunewaldsee yo misma, pero como mejor se ve es a caballo, y mis días de montar se acabaron. Coge tu cámara digital y copia unas fotos en tu portátil, así podré ver todos los viejos lugares de nuevo cuando desayunemos juntas mañana.

Laura titubeó.

—Te daré mi llave para que puedas echarme un vistazo cuando vuelvas esta noche. Pero entra con cuidado. Odio que me despierten.

—¿Prometes comer y dormir?

—Lo prometo. —Charlotte sonrió ante su victoria—. Ahora vete. No puedo esperar a ver qué me traes de vuelta.

Cuando Laura se marchó, Charlotte se reclinó sobre las almohadas, agotada y exhausta, como el médico había diagnosticado. No le dolía, pero, por alguna razón

que no podía explicar, sentía que le quedaba muy poco tiempo.

Dio una propina al camarero que le trajo la comida, pero la bandeja permaneció sin tocar en la mesa delante de la ventana y, mientras el café se enfriaba y el zumo de naranja se calentaba, ella, tumbada en la cama, abrió su diario una vez más.

Sábado, 27 de enero de 1945

Mi querido Sascha, saber que has muerto no ha evitado que siga habiéndote. ¿Puedes perdonarme por aquella última tarde, por no saber cómo la guerra cambia a la gente, o cómo el instinto de supervivencia obliga a los hombres a hacer cosas horribles? Incluso a los hombres buenos como mis hermanos y tú.

Ahora comprendo que tú tenías razón y yo estaba equivocada. Los guardias tenían metralletas; tus hombres y tú, sólo rifles. Si les hubierais pedido que se rindieran, habrían contestado con una lluvia de balas.

Diste tu vida por mí, y yo no tuve ni tiempo al final para decirte cuánto te quería, que siempre te querré, o la diferencia que supusiste en mi vida. Espero que lo sepas.

Como si perderte no hubiera sido suficiente, Sascha, también perdí a nuestra hija. Era preciosa, diminuta pero perfecta, y estaba fría, tan fría como los muñecos de nieve que Paul y Wilhelm hacían en nuestra casa de hielo. Nació poco después de dejarte. Todo lo que veía, todo en lo que podía pensar durante el parto, eras tú como te había visto por última vez, de rodillas en la nieve junto al oficial que sostenía una pistola junto a tu sien.

De rodillas pero orgulloso, porque te negabas a agachar la cabeza. Aún puedo ver la expresión en tus ojos, y escuchar el sonido del disparo que me siguió al bosque cuando me volví y huí como la cobarde que soy. No puedo perdonarme por marcharme. Si me hubiera quedado, ahora los tres estaríamos juntos.

Llamé a nuestra hija Alexandra en tu honor, Sascha. Nació en el bosque como un animal, pero nunca llegó a respirar. Quería tanto que viviera. Intenté todo lo que se me ocurrió. Le froté la espalda, la envolví en mi bufanda y la abracé intentando calentarla, pero no sirvió de nada. Permanecí escondida bajo un arbusto hasta el anochecer, demasiado aterrada y helada como para moverme, y la acuné durante todo el tiempo.

Tenía el pelo rubio platino, Sascha, como el tuyo pero más suave, y manos y pies tan perfectos...

Mientras la abrazaba comparé su nacimiento con el de Erich. Entonces, el médico, las enfermeras, mamá, mamá von Letteberg y las sirvientas corrían a mi alrededor llevando agua hirviendo, medicinas, sábanas limpias, ropa de bebé caliente. Y allí estaba yo, tumbada en el bosque, ensangrentada, herida, maltrecha y usada, completamente sola.

Cuando cayó la oscuridad, reuní el valor para ir a buscarte. Sabía que estabas muerto, pero no importaba. Quería que estuviéramos juntos. Dejé a Alexandra en el suelo envuelta en una de mis bufandas mientras limpiaba la sangre de mis piernas y mi falda con nieve. Me habían arrancado los botones del abrigo de piel, así que me desanudé otra bufanda del cuello y la usé de cinturón. Fue entonces cuando mis dedos se cerraron en torno al collar de ámbar que Masha y tú me habíais dado en 1939.

No podía creer que los soldados lo hubieran pasado por alto, pero saber que aún tenía algo que tú habías tocado me dio fuerzas para seguir. Recogí a Alexandra y empecé a caminar. Deambulé durante lo que parecieron horas, sin saber en qué dirección estaba la carretera, la única luz procedía de la nieve. Intenté buscar rastros, pero había nevado más. Entonces vi una veta blanca de terreno despejado entre los árboles. No podía estar segura de si era la misma carretera, pero alcancé el claro antes de la mañana.

Alguien había dejado los cuerpos en una línea ordenada. Encontré a mamá y a Minna una al lado de la otra, pero no pude encontrarte a ti, mi amor. Sólo había cuerpos de mujeres, no de soldados. Aparté la nieve con las manos e intenté cavar una tumba con un palo, pero el suelo estaba congelado, así que me tumbé junto a ellas y, acunando aún a nuestra hija, intenté dormir, con la esperanza de que si lo hacía, no despertaría más.

Al amanecer, Manfred Adolf me encontró.

Al principio pensé que había muerto y lo habían enviado a llevarme a donde vaya la gente después de la muerte. Pero estaba con una unidad de soldados alemanes luchando junto a los rusos contra el Reich por el «Comité Nacional Soviético para una Alemania Libre», o eso me dijo orgulloso. Manfred seguía dando discursos políticos, pero yo no me encontraba en estado de escucharlos.

Me contó que las tropas en Stalingrado no habían luchado hasta el último hombre como había anunciado Goebbels. Que noventa mil de ellos, incluido él, habían sido capturados por los soviéticos. Él obviamente había usado la experiencia para estudiar el Comunismo de cerca, y estaba incluso más comprometido con su Partido Rojo de lo que recordaba.

Me dio una manta y algo que tomar. Mientras comíamos, le conté lo que le había pasado a Irena, a Wilhelm, a sus hijas y a sus padres. Escuchó con gesto adusto sin pronunciar ni una palabra de tristeza o simpatía, pero ¿qué podía decir? No hay un hombre, mujer o niño en Europa del Este que no haya sufrido horriblemente como resultado de esta sangrienta guerra.

Era extraño ver al ferviente chico idealista del que me reía, junto con todos los demás de la orquesta, transformado en un soldado, oficial y líder. Entonces pensé en ti, Sascha, y en Wilhelm y Paul, y me pregunté cuánto conocemos realmente a

la gente que amamos.

Manfred ordenó a sus hombres que se prepararan para marcharse en cinco minutos. Se pusieron en marcha inmediatamente. Me dijo que la mayor esperanza que tenía de alcanzar Berlín y a Erich era unirme a una de las unidades alemanas en retirada, y que me llevaría tan cerca de una como pudiera.

Antes de irme con él y sus hombres, dejé a Alexandra sobre el pecho de mamá y les di a ambas un beso de despedida. No tenía más opción que dejarlas allí, tumbadas en campo abierto, con la esperanza de que algún extraño amable las enterrara cuando llegase el deshielo. Debe de haber más rusos con buen corazón aparte de ti, mi amor.

Manfred arriesgó la vida para llevarme con una unidad de la Luftwaffe. El oficial al mando vio mi estado desaliñado. No hizo ningún comentario, pero yo sabía que él y todos los demás eran conscientes de lo que me había pasado. Me dio una pistola (pero no balas), esta libreta y el uniforme de una chica que había muerto. Por suerte, me quedaba bien, pero me cuesta ignorar las manchas de sangre en la blusa y la chaqueta.

Espero que Erich llegara con mamá von Letteberg a salvo; si no, nunca me perdonaré. Pero también sé que si se hubiera quedado conmigo habría muerto con todos los demás niños y mujeres en el bosque.

Domingo, 28 de enero de 1945

Nos refugiamos en una iglesia bombardeada. El techo ha desaparecido y las naves y los bancos están llenos de escombros. Nos hemos quedado sin combustible para el generador y sin balas para las armas, y uno de los dos camiones que nos quedan se ha estropeado. Los mecánicos están intentando arreglar el motor. Si no lo consiguen, algunos tendremos que continuar la huida al Oeste a pie.

Algunas de las chicas han encendido un fuego y están preparando café de bellota. Pero no tengo hambre ni sed. Ahora sólo puedo pensar en Erich.

Cerca hay un cartel que señala hacia el centro de Berlín. Cuando nuestro oficial al mando me vio mirándolo, ordenó pasar lista y advirtió que dispararían a cualquiera que intentara desertar. Dijo que no se harían excepciones, incluso si teníamos un hogar, un amigo o pariente allí.

He oído hablar de la destrucción causada por las bombas aliadas, pero ver la realidad me llenó de lágrimas los ojos. Aún hay consignas pintadas en las paredes, pero de un tipo muy distinto a las del Partido. Justo antes de parar vi «Un pueblo, una nación, un rublo» escrito con tiza en la pared que quedaba de un hotel, haciendo burla al «Un pueblo, una nación, un líder» de Goebbels. Wilhelm se habría reído mucho.

Los oficiales nos acaban de decir que el camión no puede repararse. A veinte

de nosotros nos han ordenado reunir nuestras pertenencias y marchar hacia el Oeste para unirnos a cualquier unidad en combate.

Sé que ninguno de nosotros, oficiales o reclutas, quiere luchar. Con muerte y devastación por todas partes, parece un ejercicio inútil.

¿Debería arriesgarme a huir? No. Si me ven y me disparan, ¿qué le pasaría a Erich?

Jueves, 29 de marzo de 1945

Durante semanas hemos continuado avanzando hacia el Oeste, pero encontramos muy pocos oficiales o soldados que quisieran luchar para resistir hasta el final. Todas las chicas piensan que el fin está muy cerca, pero pocas se atreven a decirlo. Al menos en esta esquina de Bavaria se está tranquilo... de momento.

Hoy estaba de guardia de cuatro a ocho de la mañana. El cielo en el Este se volvió rojo sangre cuando se alzó el sol, recordándome a Prusia Oriental ardiendo tras las bombas rusas. Después de la guardia, fui a la iglesia porque me lo ordenaron, no porque pensara rezar. Ni siquiera cuando los oficiales me estaban mirando. Si me hubieran preguntado, creo que les habría dicho que los Comunistas tienen razón sobre que no hay Dios. Pero quizá habría pensado en Erich y me hubiera mordido la lengua.

Ahora sé qué se siente al ser un prisionero. Intentaste contármelo, Sascha, pero no lo comprendía realmente. No es estar encerrado en una celda; es perder la libertad de ir a donde quieras, cuando quieras.

Las otras chicas ya no son suspicaces conmigo. Dos de ellas me preguntaron cómo era ser violada por los rusos, hemos encontrado muchas otras mujeres en las carreteras que han sufrido como yo, y todas tenían historias de amigas que no habían sobrevivido a la terrible experiencia.

Los oficiales nos recuerdan constantemente que los desertores serán ejecutados. A pesar de sus bravatas, sabemos que están tan aterrados por la derrota como nosotros, porque el fin de esta guerra significará la aniquilación de Alemania.

Estaba tan cobijada y protegida en Grunewaldsee... Pero ahora he visto por mí misma la verdadera extensión de la ruina que ha traído la guerra que los alemanes permitimos que Hitler comenzara. Hay horribles rumores sobre los británicos y los estadounidenses. Que comen bebés, y violan y disparan a las mujeres. Después de lo que pasó en Prusia Oriental los creo, pero les he dicho a las otras chicas que me mataré antes de permitir que otro soldado me toque. Y lo digo en serio.

¿Qué sentido tiene llevar un uniforme o intentar luchar cuando todos los alemanes saben que la guerra está perdida? Lo único que quiero es buscar a Erich.

He escrito cartas a Berlín, pero no he recibido respuesta. La única noticia es que hay terribles combates por todas partes.

Tengo que dejar de escribir porque el cabo vino a decirnos que han cogido a Gabrielle y a Anna. Vivían en un pueblo a menos de veinte kilómetros de aquí, e intentaron irse a casa. ¿Era eso un crimen? Creo que la mayoría nos iríamos a casa, si aún tuviéramos casas a las que ir.

Martes, 10 de abril de 1945

Ayer nos ordenaron que fuéramos a las granjas de los alrededores a buscar trabajo. Ya no se habla de resistencia ni de luchas, pero aún no nos dispensan. Antes de irnos, tuvimos que cavar la tumba de Anna y Gabrielle. Cuando terminamos, los oficiales nos hicieron formar para observar su ejecución. Las obligaron a arrodillarse junto a la tumba antes de dispararles en la cabeza y empujar sus cuerpos de una patada al hoyo. Luego nos dijeron que cubriéramos los cadáveres con tierra. Ni siquiera nos dieron una manta para envolver a las chicas. Yo les cerré los ojos: no estaba bien enterrarlas mientras nos miraban.

Gabrielle sólo tenía diecisiete años, Anna dieciocho. Asesinadas por desertar de un ejército que ya no podía luchar, únicamente enviar a sus mujeres soldado a buscar trabajo a las granjas.

Y pensar que Hitler dijo una vez que nunca permitiría luchar a las mujeres porque nuestro sitio estaba en el hogar.

Me sentí como un mendigo yendo de un lugar a otro suplicando trabajo, siempre queriendo dirigirme al norte, pero incluso sin el riesgo de que me mataran por desertar, habría sido inútil intentarlo. Los refugiados de allí dicen que todo el lugar es un gran campo de batalla. La esposa de un granjero me ha dado trabajo para los próximos dos días. En todo este caos, hay patatas que plantar y heno que rastrillar.

Frau Strasser no sabe si su marido o sus dos hijos están vivos. Su hija murió en un bombardeo en Colonia hace dos años; tenía dieciocho años. Espero que sus hijos y su marido regresen, aunque creo que incluso ella tiene pocas esperanzas de ver a su marido de nuevo. Lo último que oyó de él fue en diciembre, cuando estaba defendiendo Königsberg, y todo el mundo sabe que Königsberg fue aplastada por los rusos, que mataron a todos los alemanes de la ciudad. Pienso en Brunon. ¿Estaba allí?

Jueves, 12 de abril de 1945

Nuevos refugiados llegaron la pasada noche. Nos contaron que hay intensos combates en el sur. Hanover ha caído y los estadounidenses han conquistado las

montañas Hartz. Hace mucho frío.

Siguen sin dispensarnos. Todos los días empiezan con un desfile y la advertencia de que dispararán a los desertores, pero no es que nadie intente escapar después de lo que les pasó a las pobres Gabrielle y Anna. No estamos seguras de quién nos alcanzará primero, si los rusos o los estadounidenses. Tengo miedo de todos ellos. Tenía esperanzas de que llegara una carta, pero no ha sido así.

Estoy desesperadamente preocupada por Erich. Algunos refugiados dicen que los rusos no han dejado ni un edificio en pie en todo Berlín, y que han quemado vivos a todos los supervivientes, soldados, civiles, mujeres y niños. Espero que Erich y mamá von Letteberg escaparan antes de que sucediera lo peor, y que estén a salvo. Sé que mientras que papá y mamá von Letteberg sigan vivos, ellos cuidarán de mi hijo.

Lunes, 30 de abril de 1945

Nos enviaron a todos a la Kreig Helfer Dienst. Nos dijeron que nos necesitaban urgentemente en Augsburg. Anoche nos quedamos en unos barracones, pero cuando esta mañana nos presentamos en la fábrica de aviones, el capataz dijo con amargura:

—¿Ahora, cuando las metralletas están ante Augsburg, venís a ayudar?

Eso fue todo; tuvimos que volvernos. Los trenes se habían detenido, pero un camión vino a recogernos. Repartimos la comida que nos quedaba; ni siquiera estamos seguras de si quedarnos juntas. El camión condujo casi toda la noche y luego se detuvo junto a un campo de prisioneros. Nos advirtieron que no nos acercáramos, pero podíamos ver a la gente de dentro. O lo que antes había sido gente. Eran esqueletos grises andantes.

Pensé en Irena, Marianna y Karoline, y tiré la poca comida que tenía sobre la alambrada. Los esqueletos cayeron sobre ella como buitres. Un guardia me gritó. Yo le grité respondiendo que debería darle vergüenza tratar a seres humanos de esa manera. Temiendo que todas nos metiéramos en problemas si los guardias venían a por nosotras, las chicas me dijeron que me callara.

Y ahora... ahora soy de verdad una mendiga sin ni siquiera el techo de un barracón sobre mi cabeza. Si no fuera por mi collar de ámbar y las llaves, los papeles y el diario que mantengo cuidadosamente ocultos en la mochila, empezaría a preguntarme si he imaginado Grunewaldsee y mi vida en Prusia Oriental.

Martes, 1 de mayo de 1945

Todas las mujeres de mi unidad fuimos finalmente licenciadas. Caminamos hasta el siguiente pueblo y la esposa de un granjero, *Frau Weser*, me ofreció una

habitación y comida a cambio de trabajo. Me dio una colcha para que me hiciera un vestido de civil. No es prudente llevar uniforme cuando podrían conquistarnos en cualquier momento, y no tengo otra ropa.

Todos los del pueblo han colgado banderas blancas en sus ventanas cuando nuestros soldados se marcharon ayer, y hay un extraño silencio en la calle. Las unidades en retirada volaron todos los puentes de la zona, pero al menos los bombardeos han cesado. Los primeros tanques estadounidenses han pasado de largo y no se comen a los niños ni a los hombres. Llevo mi ropa civil hecha de colcha y no me han hecho caso, o al menos no más que a cualquier mujer. No han tocado el pueblo, pero sin duda los soldados de infantería llegarán pronto. Si son como los rusos, subiré al tejado de la iglesia y me tiraré de allí.

Frau Weser me dijo que puedo quedarme con ella hasta que los trenes empiecen a funcionar y las carreteras se abran de nuevo. Estoy enferma de preocupación por Erich, papá y mamá von Letteberg, Irena y las niñas, y Claus también, pero no tiene sentido intentar llegar a Berlín hasta que hayan cesado los combates.

Miércoles, 2 de mayo de 1945

Es difícil de creer que sea mayo. En esta época, el año pasado, estábamos plantando los campos en Grunewaldsee, pero ahora hace frío y está nevando. Todo parece estar del revés, incluso el tiempo. Los estadounidenses vinieron al pueblo ayer por la tarde y requisaron treinta casas, pero los soldados no son tan malos. Buscaron armas en cada edificio, pero no robaron, saquearon, asaltaron ni violaron como los otros extranjeros que no hacen más que llegar. Nadie parece saber quiénes son o de dónde han venido.

El domingo fui a la iglesia, un acto inútil, pero *Frau* Weser esperaba que fuera. Uno de sus hijos llegó por la tarde. No pude mirar su reunión, no cuando me acordaba de Paul, Wilhelm e incluso Claus.

Después fuimos todos al funeral de una chica de comunicaciones a la que había matado un avión rasante en Wegele. Al menos tiene una tumba y un lugar en el que su familia puede llorarla, que es más de lo que tienen Wilhelm y Paul. Como todos los demás que no pertenecen al pueblo, vivo de momento en momento, intentando no pensar en el pasado ni en el futuro. Sólo en ocasiones como ahora, cuando todo el mundo está durmiendo, me atrevo a recordar.

Odié escribir en la libreta; el papel era muy fino y áspero. Ahora que estoy en casa de *Frau* Weser, me he atrevido a sacar mi diario y he cosido las páginas de la libreta en él. He cambiado mucho desde que escribí la primera página, la miro y me pregunto dónde ha ido aquella niña tonta y aturdida.

El hijo de *Frau* Weser asegura que es cierto que Hitler está muerto. Cuando

pienso en cómo ejecutó a Wilhelm y a los demás, y en toda la gente que ha fallecido por su guerra, como Paul, espero que el Führer esté muerto, y si hay un infierno que arda en él para siempre.

Aunque ya no creo en Dios y casi he dejado de rezar, a veces me cuelo en la iglesia católica cuando está tranquila y enciendo una vela, sólo por si hay un más allá fantasmal y papá, mamá, Wilhelm y Paul pueden verme. A veces enciendo una más con la esperanza de poder encontrar a Erich, Irena y las niñas. Pero es una esperanza, no una oración.

Viernes, 4 de mayo de 1945

La guerra ha terminado. A las nueve de mañana por la mañana los combates cesarán en Holanda, el norte de Alemania y Dinamarca. Se depondrán todas las armas. Los estadounidenses se han marchado y las tropas francesas de De Gaulle han tomado el relevo. *Frau Weser* tiene tres soldados alojados en la granja. Dos están bien, el tercero es asqueroso. Voy a todas partes con *Frau Weser* para asegurarme de que no se queda a solas conmigo.

Sábado, 5 de mayo de 1945

Uno de los franceses decentes alojados en la granja nos habló sobre un campo en Dachau para los judíos y los prisioneros políticos que se oponían al Reich. Había oído hablar de Dachau incluso antes de la guerra. *Frau Weser* no creía su descripción de lo que sucedía allí, pero yo recordé el campo que había visto con los esqueletos grises andantes, y supe que decía la verdad.

Pensé en Irena y las niñas, y también en Ruth y Emilia. ¿Están en Dachau? No puedo olvidar haberme sentado sin hacer nada en el coche en Allenstein, mirando mientras Georg empujaba a Ruth, Emilia y todos aquellos otros niños judíos a los camiones.

El oficial que nos habló del campo es judío. Se ofreció a llevarnos a *Frau Weser* y a mí a Dachau para que viéramos las condiciones del lugar por nosotras mismas. *Frau Weser* quería demostrar que se equivocaba, así que fuimos. El viaje no era muy largo, y me encontré a las puertas del mismo campo que había visto cuando estaba con mi unidad de la Luftwaffe.

¿Cómo puedo empezar a escribir sobre el horror? Ni siquiera lo poco que ya había visto, las palabras de Wilhelm, o la descripción de Sascha del campo de prisioneros de guerra me había preparado para lo que vi.

El oficial francés nos enseñó salas de tortura manchadas de sangre. Pensé en Wilhelm y casi me desmayo. No puedo imaginar a ningún hombre infligiendo o soportando el dolor de aquellos instrumentos. Conmocionada y aún temblando,

empecé a llorar, no fuertes y ruidosos sollozos, sino el silencioso llanto que te ahoga y no te deja hablar.

Nos enseñó las duchas que rociaban gas; baños que se llenaban de agua hirviendo; máquinas mezcladoras donde habían aplastado a gente viva, y el búnker. Encerraban a los prisioneros en una caja de madera de dos metros durante catorce días o hasta que morían de agotamiento. Vi el crematorio en el que echaban a la gente, a algunos aún vivos.

La gente eran los esqueletos grises andantes a los que les había tirado comida. Me parecía imposible creer que alguien que había pasado hambre hasta ese extremo pudiera seguir vivo. Uno de ellos me habló y preguntó si era la chica que tiró pan por la verja y le gritó al guardia. No podía distinguir si era un hombre o una mujer, pero dijo que su nombre era Samuel y que los estadounidenses estaban cuidando de ellos ahora. Había suficiente comida y medicinas, pero la gente seguía muriendo.

Le dije que sólo había hecho lo que cualquier persona decente. Me respondió que mi grito de que los guardias deberían avergonzarse le había salvado la vida, porque se había dado cuenta de que todavía había gente, y, ya puestos, chicas guapas, que estaba preparada para tratar a los judíos como a seres humanos.

Fue extraño porque, después de todo lo que ha pasado, no me siento como una chica, y mucho menos guapa.

Para algunos la ayuda llegó demasiado tarde. El hedor era horrendo. Se cernía alrededor de las figuras esqueléticas. Las tropas estadounidenses nos aseguraron que continuarán buscando supervivientes hasta que se encuentre una alternativa mejor.

Ni *Frau* Weser ni yo podíamos hablar en el viaje de vuelta. El nudo en mi garganta se hizo mayor y las lágrimas continuaron brotando de mis ojos. ¿Cómo podía alguien hacer aquellas cosas tan horribles a otro ser humano, incluso a un enemigo? Los guardias tenían que ser animales, no, ni siquiera animales. Ningún animal habría tratado a uno de su especie como eran tratados los internos de ese campo.

Un estadounidense me dijo que los rusos han encontrado campos incluso peores en Polonia. Sitios donde gaseaban a decenas de miles de judíos al día. ¿Era eso lo que vio Wilhelm en Polonia y Rusia? ¿Era ése el horror que residía tras su «telón de mentiras»?

¿Los conocía Sascha? Me dijo que los hombres estaban muriendo en su campo, pero sólo hablaba de hambre y enfermedad. ¿Los descuidaban a propósito? ¿Por eso nunca nos daban comida para él y sus hombres? ¿Son los campos la verdad tras la reubicación de los judíos?

Mucha gente tenía que conocerlos: los guardias; los transportistas que llevaban

a los prisioneros; transeúntes como yo en Allenstein, que nos sentábamos y veíamos cómo se llevaban a los judíos; otros soldados que lucharon en el Este con Wilhelm y Paul.

Al menos, mi hermano y su coronel intentaron hacer algo para detenerlo. El resto de nosotros nos quedamos sin hacer nada. Yo tenía mis sospechas; ¿por qué no hice preguntas? Todos deberíamos haberlas hecho, pero permanecemos en silencio, y por eso creo que toda la raza alemana será condenada por la gente racional. Wilhelm tenía razón. Qué legado tan terrible hemos dejado a nuestros hijos.

Miércoles, 10 de mayo de 1945

Hoy hemos oído que el Mariscal de Campo Keitel se ha rendido a los Aliados. Por fin se ha acabado. Alemania ya no existe, y yo, junto con millones más, he perdido a casi todos los que amaba y todo lo que tenía, incluyendo mi país.

Tanta gente muerta y tanto perdido... Mañana iré a la ciudad más cercana para averiguar si puedo registrarme en alguna parte con la esperanza de encontrar a Erich, Irena, Marianna y Karoline. Seguramente, ahora que se ha acabado no pueden evitar que los busque. Alguien más tiene que haber sobrevivido. ¡Tienen que haber sobrevivido! Tengo pánico de no encontrar a mi hijo, de descubrir que todas y cada una de las personas que he conocido y amado han muerto.

Capítulo 17

Viernes, 25 de mayo de 1945

Acabo de regresar del campo de prisioneros de guerra estadounidense otra vez. He ido allí cada mañana durante las últimas dos semanas, pero siguen sin darme el permiso de viaje que necesito para salir de Baviera y buscar a Erich. He rogado y suplicado a los funcionarios, les he contado que envié a mi hijo de cuatro años a Berlín en enero.

Su respuesta siempre es la misma. Si me importara mi hijo no debería haberlo enviado lejos de mí, y mucho menos a Berlín. Estoy demasiado enfadada y alterada para explicar que no tenía elección. Que si se hubiera quedado conmigo, los rusos lo habrían matado junto con los demás niños y mujeres refugiados.

Esta mañana pregunté si tenían una lista de supervivientes de los campos con la esperanza de encontrar el nombre de Irena. Después de lo que la SS dijo sobre cambiar los nombres de las niñas, sé que es inútil buscarlas. Si existe una lista así, los estadounidenses dicen que no tienen una copia. Entonces, pensando en papá von Letteberg y Greta, pregunté si tenían los nombres de los supervivientes de los bombardeos en Berlín. De nuevo la respuesta fue negativa.

Frau Weser pudo ver lo desolada que estoy cuando regresé a la granja. Me dio un cuenco de caldo de pollo y me consoló con la idea de que mañana será otro día. Pero no puedo evitar preguntarme si volveré a ver a Erich.

Lunes, 28 de mayo de 1945

Por fin recibí mis papeles de descargo de los estadounidenses. Es oficial, ya no estoy bajo sospecha como antiguo personal militar alemán y, en teoría, libre de ir a donde quiera. Pero, como los estadounidenses se negaron a darme también un permiso, no puedo usar el tren.

Mientras discutía con los oficinistas, un hombre muy delgado me llamó con unos golpecitos en el hombro. No lo reconocí, pero él a mí sí. Era Samuel Goldberg, el prisionero que había conocido en Dachau. Aún parecía enfermo, pero mejor que la última vez que lo vi en el campamento.

El médico estadounidense de Dachau le había advertido que no estaba lo bastante bien como para abandonar la cama, pero Samuel dijo que no podía esperar más para empezar a buscar a su familia. Tenía una imprenta en Hamburgo antes de la guerra, y vivía en los suburbios con su mujer y tres hijos. Él y toda su familia, incluyendo sus padres y hermanos y hermanas, fueron enviados al Este en 1941. Sabe que sus padres y hermanos están muertos, pero le separaron de su

mujer y sus hijos en un campo de Riga en 1942, y tiene la esperanza de que hayan sobrevivido.

Los estadounidenses le dieron papeles que le daban derecho a comida, alojamiento y transporte, para él y sus acompañantes, a cualquier pueblo o ciudad de Alemania. Cuando le conté que yo estaba buscando a mi hijo, mis suegros y mi cuñada, se ofreció a llevarme con él. No podía creer su amabilidad. Nos marchamos mañana temprano en el primer tren al norte. Samuel pretende empezar a buscar a su mujer en Hamburgo. Duda que haya podido regresar tan pronto, pero otros judíos que los conocían tal vez sí, y espera que tengan noticias de ella y de sus hijos.

Y Hamburgo está mucho más cerca de Berlín que Bavaria. ¿Pero sigue allí Erich?

Martes, 29 de mayo de 1945

Sigo en casa de *Frau Weser*, herida y enfadada. El horrible soldado francés estaba muy borracho cuando regresó a la casa anoche tarde. Él y algunos de sus camaradas habían pasado el día saqueando la casa de Hitler en Berchtesgaden. Tenía una maleta llena de ropa de mujer y trató de regalármela.

Yo sabía lo que quería a cambio y no la acepté, pero él no me dejaba tranquila. Intenté luchar contra él y grité pidiendo ayuda, pero, *Frau Weser* y su hijo estaban en el granero cuidando a una vaca enferma, y los otros soldados habían salido. Cuando le partí un vaso en la cabeza, me disparó en la pierna.

Frau Weser y su hijo vinieron corriendo cuando oyeron el ruido del disparo. La bala me atravesó la pierna, destrozando mi único par de medias, unas tejidas a mano que *Frau Weser* me había regalado. La pierna no dejaba de sangrarme, así que el hijo de *Frau Weser* fue a traer al médico. Estaba fuera, pero su hermano, también médico, acababa de regresar de Berlín, donde había estado trabajando en un hospital militar, le pregunté, como hago con todo el mundo que viene del norte de Alemania, si conocía a papá y mamá von Letteberg.

Milagrosamente, los había conocido y respetado a los dos. Pero tenía las peores noticias. Murieron cuando una bomba cayó en su bloque de apartamentos. Había oído que a su nieto lo habían sacado vivo de los escombros, pero no sabía si Erich había sido herido ni qué le había pasado. Me aferré a la idea de que al menos mi hijo estaba vivo hace dos meses.

No puedo cargar peso en la pierna, pero el hijo de *Frau Weser* me dio un bastón para apoyarme. Samuel accedió a retrasar nuestra salida un día, pero mañana nos vamos al norte definitivamente. Visitaré las oficinas y los campos de desplazados de Hamburgo con Samuel. Si no encuentro rastro de Erich, Irena o Greta allí, seguiré hacia Berlín, incluso si está en manos de los rusos.

Domingo, 30 de junio de 1945

Ayer dejé Hamburgo. Samuel y yo registramos nuestras familias en la Cruz Roja allí, y me dijeron que a Erich lo habían dejado en un orfanato católico de Celle.

No podía esperar un tren, así que, ignorando el consejo de Samuel, permanecí al lado de la carretera y pedí a los camiones del ejército que me llevaran. Un cabo británico me llevó hasta la puerta del asilo aunque no le caía de camino.

Cuando le expliqué quién era, una de las hermanas me llevó al lado de la cama de Erich en la enfermería del orfanato. Tiene difteria y está muy enfermo. La hermana al cargo me contó que no había abierto los ojos en dos días. Vio que no iba a dejarlo, así que me ofreció trabajar como limpiadora a cambio de comida y una cama provisional en el suelo del dormitorio del desván donde duermen las chicas mayores.

No puedo dejar de pensar en Samuel y en la expresión de su cara cuando lo dejé para subirme a un camión lleno de hombres extraños. Hemos estado tan cerca, si no más, como si fuéramos familia estas últimas semanas.

Fue desolador ir de un campo de desplazados a otro con él. Las listas de supervivientes están empezando a confeccionarse y no están en ningún tipo de orden. Las repasé lo mejor que pude en busca de Irena y las niñas, y pregunté a todos los supervivientes que encontramos si las habían visto, pero todos dijeron lo mismo. Los parientes alemanes de los conspiradores estaban en alojamientos separados en los campos y en las prisiones, y ningún prisionero o preso de campamento «ordinario» los veía.

Fue muy difícil dejar a Samuel. Prometimos mantenernos en contacto, pero ¿cómo lo haremos, si ninguno de nosotros tiene casa ni dirección?

Las condiciones en el orfanato son terribles, pero las monjas trabajan muy duro para mantener funcionando el sitio. La poca comida que hay viene de donaciones caritativas de las tropas británicas. Aunque todos los adultos hacen lo posible por mantener limpio el lugar, es imposible dado el enorme número de niños que hay aquí, y llegan muchos más a la puerta cada día.

La madre superiora me dijo que está segura de que la mayoría de los niños que traen los alemanes son suyos, pero no tiene valor para rechazarlos, porque están muertos de hambre. Hay tan poca comida que todos los alemanes pasan hambre. Al menos una vez al día y a veces dos, un camión británico, francés o estadounidense aparece con una docena de niños pequeños o más que han encontrado las tropas en las ruinas bombardeadas.

Los niños duermen de tres en tres y de cuatro en cuatro, así que no es muy sorprendente que tantos hayan cogido la difteria y el sarampión. Como si eso no

fuera bastante, una de las hermanas ha diagnosticado fiebre escarlatina en una de las llegadas de esta mañana.

Si... No, cuando Erich se recupere, tengo que sacarlo de aquí. Pero ¿adónde podemos ir sin dinero ni amigos que nos ayuden?

Sábado, 18 de agosto de 1945

Al menos Erich ya tiene fuerzas para dejar la cama unas horas seguidas. Está terriblemente delgado y muy débil, pero el médico me ha asegurado que, con buena comida, reposo y cuidados, sobrevivirá sin secuelas permanentes. Pero ¿dónde puedo conseguir buena comida sin dinero? Le llevaré fuera para dar un corto paseo esta tarde. Está soleado y hace calor, y quizá el aire fresco le haga algún bien.

Domingo, 19 de agosto de 1945

Estoy tan enfadada que apenas puedo hacer que este lápiz deje de temblar. Era muy obvio, en cuanto me lo contaron. ¿Por qué no se me ocurrió hacer a la madre superiora ninguna pregunta?

Simplemente supuse que a Erich lo habían traído unos extraños al orfanato, pero ayer por la noche, cuando estaba sentada en la cocina, hablando con las hermanas sobre nuestras familias, dije que en cuanto Erich estuviera bien empezaría a buscar a mi hermana y a mi cuñada.

Entonces una de las monjas me dijo que no tengo que buscar muy lejos a mi hermana si se llama Greta von Datski. Que está viva y a salvo, trabajando para los británicos como intérprete a poco más de treinta kilómetros.

La monja me contó que Greta había traído a Erich al orfanato después de que la doncella de mamá von Letteberg se lo llevara a ella en los últimos días de la guerra. Greta le había dicho a la madre superiora que no podía cuidar de ella misma, mucho menos de un niño, y que no quedaba nadie más para atender a Erich, ya que el resto de la familia había muerto.

¿Cómo pudo Greta hacer eso? Si yo hubiera encontrado a Marianna o a Karoline nunca las habría abandonado en un orfanato.

La madre superiora vio lo enfadada que estaba e intentó calmarme. Dijo que la vida había sido muy dura para todos las semanas inmediatamente posteriores al fin de la guerra. Preguntó si Greta era mi única hermana y cuando dije que sí, aunque tengo una muy buena cuñada, repitió que debería agradecer a Greta por tomarse el tiempo y la molestia de poner a Erich a salvo, no enfadarme con ella por abandonarlo.

Cuando le recordé la difteria, me dijo que no había manera de que Greta

adivinara que Erich iba a contraerla. Terminó diciendo que la vida es demasiado corta para guardar rencores y rencillas, y que nunca debería olvidar que Greta es mi hermana y mi única pariente consanguínea viva.

Aunque no estoy segura de cómo me recibirá Greta, he decidido ir a la dirección que me dio la madre superiora. Ni siquiera es posible, si Greta no puede o (más probablemente) no quiere ayudarnos, que tenga alguna noticia sobre Irena y las niñas.

No es la primera vez que escribo que Irena es mi hermana mucho más de lo que Greta haya sido o pueda ser jamás, y tengo la sensación de que no será la última.

Lunes, 27 de agosto de 1945

Como me temía, Greta no quiso saber nada de mí ni de Erich, pero hizo muchas preguntas sobre las joyas de la familia. Me dijo a la cara que no creía mi historia de que los rusos me las habían quitado, y quiso que vaciara mi mochila.

Me negué porque temía que se quedara los documentos de posesión, las llaves y la copia del otorgamiento de las tierras a Grunewaldsee. ¿Quién sabe cuándo se marcharán los rusos de Prusia Oriental? Espero que sea pronto para poder regresar. Cuando lo haga, los documentos y las llaves pertenecerán a los hijos de Irena, no a Greta.

Siempre tengo cuidado de mantener el collar de ámbar que Masha y Sascha me dieron bajo mi blusa, así no tuve reparos en señalar que había perdido todas mis propias joyas así como las suyas, las de mamá e Irena, lo cual sólo la puso más furiosa.

Greta tiene alquilada una gran habitación soleada en la primera planta de una buena casa perteneciente a *Frau* Leichner, esposa de un oficial que era arquitecto antes de la guerra. *Herr* Leichner desapareció en Stalingrado y su mujer se interesó mucho cuando le hable de Manfred. Como muchas mujeres de toda Alemania, aún espera que su marido regrese. No tuve valor para hablarle sobre los cuerpos de soldados que había visto en el bosque y a los lados de las carreteras cuando huía de Prusia Oriental.

A *Frau* Leichner le gustó Erich de inmediato, y viceversa. Su hijo murió de tos ferina hace dos años y, después de oír a Greta echarnos de su habitación, y gritarnos que no podía hacer nada para ayudarnos, porque ya tenía bastantes problemas para mantenerse ella (creo que toda la casa oyó a Greta), me ofreció una pequeña habitación en la tercera planta a cambio de ayuda con las tareas domésticas.

La habitación es muy pequeña, y sólo tiene una cama individual, pero hay una chimenea y, cuando llegue el invierno, puedo buscar leña en el bosque. *Frau*

Leichner se ofreció a cuidar de Erich por las tardes para que pudiera buscar trabajo con el que pagar nuestra comida.

Sé que todo el mundo está buscando trabajo y hay muy poco, pero una habitación propia significa que Erich y yo podemos empezar a vivir algo parecido a una vida normal otra vez. En el orfanato, todo el mundo fue amable con nosotros, pero seguía siendo una institución. Sólo espero no tener que lamentar mi decisión de dejarlo.

Greta estaba furiosa cuando *Frau* Leichner le contó que me mudaba. Me acusó de no tener vergüenza, y dijo que para una von Datski era degradante fregar suelos y limpiar para otra gente. Cuando le pregunté cómo podía ser degradante el trabajo honrado, se fue a su habitación y cerró de un portazo.

Considero esta mudanza una medida temporal. Algún día, pronto espero, regresaremos a Grunewaldsee, pero hasta que eso suceda, continuaré buscando a Irena y a las niñas.

Si está viva, no tendrá nada que darme excepto su amor, pero estoy segura de que nos dará a Erich y a mí una recepción mejor que la que nos ha dado Greta.

Lunes, 8 de septiembre de 1945

Creí que sería difícil ignorar a Greta ya que estamos viviendo en la misma casa, pero ha sido sorprendentemente fácil. Pasa fuera trabajando todo el día, y muchas veces no viene hasta tarde por la noche o temprano por la mañana. Viste ropa cara; sus trajes son de lana británica; sus medias de nylon estadounidense; su perfume, blusas de seda y cosméticos, franceses.

Cuando *Frau* Leichner se quejó de que a menudo despierta a toda la casa entrando a todas horas, Greta explicó que la necesitan para interpretar en cenas y fiestas.

Desde luego, tiene un montón de novios, y todos ellos son oficiales aliados, pero no se atreve a cruzar la puerta de su habitación cuando la visitan. *Frau* Leichner ha amenazado con echarla a la calle si lo intenta, y hay tal escasez de habitaciones que Greta sabe que no encontrará otra tan buena, si es que encuentra alguna.

Trabaja para un comandante inglés, Julian Templeton. Para gran enojo de Greta, ha sido muy amable con Erich... y conmigo. Nos trae latas de comida y dulces para Erich.

Tenía una hija de la misma edad de Erich, pero su esposa y ella murieron en un bombardeo en Londres. Me ofreció un trabajo limpiando la casa que su unidad ha requisado en las afueras de la ciudad. El dinero que ha acordado pagarme supondrá una gran diferencia. Podré comprar buena comida para Erich y pagar a nuestra casera por cuidarlo aquí por las tardes cuando trabajo.

Le hablé a Julian sobre Irena, y me prometió investigar sobre ella, mediante la Cruz Roja, por mí. Espero que ella y las niñas estén vivas y bien. Ahora que Erich está a salvo conmigo, sólo puedo pensar en volver a verla a ella y a las hijas de Wilhelm.

—No tenía ni idea de que la hacienda fuera tan extensa. —Laura se inclinó en su silla y miró al otro lado del lago hacia los bosques de la otra orilla.

Brunon le ofreció una chocolatina.

—Antes de la guerra tenía diez veces el tamaño de ahora. Lindaba con la ciudad en un punto. Mi abuelo me contó que los von Datski cobraban alquileres en cuarenta y cinco granjas.

—Es más bonita de lo que había imaginado. Puedo comprender por qué mi abuela quería que lo viera a caballo. Nos habría llevado horas venir andando hasta aquí. — Laura sacó la cámara y fotografió el paisaje de bosques que se agazapaban justo al borde del agua—. También entiendo por qué quería volver, y por qué nunca hablaba de su vida aquí.

—Es una pena que no se encontrase bien para ir a dar un paseo con mi abuelo — dijo Brunon—. Se ha quedado decepcionado.

—Igual que mi abuela cuando el médico le dijo que se quedara en la cama. Pero si algo me dice la experiencia es que se obligará a estar bien mañana. Grunewaldsee es tan bonita... —musitó—. Si hubiera sido mi hogar y lo hubiera perdido, no creo que me recuperara nunca. Esto también explica dónde vive ahora mi abuela. Compró un terreno frente a un lago en Estados Unidos y construyó allí, aunque todo el mundo decía que lo más sensato era comprar la casa hecha.

—¿Construyó una casa como Grunewaldsee?

—No se parece en nada a Grunewaldsee. —Laura palmeó el cuello de su caballo—. Su casa es de madera, moderna y muy americana.

—Tu abuela es una mujer sabia. Dudo que Grunewaldsee pudiera ser recreada.

Laura tiró de la brida de su caballo hacia la derecha, apretó los talones y lo siguió por la orilla.

—¿Estamos cerca de la casa de madera?

—Está a un kilómetro. En los setenta ensancharon este camino. Pero la casa junto al lago es mucho más antigua. Más de doscientos años, según mi abuelo.

—Mi abuela dijo que no había cambiado desde la última vez que la había visto, aunque obviamente la habían reformado hacía poco. —Entrecerró los ojos contra el resplandor del sol, y miró hacia el lago—. Qué bonito barco.

—Aquí nunca se ha permitido nada con un motor, ni siquiera en los días comunistas. La contaminación del petróleo ha matado a los peces y ha viciado el agua de la mitad de los lagos de por aquí, pero no de éste.

—¿Y en el futuro?

Brunon rio.

—Mi abuelo mandó a la porra a los alemanes occidentales con sus barcos a motor, y ahora que el ruso que ha comprado la hacienda tiene la misma mentalidad, probablemente esté tan seguro como cualquier lago en Polonia. Vamos, veamos lo bien que montas por el bosque. Espero que sepas esquivar.

Laura siguió a Brunon entre los árboles. El calor del sol le hizo comprender que debía de ser cerca de la hora de comer. De pronto se sintió hambrienta y se acordó de los sándwiches y las botellas de agua que Brunon había atado a su silla en un hatillo ante la insistencia de su abuela.

—¿Es hora de comer? —lo llamó.

—Sí, y si llevamos a los caballos por este camino, llegaremos a la casa junto al lago. Hay un banco en el jardín con vistas al agua.

Aflojó el paso y, mientras cabalgaban uno junto al otro, hablaron de política y de todo y de nada. Laura se dio cuenta de pronto de lo relajada que se sentía en compañía de aquel joven. Parecía de la misma edad que su hermano Luke, pero era mucho más maduro, y se preguntó si sería el resultado de pasar tanto tiempo con sus ancianos abuelos.

Se estaba riendo con una comparación que Brunon había hecho entre la música pop y Wagner cuando el camino giró bruscamente a la izquierda. Un coche bloqueaba su camino y se encontró mirando a un hombre alto, delgado, de pelo oscuro y ojos desconcertantemente azules. Su caballo retrocedió, ella le gritó y luchó por retomar el control, pero el extraño demostró ser más rápido que ella. Dejó caer la caña de pescar que sostenía y echó mano a la brida.

—A los caballos polacos no les gusta que les griten en inglés. —Como el de Brunon, su inglés tenía acento americano.

—No sé hablar polaco. —Ella se aferró al caballo con las rodillas.

—Ya que estás en el país, quizá es hora de que aprendas —la reprendió.

—Intentaré darle más importancia —replicó ella.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó él, todavía agarrando la brida.

—Tres días.

—En ese caso, te perdonaré. ¿No vas a presentarme a tu amiga, Brunon?

A Brunon se le había puesto la cara roja, y Laura se preguntó si el hombre era un amigo del nuevo propietario. A pesar de todas las afirmaciones de Brunon de que «al dueño no le importaría», estaba obviamente incómodo porque lo hubieran pillado montando sus caballos en sus tierras.

—Ésta es Laura von...

—Templeton —terminó Laura.

—¿Von Templeton? —El hombre sonrió—. Eso sí que es un nombre poco común.

—Mi abuela era una «von»; mi nombre es sólo Templeton.

—Michael Sitko. —Tradujo su nombre al inglés y le ofreció la mano—. Mis amigos me llaman Mischa. ¿Vamos a ser amigos, Laura?

—Dudo que me quede en Polonia el tiempo suficiente para hacer amigos.

Michael miró a Brunon.

—¿Estás ejercitando los caballos?

—Y enseñándole a Laura Grunewaldsee —reconoció Brunon.

Mischa miró a Laura.

—Aparte de disfrutar de un paseo con Brunon en un bonito día, ¿hay alguna razón en particular por la que querías ver Grunewaldsee?

—Mi abuela creció aquí.

Él se puso serio.

—La señora con un «von» en su nombre.

—Es una von Datski —reveló Brunon, orgulloso, antes de que Laura pudiera detenerlo. Después de la reluctancia de su abuela a darle su apellido a la mujer del hotel, Laura creyó que Charlotte habría preferido mantener su identidad a salvo de cualquiera que viviera cerca de Grunewaldsee—. Vino aquí ayer con Laura. Mi abuelo la conocía de antes.

—¿Y ahora os estáis quedando con la familia Niklas? —dijo Mischa.

—No, en un hotel en Allenstein; quiero decir, en Olsztyn.

—¿En cuál?

—Está al otro lado del lago.

—Lo conozco. El servicio es bueno, y la comida tampoco está mal. Perdona; tengo que recuperar mi aparejo de pesca y hacer una llamada. —Abrió el coche y metió su caña de pescar en él.

—Lo siento, la has soltado por mi culpa —se disculpó Laura.

—No ha pasado nada. —Mischa se sacó un móvil del bolsillo.

—¿Te quedas esta noche? —preguntó Brunon.

—Indefinidamente —contestó Mischa—. Esta semana llevaré más muebles a la mansión.

—¿Entonces cenarás con nosotros? Ya sabes que mi abuela siempre hace suficiente para un regimiento.

—Gracias, iré. —Mischa se sentó en el coche y cerró la puerta.

—¿Mischa trabaja para el nuevo dueño de Grunewaldsee? —preguntó Laura a Brunon mientras seguían adelante.

—No, Mischa es el nuevo dueño de Grunewaldsee.

—¡Él! Pero es muy joven... Aparenta unos treinta.

—Quizá los tenga. Nunca he pensado en su edad. —Brunon detuvo su caballo junto a un embarcadero y desmontó—. ¿Creías que un viejo ruso habría comprado la

hacienda? Son los jóvenes los que tienen el dinero.

—Y dirigen la mafia.

—No creo que a Mischa le guste que le llamen mafioso. —Llevó a su caballo al borde del agua para que pudiera beber.

—¿A qué se dedica?

—A algo que le da suficiente dinero para comprar este lugar. No es prudente preguntarle a un ruso cómo se gana la vida, sobre todo si vive bien.

—Y se muda de la casa del lago a la mansión, así que obviamente pretende vivir aquí. —Laura hizo lo mismo y desmontó.

—Alguna gente dice que pretende convertir la mansión en un hotel, pero nunca ha comentado sus planes conmigo o con mi abuelo.

—Sería un sacrilegio hacer un hotel en esa casa.

—Poca gente tiene tanto dinero como para pagar el mantenimiento de una casa del tamaño de Grunewaldsee sin unos ingresos.

Laura recordó lo que su abuela había dicho sobre el coste de renovar Bergensee. Quizá estaba bien que el dueño no compartiera sus nociones románticas. Si Grunewaldsee tenía que sobrevivir el siglo siguiente con el tejado y las paredes intactas, necesitaba un amo con los pies firmes sobre el suelo.

Viernes, 26 de octubre de 1945

La mejor noticia, Julian ha encontrado a Irena. Está en un campamento de desplazados cerca de Berlín. Ha prometido llevarnos a Erich y a mí a verla en su próximo permiso. Mientras tanto, tengo su dirección y voy a escribirle.

Miércoles, 31 de octubre de 1945

Irena llegó ayer por la tarde. Julian no me dijo ni una palabra, pero le envió permisos de viaje, un billete de tren y el número de teléfono de su oficina con una nota que decía que contactara con él y dejara dicho allí en qué tren llegaba. Se reunió con ella en la estación y la trajo aquí de vuelta.

Yo estaba limpiando las escaleras cuando llegó. Abrí la puerta, pero no la reconocí. Está delgada, pálida, y parece años mayor, pero en cuanto habló, Erich corrió hacia ella y la abrazó.

Preparé una cena de carne enlatada, que Julian me había regalado, manzanas asadas y patatas hervidas. Después de comer nos sentamos y pasamos media noche hablando. Greta se pasó un momento, pero fue tan fría con Irena como lo había sido conmigo.

Sé que Greta usó el nombre de Wilhelm para obtener su puesto como intérprete, porque Julian simpatizó conmigo sobre la muerte de Wilhelm. Cuando

le pregunté cómo sabía que a mi hermano lo habían colgado los nazis, dijo que Greta le había contado a todo el mundo cómo había muerto su hermano. Los antinazis tenían preferencia sobre los nazis como empleados de los aliados. Me indignó que Greta se atreviera a usar el nombre de Wilhelm después de la carta de denuncia que le había enviado antes de que lo colgaran.

Como Erich, Irena había estado gravemente enferma. En su caso había sido un caso feo de tifus. Me leyó una parte de la última carta que Wilhelm le escribió. Uno de los guardias de la prisión de Ploetzensee se la entregó en el campamento de desplazados después de la guerra.

En ella, Wilhelm rogaba su perdón, pero mantenía que matar a Hitler y salvar Alemania era más importante que sus vidas, o incluso que las vidas de sus hijas. Acababa diciendo que esperaba que lo comprendiera. Después de leérmela, me dijo que no entendía por qué Wilhelm había arriesgado sus vidas y su felicidad, y que nunca lo haría.

Dijo que Wilhelm le había hablado del trato que la Wehrmacht, las SS y los *Einsatzgruppen*, los escuadrones de la muerte, había dispensado a los judíos, rusos y polacos en Europa del Este. Incluso las mujeres y los niños. También había hablado con ella sobre los campamentos que había visto en Polonia.

Dijo que lo único en lo que pensaba en Ravensbruck era en lo que Wilhelm había hecho, y le parecía difícil aceptar que hubiera apoyado al coronel von Stauffenberg sabiendo que si el golpe de estado fallaba, ella y las niñas serían encarceladas en un sitio similar.

Argumenté que Wilhelm era un hombre honorable. Sabía que estaba arriesgando su propia vida, pero seguramente no podía haber previsto lo que Hitler le haría a su familia o a las familias de los demás conspiradores. Como eran inocentes, él tenía derecho a esperar que dejarían tranquilas a ella y a las niñas, pero incluso mientras hablaba sabía que Irena había dejado de escucharme.

Me contó que su bebé, un niño, había nacido en una celda de prisión sin la ayuda de un médico, ni una enfermera. Menos de veinticuatro horas después se la habían llevado de la prisión y la habían obligado a marchar en medio de una tormenta de granizo hasta el campo de concentración de Ravensbruck. Sólo le habían dado una sábana fina para envolver al niño. Como resultado, murió de neumonía dos días después de llegar.

Tras la liberación, había mirado por todos los sitios que se le ocurrieron en busca de Marianna y Karoline, pero como les han cambiado los nombres le han avisado que podría ser imposible encontrarlas.

Entonces, finalmente, se derrumbó y se echó a llorar.

Le había preparado una cama en el suelo y me uní a ella allí, la abracé fuerte toda la noche y lloré con ella. Antes de llegar la mañana le prometí que no

descansaría hasta que encontráramos a las niñas y nos las devolvieran.

Capítulo 18

Charlotte miró fijamente el bote de pastillas que el médico había dejado junto a su cama, pero no se molestó en tocarlas. Durante sesenta años la habían perseguido pensamientos sobre el lugar de descanso final de su madre. Una y otra vez había imaginado los cuerpos de su madre, su hijita y Minna enterrados a toda prisa en una fosa común con decenas más, sin ceremonia ni dignidad. Había imaginado que unos extraños llenaban el hoyo y se alejaban sin molestarse en dejar una piedra o una lápida para marcar el lugar.

Se había prometido que algún día visitaría el lugar y presentaría sus respetos. ¿Por qué no ahora, cuando estaba tan cerca? Ya no se sentía tan débil como cuando Laura había llamado al médico, y no había manera de poder dormir mientras se sintiera tan agitada. Puso los pies en el suelo, dejó la cama y fue al baño.

Veinte minutos después, bañada, vestida con un traje negro liso, el pelo recogido en una redcilla de encaje en la nuca, Charlotte abandonó la habitación. Se vio en la cámara de seguridad mientras cruzaba el vestíbulo, y le sorprendió la anciana en que se había convertido. Leer el diario la había despojado de los años, hasta que incluso había empezado a pensar en ella misma como en aquella otra Charlotte más joven.

Joven, pero destrozada; atormentada por la pena de la pérdida de un amante, un bebé muy deseado, amados padres y hermanos. Pensaba que se había acostumbrado a vivir sin ellos y todos los «podría haber sido», pero la mezcla de ver Grunewaldsee y releer las entradas del diario que había escrito durante y después de la guerra había reavivado el dolor hasta que se había vuelto tan intenso y apabullante como en 1945.

Tenía tantas cosas que hacer aún antes de poder marcharse... y no sólo de Polonia. Sonrió sarcásticamente cuando pensó en la advertencia de David Andrews de que dormiría más. Incluso su cuerpo parecía reconocer que el tiempo era demasiado escaso y valioso para desperdiciarlo en dormir.

Entró en la floristería del hotel y miró alrededor. Resplandecía con orquídeas y rosas de tallo largo de invernadero, los ingredientes de ostentosos ramos. Quería algo más sencillo.

Al final se decidió por tres simples ramilletes de margaritas blancas. Los pagó, fue a recepción y pidió a la chica del mostrador que le llamara un taxi. Cuando pasaron el camino que llevaba a Grunewaldsee no pudo resistirse a cronometrar el viaje. Los kilómetros que habían tardado horas en recorrer a carreta, a caballo y a pie en enero de 1945 sólo les llevaron unos minutos en coche sesenta y un años después.

Buscó en el horizonte alguna marca, pero los árboles y arbustos habían crecido, cambiando todas las perspectivas. No podía ni siquiera estar segura de que la carretera fuera la misma y, tal como había temido, no se había erigido ningún monumento para conmemorar a los muertos que había visto tirados en la nieve en

1945. Sentada en el filo de su asiento, pidió al conductor que aminorara la velocidad.

—Si quiere ir a la capilla, señora, está al girar la siguiente curva.

Redujo la marcha y pasó junto a un claro que podría haber sido, o no, donde dejó a su madre, a su hija y a Minna. Donde se unía a la carretera habían levantado una capilla. Construida de madera blanca y piedra natural, no era distinta de cien más que había visto entre Varsovia y Olsztyn. Le pidió al hombre que esperara, cogió las flores, dejó el coche y caminó hacia ella.

El sol brillaba, el aire era cálido y limpio. Miró al cielo. Si éste era el lugar de las violaciones y la masacre, no quedaba nada de aquella carnicería para contaminar la atmósfera.

Una Madona de escayola pintada de manera estridente miraba hacia abajo a las ofrendas de flores y velas que iluminaban los pies de la urna de cristal que la protegían de los elementos. Charlotte titubeó, luego, sosteniendo aún las flores, entró en el bosque. Los arbustos estaban crecidos, los árboles más altos. ¿De verdad había sucedido allí?

—Yo ayudé a construir la capilla. —Marius apareció de repente y caminó hacia ella—. Cuando Laura me dijo que estaba enferma, decidí dejarle unas flores en la recepción del hotel. Cuando salía del camino la vi en el taxi, y la he seguido hasta aquí. —Le tendió un ramo de lirios—. Son de los bulbos que su madre plantó en el pequeño jardín detrás de la casa.

—Gracias.

—Dejamos mucho sin hablar ayer.

—No era el momento oportuno. —Intentó sonreír—. Una llegada a casa, incluso después de tantos años, debería ser feliz.

—Y había demasiada gente alrededor. —Él se apoyó en un árbol—. Yo era un niño cuando se marchó, y me intimidaba mucho, y ahora...

—Somos iguales —dijo ella cuando vio que él buscaba las palabras adecuadas—. El tiempo y la edad avanzada hacen eso, Marius.

—Enterraron algunos de los cuerpos ahí. —Señaló un punto al borde del claro—. Pero no todos. Los soldados rusos llegaron a Grunewaldsee unas horas después de que se marcharan. Tenían órdenes de detener a todos los soldados rusos que hubieran sido prisioneros de los alemanes. Los primeros que trajeron a la hacienda habían estado encerrados en el campamento fuera de la ciudad. Tuvieron que traerlos en una carreta porque la mayoría estaba demasiado débil para andar. Los encerraron en la iglesia. Al día siguiente trajeron de vuelta a los rusos que habían trabajado para nosotros... Mi madre vio cómo los llevaban por el camino. Sobornó a los guardias con los candelabros de plata de su madre y le dejaron hablar con ellos. El teniente, Leon, le contó lo que le había pasado a su madre... y a usted. A la mañana siguiente preparamos un carro y vinimos aquí. —Titubeó—. El capitán estaba demasiado triste

para hablar... pero estaba vivo.

—Sí —murmuró ella—. Más tarde comprendí que no había muerto en aquel bosque. Pero no... no soportaba saber... —Lo miró—. Martha y tú corrísteis un tremendo riesgo.

—En realidad, no —dijo él—. Los rusos estaban por todas partes pero, como mi madre predijo, no echaban cuenta a una polaca de mediana edad y un niño, y los pocos soldados alemanes que quedaban en la zona estaban demasiado ocupados intentando alcanzar las líneas estadounidenses en el Oeste como para preocuparse por civiles. Llevamos a tu madre y a Minna a Grunewaldsee y las enterramos en la cripta familiar. Mi madre esperaba que a la familia no le importara que la doncella descansara junto a la señora, pero el suelo estaba demasiado duro para cavar una tumba. Todos los pastores y sacerdotes habían huido, pero recitamos lo que pudimos recordar del servicio funeral luterano. Mi madre sólo tenía su libro de oraciones católico.

—Decirte gracias me parece poco. —Las lágrimas se acumularon en los ojos de Charlotte—. He tenido pesadillas sobre su lugar de descanso final durante años. Las imaginaba tiradas a una fosa común en primavera con todas las demás.

—Había un bebé —dijo él torpemente—. Una niña. Mi madre estaba segura de que era suya.

Se había quedado sin palabras, así que Charlotte asintió.

—Como la encontramos sobre su madre, las pusimos en el mismo féretro. No era muy apropiado. Lo hicimos con madera arrancada de los establos y, al contrario que mi padre, nunca fui un gran carpintero. Si manda al taxi de vuelta, la llevaré con ellas.

Laura y Brunon se comieron los sándwiches que Jadwiga les había preparado, volvieron a montar, y habían rodeado la mitad del lago cuando Mischa los cogió. Iba en un gris Datski, un semental con mucho espíritu, a juzgar por el movimiento brusco de su cabeza y lo corta que Mischa llevaba la rienda. Laura se alegró de que Brunon no lo hubiera ensillado para ella.

—¿Tu abuela es Greta o Charlotte von Datski? —preguntó Mischa en inglés. Como Brunon, el ruso tenía una forma directa de hablar que no hacía concesiones a los refinamientos sociales.

Laura lo encontraba desconcertante, y estuvo a punto de responder: «Hola a ti también, Mischa», pero tenía curiosidad por la pregunta, y dijo:

—¿Has estudiado a la familia?

—Había algunos papeles antiguos en el desván.

Ella recordó lo que Marius había dicho el día antes de que habían quemado todos los papeles, y decidió que o el anciano o Mischa mentían. De los dos, prefería pensar

que era Mischa.

—¿De verdad? —dijo escéptica, antes de transigir—. Mi abuela es Charlotte von Datski.

—La que dirigió la hacienda durante la guerra después de que su padre muriera, y quedó hasta la invasión.

—Eso creo. —Laura miró a Brunon, que asintió confirmándolo, y una vez más se dio cuenta de lo poco que sabía sobre el pasado de su abuela.

—Marius me contó que aún estaba intentando convencer a su madre de que se marchara cuando los rusos estaban prácticamente en la puerta.

—Discutió con ella tanto, que mi abuelo dice que su madre pensaba que no se iría nunca —añadió Brunon.

—¿Marius te ha hablado de ella? —preguntó Laura a Mischa, sorprendida al descubrir que parecía saber tanto de la historia de Grunewaldsee como Brunon.

—Era imposible detenerle. Admiraba y respetaba a tu abuela. Probablemente más que a cualquier mujer que conociera antes o después, incluida su esposa. —Mischa sonrió ampliamente—. Era toda una mujer cuando era joven.

—Aún lo es. —Resultaba extraño estar sentada en un caballo en mitad del campo polaco hablando de su abuela con un hombre al que acababa de conocer.

—Bueno, ¿qué piensas de Polonia? —Refrenó su caballo y lo situó entre el suyo y el de Brunon.

—No he visto mucho de ella, pero no es lo que esperaba. Todos estos bosques y lagos, y este tiempo tan magnífico. Es idílico.

—¿Pensabas que un país que había sido comunista tanto tiempo sería oscuro, frío y lleno de bloques de pisos ruinosos? —se burló él.

—Más gris, quizá —asintió ella diplomáticamente.

—Ah, esperabas ver tristeza eslava, personificada en gente con caras largas aficionada a la poesía trágica que pasea bajo las sombras de un polo químico.

Brunon se rio, y la imagen se acercaba lo suficiente a la verdad como para que Laura se uniera a él.

—Perdóname —se disculpó—, pero mi abuela me contó muy poco sobre Grunewaldsee.

Mischa inspiró profundamente y miró alrededor.

—Como Marius y Brunon, que son de aquí, adoro este lugar.

—Mi abuelo es de la casa del guarda —interrumpió Brunon en un tono que hizo que Laura se preguntara si la familia Niklas estaba preocupada porque el nuevo dueño pudiera desahuciarla.

—Y de la mansión. Tu abuelo y tus bisabuelos se mudaron allí durante el invierno de mil novecientos cuarenta y tres —reveló Mischa—. Se quedaron hasta la invasión de los rusos.

—Nunca me lo había contado. ¿Cómo lo sabes? —preguntó Brunon, suspicaz.

—Marius lo mencionó cuando le pregunté si le importaba que un ruso comprara Grunewaldsee. Dijo que no éramos los primeros rusos que vivíamos aquí. Que prisioneros de guerra soviéticos habían trabajado en la hacienda durante la guerra y la casa del guarda se necesitó para albergar a los soldados que los vigilaban.

—¿Prisioneros trabajando aquí? —Laura estaba asombrada.

—¿Tu abuela tampoco te habló sobre eso? —Mischa estaba claramente sorprendido.

—No. Tú parece saber mucho sobre lo que pasó aquí durante la guerra. —A Laura le molestaba que conociera tantas cosas sobre la historia de su familia. Si alguien debía estar dando información, le parecía que debía ser Charlotte, no un ruso que ni ella ni su abuela conocían.

—He pasado mucho tiempo hablando con Marius. Me dijo que algunas grandes fiestas, en ocasiones enormes, se celebraban aquí cuando era niño. Sobre todo con los gemelos. ¿Sabías que tu abuela tenía hermanos gemelos?

—Sabía que tenía dos hermanos llamados Paul y Wilhelm, y que los dos murieron en la guerra.

—Sí —susurró Mischa más para sí mismo que para Laura o Brunon y como si ella no hubiera hablado—, este lugar es casi perfecto.

—Entonces también lo es que tuvieras el dinero para comprarlo —concluyó Laura.

—No lo tengo.

—¿Lo pediste prestado?

—No lo robé. —Le guiñó un ojo—. Los occidentales tenéis que abrir la mente. No todos los rusos somos mafiosos, Laura von Templeton. —Clavó los talones en los flancos de su caballo y cabalgó de vuelta a la casa del lago.

Marius giró el volante y condujo por el camino, pasando por Grunewaldsee, hasta la pequeña iglesia con vistas al lago.

—Cuando no encontramos su cuerpo, mi madre y yo esperamos que hubiera escapado. En mil novecientos cuarenta y siete oímos, de alguien que la había visto en Alemania Occidental después de la guerra, que Greta había sobrevivido. Pero nada sobre usted, hasta que vimos sus ilustraciones en un libro en los sesenta. Mamá repetía que no podía haber dos Charlotte Datski pero yo no estaba seguro.

—Greta siempre fue una superviviente. —Charlotte vio de reojo la expresión en el rostro de Marius, y se rieron. A la familia de Marius tampoco le gustaba Greta.

—¿Sigue viva? —Marius detuvo su pequeño coche delante de la iglesia de Grunewaldsee y paró el motor.

—Oh, sí.

—¿La ve?

—Tan poco como es posible. —Charlotte reunió las flores de su regazo mientras él daba la vuelta para abrirle la puerta.

—Intentamos cuidar de la cripta de la iglesia como habría hecho usted si hubiera podido quedarse —la consoló, inseguro.

Ella tomó su mano brevemente y salió. No sabía qué había esperado. Cuando habían conducido por la ciudad había visto de pasada en el viejo cementerio judío un césped desigual donde antes había tumbas y monumentos. En el cementerio luterano donde habían enterrado a los abuelos de Irena habían construido edificios. Pero cuando miró la iglesia de Grunewaldsee, como la mansión y la casa del lago, estaba maravillosa y milagrosamente igual.

Marius retrocedió con respeto cuando ella entró. Estaba fría y oscura, y olía a polvo y humedad, tal como recordaba. La cripta de la familia se hundía en la pared de la derecha delante del altar. Se arrodilló ante ella y pasó las manos sobre las inscripciones de las placas conmemorativas.

Estaban dedicadas al primer von Datski que había vivido en Grunewaldsee y a todos sus herederos, hasta sus bisabuelos y sus abuelos. Bajo ellos estaba la placa de su padre y la que ella había encargado cuando recibieron la noticia sobre Paul:

PAUL VON DATSKY

19 de agosto de 1918 – 1 de julio de 1942

Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando vio una talla más tosca bajo las finas letras góticas:

WILHELM VON DATSKY

19 de agosto de 1918 – 19 de octubre de 1944

—En la muerte no estuvieron separados —murmuró—. Gracias, Marius.

Una placa con una talla semejante se había añadido junto a la de Wilhelm inscrita con los nombres de su madre y Minna.

—¿Te dejaron poner esto en la iglesia durante la era comunista? —le preguntó a Marius.

—Cerraron las iglesias grandes y erigieron barricadas a su alrededor, pero a nadie le importaba lo que pasaba en las pequeñas iglesias del campo. El picapedrero ni siquiera nos cobró por añadir el nombre de Wilhelm a la placa. Pero ya sabrá que a Wilhelm, como a Claus von Stauffenberg, se le consideraba un héroe en la Alemania Oriental y la Unión Soviética después de la guerra.

Ella dejó las flores, un ramo bajo la cripta familiar, los otros bajo las dos placas.

—Era uno para mamá, otro para mi hija y otro para Minna. No esperaba encontrar una placa a Wilhelm.

—Sé que su cuerpo no está aquí, pero parecía adecuado colocar su nombre bajo el

de Paul.

—Muy adecuado. —Dejó que Marius la ayudara a ponerse de pie—. Después de la guerra descubrí que los cuerpos de los ejecutados por estar involucrados en la conspiración de von Stauffenberg se quemaron y sus cenizas se esparcieron al viento.

—Yo también leí eso en alguna parte. —La llevó a un banco y se sentaron en la iglesia.

—Como si la tortura no fuera suficiente, humillaron a los conspiradores en sus juicios. Los hicieron llevar ropas viejas de civiles, les quitaron los cinturones, tirantes y cordones y los obligaron a ponerse firmes y saludar para que se les cayeran los pantalones.

—¿Cómo cree que se hubiera sentido su hermano si hubiera sabido que sigue atormentándose con la idea de su muerte después de todo este tiempo, *Fräulein* Charlotte? Era un joven valiente, y muy feliz con su mujer y su familia. Tenía un propósito después de empezar a trabajar para el coronel von Stauffenberg. Murió haciendo lo que sabía que era correcto. Para él no había medias tintas, no había otra manera.

—Intento recordar los buenos tiempos, Marius, pero no siempre es fácil. Sobre todo aquí. Ver la casa de nuevo, y estas placas, lo han traído todo de vuelta. Lo siento. No quería hacerte cargar con mi pena. Pero muchas gracias por esto. —Miró las placas de nuevo.

—Sé que es presuntuoso de mi parte, pero pienso en sus hermanos como en mis amigos en lugar de como en los hijos del patrón de mi familia.

—Si Paul hubiera vivido, habría sido tu cuñado. —Se levantó.

Dejaron el fresco interior de la iglesia y volvieron a salir a la luz del sol. Ella se detuvo delante de una lápida dentro de los muros del cementerio de la iglesia, verde por el musgo y gastada por el tiempo.

—¿Crees que a María le gustarían tus lirios?

—Seguro que sí.

—Era tan joven —dejó el ramo en la tumba de María.

—¿Supo algo de mi padre? —Le ofreció el brazo y ella lo tomó.

—Vi su nombre en una lista de los soldados que murieron defendiendo Königsberg.

—Como ve, pusimos su nombre en la lápida de María. —Sacudió la cabeza tristemente—. Hay tanta muerte aquí... Creo que es hora de ir a la casa. ¿Se quedará a tomar un café?

—Debería volver al hotel. Laura no sabe dónde estoy.

—Está montando con Brunon. Tendrán que volver a los establos, y Jadwiga no dejará que se vaya sin que tome algo.

Dudó y volvió a mirar la iglesia, preocupada por la única pregunta que no había

tenido el valor de hacer... aún.

—Gracias, Marius, será estupendo tomar ese café.

Charlotte observó a la esposa de Marius alejarse de ellos por el césped con una bandeja vacía.

—Me siento como si estuviera apartando a Jadwiga.

—Están a punto de entregar más muebles del nuevo dueño en la mansión. Ha dejado instrucciones explícitas al transportista de dónde deben ir, y no dudo de que lo supervisará él mismo, pero ya conoce a las mujeres, sobre todo a las polacas. —Marius se encogió de hombros—. Cualquiera cosa de la casa y tienen que comprobar dos veces antes que esté limpio, sobre todo en los sitios donde colocarán piezas pesadas.

—Entonces no nos deja solos simplemente por diplomacia.

—Eso también. —Marius rellenó las tazas de café sin preguntar a Charlotte si quería más.

Charlotte se reclinó en la silla de madera que había sustituido al antiguo mobiliario de jardín de hierro forjado que usaba su familia.

—Nunca pensé que volvería a sentarme aquí.

Miró arriba a la pérgola que había sido diseñada y plantada cuando construyeron la casa. Los tallos de madera de la glicinia y la clemátide que subían por ella eran más gruesos de los que recordaba, y las flores menos abundantes. Se preguntó si los cambios eran el resultado de la edad de las plantas o su memoria que le jugaba malas pasadas.

—Tuve que cortar unos cuantos trozos de madera del marco aquí y aquí, pero sigue siendo bastante sólido, teniendo en cuenta que probablemente tenga cerca de trescientos años.

—Has hecho un buen trabajo, Marius —lo felicitó—. No veo ninguna junta.

—Porque las escondí guiando a las plantas a su alrededor. —Le ofreció una bandejita y un plato—. Tiene que probar uno de los pastelitos de fresa de Jadwiga. Si no lo hace, lo considerará un insulto.

—Gracias. —Charlotte puso obedientemente uno de los pequeños dulces en el horrible plato marrón y blanco de barro que Marius le había dado.

—No se parece a la porcelana de Grunewaldsee —se disculpó él.

—En algún lugar de Rusia debe de haber una casa que contenga muchas cosas familiares.

—Dada la forma en que las tropas estacionadas aquí se comportaban cuando era el cuartel de la zona, yo diría que muchas casas. Todas las noches se jugaban o se peleaban por las posesiones de su familia.

Charlotte cortó el pastel con un tenedor, pero no hizo ningún intento de

comérselo.

—Las cosas sólo son cosas, Marius. En este momento de mi vida, las únicas posesiones que valoro son mi familia, mis fotos y mis recuerdos.

—Aun así, mi madre tuvo tiempo de esconder una o dos de las posesiones de su familia. Ayer saqué éstas para usted. —Abrió una vieja bolsa de deporte que había sacado del desván cuando habían decidido sentarse fuera, y sacó una antigua biblia encuadernada en piel y tres álbumes de fotografías. Charlotte los reconoció como parte de un conjunto Victoriano hecho a mano que su abuelo trajo de su luna de miel en Londres. La mitad de ellos se vaciaron cuando su único hijo, su padre, se casó. Uno de sus primeros recuerdos era sentarse en el suelo del despacho de su padre, viendo a sus padres recortar fotografías para encajar las ranuras en sus páginas.

—Todas las fotografías siguen en ellos —anunció él, orgulloso.

Charlotte cogió uno en sus manos y pasó los dedos por la cubierta de piel repujada.

—¿Dónde los escondió tu madre? —preguntó con voz ronca.

—En el mismo sitio que las biblias, los libros de oraciones y los misales de la iglesia. Envueltos en lona impermeable bajo el estiércol del establo. Después de que el ejército ruso se fuera por fin y la casa se convirtiera en escuela hípica y hotel, los guardamos bajo un suelo falso que construí en el armario de la casa del guarda.

—Están en muy buenas condiciones. —Abrió uno. En la primera página había una fotografía de estudio de su padre de joven. Volvió la página y había un retrato de una mujer joven con un bebé recién nacido. Debajo estaba la fecha: 16 de octubre de 1913—. Mi madre con Greta.

—No me ha contado cómo consiguió sobrevivir su hermana a la guerra.

—Es típico de Greta. Dejó el Ministerio de la Guerra en Berlín en cuanto oyó que los rusos habían cruzado la frontera de Prusia Oriental. Hildegarde, que trabajaba en el mismo edificio, me contó años más tarde que Greta acudió a su superior y pidió un permiso para poder ir a Grunewaldsee. Nos usó a mamá y a mí como excusa. Dijo que estaba preocupada por nosotras, sobre todo en vista de mi avanzado estado de gestación. Su supervisora intentó persuadirla de que no fuera, por el peligro y la falta de transporte. Greta le contó que su prometido le había dado su coche y tenía suficiente gasolina porque había ahorrado sus raciones durante meses en vista de cualquier emergencia. Y, la mayor mentira de todas, que cuando se trataba de su familia, el peligro no tenía importancia.

—Pero no vino a Grunewaldsee —protestó Marius, indignado.

—Porque fue al Oeste, no al Este. Siempre tuvo un buen sentido de la oportunidad, y uno aún mayor de la autoconservación. Dejó Berlín antes de que empezaran los combates importantes. Y, siendo Greta, pidió ayuda al padre de Helmut para convertir todos los marcos de su cuenta corriente en oro. Cuando se

alejó lo suficiente de las líneas británicas y estadounidenses, alquiló una habitación en una casa de una pequeña ciudad situada entre Hanover y Braunschweig. El marido de su casera estaba desaparecido, posiblemente muerto en Rusia, así que, como no tenía dinero, estaba aceptando refugiados.

—En aquella época, Hitler estaba reclutando a todo el mundo para resistir a la desesperada. Greta no pudo escapar de eso. —Marius se echó azúcar en el café.

—Pues sí. Había guardado suficientes marcos para pagar a su casera dos meses de alquiler por adelantado, y abandonó su uniforme cuando dejó Berlín. Vestida con ropas de civil, fingió ser una viuda de guerra a la que no habían reclutado porque tenía que cuidar de un hijo pequeño, que por desgracia había muerto recientemente. Y allí se quedó, relativamente cómoda, hasta que los británicos tomaron la ciudad. Éstos ignoraban a las mujeres que no llevaban uniforme.

Marius sacó un paquete de cigarrillos arrugado y se lo ofreció a Charlotte, que negó con la cabeza.

—Incluso antes de que Alemania se rindiera, Greta pidió trabajo en una unidad del ejército británico como mecanógrafa e intérprete, usando el nombre de Wilhelm como antihitleriano para conseguirlo.

—Mi madre siempre decía que cuando se trata de buscar el propio bien, uno no tiene vergüenza. ¿Helmut estaba con ella?

—No. Ni siquiera su padre pudo salvarlo de que lo destinaran a una unidad en combate los últimos días de la guerra. —Charlotte sorbió el café—. La unidad de Helmut se rindió a los estadounidenses y lo metieron en uno de sus campos de prisioneros de guerra en la región del Rin. Cuando lo liberaron a principios de mil novecientos cuarenta y siete, fue a buscar a Greta. Por aquel entonces yo estaba alojada en la misma casa que ella. Habíamos oído que Helmut fue hecho prisionero, pero a Greta no se le ocurrió registrar su nombre y dirección, o el nombre de Helmut, en la Cruz Roja y, suponiendo que lo había hecho, yo no me preocupé. Cuando nos encontré, Greta ya estaba prometida a un comandante británico.

—¿De verdad? —preguntó Marius sorprendido.

—En cuanto las leyes antifraternización se revocaron, se marchó a Gran Bretaña en el primer barco de novias alemanas. Se casó en Inglaterra. Sus suegros se negaron a recibirla, pero eso no le preocupaba. Se aseguró de que su marido tuviera su propia cuenta bancaria y su casa antes de casarse con él. Se establecieron a las afueras de Londres y siguen viviendo allí.

—¿Tuvo hijos?

—No. Nunca ocultó el hecho de que no quería, ni siquiera cuando estaba prometida a Helmut y eran miembros activos del Partido Nazi. Lo cual me parecía extraño, porque el Partido aseguraba que el primer deber de una mujer era tener hijos para la Madre Patria.

—¿Qué le pasó a Helmut? —preguntó Marius con curiosidad—. Lo recuerdo como un pusilánime en cuanto a Greta, pero no era mal tipo. Me pasaba marcos y a mi madre latas de carne cuando Greta no miraba, y siempre susurraba: «No se lo digas a Greta».

Charlotte sonrió.

—Yo recuerdo que también le pasaba dinero a Erich para su hucha con la misma advertencia. Fue horrible, Marius. Helmut llegó a nuestra casa una noche a comienzos de febrero. Erich y yo estábamos en una mesa junto a la ventana de la habitación que nos servía como cocina, salita, dormitorio y baño. Vi a Helmut caminando calle arriba y abajo, mirando los números de las casas. Estaba sucio, sin afeitarse y vestido con los restos de su uniforme. Me vio, saludó y corrió a la puerta de entrada. Yo dejé la mesa y bajé para abrirle. Me abrazó, preguntando por Greta. Entonces miró arriba y la vio en la escalera sobre nosotros. Me dejó y corrió hacia ella. Incluso recuerdo sus primeras palabras: «Podemos haberlo perdido todo, querida Greta, pero aún nos tenemos el uno al otro. Podemos construir una vida juntos. —Ella se alejó de él y dijo—: Conmigo no puedes. Alemania está terminada y yo me voy. Tengo un nuevo prometido, un inglés, y una plaza en un barco que parte hacia Inglaterra muy pronto. Me va a llevar a Londres. Tiene una casa allí, una buena casa, y su padre posee un negocio». Greta incluso mostró su anillo de compromiso, un enorme y brillante racimo de esmeraldas y diamantes. Luego añadió: «Siento no poder devolverte el tuyo, Helmut, pero tuve que venderlo para conseguir comida. Si me disculpas, llego tarde».

—Así es Greta —dijo Marius filosóficamente—. ¿De verdad esperaba que se quedara en un país que todos pensaban que estaba acabado y fuera pobre?

—Esperaba que fuera más amable con Helmut. Cuando le pregunté más tarde por la forma en que le había tratado, me dijo que era mejor ser realista que ofrecer una amabilidad fingida.

Había más cosas que Charlotte no podía ni empezar a describir a Marius. Él había vivido siempre en Grunewaldsee, y dudaba que tuviera la más mínima idea de la clase de mujer en que se había convertido Greta al final de la guerra.

La expresión en la cara de Helmut le había dicho a Charlotte que se había fijado en todo: el traje a la moda de Greta, su caro peinado, sus medias de nylon y zapatos nuevos. No había hecho falta que le explicara qué le había pasado a su hermana. Más de la mitad de las chicas alemanas, casadas o no, estaban fraternizando con cualquier conquistador que tuviera comida, cigarrillos o bienes del mercado negro. Franceses, estadounidenses, ingleses, no había gran diferencia. Pero Greta tenía metas más elevadas que la mayoría. Ella sólo socializaba y, cuando la adquisición de lujos esenciales lo demandaba, se acostaba con oficiales, y siempre que fueran adinerados; y, al contrario que la mayoría de sus paisanas, logró atrapar a uno.

—¿Y usted? Oímos que las SS requisaron el carro y que se vio obligada a dejar a Erich al doctor. El médico y su mujer nos lo contaron cuando volvieron a visitar Allenstein hace unos años.

—Después de que el doctor se llevara a Erich, mataron a mamá y a Minna, yo me escondí en el bosque. Mi hija nació muerta allí. Y después... después, Manfred Adolf me encontró.

—Vino aquí una vez con el general Paulus. Mamá se sorprendió al ver tropas alemanas luchando para los rusos.

—Manfred siempre había sido comunista. Odiaba a Hitler incluso antes de la guerra. Al cambiar de bando logró luchar por aquello en lo que siempre había creído. ¿Cuántos soldados podían decir eso al final de la guerra? No muchos alemanes que yo sepa —dijo Charlotte con tristeza—. Se hizo bastante famoso en la escena política de la Alemania Oriental en la posguerra, pero seguro que eso lo sabes mejor que yo. Me pregunto si permaneció fiel al Partido Comunista después de la caída del muro.

—Murió un mes después. Algunos dicen que se le partió el corazón.

—Manfred arriesgó su vida y las de sus hombres al llevarme a la vista de una unidad en retirada de la Luftwaffe. El oficial al cargo me reclutó. Me obligaron a quedarme con ellos hasta que me desmovilizaron en Bavaria en mayo de mil novecientos cuarenta y cinco.

—Qué lejos de casa.

—Lo peor era no saber dónde estaba Erich, o incluso si había sobrevivido. No tengo que contarte el caos al final de la guerra. Fue semanas antes de encontrarlo en un orfanato.

—¿Greta no cuidó de él?

—Fue Greta quien lo dejó allí. —A pesar de lo que la madre superiora le había dicho sobre Greta llevando a Erich a un lugar seguro, Charlotte nunca había podido perdonar a su hermana por abandonar a su hijo.

—Su padre la habría azotado —dijo Marius con disgusto.

—Probablemente. —Charlotte no podía hablar del tema—. Tras encontrar a Erich y a Greta, aunque no es que ella estuviera contenta de vernos, descubrí que Irena había sobrevivido.

—¿Y su bebé? —preguntó Marius.

—Murió al poco de nacer, el pobre.

—Un niño. —El rostro de Marius se ensombreció—. Wilhelm lo habría querido mucho.

Charlotte no se atrevió a hacer un comentario.

—Entonces, Greta, Irena y usted terminaron en el norte de Alemania al final de la guerra.

—No es que Greta quisiera ver a Irena más de lo que quería verme a mí y a Erich,

con todo lo que había aireado el nombre de Wilhelm entre sus nuevos amigos.

—Los conspiradores eran hombres valientes. Si lo hubieran conseguido, las cosas habrían sido muy distintas.

—Quizá, pero Irena no estaría de acuerdo contigo en lo de la valentía, Marius. Ravensbruck la había cambiado —dijo Charlotte con tristeza—. No era la Irena que conocíamos. Había sufrido mucho, no sólo física, sino mentalmente, por no saber dónde estaban sus hijas o qué les había pasado. Estaba muy amargada.

—Tenía derecho a estarlo.

—La ayudé a buscar a Marianna y Karoline. Marianna fue casi demasiado fácil; la localizamos en un orfanato una semana después de encontrar yo a Irena, pero no encontramos a Karoline. Eso fue lo más duro, no saber si la habían matado, había muerto de enfermedad, o la habían adoptado. Cuando nuestros últimos intentos de rastrearla fallaron, Irena cogió a Marianna y se mudaron al sur de Alemania. Se cambió el nombre y fue a una ciudad donde nadie la conocía. Dijo que no quería que nadie le recordara su vida con Wilhelm, incluida yo.

—¿Nunca le escribió?

—No, y yo no pude escribirle porque no tenía su dirección. Escribí a Manfred para agradecerle que me salvara la vida y le pregunté por Irena, pero si recibió mi carta, nunca la contestó. Me hubiera gustado saber qué pasó con Marianna, pero no supe nada más.

—¿Y su marido?

Charlotte miró a Marius y vio que él conocía al menos parte de la historia.

—Greta no fue la única que se casó con un oficial británico. Mientras ayudaba a Irena a buscar a Marianna recibí un paquete que contenía el reloj de oro de Claus, su tarjeta de identidad, los contenidos de sus bolsillos y una nota: «Lamentamos informarle que el coronel Claus Graf von Letteberg murió en la defensa de Berlín el diecinueve de abril de mil novecientos cuarenta y cinco». Había tardado más de un año en llegarme.

—¿Por eso se casó con un inglés?

—Tu madre y tú trabajasteis para los rusos. Yo me casé con un inglés. ¿Había alguna diferencia, Marius?

—No quería criticarla, *Fräulein* Charlotte...

—No había nada que nos retuviera en Alemania a Erich y a mí.

—Ni siquiera el capitán ruso —dijo él suavemente. Vio que ella lo miraba—. Mis padres habían supuesto que había algo entre ustedes casi desde el momento en que organizó su traslado a Grunewaldsee, *Fräulein* Charlotte.

Ella se quedó en silencio. No tenía sentido negar lo obvio. Después de la guerra, cuando Rusia se había convertido en el enemigo de la Guerra Fría y ella tenía a Erich y después a Jeremy de quien preocuparse, era distinto. ¿Pero qué les importaba a los

chicos ahora lo que ella había hecho cuando eran niños? O en el caso de Jeremy, antes de que naciera.

—Nunca fui buena mintiendo, o escondiendo mis sentimientos, Marius.

—Encerraron a todos los prisioneros rusos en la iglesia durante una semana antes de enviarlos de vuelta a Rusia. Los comunistas consideraban a los prisioneros de guerra traidores a la Madre Patria. Encarcelados primero por un bando y luego por el otro, y tratados de forma abominable por ambos. Pero al capitán y a los otros no los trataron mal mientras estuvieron aquí. Mi madre y yo les pasábamos comida cuando podíamos.

—El capitán me salvó la vida, Marius. Arriesgó la suya y las de todos sus hombres por mí.

—Leon le contó a mi madre que el capitán había matado a un hombre que intentaba matarla. Después de contarle dónde podía encontrar a su madre y a Minna, esperábamos encontrarla a usted también. Al no hacerlo, el capitán suplicó que la buscáramos y, que si estaba viva, la ocultáramos en alguna parte donde pudiera encontrarla si escapaba. Habló de escapar hasta el momento en que se llevaron a todos los prisioneros al Este. De escapar, encontrarla y construir una nueva vida juntos en algún lugar lejos de Rusia y Alemania.

Ella sonrió.

—Era un sueño imposible, Marius. Los dos lo sabíamos.

—Cuando mi madre se vio obligada a aceptar que mi padre nunca volvería con ella, solía decir: «Lo mejor de la vida reside en nuestros sueños y recuerdos».

La chaqueta que Charlotte se había echado sobre los hombros cayó al césped. Marius la recogió y se la puso en su sitio, pero Charlotte estaba tan perdida en el pasado que apenas se dio cuenta.

Capítulo 19

Charlotte y Marius seguían sentados bajo la sombra de la pérgola media hora después cuando un hombre joven cruzó el césped hacia ellos.

—Mischa, no sabía que había vuelto. —Marius se levantó y estrechó su mano.

Hablaron apresuradamente en polaco unos minutos, y después Marius lo acercó hacia donde estaba sentada Charlotte, aún con una taza de café frío y tarta de fresa triturada en la mesa ante ella.

—*Fräulein* Charlotte, le presento a Mischa Sitko, el actual dueño de Grunewaldsee. Mischa, ésta es...

—Charlotte Datski. —Charlotte se incorporó de su silla y ofreció su mano al joven. Como había hecho Marius, él la besó.

—¿Puedo? —Sin esperar respuesta, acercó una tercera silla y se sentó con ellos—. He visto a su nieta montando a caballo junto al lago con Brunon.

—Los caballos necesitan ejercicio —murmuró Marius a la defensiva.

Mischa se rio y dio una ligera palmada en la espalda a Marius.

—No era una queja, Marius. Me alegra ver a Brunon trabajando por mí. Su nieta, Laura, me dijo que usted vivió aquí, *Fräulein* Datski. Me he tomado la libertad de telefonar a mi abuelo, que iba a venir a Grunewaldsee a final de la semana. Ha decidido venir antes para verla. ¿Quiere usted conocerlo?

—¿Su abuelo tiene intención de vivir aquí con usted? —Charlotte se puso tensa al pensar en estar a disposición de los nuevos propietarios de la casa de su familia.

—¿Conmigo? —repitió Mischa—. Usted malinterpreta la situación. Compré y restauré Grunewaldsee con fondos que mi abuelo me cedió. Pero después supo que, aunque yo había tenido los huevos de reconstruir este sitio, los inversores podrían venderlo por más de lo que él había pagado.

—Ésa no es manera de manera de hablar delante de una dama, Mischa —le reprendió Marius.

La actitud de Marius le recordó a Charlotte los aristocráticos modales de antes de la guerra que cambió su vida. No recordaba la última vez que un hombre había reprendido a otro por blasfemar delante de ella.

—¿Por qué quiere conocerme su abuelo?

—Porque usted es una afamada artista, y él tiene algunas de sus obras esperando para colgarlas en las paredes de la mansión.

—¿En serio? —preguntó Charlotte sorprendida.

—Él es coleccionista de arte.

—¿Puede que haya oído hablar de él?

—No. Y, a pesar de que él me ayudó a comprar Grunewaldsee, no somos los propietarios. —Mischa se volvió hacia Marius—. Queríamos mantenerlo como una

sorpresa, porque pronto habrá un anuncio oficial sobre ello en la prensa. La casa, los jardines y los terrenos pertenecerán a una organización benéfica. Yo me haré cargo de la hacienda, con tu ayuda y la de Brunon, sí él quisiera vivir y trabajar aquí.

—¿Qué clase de organización benéfica? —preguntó Charlotte intrigada.

—Eso le corresponde a mi abuelo decirlo. No quiere desvelar mucho de sus planes aún. Le costó mucho convencer a mi padre para que me dejase venir aquí. Mi padre quería que trabajase para él cuando me licenciara, pero ahora anda tras de uno de mis hermanos menores, para que se haga cargo de sus negocios cuando llegue el momento. Tiene suficientes hijos para elegir. Tenía siete hermanastros la última vez que conté.

—Una amplia familia —comentó Charlotte.

—Familias. He tenido cinco, ¿o seis?, madrastras. Lo cual estaba muy bien; siempre estaban demasiado ocupadas vigilando a mi padre como para darse cuenta de lo que estaba haciendo yo, y mi padre estaba tan ocupado conquistando mujeres que no me prestaba atención. Quería que yo llegara a ser médico o abogado, pero cuando con el tiempo averiguó qué estaba estudiando, era demasiado tarde.

—¿Qué estudió usted? —preguntó Charlotte.

—Nada útil —contestó Mischa evasivo—, pero ¿quién aprende algo que merezca la pena en la universidad?

Marius preguntó algo que estaba en la mente de Charlotte.

—¿Va a convertir Grunewaldsee en un hotel?

—Déjeme sólo decirle que a una casa de este tamaño ha de dársele un uso práctico. Poca gente hoy en día tiene el dinero suficiente como para mantener una mansión sin usarla como sede de algún negocio. Tuvo usted suerte de crecer aquí, *Fräulein* Datski.

—Y mala suerte de perderla, señor Sitko —comentó Charlotte sin rencor.

—Mischa —corrigió él—. Nadie me llama por mi apellido, salvo mi abuelo cuando se enfada conmigo, lo que afortunadamente no ocurre muy a menudo. Entonces ¿qué le digo a mi abuelo? ¿Se verá usted con él cuando llegue?

Charlotte miró hacia la casa y vio a Laura y Brunon entrando a caballo en el patio.

—Sí, no veo razón por la que no podamos quedarnos unos días más.

—Bien. Lo llamaré para contarle las buenas noticias. Buenas tardes, *Fräulein* Charlotte Datski —besó de nuevo su mano y se alejó.

—Increíble este joven —le dijo Charlotte a Marius.

—Directo, o como le gusta decir a alguna gente, uno sabe exactamente dónde está con él.

Charlotte vio a Laura caminando hacia ella, y se preparó para una reprimenda por no pasar el día en la cama.

—Te veré pasado mañana, Marius.

—Puedo llevarla en el coche. Pero ¿no van a volver mañana?

—No tengo ni idea de qué planes habrá hecho Laura con Brunon, pero creo que voy a seguir las indicaciones del doctor y descansaré mañana. —Ignorando la mano que él le ofrecía, lo abrazó y le dio un beso—. Agradece a Jadwiga los pasteles de fresa y el café, Marius.

—¿No crees que los arquitectos modernos diseñan deliberadamente las áreas públicas de los hoteles para que parezcan el interior de un barco? —le preguntó Laura a Charlotte mientras cruzaban por un interminable pasillo sin ventanas en el camino entre el comedor y sus habitaciones.

—Creo que sencillamente intentan meter el mayor número de habitaciones en el menor espacio posible. —Charlotte abrió su puerta y encendió la luz; Laura la siguió adentro. La camarera había estado allí y las toallas de Charlotte se encontraban dobladas en forma de dos cisnes encima de la cama, sus gafas para leer colgaban del pico de uno de ellos y una flor roja se balanceaba en la cabeza del otro.

—Aquí huele a cerrado. No entiendo por qué cierran la puerta acristalada del balcón por los ladrones, si no echan las persianas. Ábremela, y la ventana, por favor, querida. —Charlotte se inclinó y abrió el mini-bar.

Laura hizo lo que le pidió su abuela, después salió fuera y miró hacia el lago. Caía la tarde, oscureciendo los árboles que rodeaban la orilla y pintando sombras de color púrpura sobre el agua. Un barco se dirigía hacia el embarcadero de Grunewaldsee. Se preguntó si Mischa navegaba, y si habría comprado un barco para fletarlo en el lago. Entró de nuevo en la habitación y se percató de que el bote de pastillas que el doctor había dado a Charlotte permanecía sin abrir en la mesilla de noche.

Charlotte la vio mirándolo.

—Si no puedo dormir esta noche, me tomaré dos. Tengo intención de tomármelo con calma mañana y guardar cama.

—Entonces admites que, a pesar de todo lo que dijo el médico sobre que necesitas descansar, no las tomaste hoy.

—Culpable del cargo.

—Pareces...

Charlotte se miró en el espejo.

—Sé qué aspecto tengo, querida, pero, como dijo el doctor, estoy agotada. Emocionalmente por ver Grunewaldsee, y físicamente por el viaje y por esa tremenda cena. Hace años que no como tanto como para dejar vacíos dos, y menos tres platos. Pero nunca me he podido resistir a los arenques en vinagre, y estaban buenos, ¿a que sí?

—No me arrepiento de haberlos pedido. Todos deberíamos probarlo todo al menos una vez en la vida —replicó Laura.

—Te los comiste.

—El jurado aún está deliberando si me gustaron.

—Pero el pato en salsa de cereza y los blinis de cereza cubiertos de nata que tomamos de postre estaban deliciosos, ¿verdad?

—Lo estaban. Sólo quería que te comieras todo lo que había en tu plato.

Laura había estado cada vez más preocupada por la falta de apetito de su abuela durante los pocos días que habían pasado juntas.

—Come poco, sano y a menudo, o al menos eso me dice el doctor. Pero creo que voy a hacer una excepción con esos crepes de cereza y los tomaré de nuevo en el desayuno. Casi había olvidado su sabor.

—¿Todos los días comíais de ese modo en Grunewaldsee? —Laura acercó una silla al borde del balcón y se sentó.

—Pues no lo sé, pero sí que comíamos cerezas a diario en temporada. Y en la cosecha, nuestra cocinera —la madre de Marius, Martha— y el ama de llaves preparaban grandes mesas desmontables en el salón de baile para dar de comer a los trabajadores. Estaban repletas de comida de un lado al otro. Y, para empezar, siempre tomábamos arenques en vinagre.

Charlotte abrió la botella de agua mineral que había cogido de la nevera y la colocó en la mesa del balcón junto con dos vasos helados y una botella de vodka.

—¿Quieres una copa antes de dormir?

—¿Estilo ruso? —Laura sonrió.

—Polaco más bien —dijo Charlotte colocando las botellas bocabajo.

—Gracias. —Laura cogió el vaso de agua que Charlotte le tendía y añadió una medida de vodka—. Ambas hemos conocido hoy al nuevo dueño de Grunewaldsee. —Era un tema que habían eludido durante la cena, conscientes de los demás comensales alrededor de ellas.

—Es un tipo extraordinario, ¿no es así? —Charlotte movió su silla para poder mirar hacia la parte del lago frente a Grunewaldsee, a pesar de que no se veía gran cosa salvo una luz en el embarcadero y un resplandor apenas perceptible que podía ser, o tal vez no, la luz de una ventana en la casa del lago.

—Lo es —asintió Laura—. Me dijo que no era el primer ruso que vivía en la casa. Prisioneros rusos trabajaron allí durante la guerra.

—Así es. —El corazón de Charlotte latió erráticamente.

Laura dio un sorbo a su bebida.

—Y que Paul y Wilhelm eran gemelos... Hubiera preferido oírlo de ti, Oma —le reprochó.

—Lo siento. De alguna manera, parece que nunca es buen momento para hablar

del pasado.

—¿Conmigo?

—Contigo, o con Claus, el joven Erich o Luke. Lo intenté con tu padre y tu tío Erich antes de encontrarme contigo en Berlín, pero ellos no querían saber nada. Ambos creen que ahora no es relevante en sus vidas. Quizá tengan razón. —Charlotte miró al interior de la habitación.

Su diario y el libro que había comprado se encontraban cuidadosamente apilados en la mesilla. Se levantó de la silla, cruzó la habitación y los recogió.

—Éste es mi diario. Lo empecé en mi decimoctavo cumpleaños, en mil novecientos treinta y nueve, y lo he mantenido con rachas, escribiendo y sin escribir, desde entonces. Aunque, a decir verdad, con más rachas sin escribir. Empecé a releerlo el día antes de salir de Estados Unidos hacia Inglaterra, y ha sido sorprendente descubrir todo lo que había olvidado. No tanto los acontecimientos como los sentimientos. Sólo me quedan algunas páginas más por leer pero, por si tú quieres conocer de verdad el pasado, voy a dártelo mañana.

—¿Para que lo lea?

—Como regalo. —Levantó el diario, ya no tan nuevo como cuando Hildegarde y Nina se lo habían regalado en el tren volviendo de Rusia al final aquella aciaga gira de las Juventudes Hitlerianas, sino maltrecho y manchado por el uso y el paso de los años—. Cuando lo empecé, no era más que una niña tonta que soñaba con una boda de cuento de hadas y vivir en un castillo.

—¿Bergensee? —aventuró Laura.

Charlotte sonrió y negó con la cabeza.

—Soñaba con una boda, pero mi imaginación nunca llegó hasta el matrimonio. Y me aburría tanto la política que no quería pensar o debatir sobre nada tan serio, hasta que la política destruyó mi modo de vida y hasta muchas de las personas que me eran más queridas. —Dudó por un momento—. Es además la historia de un amor que cambió mi vida.

—¿Con el abuelo de Claus? —preguntó Laura.

Charlotte la miró a los ojos.

—No.

—Bueno, es lo que mi padre solía decirnos. Que el padre del tío Erich había sido el amor de tu vida.

—Pues se equivocaba.

—¿Pero sentiste alguna vez algo por el abuelo? —preguntó Laura.

—¿Te dijo él que no lo hice? —replicó Charlotte.

Como Laura no contestaba, murmuró:

—Sí, claro, Julian debió de creer que lo utilicé.

Llevó los libros al balcón y se sentó frente a Laura.

—Después de la guerra, Alemania era un caos. No tenía nada hasta que empecé a trabajar para el ejército británico. Ni siquiera tenía dinero suficiente para comprar comida para Erich. Entonces conocí a tu abuelo. Los dos habíamos perdido a nuestros seres queridos. Él fue amable conmigo y yo necesitaba esa amabilidad desesperadamente. En agradecimiento, intenté ser amable con él. Supongo que ambos confundimos la lástima y el mutuo respeto con el amor.

—¿El abuelo perdió a alguien? —preguntó Laura.

—A su primera mujer y a su hija en el bombardeo de Londres. ¿Nunca te lo ha contado?

—Los secretos parecen abundar en la familia. —Laura dio otro sorbo a su vodka con agua—. Yo debía de tener unos doce años cuando me di cuenta de la conexión que había entre el abuelo y tú, e incluso entonces no podía creer que hubieseis estado casados. O que hubieseis compartido la misma casa y tenido a mi padre. El abuelo es tan... —Laura buscó una manera de llamarlo que no resultara despectiva o condescendiente—. Inglés de clase media —dijo finalmente—. Y tú eres tan europea, cosmopolita y artista. ¿Por qué te casaste con él, Oma?

—Inglés de clase media significaba seguridad para mí y, lo más importante, para Erich. Después de haber vivido una guerra, había tenido emociones suficientes como para diez vidas. Además, estuve gravemente enferma y no estaba segura de si iba a lograr cuidar de Erich. Tu abuelo puede que no fuera el mejor padrastro del mundo, pero tenía buenas intenciones, y quería darle a Erich todas las oportunidades de estudios y educación. Lástima que esas oportunidades las viera en un internado y en una separación que ni Erich ni yo deseábamos en aquel momento.

—¿Nunca le amaste? —preguntó Laura sin rodeos.

—No, no del modo en que una esposa debe amar a su marido —confesó Charlotte.

—¿Y al padre del tío Erich?

—Claus von Letteberg era un aristócrata alemán, militar de carrera y caballero que suscribía y aceptaba la filosofía de su país y su época; que el lugar de una mujer era la casa. No es que yo estuviese siempre inmersa en penosos trabajos. La esposa de un von Letteberg no tenía que cocinar, limpiar o fregar, pero se esperaba que tuviera hijos y supervisara al ama de llaves y las sirvientas. Me di cuenta en mi noche de bodas de que había cometido un tremendo error. Me enamoré del amor, no del hombre. Pero sólo estuvimos juntos unos días hasta que él se tuvo que reincorporar a su regimiento. Y durante la guerra, apenas le vi. Él se tomaba muy en serio sus obligaciones como oficial, aunque no era un nazi ni un fanático seguidor de Hitler. Y —dedicó a Laura una leve sonrisa— tenía sus amantes.

—¿Aceptaste que tuviese otras mujeres? —Laura estaba horrorizada ante la idea de que una esposa, y menos aún su amada abuela, pudiera aceptar con tanta calma la

infidelidad de su marido.

—Nuestra vida íntima era tan mala que me alegraba cualquier diversión que alejara a Claus de mí. Y no podía culparlo a él o a sus mujeres del fracaso de nuestro matrimonio. Me deslumbró cuando yo era demasiado joven e ingenua como para comprender lo que significaba ser esposa. Más tarde, me enamoré. Profundamente. Aquella historia me proporcionó los días más felices de mi vida y me dejó recuerdos que, en los peores momentos, fueron mi única razón para vivir. Porque pensaba que si moría, nadie recordaría a mi amante o lloraría por él. La única duda, que me ha atormentado la mayor parte de mi vida adulta, ha sido saber si él realmente me amaba.

—¿Qué le pasó?

Charlotte no contestó. En cambio, recogió el diario y el libro que estaba debajo.

—Si voy a terminar de leer mi diario esta noche, lo justo es que te dé algo para leer.

—Después de que hablamos sobre *El último verano* el otro día, lo compré en la librería del hotel. Y esta vez prometo que me lo terminaré. —Laura se tomó otro vaso de agua, esta vez sin vodka.

—Si lo haces, piensa en mí cuando lo leas. —Charlotte se puso de pie—. Gracias por estar aquí conmigo, querida.

Laura supo que su abuela no iba a explicarle nada más, incluso aunque le insistiera, pero permanecía sentada.

—¿Quieres verme tomar las pastillas? —preguntó Charlotte.

—Sí —contestó Laura con franqueza.

—Hacen efecto rápidamente, así que si no te importa, tomaré mi baño primero. Pero prometo que me las tomaré esta noche si no puedo dormir. Y si usas la llave que el director te dio para que me vigilaras, entra con cuidado por la mañana. Tengo toda la intención de dormir hasta tarde.

Lunes, 7 de mayo de 1947

No puedo creer que los árboles que veo a través de mi ventana estén verdes. Lo último que recuerdo es tirar de Erich por la nieve en el pequeño trineo que *Frau* Leichner nos prestó. Su hermano, Albert, lo hizo antes de la guerra para su hijo. Albert, como Peter, murió en Francia en 1940.

Dejé mi cama esta mañana por primera vez en más de tres meses. Los médicos me dicen que he sufrido un completo colapso físico y mental. Sólo sé que de pronto, sin previo aviso, no tengo razones para vivir. Lo último que recuerdo es la cara de Erich, pálida y temerosa.

Quería reconfortarlo pero no podía evitar cerrar los ojos y gritarle que se fuera. Estaba pensando en Sascha, y ahora sé, aunque no puedo decir por qué lo sé, que

no volveré a verlo nunca.

Las últimas dos semanas, los médicos y las enfermeras me han estado inyectando algo para mantenerme despierta. Julian me visita. Me trae flores, y bombones y los dibujos que Erich hace para mí. Me siento culpable cuando los miro, porque Erich se dibuja con lágrimas en los ojos. Ojalá alguien más hubiera sobrevivido a la guerra y pudiera hacerse cargo de él, como papá y mamá von Letteberg.

Julian me repite que debo esforzarme por el bien de Erich. Sé que si no lo hago, los médicos me meterán en el hospital indefinidamente. Estoy muy agradecida por todo lo que Julian ha hecho por Erich y por mí. Se ha encargado de las facturas del hospital, y está pagando a *Frau* Leichner por cuidar de Erich. Si no fuera por él, Erich volvería al orfanato porque *Frau* Leichner no puede permitirse quedarse a mi hijo. A Greta nunca se le ocurriría ocuparse de él.

Nunca me he sentido tan mal como ahora. Greta vino a visitarme ayer con Julian. Habló con el médico fuera de mi habitación y oí que decía que yo nunca había sido fuerte, ni siquiera de niña. Le dije a Julian que estaba mintiendo, pero no estoy segura de si me cree. Greta también asegura que soy demasiado inestable para cuidar de Erich o de mí misma.

Julian me ha ofrecido casarse conmigo y adoptar a Erich. Greta me dijo que debería considerarme afortunada por la petición, porque ningún otro hombre consideraría a una mujer enferma, sin dinero y con un hijo un buen partido. Dijo que debía de estar loca para rechazarlo y que, ya que no tenemos a nadie más excepto la una a la otra, y ella se va a Inglaterra, deberíamos seguir juntas.

Julian me dijo que sólo tengo que decirlo y nos conseguirá billetes a Erich y a mí en el primer barco de novias alemanas, que parte de Hamburgo hacia Tilbury el mes que viene. Greta ya tiene su billete. ¿Debería dejar Alemania?

No entiendo por qué Greta quiere que viva con ella cuando nunca me ha querido como debería una hermana, como lo hacía Irena antes de que se los llevaran a ella y a Wilhelm en julio de 1944.

No puedo ni escribir algunas de las cosas que me dijo Irena cuando se marchó hacia el sur de Alemania con Marianna, hace más de un año. Fueron crueles. Nunca olvidaré la expresión en su rostro cuando dijo que deseaba que nunca se hubiera fijado en Wilhelm. Desde ese momento, dijo, yo estaba tan muerta para Marianna y para ella como mi hermano.

Las dos éramos desesperadamente infelices porque no habíamos encontrado a Karoline. Todas las autoridades nos decían que como le habían cambiado el nombre sería imposible encontrarla. Irena seguía insistiendo en que, como Marianna, Karoline era lo bastante mayor para recordar su verdadero nombre cuando se la llevaron. Creo que Irena sabía que no era así, pero simplemente no lo

admitía.

Si Karoline hubiera permanecido con Marianna... Pero no fue así, y como resultado, sin duda la hemos perdido para siempre. Y ni Irena ni yo podemos asumir la muerte de nuestros bebés. Mientras permaneciéramos juntas nos recordábamos constante y mutuamente nuestro dolor, incapaces de reconfortarnos o ayudarnos la una a la otra, pero eso no evitó que la echara de menos terriblemente... Mi hermana del corazón, que antes me quería. Tan distinta a Greta, que siempre ha dejado claro que ni siquiera le caigo bien.

Me siento débil y cansada. Sería tan fácil dejar que Julian tomara todas mis decisiones...

Por mucho que no me guste Greta, creo que tiene razón. No tengo más elección que decirle a los médicos que Julian cuidará de mí e intentar construir una nueva vida para Erich y para mí en Inglaterra con él.

Viernes, 30 de noviembre de 1948

Hace mucho tiempo desde la última vez que abrí este diario. Esperaba poder construir una vida para Erich y para mí en Inglaterra con Julian pero, después de casi un año y medio de intentarlo, ahora me doy cuenta de que la vida sin amor no merece la pena. E Inglaterra es tan oscura y tan triste. Al contrario que en Prusia Oriental, llueve todo el tiempo: primavera, verano, otoño, invierno... no hay diferencia. El cielo siempre está gris y el aire húmedo.

Erich y yo siempre estamos resfriados; estamos tristes todo el rato y tememos intentar hacer amigos o hablar con alguien por si nos llaman cosas terribles como «asesinos de judíos».

Las mujeres, niños y hombres que no lucharon en la guerra son los peores. Sólo he ido a comprar una vez desde que llegué. La dependienta se negó a atenderme. Desde entonces, Julian ha dejado encargadas las cosas que necesitamos con la lista de la compra. El pedido siempre está lleno de latas serradas y dañadas y verduras podridas, pero no me atrevo a quejarme de nuevo. Cuando lo intenté, el pedido de la semana siguiente era incluso peor.

A Erich le dieron una paliza cuando lo enviamos al colegio así que, en sólo una semana, Julian ha organizado que lo trasladen a su antiguo internado. Como prometió, ha adoptado formalmente a Erich y le ha cambiado el nombre a Eric Templeton, pero Julian no puede hacer que Eric Templeton aprenda inglés más rápido que Erich von Letteberg, ni suavizar su acento.

El pobre Erich sólo tenía siete años cuando Julian lo envió fuera. Temo abrir las cartas semanales que me envía. Nunca cambian. Dice que odia Inglaterra, que odia su colegio y que echa de menos estar conmigo.

He conseguido hacer que la vida de Erich sea tan penosa como la mía, y es

sólo culpa mía. Julian intenta ser amable con los dos. Pienso que incluso cree que me ama, pero lo único que yo puedo ofrecerle es respeto. No puedo dejar de pensar en ti, Sascha. Mi primer pensamiento cuando me despierto por la mañana y el último por la noche, eres tú. Incluso sueño que estamos juntos.

Es difícil dejar fuera los momentos terribles de los dos últimos días que te vi, pero intento concentrarme en los momentos felices. Las noches de invierno que pasamos juntos en el cuarto de los arreos. Esa noche de verano que arriesgamos nuestras vidas para ir a nadar al lago... Hicimos una locura, pero ahora lo agradezco, cuando todo lo que tengo de ti son recuerdos, y la idea de que incluso si me usaste para asegurar tu supervivencia y la de tus hombres, tenías que amarme un poco para salvarme la vida a costa de la tuya.

Y entonces, inevitablemente, mis pensamientos vuelven a la última palabra que te grité: «¡Asesino!». Esa mirada que me dirigiste cuando me gritaste que corriera de aquel claro.

Sascha, no puedo perdonarme por malinterpretarte. Por no darme cuenta de que no tenías más opción que matar a los guardias. Debía de estar loca cuando os di las armas para pensar que sólo las usaríais para protegeros.

Las noches que Julian está fuera, o si está en casa escuchando la radio y rellenando el crucigrama del *Times*, practico el dibujo, como tú me enseñaste. Los dos primeros que terminé fuisteis tú y Grunewaldsee. No son muy buenos, pero sólo tengo que mirarlos para oír el sonido de tu voz y ver tus labios curvarse en una sonrisa mientras bajas por la trampilla en el cuarto de los arreos.

Cierro los ojos y te imagino en los campos, con la horca en la mano, ayudando a segar el heno. ¿Te acuerdas de cuántas discusiones tuvimos Brunon y yo con los guardias antes de que nos dejaran daros horcas y otros instrumentos que decían que podíais usar como armas?

Os veo a ti y a tus hombres en fila en el patio, al anochecer, antes de que los guardias os llevaran al desván del establo y os encerraran para pasar la noche. Pero, sobre todo, me gusta recordarte acurrucado junto a mí en el cuarto de los arreos, con los ojos centelleantes por el reflejo de la llama parpadeante de la vieja lámpara de aceite, mientras hablamos, leemos y soñamos una vida juntos, una vida que nunca pudo ser.

Julian sabe que algo va mal. Cree que echo de menos Grunewaldsee, lo cual es cierto, pero él sólo ve la gran casa, los sirvientes, el dinero... todos los beneficios de la riqueza de los que Greta habla sin cesar. No importa qué conversación mantenga o con quién esté hablando, Greta siempre consigue dirigir la discusión hacia el tema de nuestra herencia aristocrática. Me gustaría que no lo hiciera. No impresiona a nadie con sus historias sobre el pasado. De hecho, molesta a la gente. Bueno, a los que se sienten obligados a escucharla. La cocinera y la limpiadora

que su marido emplea, y el vicario cuando la llama.

No hago más que decirle a Julian que yo no soy Greta, y que el dinero, aparte de tener suficiente para comida y las necesidades, no significa nada para mí, pero no me cree. Compara constantemente nuestro modo de vida y casa modesta con los de Greta y su marido. No importa cuántas veces le diga que viven de una riqueza heredada, siente que debería poder darnos a Erich y a mí una casa mayor y más dinero. Tampoco es que haya mucho donde gastar el dinero tras tantos años de guerra. Greta me cuenta que las tiendas están casi vacías. Si eso es cierto, entonces en ese aspecto, Inglaterra no es tan distinta de Alemania.

En ciertos aspectos, Julian es parecido a Claus. Ambos querían una esposa y una familia, y ambos querían que su mujer se encargara de la casa, le diera sexo y tuviera hijos sin interferir demasiado en su «mundo de hombres». No es que la vida de Julian se parezca a la de Claus. Estoy segura de que Julian no tiene una amante, pero disfruta de la compañía de otros hombres, y pasa la mayor parte de sus tardes y noches en clubes políticos y de soldados retirados, lo que significa que yo paso la mayor parte del tiempo sola.

No nos visita nadie aparte de Greta y su marido y, después de vivir en Grunewaldsee, donde trabajadores, sirvientes y arrendatarios entraban y salían de la casa a todas horas, encuentro mi existencia actual solitaria. No puedo evitar preguntarme si los amigos de Julian y sus esposas no lo visitarán por culpa de su mujer alemana.

Pero no tengo nada de qué quejarme. Julian nunca viene a casa borracho, ni se porta mal, como algunos de nuestros vecinos, que despiertan a toda la calle cuando regresan cantando y gritando del *pub* tarde por la noche. Sé, por lo poco que me cuenta, que pasa más tiempo hablando en sus clubes que bebiendo, le pregunté de qué habla, pero lo único que dice es «cosas de hombres». Cree que no puede hablar conmigo, ni con cualquier otra mujer, sobre cosas importantes, porque no somos lo bastante inteligentes como para entender nada que suceda fuera de la casa.

Cuando era niña no me importaba que papá me diera palmaditas en la cabeza y dijera: «No son cosas de las que deba preocuparse tu linda cabecita», porque adoraba a papá y nunca cuestionaba nada de lo que hacía. Pero después de todo por lo que he pasado, me molesta que Julian me trate de esa forma.

Antes de conocerla, Sascha, aceptaba la vida de mascota de una mujer casada, rica y mimada que Claus ofrecía porque pensaba que eso era la vida de casada. No me daba cuenta, no hasta que vi la relación de Wilhelm con Irena, que podía haber mucho más entre un hombre y una mujer.

He convertido mi vida en un desastre, y la de Julian y Erich también, y antes de casarme con Julian, la de Claus. Cientos de chicas habrían considerado el

matrimonio con un von Letteberg un honor, y habrían hecho un trabajo mucho mejor que el mío. Y muchas mujeres estarían satisfechas con Julian, y lo harían más feliz de lo que yo puedo. Nunca debería haberme casado con él. Esperaba darle a Erich un padre, pero Erich tiene uno que no quiere y sospecho que ni siquiera respeta.

En la superficie, tengo todo lo que una mujer podría desear. Vivimos en una bonita casa, bastante moderna. Julian viaja a Londres todos los días en el tren para trabajar mientras yo me encargo de la casa con la ayuda de una asistente.

Erich se beneficia de una educación cara, y ambos vivimos más cómodamente de lo que lo habríamos hecho si nos hubiésemos quedado en Alemania, pero he descubierto que no basta con vivir bien.

Erich está trabajando duro para que su inglés sea lo más perfecto posible, pero los demás niños del colegio siguen metiéndose con él porque es alemán de nacimiento. No le han atacado tan salvajemente como los niños de la escuela local, pero cada vez que lo visitamos, tiene la cara y los brazos negros y azules donde acababan de golpearle sus compañeros.

Julian dice que con el tiempo lo aceptarán, aunque nunca dice cuánto tiempo y eso no es consuelo cuando sé que Erich llora solo en su cama del colegio y yo lloro sola aquí. Cuando le pregunté a Julian si deberíamos probar de nuevo la escuela local, me recordó la crisis nerviosa que tuve después de conocernos, y dijo que, incluso ahora, no estoy lo bastante fuerte para tomar decisiones por el bien de mi hijo.

Si pudiera encontrar el valor para pedirle a Julian el divorcio... Pero no tengo más dinero que el que él me da. ¿Adónde iría? ¿Qué haría? ¿Cómo podría cuidar y educar a Erich?

Sé que Julian ha hablado con Greta y su marido sobre mí. Greta me advirtió que, si no me comporto, Julian tendría todo el derecho a echarme. Supongo que a un manicomio.

Quizá las cosas irían mejor si no viviéramos tan cerca de Greta. Como su marido y Julian son amigos, insistieron en que cenáramos juntos al menos una vez por semana. Yo lo odio, pero Julian simplemente rehúsa ver cuánto me altera Greta.

Como Claus, Julian es un verdadero soldado. No quería renunciar a su cargo, pero mantenía que no tenía elección, porque un oficial con una esposa alemana no podía esperar promociones o avances. Sospecho que me culpa por haber perdido su carrera y tener que trabajar en esa oscura y lúgubre oficina de contable. Probablemente con motivo.

Greta tiene dinero para comprarse toda la ropa, los cosméticos y perfumes que quiera. También se ha metido a organizar obras de caridad con la esperanza de

hacer amigas, pero por lo que dice de las mujeres que conoce en las organizaciones dirigidas a ayudar a refugiados y huérfanos de guerra, están más interesadas en cotillear y lucir su ropa y sus joyas que en la gente para la que se supone que están recaudando dinero.

Greta quería que me uniera a los grupos, pero Julian no me dejó. Decía que no estaba lo bastante fuerte para organizar veladas de café y ventas benéficas, pero el verdadero motivo es que quiere que tenga un hijo.

Ya estoy embarazada. El bebé nacerá en mayo, pero aún no se lo he contado a Julian, porque tengo miedo de que trate a Erich de manera distinta cuando averigüe que voy a tener a su hijo o a su hija.

Greta insiste en que debería esforzarme más. Que el matrimonio fuera de Alemania era la única opción que teníamos y que debería agradecer a Julian que me pidiera ser su esposa, recuerda constantemente que yo no podía cuidar de mi hijo tal como estaba, y que sin Julian, Erich habría vuelto al orfanato.

Si hubiera sido así, ¿habría sido mucho peor que el colegio donde está ahora? Al menos habría podido seguir hablando en su propio idioma, y habría crecido con niños que no le habrían acosado y culpado por la guerra.

Lo peor es saber que he fallado a Claus, y a papá y a mamá von Letteberg. Habrían estado desolados con la idea de un conde von Letteberg creciendo en un internado inglés.

La vida de casada con Julian no se parece nada a la vida de casada con Claus. Sale todos los lunes, miércoles, viernes y sábados por la noche, y, como vamos a la iglesia los domingos, eso nos deja muy poco tiempo juntos. Está tan cansado casi todas las noches cuando viene a la cama que sólo me requiere una o dos veces por semana, y acaba pronto. Por lo cual estoy agradecida. Es difícil soportar el tacto de otro hombre después de ti, Sascha.

Pero por el bien del hijo que llevo dentro, y de Julian y de Erich, debo esforzarme más, lo cual significa no más autocompasión, escribir en este diario, o pensar y escribir en alemán. Y eso también significa decirte adiós en esta página, Sascha.

Me sería igual de fácil dejar de respirar que de pensar en ti. Pero desde este momento trabajaré duro para convertirme en todo lo que Julian quiere que sea: una madre y esposa inglesa.

Capítulo 20

Charlotte pasó la página de su diario. Las palabras habían evocado aquella deprimente, fría y húmeda oscuridad de sus primeros años en Gran Bretaña, y se vio de vuelta en la lúgubre casa semiadosada de Julian en los suburbios de Londres, de ladrillos marrones, tres dormitorios y cortinas opacas que tapaban la mayor parte de la luz. Nunca llegaron a ahorrar suficientes cupones para reemplazarlas.

Recordó el sufrimiento de Erich cada vez que le visitaban en el colegio, y cómo la estrecha relación que habían compartido cuando vivían en Grunewaldsee se fue deteriorando hasta desaparecer. Su desgarrador retraimiento hacia ella cuando volvía a casa en vacaciones y a mitad de trimestre. Las silenciosas comidas que había compartido con Julian, ya no el apuesto capitán que le traía flores y bombones, sino un hombre preocupado, con un ceño perpetuo en su rostro, quien se apresuraba entre el trabajo y las reuniones de ex militares y partidos políticos.

Domingo, 29 de mayo de 1955

Julian ha llevado a Jeremy y a Erich, que se quedan este fin de semana, de la escuela a la iglesia, y estoy sola en la casa. He perdido a otro hijo. Mi cuarto aborto desde que nació Jeremy. Los médicos me han avisado que este debe ser el último. La falta de atención médica tras el parto de Alexandra dañó mi útero. Tuve suerte de tener a Jeremy.

El pobre Julian está disgustado. Habría querido más hijos, especialmente una hija para reemplazar a la que perdió, pero no quiere considerar la adopción.

Jeremy es enfermizo, siempre aquejado de toses y resfriados, que atribuyo a este clima húmedo. Ojalá tuviera mejor salud. Me preocupo por él. Julian lo adora. Pero por mucho que quiera a Jeremy, cada vez que lo miro no puedo evitar pensar en Alexandra, nuestra hija que nunca llegó a respirar, Sascha. Ahora tendría diez años, y cada año recuerdo su aniversario. No puedo celebrar el día que os perdí a ambos, pero pienso en vosotros, y tengo la esperanza de que donde quiera que estéis, estéis juntos.

No habría creído posible echar tanto de menos a alguien como aún te echo de menos, Sascha. Estoy ocupada todo el día, limpiando la plata y desempolvando los adornos que Julian no permite tocar a la asistenta, haciendo las invariables comidas inglesas que insiste en que comamos, lavando y almidonando sus camisas porque no confía en la lavandería.

Mi mente nunca está en lo que estoy haciendo. En lugar de eso, paso horas imaginando cómo podrían haber sido nuestras vidas si hubiera huido al Este contigo y tus hombres en lugar de al Oeste.

¿Nos habríamos encontrado un oficial ruso menos desconfiado? ¿O aun así

habría perdido a Alexandra? ¿Habríais muerto mamá, Minna y tú de todas formas?

Me doy cuenta de que, a pesar de mi determinación de convertirme en una buena esposa y madre inglesa, malgasto demasiado tiempo viviendo en el pasado, lo que no es justo para Erich, Jeremy y Julian.

Cada vez que la vida va mal y me siento infeliz (como ahora) vuelvo a este diario, si no para escribir en él, para leerlo. Así que me he prometido a mí misma por segunda y última vez, que ésta será la última entrada. Cuando haya terminado de escribir lo guardaré en mi vieja maleta en el ático y no lo miraré de nuevo hasta que sea una mujer vieja, vieja.

Debo vivir el presente y pensar en Julian, Jeremy y Eric, que ya no es Erich Graf von Letteberg, sino Eric Templeton, un chico de quince años muy inglés, cuya ambición es estudiar derecho internacional en Oxford. Me gusta pensar que su padre y abuelos estarían orgullosos de sus logros, no de su nacionalidad.

Así que, Sascha, este tiene que ser nuestro adiós final.

A pesar de su decisión de que ésa sería su última entrada, había siete más.

Sábado, 30 de julio de 1955

Han pasado muchas cosas y, como en todas las otras crisis de mi vida, sólo tengo este diario al que volver. Erich y yo estamos en un barco hacia Alemania Occidental. No consigo pensar en ella como en mi tierra natal. Ésa era y siempre será Prusia Oriental, pero ahora que los rusos, estadounidenses y británicos han dividido el país entre Bielorrusia y Polonia, me he resignado a no ver Grunewaldsee de nuevo. Sin embargo, lo increíble ha sucedido. Veré a Claus.

Hace dos semanas recibí una carta de la Cruz Roja en el correo de la tarde, informándome de que el Standartenführer Claus Graf von Letteberg no estaba muerto, sino que lo habían liberado recientemente de la custodia soviética y del campo de prisioneros en Siberia donde había permanecido prisionero desde 1945. No es el único. Cientos, si no miles, de mujeres de toda Alemania han recibido las mismas noticias acerca de sus maridos, hijos y hermanos, y no puedo imaginarme cuántas esposas, como yo, se volvieron a casar y construyeron nuevas vidas para ellas y sus hijos.

Cuando leí la carta me vine abajo y lloré, y así es como me encontró Julian cuando volvió a casa esa tarde del trabajo, llorando en la cocina sin la cena preparada.

Llamó a Greta, que vino enseguida. Me urgíó a contactar con la Cruz Roja, para que pudieran informar a Claus de que me había casado de nuevo y no quería saber nada más de él. Pero sólo podía pensar en los votos que había hecho a Claus

en la iglesia de Grunewaldsee y en los sermones que mamá me había dado sobre la santidad del matrimonio.

Sé que nunca he hecho feliz a Julian ni a Claus, pero si Claus me necesita y me quiere a su lado, tiene derecho previo, y sería mi deber ir con él. Así que le dije a Julian y Greta que había decidido volver a Alemania, reunirme con Claus y hablar con él.

Pobre Julian, parecía terriblemente confundido. Lo organizó para tomarse el siguiente día libre en el trabajo, y condujimos hasta el colegio de Erich y Jeremy. Afortunadamente, los exámenes de verano de Erich habían terminado, y cuando le dije al director del internado que teníamos asuntos de familia serios que discutir con él, nos permitió ver a Erich en privado. Erich dice que apenas puede recordar a Claus, lo que no es sorprendente dadas las pocas veces que Claus pudo visitar Grunewaldsee durante la guerra.

Tuve la sensación de que, después de ocho años de intentar adaptarse y ser aceptado como inglés, fue difícil para Erich admitir que tiene un padre alemán que desea verlo. Pero accedió a encontrarse con Claus, aunque se ha reservado el derecho a terminar su educación en Gran Bretaña; en Oxford, si le ofrecen una plaza.

Contarle a Jeremy que iba a dejar el país con Erich fue mucho, mucho peor. Jeremy lloró, gritó, y luego me rogó que me quedara con él. Incluso dijo que Erich debería ir a Alemania solo. A Jeremy nunca le ha gustado Erich, y Erich nunca ha querido o aceptado a Jeremy.

Sabía que Erich estaba celoso de Jeremy cuando era un bebé porque Jeremy se quedaba en casa conmigo. Para cuando Jeremy se unió a Erich en el internado, la diferencia de siete años entre ellos fue una barrera insuperable.

Tenía la esperanza de que, si no podían ser amigos como niños, podrían serlo como jóvenes, pero ahora parece que nunca sucederá.

Siendo un caballero, Julian me dijo que esperará a que le escriba después de haber visto a Claus. Le he prometido que así lo haría. Entonces me sorprendió pidiéndome que firmara un papel que le da plena custodia de Jeremy si decidiera quedarme con Claus.

Alegué que era demasiado pronto para tomar ninguna decisión sobre mi propio futuro, y menos aún sobre Jeremy, pero fue más insistente. Creo que incluso le medio prometí que regresaría con él tan pronto hubiera visto a Claus, pero todo lo que dijo fue que si eso pasaba, rompería el papel.

La única vez que había visto antes a Julian tan firme fue cuando se negó a discutir sobre sacar a Erich del internado. Lo último que quería hacer era pelearme con Julian o despedirme de él con una discusión, así que firmé su papel.

Después de guardarlo en el cajón de su escritorio, me preguntó si sabía a qué

renunciaba si decidía quedarme con Claus. Fue entonces cuando me di cuenta de que Julian nunca nos había querido a mí o a Erich, o incluso considerado como personas de pleno derecho. No somos más que mascotas para él. Mascotas que trata bastante bien, pero sólo cuando hacemos lo que él quiere que hagamos, mientras nos adaptemos a su idea de qué deben ser una esposa y un hijastro.

No podía creer que estuviera tratando de mantenerme con él amenazándome con llevarse a mi hijo y así se lo dije. Él respondió que no podía creer que estuviera preparada para dejarle después de todo lo que había hecho por mí y por Erich: cuidar de nosotros cuando no teníamos nada; comprarnos comida; pagar mis facturas del hospital cuando sufrí el colapso; casarse conmigo cuando la mayoría de ingleses se habrían apartado de una viuda alemana.

Al igual que cuando Irena me dijo cosas terribles, sabía que Julian quería herirme porque le había causado dolor, pero no pude escuchar más sus quejas, así que me fui arriba y preparé la maleta.

Estaba muy sereno cuando nos vio a Erich y a mí en el tren de enlace al barco, en la estación Victoria.

Ahora tengo que enfrentarme a Claus. ¿Qué pensará de mí y de mi matrimonio con un soldado aliado? ¿Lo verá como una traición a él y a mi país? ¿Me odiará por permitir que Erich sea educado en un internado inglés? ¿Cómo podemos recoger los pedazos de la breve vida que tuvimos juntos, incluso si queremos?

Alemania Occidental

Martes, 2 de agosto de 1955

Antes de ver a Claus, un comandante vino a hablar conmigo. Me dijo que las condiciones en los campos de prisioneros rusos eran duras, y que decenas de miles de soldados alemanes murieron en Siberia. Todo cosas que ya sabía. ¿Cree que no leo los periódicos?

Algunos dicen que el sufrimiento infligido por los rusos a nuestros soldados es la justa retribución por lo que hicieron los alemanes con los judíos en los campos de concentración. Creo que es sólo un ejemplo más de la enfermedad que emana de la guerra.

Después de que el oficial se fuera, el médico de Claus vino a verme. Me advirtió que la salud de Claus quedó completamente arruinada en Rusia, y que sería un inválido para el resto de su vida. Nunca será lo bastante fuerte como para volver a hacer cualquier trabajo físico y, a causa de la carencia de cualquier clase de atención médica, es propenso a las infecciones y enfermedades. Finalizó informándome sin rodeos de que Claus necesita una enfermera más que una esposa.

Tenía razón. Cuando fui a la sala y vi a Claus y a los demás pacientes, me sentí

como si estuviera viendo a Sascha y a sus hombres en el granero de Grunewaldsee.

Los ojos de Claus me recordaron los de los ciervos que mi padre y mis hermanos solían acorralar en el bosque antes de dispararles. Ha envejecido treinta años desde la última vez que lo vi. Tiene la piel amarilla, como pergamino, el pelo blanco, y le tiembla la mano como a un anciano.

Entre otras cosas, el médico está tratando a Claus de agotamiento, malnutrición y úlceras estomacales. Un médico le amputó el brazo derecho en el campo de batalla al final de la guerra y el muñón nunca se curó correctamente, así que el doctor está tratándolo con injertos de piel.

Cuando el médico retiró el brazo, le quitó la chaqueta a Claus; todas sus posesiones personales, incluyendo su reloj, estaban en ella. Claus cree que debió de quedarse atrás cuando los rusos le capturaron a él y a sus hombres, y por eso recibí el contenido de sus bolsillos junto con una carta diciendo que estaba muerto.

No es necesaria mucha imaginación para hacerse una idea de cuántos cuerpos de soldados quedaron moribundos y sin atención, así que fue un error comprensible.

La primera pregunta que Claus me hizo fue cuánto tiempo tenía la intención de quedarme en Alemania. Le dije de corazón que tanto como me necesitara. Se veía tan perdido y roto que sentí que no podía decirle otra cosa.

Claus no dijo nada durante diez minutos, y, cuando finalmente habló, su voz era ronca. Si no le conociera mejor diría que estaba llorando. Dijo que yo era su esposa y que siempre me necesitaría. Claus no mencionó mi matrimonio con Julian, ni a Jeremy, a pesar de que sé que la Cruz Roja le habló sobre ambos.

Después de que pasáramos media hora juntos, fui a la sala de espera y traje a Erich. Claus no podía creer cuánto había crecido. Estaba muy orgulloso de él, y yo estaba feliz cuando vi que estaba preparado para amar a Erich como un padre debería. Estoy contenta de haber insistido en que Erich siguiera practicando su alemán.

Una vez superada la torpeza inicial, no podían parar de hablar entre ellos. Claus estaba de acuerdo con que Erich pueda volver a Gran Bretaña para finalizar su educación y, si es aceptado en Oxford, estudiar derecho allí.

Así que padre e hijo son felices en su reunión. Tengo un nuevo papel como enfermera y estoy contenta. Tanto Claus como yo hemos recibido alguna compensación del gobierno de Alemania Occidental por la pérdida de nuestras cuentas bancarias de antes de la guerra. No es mucho, pero, junto con los atrasos de Claus, esperamos que sea suficiente para comprar un pequeño apartamento en Alemania Occidental. Claus prefiere el sur del país. Como no podemos volver a Allenstein, no me importa a dónde vayamos.

La pensión de Claus no nos mantendrá pero, como está enfermo, me

corresponderá a mí salir y ganar dinero de alguna manera. Estoy deseando trabajar. Me dará algo que hacer distinto a los quehaceres de la casa.

Ahora que he terminado de escribir esto, escribiré a Julian para pedirle que organice la anulación de nuestro matrimonio. Quiero escribir también a Jeremy, e intentar explicarle por qué voy a quedarme con Claus en Alemania. Es muy joven, pero con el tiempo espero que entienda que, por más que le quiera y necesite estar con él, Claus está muy enfermo y me necesita más.

Miércoles, 21 de septiembre de 1955

He estado solicitando trabajo como traductora. Mientras esperaba en la oficina de un editor para una entrevista, miré algunos libros infantiles, las ilustraciones eran muy pobres, así que salí y compré algunos materiales de dibujo. Cuando termine los dibujos que estoy haciendo, volveré al editor, que ha accedido a verlos. El nombre de von Letteberg sigue siendo bueno para algo.

Viernes, 2 de septiembre de 1966

Claus murió a las dos de esta mañana. Fue una liberación de una larga y dolorosa enfermedad. O mejor dicho, su cuerpo murió. Creo que su alma murió en algún lugar de Siberia en 1945.

El cáncer estomacal que lo mató fue de crecimiento lento, deshumanizante y agónico. Le suplicó a su médico más de una vez que le diera algo que acabara tanto con el dolor como con él, pero el final, cuando llegó, fue tranquilo y misericordiosamente pacífico.

Lo cuidé y lo sentí por él, pero no quedaba nada entre nosotros al final excepto mi sentido del deber, la gratitud de Claus por mi presencia... y Erich.

Claus nunca me tocó o compartió mi cama desde su regreso. A veces, creo que me veía como el recordatorio de un pasado al que lamentaba mucho no poder regresar.

Como no queda nada que me vincule aquí, estoy haciendo preparativos para dejar Europa e ir a América. Mis editores dicen que continuarán haciéndome encargos sin importar dónde viva, y mi querido Samuel Goldberg, que persuadió a tantos editores para ofrecerme trabajo después de que viera mis ilustraciones en una copia inglesa de *Hansel y Gretel*, ha accedido a ser mi agente europeo.

Sascha, quién iba a pensar que esas clases de dibujo que me diste en el cuarto de los arreos hace tantos años me permitirían tener una carrera y los medios para mantener a Claus, Erich y a mí misma, hasta que Erich dejó Oxford para coger un puesto en un bufete de abogados de Alemania Occidental.

Estoy ansiosa de tener un nuevo comienzo en un país que no tiene recuerdos.

Erich se ha casado y tiene éxito en la carrera que ha elegido, pero no queda amor entre nosotros. Nunca me perdonó por permitir a Julian que lo metiera en un internado inglés, o, cuando volvió Claus, por volverme a casar cuando había una posibilidad de que su padre siguiera vivo. Le mostré la notificación oficial que recibí sobre la muerte de Claus junto con su reloj de oro y otros efectos, pero siguió insistiendo en que una esposa «debería haber permanecido fiel y a la espera».

Vi a Jeremy el mes pasado. Estaba en Alemania de senderismo con unos amigos. Todavía me culpa por dejarle cuando era tan joven. Ha decidido hacer carrera en el ejército y ya ha conseguido una plaza en Sandhurst.

Ambos padres tienen todo el derecho de sentirse orgullosos de sus hijos. Son calcos de los oficiales y caballeros que fueron Claus y Julian. Y, si hubiera otra guerra entre Gran Bretaña y Alemania, estoy segura de que serían muy felices de dispararse el uno al otro en nombre del patriotismo.

Erich y Jeremy estaban muy avergonzados de ver mi fotografía en los periódicos cuando me uní a las manifestaciones antiapartheid y antinucleares. No pueden entender por qué me he involucrado activamente en tantas organizaciones que trabajan por una sociedad más libre y pacífica, o cómo veo la ciega obediencia hacia la autoridad y la apatía política como el camino para permitir que otro Hitler tenga rienda suelta para gobernar el mundo y provocar una nueva tragedia de destrucción.

¿Quién habría pensado que los sobrinos de Wilhelm y Paul podrían resultar ser unos estirados así?

Connecticut, Estados Unidos

Miércoles, 28 de mayo de 1969

Nunca creí que podría pasar, pero en este libro puedo ser sincera. Hay otro hombre en mi vida, un editor. No es como tú, Sascha, pero nadie puede medirse contigo. Anthony es amable y atento. Lo conocí en una fiesta de la editorial en Nueva York hace un año. Su esposa está en un hospital psiquiátrico en New Hampshire, pero no me casaría con él aunque estuviera libre. Dos matrimonios fallidos e infelices son suficientes para una vida y, en verdad, ahora me gusta vivir sola.

Me enseñaste lo que es el verdadero amor, Sascha. Incluso si tú no me amaste y sólo me utilizaste para sobrevivir, me hiciste amarte, y ahora sé que amar a alguien significa querer lo mejor para esa persona y perdonarla sin importar lo que hiciera.

Anthony aún ama a su esposa, aunque ella ya no sabe quién es él. A falta de nada mejor, nos hemos conformado con la amistad, el compañerismo y, por el bien

de nuestros respectivos hijos, la discreción. Así es mi vida al fin. En un nuevo país, con trabajo y nuevos amigos para llenar mis días, aunque nunca olvidaré o sustituiré a las personas que he perdido.

Connecticut

Lunes, 13 de octubre de 1969

Un libro ha salido de contrabando de Rusia. Escrito por un prisionero en un campo en Siberia, se llama *El último verano*. Es nuestra historia, Sascha. Estoy segura de ello. Hay demasiadas coincidencias para que sea de otra forma. El autor es Peter Borodin. ¿Eres tú, Sascha? ¿Es posible que estés vivo?

Nueva York

Sábado, 28 de mayo de 1988

Hoy fui a una firma de libros en Nueva York. Gorbachov ha perdonado a Peter Borodin y le ha permitido salir de Rusia para dar una serie de conferencias y charlas sobre su vida y los sucesos que le llevaron a escribir esta gran novela, *El último verano*, que le ha hecho ganar tanto reconocimiento en Occidente.

Cuando lo vi, los ojos se me llenaron de lágrimas. Cogí dos copias del libro, y las puse delante de él. Me miró y vi que me reconocía. Cuando las firmó me di cuenta de que sus ojos estaban tan llenos de lágrimas como los míos. Ninguno de los dos podía hablar.

Temía quedar como una idiota delante de tanta gente, así que me aparté, decidiendo volver y hablar con él cuando terminara la firma.

Esperé una hora y luego regresé. Seguía sentado a la mesa en la librería, hablando con gente, pero tuve cuidado de situarme detrás de un expositor para que no pudiera verme.

Me quedé un tiempo antes de comprender que no había nada que pudiéramos decirnos que no supiéramos ya. Si hablaba con él sólo conseguiría abrir viejas heridas e infligir nuevas que nos harían daño a los dos.

Le vi firmar unos cuantos libros más, luego me alejé.

No volví a mirar atrás.

Finalmente, Charlotte cerró su diario. En la mesilla de noche estaba la copia de *El último verano* que había llevado con ella desde Estados Unidos. La cogió.

—Sascha. —Susurró su nombre. Y las lágrimas que llevaba aguantando sesenta años por fin brotaron de sus ojos.

Capítulo 21

Duchada, tendida sobre la cama con un pijama de Mickey Mouse que Ahmed había odiado, y ella se había puesto por principios, Laura se sirvió un vodka y se lo llevó a la cama junto con el libro que había comprado en la tienda del hotel. Puso su bebida a mano en la mesilla de noche y se recostó en las almohadas.

Teniendo en cuenta que no había abierto *El último verano* en años, se sorprendió al descubrir que era capaz de recordar el primer párrafo casi palabra por palabra.

Cuando el sueño se desvanece y despierto a la consciencia, la primera emoción que siento es el miedo. ¿Qué soy? ¿Dónde estoy? Con el recuerdo viene el conocimiento... y el asombro. Hay un milagro que es la vida, y soy parte de él. Toco a la mujer que yace junto a mí; agradezco profundamente no estar solo.

Al abrazar su cuerpo, abrazo su alma. Pero las caricias me traen nuevos miedos. Persisten como un cáncer oculto que consume el cuerpo bajo la piel sana en apariencia; silencioso, contaminando, mancillando cada momento que quizá hubiera traído la felicidad perfecta.

Corrompen cada gesto de amor y cada sonrisa. Miedos que van más allá del primigenio y oscuro a la muerte que ha generado tantas religiones y sacerdotes mercenarios.

Ella y yo hemos aceptado el inevitable proceso lento de la decadencia y desintegración que llega a todo lo vivo. Cuando eso ocurra, como debe con el tiempo, incluso le daremos la bienvenida, si podemos compartir la misma tierra. Soñamos con un árbol alto y bonito, con sus raíces hundiéndose en nuestros cuerpos. Es la única regeneración y resurrección en la que puedo creer. Y, aunque ella tiene a su Dios, el sueño ahora es tan suyo como mío.

Los miedos son mucho peores: el perdernos el uno al otro. Sin embargo, por ahora, estoy agradecido de que se nos haya dado otra mañana, otro día. Trato de no pensar más allá de eso.

Nuestra cama es blanda, pulcra y cálida. La sábana fresca, blanqueada por el sol y perfumada por el aire del bosque. Nuestro cubrecama ligero, relleno con plumón y plumas. Una cama limpia es el lujo supremo.

Beso sus labios. Ella devuelve mi caricia sin romper el ritmo de su sueño. Tras dejar la cama, me pongo mi viejo albornoz verde y blanco y me escurro con sigilo hasta la puerta. Pisando cuidadosamente sobre la nudosa tarima, paso a ver a nuestros hijos. El bebé, echado en la cuna que yo tallé mientras estaba en el vientre de su madre; sus brazos levantados por encima de la cabeza, sus puños cerrados suavemente junto a su rostro ruborizado por el sueño, su cabello rubio platino, del mismo tono que el mío, pegado por la humedad en torno a su cara. Cerca, su

hermana de dos años, una miniatura perfecta de su madre, está enroscada como un gato bajo la colcha de su cama diminuta. Sólo se pueden ver sus rizos rubios sobre el edredón.

Mi carne y mi sangre, tan pequeños, tan vulnerables. Mis miedos vuelven. ¿Cómo puedo protegerlos si no estoy más tiempo con ellos? Entonces recuerdo: me han dado esta mañana. Por el momento están seguros. Soy capaz de velar por ellos y cuidar a mi familia.

Camino hasta el principio de la estrecha escalera de madera, evitando las tablas más destartadas y deformadas del suelo. Toda la carpintería de la cabaña está seca, vieja y chirría. Me paro a mirar los cuadros de mi mujer colgados en las encaladas paredes. Acuarelas de mis hijos y del campo, pintadas con amor y con mimo. Mi favorita es un dibujo a aguada de una dacha. El edificio es pequeño, poco más que una cabaña, pero está sumamente proporcionada, de estilo y arquitectura de Europa del Este. Trazo con mi dedo las líneas del remate que hay encima de la puerta. Es una sencilla cabaña rústica y también nuestro hogar.

Laura dio un sorbo a su bebida, pasó la página y continuó leyendo la descripción del autor de su casa. Era la casa de madera situada a orillas del lago de Grunewaldsee o una exactamente igual. Mientras se lo preguntaba, siguió el avance del autor que caminaba por el sendero que llevaba a los establos de la «casa grande» y enjaezaba un semental gris. ¿Era un gris Datsky?

Siguió leyendo.

Tal vez no he nacido para esto, pero el viejo proverbio «debajo de cada ruso hay un campesino» es cierto. Es bueno montar temprano al aire libre, mirar hacia los campos, y no sólo ver el trabajo que se ha hecho sino también darse cuenta de lo que necesita hacerse. Oler el rocío y las hojas de pino del bosque. Mover mis manos entre la tierra labrada y ver los cultivos que planté maduros para la cosecha.

Me detengo junto al lago, mirando la bruma ascender sobre los árboles que rodean el agua. Un par de cisnes se deslizan desde la orilla con sus polluelos siguiéndoles en fila. *Boris* relincha. Sabe que es hora de volver al establo. Pero continuó mirando los rayos del sol naciente jugando en el agua y las garzas buscando peces.

Las cigüeñas descienden en picado a poca altura por encima de mi cabeza, antes de aterrizar en sus nidos del tejado de la casa grande. *Boris* piafa, y, finalmente, regreso. Después de dejar a *Boris* con sus compañeros de establo, vuelvo a casa.

La cabaña está medio escondida por los arbustos con frutos que cercan el jardín. Oigo el parloteo de mi hija por encima del ruido de las sartenes en la

cocina. Las puertas y ventanas están completamente abiertas y veo a mi mujer cambiando de sitio la mesa con su vestido de algodón azul apagado.

La mesa está cubierta con el mantel bordado en rojo y verde de todos los días. El plato del pan está lleno de panecillos de leche calientes recién sacados del horno. El olor a café, queso y salchicha condimentada es intenso en el aire, y caigo en la cuenta de que tengo hambre.

Mi hija corre a saludarme. Mi mujer sonríe. La beso cuando paso a su lado hacia mi silla en la cabecera de la mesa.

El desayuno es mi comida favorita del día. Como despacio, con mi hija en el regazo. Sus rizos rubios rozan mi barbilla cuando miro a mi mujer alimentar a nuestro hijo. Él se queda dormido en su pecho y tras ponerlo ella en su capazo, nos sirvo una tercera taza de café. Permanecemos en la mesa, hablando y riendo hasta la hora de trabajar...

Laura siguió el progreso del héroe que pasaba un día en el campo. No el día solitario del granjero moderno, que trabaja aislado con su tractor, sino el vivido empuñando las herramientas y cosechando en compañía de montones de manos de granjeros, tanto mujeres como hombres. Un día en que su mujer trabajaba a su lado, y sus hijos dormían y jugaban en la margen de los campos al alcance de su vista.

Al atardecer, todos los trabajadores y sus familias se dirigían hacia el salón de baile de la casa grande para la cena de la cosecha que se había dispuesto allí.

Después hubo música, baile y bebida, pero el autor y su mujer regresaron a la cabaña con sus hijos.

Llevo a hombros a mi somnolienta hija. Mi mujer lleva al bebé en el capazo. Cuando llegamos al lago, la pequeña insiste en trepar desde mis hombros, tras quitarse los zapatos y las medias, y saltar en los bajíos. Es su último arranque de energía antes del sueño. Entramos en casa, llenamos la bañera y bañamos a los niños.

Mientras mi mujer viste a los niños para dormir, voy habitación por habitación encendiendo las lámparas. Mi mujer lleva a nuestro hijo a la cuna y yo persigo a mi hija al piso de arriba. El último ritual del día es el momento del cuento. Me siento al pie de la cama de mi hija y le cuento las historias que mi padre me contaba, historias que han pasado de generación en generación.

Nos quedamos con los niños hasta que cierran los ojos. Después deambulo por el jardín mientras mi mujer toca el piano. La pieza que ha elegido es una que yo le enseñé. Refleja nuestra vida tranquila aquí: el lago, la campiña, los campos, los bosques. El sol avanza lentamente hacia abajo y desaparece en el lago, rociando un sendero dorado rojizo en su estela. Los últimos destellos dorados y rojos se

difuminan en púrpura y la oscuridad se cierra.

La música ha parado. Mi mujer está a mi lado. La abrazo, y por primera vez me fijo en la hinchazón de su cuerpo: nuestro tercer hijo...

Laura puso el libro a un lado y se sirvió otra copa. Caminó hasta la ventana y miró fuera, pero en vez de ver el lago como era, salpicado con modernas embarcaciones, dio rienda suelta a su imaginación y recreó el lago intacto de *El último verano*.

La impersonal habitación de hotel quedó atrás cuando la descripción del autor sobre la paz y la belleza de su vida tranquila y sencilla la transportó a otro tiempo. ¿Era Grunewaldsee?

Envidió el matrimonio perfecto del autor y, por primera vez, se dio cuenta de que bien podía haber tenido ella la culpa de los problemas que habían plagado sus desastrosas y fugaces aventuras. A diferencia del autor y su mujer, ni siquiera intentó nunca entender a ninguna de sus parejas. Para ella, el trabajo siempre había sido lo primero. Los hombres a los que había permitido, aunque temporalmente, entrar en su vida, habían sido meros divertimentos. Alguien con quien pasar tiempo, cuando no tenía nada mejor que hacer; gente a la que dejar atrás cada vez que un trabajo la llevaba cientos de kilómetros hacia otros países, e incluso ocasionalmente a otros continentes.

¿Era imposible forjar una relación sentimental perfecta con alguien en el mundo moderno? ¿Podía el tipo de unión en cuerpo, alma y mente descrita en *El último verano* existir solamente en el lento mundo de la vida rural que habían vivido los campesinos del mundo entero durante siglos?

La mecanización y la velocidad habían sustituido a los arados tirados por caballos y a las guadañas, y se habían infiltrado en las vidas de la gente. ¿Cómo se habría sentido el autor si su mujer se hubiera despertado junto a él aquella mañana, y le hubiera dicho: «Te toca tener a los niños hoy, cariño. Tengo que volar a Australia para hacer un documental sobre la explotación de los cocodrilos en los parques nacionales»? Sonrió, luego abrió el libro de nuevo.

Lo es todo para mí, esta mujer a la que amo. El aire que respiro, la tierra bajo mis pies, la comida, la bebida... todo parece nimio comparado con mi necesidad de ella. Se aferra a mí por un momento, nos besamos en silencio. Todo lo que hay que decir entre nosotros hace tiempo que se ha dicho. Regresamos caminando del brazo por el jardín. Ella sube las escaleras. Yo apago las lámparas en las habitaciones del piso de abajo, cierro las puertas y la sigo. Paso por la habitación de los niños y los veo dormir plácidamente en sus camas antes de ir a nuestro cuarto.

Las ventanas están abiertas y las blancas cortinas de algodón se ondulan en la brisa. Ella se sienta en su tocador. Yo estoy de pie tras ella. Cojo el cepillo de su mano, suelto la trenza de su pelo y hundo mis dedos en ella antes de peinarla.

En la cama vuelvo a familiarizarme con su cuerpo, que conozco tan bien como el mío. Nuestra carne se funde en una y después, mucho después, yacemos felices y exhaustos, el uno en los brazos del otro. Miro su rostro atentamente mientras se va quedando dormida. Trato de oponerme, pero es imposible.

Mientras la abrazo, aterrado de que se desvanezca en las sombras, mis párpados se cierran de sueño. No puedo evitarlo. El dolor comienza.

Laura sabía lo que había de venir, pues había leído un poco de lo que seguía, así que cerró los ojos por un momento.

Cuando los abrió, salió al balcón. La noche era cálida, el aire suave. Encendió la luz de fuera, se sentó a la mesa y continuó leyendo.

Un frío insoportable atraviesa mi cuerpo; penetra a través de mis huesos, paraliza mis miembros y congela mi sangre. Lo último que quiero hacer es moverme. Pero el sonido metálico de un insistente martillo me sacude hacia un mundo de pesadilla. Y sé que, si no me muevo, moriré. La nada es un panorama tentador pero egoísta. Si caigo en la tentación, nunca podré volver a ver a mi esposa y a mis hijos.

Levanto las manos. El hedor de las mismas me da arcadas. Pero un hombre con el estómago vacío no puede vomitar. Mis nudillos están agarrotados, el mal olor emana de las llagas que supuran pus cada vez que levanto los dedos. El picor es peor que el de las picaduras de mosquito. Las lágrimas de mis ojos empiezan a quemarme tras los párpados pegados. Me froto con los pulgares las costras que unen mis pestañas. Me cuesta abrir los ojos. Cuando lo logro, miro fijamente mis manos. A pesar del dolor, siento como si estuviera mirando una parte del cuerpo de otro. Entonces me miro de pasada los dedos.

El refugio construido con troncos está podrido por la humedad y el tiempo, pero, en invierno, la humedad se hiela centelleando en las paredes con una capa de plata que podría resultar bonita en alguna otra parte. La cabaña no puede protegernos del calor en verano o del frío en invierno. Mi grupo de trabajo corta leña en el bosque y siempre pillamos madera para la estufa, pero ésta es improvisada y, sin un cuidado constante, se apaga pronto.

El único calor en el que podemos confiar se genera por las capas atestadas de cuerpos malolientes en torno a nosotros. El estante en el que estoy recostado es duro, la paja que lo cubre es escasa y la poca que hay se mueve, plagada de piojos y chinches que luchan con aquéllos que ya han reivindicado un espacio entre mis

podridas ropas y mi cuerpo. ¿Pueden pensar, estos piojos y chinches? ¿Son conscientes de que si no luchan por un rincón libre o una ranura en mi carne morirán congelados?

Balanceo mis piernas hacia abajo y el aire gélido se abre camino por entre mis harapos como una cuchilla. Voy abrigado con toda la ropa que poseo: un suéter con más agujeros que la lana; una chaqueta, una gorra y lo que queda de mi uniforme del ejército. He perdido la cuenta de los años que han pasado desde la primera vez que me puse los pantalones.

La harapienta ropa está tiesa de suciedad, los agujeros rozan mi piel en carne viva, abriendo viejas heridas y produciendo nuevas, pero no me atrevo a quitar ninguna capa, no entre la llegada del invierno y el deshielo de la primavera. La robarían en cuestión de segundos y nunca encontraría otra que la reemplazara.

El aire está cargado con un hedor peor que el habitual a excrementos y cuerpos sin lavar. Oigo un grito.

—Nikolai está muerto.

El líder de su equipo gruñe:

—Escóndelo.

Nadie se opone a mantener el cuerpo de Nikolai en el barracón. Estamos acostumbrados a vivir con cadáveres. Nuestro aspecto, nuestro olor, ninguno de nosotros está lejos de la muerte y no nos asusta.

Aquéllos que pueden moverse más rápido rodean a Nikolai. Un trozo de pan, negro por el tiempo y la suciedad en el bolsillo de Nikolai, desaparece en la garganta de alguien. Veo el sombrero de Nikolai asomando en la cabeza de un hombre, su abrigo en otra espalda. No me uno a los carroñeros. No porque tenga escrúpulos, sino porque la enfermedad me ha entorpecido. Incluso si cogiera algo, en mi debilitado estado actual pronto me lo arrebatarían.

El cuerpo de Nikolai es empujado bajo una litera y troncos amontonados delante de él. De esa forma el líder de su equipo puede continuar reivindicando sus raciones hasta que los guardias descubran lo que queda de su cadáver. En invierno, pueden tardar una semana, a veces dos.

El líder de mi equipo grita la orden de pasar lista. Saco la manta de mi litera y me la paso por los hombros. Sólo los idiotas y los recién llegados las dejan para que se las roben. El suelo es tierra compacta con hielo incrustado y tremendamente frío para los pies descalzos. Me uno a los hombres que se arremolinan en torno a la pila de botas de fieltro detrás de la puerta. La mayoría están rajadas y no protegen de la nieve, pero siempre existe la posibilidad de intercambiar tu par por otro mejor. Pero elige con cuidado. La talla debe ser la misma, aunque el dueño más débil que tú. No tengas estas reglas en cuenta y puede que no vivas para llevarlas.

Mis dedos están demasiado entumecidos para buscar, así que me conformo con

las que llevé ayer y antes de ayer y creo también la semana anterior. Son fiables porque son las más finas y gastadas en el montón. Nadie más las quiere.

El líder del equipo nos lleva fuera de los barracones. Me doy cuenta de que voy dejando huellas de sangre.

Las suelas de mis botas se han desgastado completamente. Demasiado aterido de frío como para temblar, me uno a la cola frente al pozo. El cubo ha subido vacío. Paul, el hombre más fuerte de nuestro equipo, porque no tiene escrúpulos en robar la comida tanto de los enfermos como de aquéllos más débiles que él, lanza el cubo de nuevo impulsándolo con todas las fuerzas que es capaz de reunir sobre el hielo que corona la superficie del agua. Continúa subiéndolo vacío. Hoy, como casi todos los días del invierno, no habrá agua para lavarse. Hacer té significa encontrar combustible para un fuego, y una lata para fundir la nieve.

El afortunado poseedor de tan escasos lujos despierta envidia. Yo tengo una lata, pero tendré que abandonarla pronto. Estoy demasiado débil para conservarla. En el campamento sólo hay suficientes para uno de cada diez hombres. Poseer una de las latas significa poder obtener una de las primeras raciones de té de la olla y una primera ración de sopa a mediodía.

Busco a alguien más fuerte que yo que la proteja por los dos. Alguien en quien pueda confiar y me la ceda en cuanto la haya usado y así pueda beber mi ración de té y sopa antes de que la olla esté vacía.

Nunca hay suficiente para todos, y ésa es la razón por la que Nikolai murió la pasada noche. Él ha estado al final de la cola desde que estoy aquí, y nadie en su equipo lo ayudaba, ni tan siquiera prestándole una lata. Estaba demasiado débil para ayudar a su equipo a cumplir con su cupo de trabajo, y tal cupo sin terminar significa medias raciones para todo el equipo.

Hay algunos hombres aquí en los que he confiado y confiaría mi vida, pero ellos, al igual que yo, han sido condenados a trabajos forzados y se encuentran en el mismo estado debilitado. Tal vez debería simplemente tumbarme en la nieve a esperar la muerte. Si pudiera estar seguro de que cerrando los ojos despertaría en ese otro mundo real y perfecto junto a mi mujer, lo haría. Pero eso nunca ocurre cuando intento dormir durante el día. Nunca ocurre a menos que me encuentre en mi litera.

Una carreta cruza las puertas; el líder de nuestro equipo se reúne junto a los otros líderes que se agolpaban junto a él. Vuelve con un saco de pan. Lo distribuye. En invierno llega congelado, demasiado duro para comerlo. Nadie puede tragarlo hasta que no es empapado en agua tibia, y no vamos a ser capaces de hacer fuego para fundir la nieve hasta que consigamos llegar a nuestro lugar de trabajo en el bosque.

Los guardias vienen para hacernos marchar; sus perros nos gruñen al

aproximarse. Oigo al líder del equipo de Nikolai informarles de que Nikolai ha caído enfermo. Ellos se encogen de hombros con indiferencia, y nosotros nos dirigimos a nuestro lugar de trabajo.

Pasamos frente a un montón de cuerpos apilados unos sobre otros en capas ordenadas cual troncos, junto a la puerta de entrada. Los pies de aquéllos que se encuentran en las capas inferiores señalan hacia la carretera en el interior del campo. Los pies de la capa superior descansan sobre las cabezas de éstos. Me pregunto si ésa es la manera más fácil de colocarlos. ¿Acaso así se reduce el riesgo de que el montón se desequilibre y caiga? Todos están congelados hasta los huesos, sus caras empalidecidas y, como su pelo, cubiertas de escarcha. No han venido carretas a recogerlos en meses, pero no tiene sentido porque las tumbas no pueden cavarse mientras el suelo permanezca helado. Serán enterrados en primavera y junto a ellos habrá muchos más.

Llegamos al lugar de trabajo. Veo los árboles que esperan a ser talados. El líder del equipo me pasa una sierra. Mi mente está impregnada de una fría niebla. No puedo pensar con claridad. Todo lo que sé es que debo sobrevivir como sea hasta la noche, momento en que me trasladaré a ese otro mundo.

Laura cerró de golpe el libro. Igual que antes, era demasiado horrible para ella contemplar el contraste entre la lenta, perfecta vida soñada, bañada por el sol, y la pesadilla del mundo invernal del gulag siberiano. ¿Quién era aquel hombre?

¿Había sido uno de los prisioneros rusos que habían trabajado en Grunewaldsee durante la guerra?

Entonces recordó las palabras de su abuela: «Piensa en mí cuando lo leas».

¿Era Oma la esposa en el mundo de ensueño del autor?

Capítulo 22

Charlotte aún dormía cuando sonó el teléfono. Miró la hora antes de cogerlo y vio que eran las siete en punto. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue que tenía que ver con Claus, Carolyn o el bebé, pero el inglés con fuerte acento de su hermana chirrió a través de la línea.

—¿Eres tú, Charlotte?

—¿Greta? —repuso ella, tratando de sentarse—. ¿Qué ocurre?

—¿Por qué tendría que ocurrir algo?

—Son las siete de la mañana.

—Aquí son las ocho, pero llevo despierta desde las seis. Tengo que ser madrugadora para dirigir una casa y cuidar de mi marido, aunque, ya que lo preguntas, no estoy demasiado bien. El estómago me da problemas y mi artritis es en extremo dolorosa. Es este clima húmedo. Supongo que ahí brilla el sol. Prusia Oriental siempre fue mucho más cálida y seca que Inglaterra.

—El clima está bien, Greta, gracias por preguntar. —Cuando Greta telefoneaba, era porque quería algo, así que Charlotte estaba deseando que su hermana fuese al grano.

—Charlotte, esta llamada es demasiado cara para malgastarla con sarcasmos. Jeremy y Marilyn me dijeron dónde te alojabas. ¿Has estado ya en Grunewaldsee? —preguntó, con un tono algo duro.

—Sí, la casa está exactamente igual que antes. El nuevo propietario la ha reformado con mucho gusto.

—Dios mío, ¡has hablado con ese hombre! —exclamó Greta, indignada.

—Con su nieto, pero he concertado una reunión con él.

—¿Cómo has podido...?

—Marius sigue aquí y vive en la casa del guarda —la interrumpió Charlotte.

—Entonces tendrá que haber guardado algunas de nuestras cosas —repuso Greta con avidez—. Las joyas, la plata...

—Ya te lo dije, me robaron las joyas cuando abandoné la casa, Greta —espetó Charlotte.

—Eso dices tú.

Si Greta hubiese estado en la habitación, su hermana le habría dado una bofetada. Se tomó un momento para tranquilizarse.

—Marius me contó que el ejército ruso estableció su cuartel general en la casa. La vaciaron por completo, incluso arrancaron el suelo de madera para hacer leña. Sin embargo, logró salvar algunas de nuestras pertenencias.

—¡Ah! ¿Y me lo habrías dicho de no haberte llamado?

—Por supuesto. —Charlotte hizo lo que pudo por no alterar el tono de voz—.

Guardó tres de los álbumes de fotos encuadrados en piel que Opa compró en Londres cuando estuvo allí de luna de miel. Y nuestra biblia familiar.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo —repitió Charlotte con firmeza.

—Tiene que haber más. La casa estaba llena, por no hablar de los desvanes. Todas las antigüedades... La familia de papá nunca tiraba nada. Tiene que haber algo...

—El armario de papá, Greta. Si estás tan ansiosa por llevarte un recuerdo, te sugiero que vengas a por él. —Charlotte colgó de golpe el teléfono.

Oyó la llave en la cerradura, y Laura se asomó por la puerta.

—Siento molestarte, pero...

—¿Has oído el teléfono? —Al ver a su nieta, el enfado de Charlotte con su hermana se disipó.

—Sí.

—Era tu tía Greta, preguntando por las reliquias familiares; está segura de que las he robado para escondérselas.

—Pobrecita —le dijo Laura, dándole un abrazo—. ¿Tienes hambre?

—Sí —respondió Charlotte, decidida a no dejar que la llamada de su hermana les arruinase el día a Laura y a ella—. Seamos extravagantes y pidamos que nos lo sirvan en el balcón, en vez de en el comedor. Diré que lo traigan a las —miró la hora— ocho. Eso me dará tiempo para contar hasta cien y olvidarme de Greta mientras disfruto de un lento y largo baño.

—Anoche terminé de leer *El último verano* —le confió Laura a su abuela después de comer.

—¿Y? —Charlotte cogió la cafetera y volvió a llenar las dos tazas.

—No he cambiado de idea sobre el sufrimiento en el gulag siberiano. Sigue siendo insoportable. —Laura se preparó y la miró a los ojos—. ¿Eras tú la mujer del mundo de ensueño del autor?

—No estoy segura —respondió ella en voz baja.

—¿Conocías al autor?

—Sí, lo conocía.

—¿Y lo amabas?

Charlotte vaciló y, en ese preciso instante, una voz interrumpió la conversación.

—Buenos días, *Fräulein* Charlotte von Datski. Buenos días, Laura.

Charlotte se volvió y miró detrás de ella. Un barco había navegado hasta allí y había atracado prácticamente debajo de su balcón. Mischa soltó las velas, echó el ancla por la borda, se puso en pie y se apoyó en la barandilla del balcón.

—Y buenos días a ti también, Mischa —contestó Laura.

—Hace un día precioso. ¿Quieren venir a navegar conmigo? Volveremos a Grunewaldsee, Jadwiga nos preparará una de sus comidas y después cabalgaremos alrededor del lago. ¿Qué me dicen?

—Atrás quedaron los días en que podía navegar en algo más pequeño que un crucero —respondió Charlotte, sacudiendo la cabeza—, pero Laura estará encantada de acompañarte.

—¡Oma! —protestó su nieta.

—¿Qué? ¿Prefieres sentarte aquí conmigo?

—Estábamos hablando...

—Y podemos continuar la conversación más tarde. Venga, vete. Toma, llévate mi diario. Lo terminé anoche. —Charlotte se acercó a su mesilla, cogió el libro y se lo dio a su nieta—. Que un ruso joven y guapo te invite a dar una vuelta con él no es algo que pase todos los días. Si tuviera tu edad, no lo dudaría un segundo.

—Tu abuela tiene razón, Laura. Soy un ruso muy atractivo y, si me haces esperar, puede que cambie de idea —se burló Mischa.

—¿Nunca has tenido la sensación de que se meten contigo? —Laura se levantó de la silla—. Iré por mi chaqueta.

Charlotte se asomó al balcón.

—Estará contigo enseguida, Mischa. Por favor, ¿podrías decirle a Marius que he cambiado de idea sobre el descanso de hoy? Me acercaré con el coche a verlo esta tarde.

—Uno de nosotros podría venir a recogerla, *Fräulein* von Datski —se ofreció Mischa.

—No hace falta. Puedo conducir yo sola, no estoy tan decrepita.

Charlotte se quedó en el balcón hasta que Laura se reunió con Mischa. Los observó levar el ancla, izar las velas del barco y dirigirse al centro del lago.

El camarero llamó a la puerta y se llevó los restos del desayuno. Ella estaba intentando decidir si debía pasarse el resto de la mañana descansando cuando sonó el teléfono. Cruzó la habitación y se preparó para otra pelea con Greta.

—*Frau* Datski.

—Sí.

—Soy la recepcionista. Tenemos aquí a un hombre que dice haber oído a alguien llamarla por su nombre desde el exterior del hotel. Ha insistido mucho en que la telefonee y le pregunte si desearía reunirse con él, si es que es usted la Charlotte von Datski que vivía en Grunewaldsee.

—No uso el von desde hace años —contestó Charlotte.

—¿Qué desea que le diga, *Frau* Datski?

—¿Cómo se llama ese hombre? —Charlotte escuchó un apresurado intercambio de susurros, pero no logró entender nada.

—Dice que la conocía cuando era joven y que le gustaría darle una sorpresa.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó ella, curiosa.

—Distinguido, maduro, pelo gris —respondió la recepcionista, que parecía estar aguantándose la risa.

Charlotte recordó la media de edad de los encargados de la recepción del hotel y se dio cuenta de que maduro podía significar cualquier edad entre cuarenta y ochenta años. Miró la hora: las diez en punto. ¿Qué tenía de malo reunirse con un desconocido en la zona pública de un hotel a aquellas horas de la mañana?

—Dígale que estaré en el bar dentro de quince minutos.

Charlotte prestó más atención a su aspecto en los diez minutos siguientes que en los últimos años. Se puso su falda negra favorita y una blusa de seda de color cobre; se maquilló con cuidado; se soltó y se peinó el pelo, para después recogerlo en un moño; se colocó los pendientes de ámbar que se había comprado hacía años para hacer juego con el collar que siempre llevaba y se echó más perfume. Miró la hora, se miró en el espejo, cerró la puerta del balcón y salió al pasillo.

«Distinguido, maduro, pelo gris» era una descripción que podría haberse aplicado a casi todos los hombres de su pasado, incluso a Georg, Dios no lo quisiera. En su afán por ver a un viejo amigo que recordara el Allenstein que ella había conocido y amado, en vez del Olsztyn del presente, no había tenido en cuenta a la gente que habría preferido no volver a ver.

Mientras se preguntaba si cabría la posibilidad de ver al desconocido antes de que él la viera a ella, entró con precaución en el bar.

—Charlotte, te habría reconocido en cualquier parte. Sigues siendo la elegante dama que se encargó de Grunewaldsee durante la guerra. —La recepcionista había estado en lo cierto: era distinguido y tenía un cabello gris que empezaba a escasear—. ¿No me recuerdas?

Como le había pasado con Marius, Charlotte reconoció la voz antes que las facciones.

—¿Helmut? —Buscó algún rastro del joven que había pasado tantas vacaciones con su hermana en Grunewaldsee, durante la guerra—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Lo mismo que todos los demás prusianos orientales que regresan: echarle un último vistazo al viejo país antes de morir. No podía creer lo que oía cuando ese joven llamó a *Fräulein* Charlotte von Datski desde el lago. ¿Estás sola?

—No, con mi nieta.

—¿Claus y tú tuvisteis nietos? Qué maravilla.

—No es la nieta de Claus. Laura es inglesa.

—Tendría que haber recordado al inglés —respondió él; se entristeció un poco, pero logró recuperarse rápidamente.

—Los tratados de paz se firmaron hace mucho tiempo, Helmut —dijo Charlotte en tono amable. Creía que el hombre tenía derecho a sentir amargura, después de la forma en que Greta lo había plantado.

—Estoy aquí con mi mujer. Está en la terraza, esperándonos. ¿Sabías que me había casado?

—No, me temo que perdí el contacto con todo el mundo.

—No te vimos en las reuniones. ¿No te enteraste de las reuniones de los antiguos habitantes de Allenstein?

—Sí, pero, por desgracia, nunca he tenido tiempo para asistir a una. —No era cierto, y Charlotte intuía que Helmut era consciente de ello. ¿No había tenido tiempo en más de medio siglo? Podría haber hecho el viaje de haber querido. Eran los recuerdos los que la retenían. Los recuerdos de Georg llevando a Ruth y a Emilia al camión a punta de pistola. Los recuerdos de sus hermanos, muertos antes de tiempo. Los recuerdos de la inmoralidad de todos los principios inculcados por la escuela, el estado, las Juventudes Hitlerianas e incluso sus padres.

—Sabíamos que te iba bien. Tus ilustraciones son famosas. —Helmut la condujo a una mesa. En ella, una mujer se volvió para mirarlos con cara de inquietud.

A diferencia de lo ocurrido con Helmut, Charlotte la reconoció de inmediato. Había perdido peso y casi toda su belleza, pero sus ojos eran igual de azules, aunque menos francos y confiados. Se puso de pie cuando se acercaron y se dirigió a Charlotte, pero no la abrazó.

—Hemos seguido tu carrera de cerca, Charlotte.

—Incluso hemos conseguido estirar nuestro presupuesto para comprar dos de tus cuadros —añadió Helmut.

—Qué amables sois —balbuceó ella, aturdida.

—No tiene nada que ver con la amabilidad —le aseguró Helmut, creyendo que debía decir algo para interrumpir el silencio que se había adueñado de las dos mujeres—. Sé reconocer una buena inversión cuando la veo. No tenía ni idea de que fueses una artista con tanto talento. Música, sí, pero no artista. ¿No volviste a tocar como profesional después de la guerra?

Ella por fin logró apartar los ojos de Irena y mirarlo.

—No tenía ni tiempo ni dinero para seguir con mis estudios, aunque hubiera querido hacerlo.

—Y tenías una familia de la que cuidar. ¿Cómo está el joven Erich?

—Bastante menos joven.

—A menudo me he preguntado si se trata del mismo Erich von Letteberg que se hizo famoso en los tribunales durante los sesenta.

—Lo es —respondió ella, sin extenderse más.

—Nunca usó el título de Claus.

—Los días de reyes, príncipes y condes quedaron muy atrás, Helmut. Sin embargo, Claus estaba orgulloso de la carrera elegida por Erich. El hijo más joven de Erich, que se llama como su padre, irá a Berlín a estudiar Derecho este mismo año —añadió, más contenta de hablar de sus nietos que de sus hijos.

Helmut acercó una silla para ella.

—Por favor, siéntate con nosotros. Creo que la ocasión merece una botella de champán, no café.

—Por favor —respondió Charlotte. Irena le dio un beso en la mejilla. Al ver que Irena le apretaba el brazo con cariño, ella le devolvió el gesto antes de aceptar la silla que le ofrecía Helmut—. Erich tiene también un hijo mayor al que han puesto de nombre Claus. Tiene un negocio muy próspero de diseño y fabricación de muebles. Vive cerca de mí, en Estados Unidos.

—Carpintero —dijo Irena, sonriente—. A tu padre le habría gustado.

—Sí, es cierto —coincidió Charlotte, recordando la naturaleza práctica de su padre—. Bueno, ¿y qué me decís de vosotros? ¿Cómo os encontrasteis? Tenéis que contarme todo lo que os ha pasado desde la guerra.

—Es una historia muy larga —contestó Irena—. Llevo muchos años queriendo ponermelo en contacto contigo, Charlotte, pero no estaba segura de si querrías verme después de las atrocidades que te dije tras la guerra.

—Era comprensible que te sintieras así, teniendo en cuenta el encierro en el campo, la separación de tus hijas, y la pérdida del bebé y Karoline.

—Nunca la encontramos —añadió Helmut rápidamente, y Charlotte supo que, incluso después de sesenta años, Irena no había abandonado por completo la esperanza de encontrar a su hija.

—He pensado mucho en ti, Irena —le dijo, cogiéndole la mano que tenía sobre la mesa.

—Cuánto tiempo perdido inútilmente. De no ser por mi estupidez, habríamos seguido siendo muy buenas amigas. —Irena se inclinó hacia delante y abrazó a Charlotte.

—Quizá no, Irena —respondió Charlotte, muy seria—. Nos habríamos estado recordando constantemente algunas cosas que es mejor olvidar.

—Nunca podría olvidar... —empezó a decir Irena.

—Todos los alemanes han tenido que hacerlo —la interrumpió su marido—. Al menos, lo suficiente para poder mirar al futuro, en vez de al pasado.

—Pero tenemos que ponernos al día de muchas cosas. —Irena sacó un pañuelo del bolsillo—. Ayer fui a casa de mi padre, me quedé en la calle, frente a la sinagoga, y pensé en aquella tarde.

—No he podido olvidarla —dijo Charlotte en voz baja.

—A menudo me he preguntado qué habría pasado si no te hubiese impedido que

salieras del coche. —Irena arrugó el pañuelo en la mano.

—Seguramente nos habrían metido en el camión con los niños, bebés incluidos.

—De todos modos, tendríamos que haber hecho algo —murmuró Irena—. Tú querías...

—¿Quién fue el que dijo que lo único que se necesita para que triunfe el mal es que los hombres buenos guarden silencio? —Charlotte miró a Helmut—. ¿Sabes qué pasó?

—Irena me lo contó. También me contó que un chico al que conocíais, Georg Mendel, estuvo involucrado en la redada. ¿Sabes que se fue a Chile después de la guerra? Él y algunos antiguos camaradas de las SS les resultaron muy útiles a Pinochet y sus secuaces. Eran expertos torturadores.

—Aquel día fue la primera vez que vi algo en persona —confesó Irena—. Nunca había puesto en duda la versión oficial, que estaban llevando a los judíos al Este, o a África o a Madagascar. Después llegó Wilhelm del Este, y ya viste lo cambiado que estaba.

—¿Te contó la verdad?

—Parte de ella. Me dijo que algunas cosas eran demasiado horribles para describírmelas.

—Las dos tenéis que ser realistas. ¿Qué podrían haber hecho dos chicas jóvenes para detener a las SS? —preguntó Helmut.

—Emilia sobrevivió a la guerra —reveló Irena—. Nina se la encontró en mil novecientos cuarenta y seis. Iba camino de Palestina.

—¿Y Ruth?

Irena bajó la vista, incapaz de mirar a Charlotte a los ojos.

—Tendríamos que haber hecho algo aquel día.

—De haberlo hecho, no estaríais aquí para hablar de ello —comentó Helmut.

—Hay cosas por las que merece la pena morir —afirmó Irena en voz baja, tan baja que Charlotte no estaba segura de haberla oído bien.

—No sé si los cuarenta y un millones de personas que murieron en la guerra estarían de acuerdo contigo —repuso Helmut.

—No —dijo Charlotte—, estoy segura de que todos no, pero puede que algunos sí.

—Tardé años en perdonar a Wilhelm, pero, en el fondo de mi corazón, siempre supe que él estaba en lo cierto —confesó Irena—. Sólo odiaba tener que vivir sin él y sin los hijos que perdimos.

—Se habría sentido orgulloso de ver cómo has construido una nueva vida para Marianna y para ti.

Helmut desafió el silencio que reinaba en la mesa.

—Vi a Claus en los sesenta, ¿te lo dijo? —Miró la etiqueta de la botella de

champán que el camarero les había traído y asintió para dar su aprobación.

—Mencionó que se había encontrado contigo en una de las reuniones del ejército —respondió Charlotte.

—¿Puedes creerte que estuvimos los dos en el mismo regimiento, Claus durante toda la guerra y yo durante los últimos seis meses? Pero el Claus von Letteberg que me encontré después no era el hombre que recordaba de mis viajes a Grunewaldsee. Tuvo que resultarte duro cuidarlo, Charlotte. Había oído que las condiciones de las prisiones en los campos de guerra rusos eran peores que en los estadounidenses, y a mí me parecía que estos últimos ya eran un infierno. Sin embargo, no supimos toda la verdad de los campos soviéticos hasta que los hombres como Claus regresaron. No quería hablar del tema conmigo, por supuesto.

—Ni con nadie, Helmut. Pero tú, precisamente, entenderás por qué.

—Hay una gran diferencia entre dieciocho meses en un campo estadounidense de Renania y diez años en Siberia. Aun así, lo único que recuerdo de aquellos dieciocho meses es que quería morirme. Me despertaba, dormía y vivía entre la suciedad, al aire libre. Nunca había pasado tanto frío y tanta hambre, y nunca me había sentido tan olvidado y abandonado por el resto del mundo.

—Entonces, ¿de qué hablasteis Claus y tú cuando os visteis? —preguntó Charlotte, ya que no quería hablar sobre los campos de prisioneros de guerra, ni estadounidenses, ni soviéticos.

—De lo que hablan todos los viejos soldados en las reuniones: las malas decisiones tomadas por el alto mando. ¿Y Greta? —Helmut cogió a Irena de la mano y le dio una palmadita, como si deseara asegurarle que ya no sentía nada por su antigua prometida—. ¿Le gustó Inglaterra?

—Ya conoces a Greta —respondió Charlotte, intentando no demostrar su rencor—. Es como un gato, siempre aterriza de pie.

—¿De verdad era rico su marido? ¿Tenía una gran casa?

—El inglés no mintió al respecto; era grande, además de fría, llena de corrientes y destartalada. La vendió, junto con algunas tierras que tenía arrendadas, para comprarse una casa moderna y lujosa a gusto de Greta. También era lo bastante rico para tener cocinera y doncella, lo que le iba muy bien a mi hermana. Todavía pone sus intereses por delante de los de todos los demás.

—¿No tuvo hijos?

—Siempre dijo que no los quería, desde que era joven —respondió ella, sacudiendo la cabeza.

—Yo no podría vivir sin nuestras dos chicas —dijo Helmut, mirando a Irena.

—Contadme algo sobre ellas —les pidió Charlotte, emocionada.

—¿De nuestra hija o de la de Wilhelm? —le preguntó Helmut.

—¿Le contasteis a Marianna quién era su padre? —preguntó a su vez Charlotte,

conteniendo las lágrimas.

—No hizo falta. Lo recuerda, al igual que nuestro último día en Grunewaldsee. — Irena apretó con fuerza la mano de Helmut—. A menudo dice que fue el final de su infancia. Cuando fui a Bavaria después de la guerra, las dos utilizamos mi nombre de soltera. Después, cuando Helmut y yo nos casamos, cambiamos nuestro apellido por el suyo. Ya sabes lo difícil que fueron las cosas para los parientes de los conspiradores después de la guerra. Mucha gente nos consideraba traidores. Sin embargo, ahora usa el apellido von Datski y se enorgullece de él. —Charlotte apartó la mirada. Las cicatrices del dolor y el sufrimiento resultaban evidentes en el rostro de Irena—. Intenté ponerme en contacto contigo cuando nos casamos en Múnich, en mil novecientos cincuenta y tres, pero *Frau* Leichner había vendido la casa y se había mudado, y los nuevos propietarios no sabían nada de los antiguos inquilinos — explicó Irena—. Te dije muchas estupideces después de la guerra, Charlotte, crueldades que no sentía y de las que me arrepentí muy pronto. En retrospectiva, creo que sufrí una crisis nerviosa, pero no es excusa. Quería culpar a alguien por todo lo que había soportado y perdido. No bastaba con culpar a Wilhelm, porque él estaba muerto y no podía hacerle daño, ni obligarlo a comprender el dolor que me había causado a mí y a sus hijos. Sin embargo, tú sí estabas allí, con el corazón tan roto como yo. Lo supe por cómo lloraste a Karoline. Después, mucho después, quise escribirte. Más adelante, cuando me enteré de que podía ponerme en contacto contigo a través de tus editores, le di vueltas a la idea, pero no estaba segura de si querrías volverme a ver después de todo lo que te dije.

—Tendrías que haber sabido que sí, Irena. Estábamos más unidas que la mayoría de las hermanas —respondió Charlotte, de todo corazón.

—Marianna es arquitecta —anunció Helmut, muy orgulloso.

—Wilhelm y Paul estarían muy contentos.

—Eso le dijimos cuando se graduó.

—Y llamamos a nuestra hija Wilhelmina, en honor a uno de los hombres más valientes que he conocido. —Helmut les pasó a Irena y Charlotte dos de las copas de champán que el camarero había llenado.

—Ella es médica. Las dos están casadas y tienen hijos. Mina tiene una niña, y Marianna, gemelos.

—¿Gemelos? —Abrumada por la emoción, Charlotte metió la mano en el bolsillo en busca de un pañuelo.

—Wilhelm y Paul. Y son iguales que su abuelo y su tío abuelo, tal y como los recuerdo. Tienes que venir a vernos algún día para conocerlos, Charlotte. —Irena rebuscó en su bolso y le enseñó una fotografía a Charlotte.

Dos jóvenes rubios sonrientes le devolvieron la mirada. Irena tenía razón: había un gran parecido.

—Puedes quedártela, si quieres —le ofreció Irena—. Tengo otra.

Charlotte la dejó en la mesa, delante de ella.

—Me alegra mucho que los dos encontrarais la felicidad juntos —murmuró, incapaz de apartar la mirada de la fotografía.

—Un brindis —dijo Helmut, alzando la copa—. Por los dos Wilhelm y los dos Paul. —Después de levantar las copas y beber, siguió hablando—: Tienes que venir a vernos a Frankfurt, y no se trata de una de esas invitaciones educadas y vacías que se hacen constantemente.

Irena metió la mano en el bolso, y sacó otro pañuelo y un tarjetero. Cogió una tarjeta y se la entregó a Charlotte.

—Dentro de poco, ¿quizá en tu viaje de vuelta a casa?

Charlotte le dio la vuelta a la tarjeta y leyó la dirección comercial del otro lado.

—¿Tienes tu propia compañía, Helmut?

—Cuando Greta me dijo que no quería saber nada de mí, me fui a vivir con una de mis tías durante un tiempo. Le cogí prestadas algunas joyas, las empeñé y compré un camión americano. Seguramente no le pertenecía al soldado que me lo vendió, pero mucha gente quería llevar cosas de un lado a otro del país. Era una forma de ganarse la vida, y pude recuperar las joyas de mi tía en un solo mes.

—Cuatro años después, ya tenía una flota. Diez años después, su compañía se encontraba entre las cincuenta más importantes de Alemania —añadió Irena.

—Nuestra compañía —la corrigió Helmut.

—Greta se habría muerto de envidia —comentó Charlotte, sonriendo.

—Se me había olvidado lo mucho que os peleabais las dos.

—Nunca hemos dejado de hacerlo, Helmut.

—¿Todavía vives en Estados Unidos o has regresado a Europa para buscar casa? —le preguntó Irena.

—Este viaje me ha convencido de que ya no me queda ninguna razón para volver —respondió Charlotte, mientras se bebía el champán.

—Vimos el artículo que publicaron sobre ti en la revista *Life*.

—Espero que no os creyeráis todo lo que decía, Irena. No soy más que una pintora eventual que tiene suerte de estar en activo.

—¿Has ido a Grunewaldsee? —le preguntó Irena.

—Sí, y Marius sigue allí.

—Una de las razones por las que hemos vuelto es para hacerles fotos a la casa de mi padre y a la tuya, para Marianna y Mina. —Irena dejó la copa en la mesa.

—A Marius le encantaría verte, Irena. Y a ti también, Helmut —añadió Charlotte—. De hecho, precisamente ayer hablábamos de ti y tu costumbre de darle regalos a escondidas a la gente, susurrando: «No se lo digas a Greta».

—Greta tenía un lado mezquino —respondió él, entre risas—. Odiaba verme

regalar cosas, aunque fuera algo que ella no quería.

—Marius se ha esforzado mucho en el cuidado de Grunewaldsee. Hasta colocó placas conmemorativas en la iglesia para Paul, Wilhelm, mamá y Minna. Y el nuevo propietario ha hecho un trabajo de primera clase restaurando la casa. Preparaos para verla igual que estaba. Mañana voy a reunirme con él. —Charlotte cogió la mano de Irena—. ¿Venís conmigo?

—¿Podemos? —preguntó ella, mirando a su marido.

—Si Charlotte está segura de que no supondrá un problema.

—Lo estoy —afirmó ella, levantándose—. Si me disculpáis, tengo que hacer algunas cosas.

—Por supuesto, pero tienes que cenar con nosotros esta noche —le pidió Irena.

—Será un placer.

—Te esperamos en el comedor a las ocho.

—Allí estaré. —Les dio un beso a los dos—. Es maravilloso volver a veros.

Charlotte se detuvo en el vestíbulo. La tienda en la que vendían joyas de oro, plata y ámbar lanzaba destellos seductores bajo la luz reflejada de una araña de cristal. Examinó las vitrinas de pendientes, collares, broches y pulseras, y entró. Después de una inspección más atenta descubrió que las piezas estaban creadas con esmero, que eran de buena calidad, aunque caras, como casi todo lo producido en Polonia para el mercado alemán.

Miró a su alrededor hasta que encontró una bandeja con joyas de factura más tradicional. Llamó a la dependienta y empezó a comprar. La factura final hizo que la vendedora se quedara pálida, pero Charlotte le pasó la tarjeta de crédito sin alterarse. Después le pidió a la chica que metiese todas las compras en una caja, cogió una de las hojas del cuaderno que usaban para hacer las facturas y escribió: «Para Greta, como compensación por las joyas que me robaron los rusos al final de la guerra».

Vaciló. Escribir «Con amor, Charlotte» habría sido una hipocresía. En su lugar, se decidió por: «Con mis mejores deseos, Charlotte».

Capítulo 23

De vuelta en su habitación, Charlotte miró de reojo su reflejo en el espejo. Tenía la cara pálida, lo que acentuaba las sombras bajo sus ojos. ¿Era la falta de sueño? ¿O era el cáncer que estaba ganando la batalla que sostenía contra su cuerpo? De pronto se sintió agotada, demasiado exhausta para enfrentarse a la vida diaria, y menos aún a más recuerdos traumáticos o desoladores. Habría sido muy fácil comprar una novela, tumbarse en la cama y esperar a la muerte, que ya no era el coco de su infancia sino, en el mejor de los casos, una amiga bienvenida que la conduciría con la gente que quería y, en el peor, le llevaría el muy necesario descanso que tanto había anhelado.

De nuevo, sintió que su cuerpo le estaba diciendo que le quedaba muy poco tiempo. No había error posible en el mensaje o su urgencia, pero no había sentido o lógica tras él. Ni siquiera sentía verdadero dolor.

De una cosa que estaba segura tras reunirse con Helmut e Irena era que no estaba tan preparada como creía. Había organizado el reparto de sus bienes y la disposición de sus más personales y preciadas pertenencias, pero aún quedaban cartas por escribir. A los nietos de Wilhelm, su tocayo y el de Paul, a los que nunca conocería. Una disculpa a Claus y Carolyn por regresar a su tierra natal sin ellos y engañarles sobre un segundo viaje que nunca harían, al menos no juntos. Al albacea de su testamento, Samuel Goldberg, para cambiar los planes que había hecho para su funeral, una cremación y que esparcieran sus cenizas en Connecticut. Y a sus herederos directos, sus hijos y nietos, para que permitieran que la enterraran sin ceremonia en el lugar al que siempre había pertenecido: Grunewaldsee.

¿Y Greta? ¿Debería añadir algo a la críptica nota que había puesto en las joyas? Quizá no. Tal vez era mejor dejar estar algunas cosas, porque no dudaba que si le ofrecía a Greta la rama de olivo del olvido desde más allá de la tumba, para empezar, su hermana no comprendería qué había hecho para ofenderla.

Cogió el teléfono y marcó el número que Marius le había dado de la mansión. Sonó un par de minutos hasta que lo cogió un hombre extraño. Por suerte, hablaba alemán y, después de pedirle que repitiera su nombre dos veces, llamó a Marius. A juzgar por la cantidad de ruido de fondo (golpes, trancazos y voces masculinas diciendo palabrotas en polaco y en ruso), supuso que estaban metiendo los muebles del nuevo dueño.

—*Fräulein* Charlotte, ¿pasa algo? —jadeó Marius sin aliento al otro lado de la línea.

—En absoluto, Marius, siento molestarte. Por favor, acepta mis disculpas. Ha surgido algo esta tarde y no puedo ir a visitarte... Sí, gracias, estaré contigo mañana por la mañana... Estoy bien, es sólo que me tengo que ocupar de un asunto de negocios, y tengo cartas que escribir... ¿Laura?... Sí, si está allí, me encantaría

hablar con ella. Gracias.

Charlotte llevó el teléfono a la mesa a la que se había desplazado delante de la ventana abierta. Estaba lo bastante cerca como para respirar el aire del lago y sentir el calor del sol, y fuera del alcance de la brisa que habría volado sus papeles.

—¿Oma? —Laura estaba aún más sin aliento que Marius, y Charlotte pensó que la debía de haber llamado desde fuera—. Mischa va a llevarme de vuelta al hotel. Estaré contigo dentro de poco...

—No, cariño. Por favor, no interrumpas tu jornada. Estoy tremendamente ocupada.

—¿Ocupada? —repitió Laura—. ¿No estás descansando?

—Unos amigos oyeron a Mischa llamándome esta mañana y reconocieron mi nombre. Investigaron en recepción y pidieron al personal que contactara conmigo. No los había visto desde poco después de la guerra, así que teníamos que ponernos bastante al día. —A Charlotte le pareció que no era completamente una mentira.

—Oma...

—De verdad que estoy bien, Laura. He organizado una cena con ellos en el restaurante del hotel a las ocho. Puedes venir con nosotros, si quieres —añadió cuando se le ocurrió después—. Pero si prefieres quedarte con Brunon y Mischa, tampoco pasa nada. Prefiero que te lo pases bien con gente joven.

—La novia de Brunon ha venido de Varsovia. Mischa ha organizado una barbacoa para esta noche...

—Entonces debes ir. —Charlotte estaba aliviada, porque Laura no estaría allí para poner restricciones a una conversación que iba a centrarse en acontecimientos sucedidos mucho antes de que ella hubiera nacido.

—¿Puedo conocer a esa gente mañana? —preguntó Laura.

—Van a ir a visitar Grunewaldsee. Dile a Marius... Dile que Irena von Datski va a ir a casa y desea verle de nuevo.

—¿Una prima?

—Cuñada.

—La mujer de uno de tus hermanos...

—Es demasiado para contártelo por teléfono, cariño. Hablaremos más tarde. Diviértete con Brunon y Mischa esta noche, y dales recuerdos a Marius y Jadwiga.

Charlotte acabó de escribir su última carta a las seis de la tarde. Dobló el papel pulcramente en tres partes, abrió un sobre, metió la hoja en él, y lo cerró. Lo colocó delante de ella, encima del montón sobre la mesa, se inclinó adelante y las repasó.

No estaban en ningún orden particular, y miró los nombres que había escrito en el exterior, intentando pensar si había algo que hubiera olvidado decirle a alguno de ellos, o si había alguien que se hubiera dejado fuera.

Laura: Decirle que le había dejado todas sus joyas, que podía vender o llevar, como prefiriera, pero que preferiría que conservara el collar de ámbar, lo llevara de vez en cuando y le recordara no sólo a ella, sino a Sascha. También le confiaba su diario y todos los cuadros y los muebles de su casa, así como los dibujos de Grunewaldsee y Sascha. Y uno de los tres álbumes de fotografías que Marius le había guardado.

Claus: Decirle que le había dejado uno de los álbumes, así como toda su tierra en Connecticut y su casa; pero no sus muebles, cuadros y joyas, eso se lo dejaba a Laura.

Samuel: Informarle de los nuevos preparativos que había dispuesto sobre la inhumación de su cuerpo. Y, junto con su gratitud por su amistad de sesenta años, darle todos los cuadros que había prestado a galerías de Londres para que hiciera con ellos lo que quisiera.

Irena: Sonrió cuando vio el nombre de su cuñada. Si había algo parecido al destino, sin duda él había traído a Helmut e Irena a Olsztyn y a este hotel concreto al mismo tiempo que a ella; el tercer álbum de fotografías que Marius había guardado, junto con la Biblia de la familia para que los nombres de los hijos de Marianna pudieran escribirse bajo el del suyo, el de su desaparecida tía Karoline, y el bebé de Irena y Wilhelm, que había muerto en Ravensbruck.

Para sus hijos, Erich y Jeremy, y sus nietos más jóvenes, Luke y Erich, simples despedidas.

Marius: No esperaba encontrar a Marius, pero había más de cincuenta mil dólares en su cuenta corriente, y le pidió a Samuel que se encargara de que él, Jadwiga y Brunon los recibieran.

Greta: Las joyas que había comprado en la tienda de recuerdos del hotel.

Para el fondo fiduciario establecido en nombre de Peter Borodin: El resto de sus bienes, todos sus cuadros que no habían sido regalados ni vendidos, y todas sus futuras regalías mundiales, que Hacienda había calculado en poco más de seis millones de dólares.

Colocó todos los sobres junto a los paquetes que había puesto en su maleta vacía, situada sobre el portaequipajes al lado del armario.

Abrió el armario, sacó un vestido de noche negro liso y una chaqueta que había comprado para una cena en honor de Claus el año que lo liberaron de Rusia, y los colgó de la puerta antes de entrar a darse un baño.

Laura se inclinó por la borda del barco y arrastró los dedos por el lago. El sol se había puesto horas antes, pero el agua estaba cálida, el cielo sobre ellos salpicado por lo que parecía un millón de destellantes estrellas. Se sentía exaltada por el exceso de vino, canciones e incluso diversión. Hacía mucho tiempo desde que se había tomado tiempo para descansar, e incluso más desde que había pasado fuera un día entero sin

dedicar un solo pensamiento al trabajo.

—Ha sido divertido, y una barbacoa genial, gracias —le dijo a Mischa, que estaba agachado en la popa, moviendo la barra del timón en un intento por atrapar la poca brisa que había.

—Ha sido un buen día —se mostró él de acuerdo—, y cuando mi abuelo venga mañana será incluso mejor. Es muy divertido.

—Tengo muchas ganas de conocerlo. ¿A que la novia de Brunon es muy agradable?

—Mucho —afirmó él secamente—. Forman una parejita encantadora.

—Eso suena condescendiente y sarcástico.

—¿Sí? —Sacó un cigarro del bolsillo, se lo puso en la boca y, prendiendo el mechero con la mano libre, lo encendió—. ¿No te hacen sentir como si tuvieras cien años?

Laura miró arriba. Los ojos de Mischa eran oscuros a la luz de la luna y era difícil distinguir su expresión.

—Al menos ciento diez —contestó con frivolidad—. Pero claro, me he sentido con esa edad desde que cumplí treinta.

—La tercera década es la cínica. Debería de saberlo, tengo treinta y tres. Pero, como has dicho, la chica es agradable y hacen una buena pareja. No me cabe duda de que dentro de un año, o quizá incluso menos, el cura católico los estará casando. Ella irá con un vestido blanco, una corona de rosas en la cabeza y un ramo en la mano, y él vestirá un traje oscuro y camisa blanca con cuello almidonado, que parecerá muy grande y muy incómodo.

—Hay destinos peores en la vida.

—Desde luego. No tengo nada en contra del matrimonio, sobre todo en esta época de divorcios rápidos y fáciles.

—Eres un cínico. —Lo observó exhalar, y el humo del cigarro se cernió azul y espeso en el aire entre ellos—. Fumar es muy malo para la salud.

—Pero, a veces, como ahora, al final de un largo, soleado y agradable día de verano, es divertido. —El extremo de su cigarrillo resplandecía formando un arco mientras se lo llevaba de nuevo a la boca—. Marius está muy emocionado por volver a ver a tu tía-abuela. ¿Cómo es?

—No la conozco —confesó Laura.

—Yo pensaba que no sabía mucho de mi familia, tú parece saber incluso menos de la tuya. ¿Nunca tuviste curiosidad como para preguntarle a tu abuela por su familia y su vida aquí antes de la guerra?

—Una de las razones por las que vine aquí fue para conocer el pasado de mi abuela. No hemos hablado mucho todavía, pero como viste, me dio su diario esta mañana para que lo lea. Pienso empezar esta noche.

—¿Te gusta Grunewaldsee o te ha decepcionado?

—No es lo que yo esperaba. De lo poco que mi abuela había dicho, supuse que era una pequeña granja, y por los periódicos creía que Polonia estaría empobrecida.

—No dejes que las apariencias te engañen, sí que lo está. Pero no será por mucho tiempo, tal como está trabajando todo el mundo.

—Entonces ¿cómo ganó tu abuelo suficiente dinero para comprar y reformar Grunewaldsee? —sondeó ella.

—¿Tú qué crees?

—No tengo ni idea.

—No le dijo a mi padre que le diera dinero de la mafia.

—¿Es que nunca hablas en serio? —replicó ella, irritable.

—¿Cómo sabes que no hablo en serio? Pero, por otra parte, mi abuelo aceptó muchos, muchos sobornos cuando trabajaba para la KGB. —Se rio cuando ella frunció el ceño—. Los ingleses sois tan inocentes cuando se trata de la forma de los rusos de hacer las cosas... Es fácil reírse de vosotros.

—Tienes que admitirlo: un momento sois fervientes comunistas sin posesiones personales y al siguiente hay un exceso de millonarios.

—Mi abuelo encontró oro en Siberia.

—¿Es que nunca dices la verdad?

—Sólo sobre cosas triviales. Pero al contrario que los estoicos británicos, en Rusia hablamos sobre nuestras familias y los muertos todo el tiempo. Sobre todo a quienes están de luto. Creemos que les reconforta saber que no se ha olvidado a la gente que amaban. Después de todo, la muerte es un estado natural y todos estaremos en él algún día.

—Así habla un auténtico eslavo melancólico.

—¿Y qué sabes tú sobre eslavos melancólicos?

—He leído parte de *El último verano*.

—Ése fue el oro que mi abuelo encontró en Siberia. Él lo escribió.

—¿De verdad? —Mischa era una mezcla tan extraña de sarcasmo y ligereza que Laura no estaba segura de si creerle o no.

—Dice que cada vida debería estar especiada con un poco de tristeza para proporcionar un contraste a la felicidad. Sin embargo, maldice a los hados por verter el tarro de especias entero en la suya. Pero, aun así, insiste en que es imposible disfrutar por completo de los buenos tiempos, si no tienes nada con que contrastarlos. Y si no has vivido la tragedia y la miseria no te puedes identificar con los pobres, y si no puedes hacer eso, no donarás a la caridad, que es por lo que compró Grunewaldsee y la puso a nombre de una fundación benéfica.

—¿Quién se va a beneficiar de ella?

—Para empezar, yo. —Mischa sonrió—. Me mudo a un apartamento

independiente dentro de la mansión.

—Eso no me suena muy benéfico.

—Perdí a mi madre con seis años, así que soy medio huérfano. Pero la fundación va a necesitar mucho dinero si quiere continuar. Mantener Grunewaldsee es caro. Por eso mi abuelo y yo aún estamos hablando con mi padre. Tiene más dinero del que sabe qué hacer con él. A veces desvía un poco de sus garitos de juego, redes de narcos y burdeles para donarlo a la beneficencia.

—Ahora te estás riendo de mí.

—En absoluto.

—Eres muy adecuado para hablar de caridad. Entre el barco, los coches deportivos, los caballos, la casa del lago y la reforma de Grunewaldsee, ¿qué vas a hacer para aliviar la pobreza?

—No lo suficiente. —Inhaló su cigarrillo por última vez, lo apagó en el lago, luego se metió con cuidado la colilla en el bolsillo—. Pero mira qué alma tan caritativa soy: no quiero envenenar a los peces. Y aquí está el embarcadero de tu hotel. —Dejó caer la vela y lanzó el ancla por la borda.

—Gracias por traerme de vuelta. He disfrutado el viaje. ¿Quieres venir a tomar algo?

—A esta hora estará todo cerrado.

—El mini-bar de mi habitación, no.

—He oído hablar de las chicas inglesas. Seducís a los hombres y os deshacéis de ellos. No pretendo convertirme en tu juguete, ni siquiera por una noche, *Fräulein* Laura. —Le tendió la mano, ella la cogió y él la ayudó a llegar al embarcadero. Cuando estuvo allí, Mischa recogió el ancla y desplegó la vela. El bote ya se dirigía hacia el centro del lago cuando la llamó—: Buenas noches, *Fräulein* Laura. Hasta mañana.

Nueva York

Sábado, 28 de mayo de 1988

Me quedé un tiempo antes de comprender que no había nada que pudiéramos decirnos que no supiéramos ya. Si hablaba con él sólo conseguiría abrir viejas heridas e infligir nuevas que nos harían daño a los dos.

Le vi firmar unos cuantos libros más, luego me alejé.

No volví a mirar atrás.

Laura saltó, asustada cuando la alarma del reloj en la mesilla de noche sonó. Se dio cuenta de que había pasado toda la noche leyendo el diario de su abuela, y le había dicho a Marius que estarían listas a las diez para que las llevara a comer a

Grunewaldsee.

Descorrió las cortinas, abrió la puerta y salió al balcón. El sol brillaba con fuerza, el suelo estaba caliente bajo sus pies descalzos. Miró por encima del murito.

Charlotte estaba sentada cerca del mismo en una estrecha franja de sombra con una sonrisa en la cara y una taza de café frente a ella.

—Buenos días, Oma. —Laura se sentó en el muro y pasó las piernas hacia el lado de Charlotte—. ¿Tuviste una buena cena anoche?

—Muy buena —sonrió su abuela.

—Marius estaba muy emocionado cuando le dije que Irena von Datski iría hoy a visitar Grunewaldsee. Me contó que era la mujer de tu hermano.

—Lo era, y tiene muchas ganas de conocerte y hablarte de tus primos segundos. Ella y su marido Helmut se unirán a nosotros tras el almuerzo en la casa.

—¿Llevas mucho despierta?

—No mucho. Es una mañana preciosa, ¿verdad?

—Sí que lo es —dijo Laura mirando al lago; luego se volvió hacia Charlotte—. Leí tu diario.

—¿Entero?

—Entero —confirmó su nieta.

—Entonces no habrás dormido.

—No.

—Debes de estar agotada.

—No lo estoy. Y ahora comprendo por qué tomaste las decisiones que tomaste. Sobre todo por qué dejaste a mi abuelo y a mi padre.

—Esa decisión no fue fácil, Laura. Pero Claus me necesitaba más que ellos.

—Mischa me contó anoche que su abuelo escribió *El último verano*. —Incómoda cuando Charlotte permaneció en silencio, Laura añadió—: Siempre está gastando bromas, no estaba segura de si creerle o no.

—Lo sospechaba.

—¿Entonces el abuelo de Mischa es tu Sascha?

—No. Eso sí que lo sé. —Charlotte temblaba al levantarse de su silla.

—No tenemos que ir a Grunewaldsee esta mañana.

—Sí que tenemos —la contradujo Charlotte—. Quiero ver al abuelo de Mischa de nuevo, pero estoy aterrada de enfrentarme a la verdad: que el gran amor de mi vida fue una farsa. Que Sascha me vio vulnerable e ingenua, y me usó para salvar su vida y la de sus hombres. Y a pesar de todo lo que hizo por mí, incluyendo salvar mi vida en el bosque, nunca significó para él lo mismo que él para mí.

—El diario...

—Lo escribió una joven solitaria con un matrimonio infeliz, que sólo veía lo que quería.

Incapaz de reconfortarla o comentar los miedos de Charlotte, Laura dijo:

—También entiendo por qué tía Greta odia a todos los rusos. Tío Erich me contó una vez lo que hicieron cuando invadieron Prusia Oriental. Las violaciones, los asesinatos, la brutalidad...

—Lo que escribí en mi diario es la verdad, Laura —interrumpió Charlotte—. Pero los rusos no se portaron de forma distinta a los alemanes que invadieron Rusia en mil novecientos cuarenta y uno. Y, por desgracia, tampoco de la forma en que se comportan los ejércitos de media docena de países del mundo ahora mismo. —Miró a su nieta a los ojos—. Si le dan la opción, lo que la mayoría de la gente quiere hacer es vivir tranquila y en paz, rodeada por su familia y por sus seres queridos. A ser posible, fuera de la pobreza y la necesidad, para criar a sus hijos decentemente y que puedan buscar un futuro que merezca la pena.

—Si todo el mundo pudiera hacer eso...

—¿No sería maravilloso? Pero ya es suficiente filosofía para una mañana.

—Lo siento muchísimo, Oma.

—No puedes sentirlo, no por cosas que sucedieron antes de que nacieras. Y, en conjunto, he tenido una vida muy buena. Mucho más larga y mejor que la de la mayoría de la gente de este planeta. Ahora cámbiate ese pijama de Mickey Mouse o Marius creerá que eres una refugiada de Disneyland.

Un hombre mayor bajó corriendo los escalones de la mansión en cuanto Marius pasó con el coche por la cancela de Grunewaldsee. Alto y delgado, su edad sólo se volvió aparente cuando entró en el patio iluminado por la luz directa del sol. Unos pasos detrás de él caminaba Mischa.

Abrió la puerta del copiloto en cuanto Marius detuvo el coche. Charlotte salió, se quedó delante de él mirándolo, y lo abrazó.

Como notó que allí sobraban, Mischa acompañó a Laura a la mansión.

—Tienes todo un nieto, Leon. —Charlotte apoyó la mano en lo alto del coche en un esfuerzo por calmarse—. Debería haberlo sabido desde el principio. Alto, delgado, pelo negro...

—Hace mucho que ya no tengo la cabeza llena de pelo. —Se pasó los dedos por el escaso cabello gris—. Ya aviso a Mischa que esto es lo que le espera con la edad. —Le ofreció el brazo—. ¿Sería para ti demasiado degradante pasear con un anciano que llegó a Grunewaldsee como prisionero de guerra ruso infrahumano, condesa von Letteberg?

—Yo nunca pensé en ti ni en tus compañeros como en infrahumanos, Leon.

—Perdona, un mal chiste —se disculpó—. Te debo la vida.

—Lo poco que hice era lo menos que un ser humano podía hacer por otro.

—Nos diste comida, jabón, ropa, y procuraste que estuviéramos calientes en

invierno, y arriesgaste tu vida, y la de tu familia, para hacerlo. A la gente le disparaban por menos.

Ella flaqueó cuando llegaron al primer escalón. Se apoyó pesadamente en su brazo, repentinamente débil y jadeante.

—Creo que necesitas sentarte.

—Es el calor.

—O la conmoción de ver rusos metiendo sus muebles en Grunewaldsee — comentó él, mientras un hombre pasaba a su lado llevando una pila de sillas.

—He visto las habitaciones de la planta baja. No creo que muchos von Datski desaprobaban tus reformas.

—Cuando por fin me soltaron de los campos y dieron una amnistía general, descubrí que era un hombre extremadamente rico. Mis agentes de Londres y Estados Unidos me habían abierto cuentas bancarias. Miré todo aquel dinero y supe que nunca podría quedármelo. Hablé de ello con Mischa, y fue idea suya usarlo para crear la fundación Peter Borodin y establecer una academia para jóvenes músicos. Un lugar donde los pupilos pudieran venir con sus maestros y tocar con otros, con la intención de formar una orquesta verdaderamente internacional. Parecía buena idea. La música es un lenguaje universal. Y la música fue lo primero que os unió a ti y a Sascha en Rusia.

—Leí la entrevista que te hicieron en la revista *Time* cuando creaste la fundación, pero no tenía ni idea de que Grunewaldsee iba a ser la sede de la academia.

—Ni yo tampoco, por aquel entonces. Pero sabía que aprobarías la idea de la academia por la generosa aportación que hiciste a la fundación. Y he visto detalles de la donación que has dejado en tu testamento.

—¿Has visto mi testamento?

—Soy tesorero de la fundación.

—Es una maravillosa idea, sobre todo las becas para niños refugiados que no tienen país. No se me ocurre mejor manera de combatir la clase de prejuicios que florecieron durante la guerra o un mejor uso para Grunewaldsee.

—Cuando vine aquí poco después de mi liberación y descubrí que estaba en venta, me pareció que era el destino. Pero aún hay mucho trabajo que hacer. —Señaló en dirección a las antiguas cabañas que Laura, ella e incluso Marius habían supuesto que iban a convertirse en habitaciones de hotel—. No estaremos operativos hasta que tengamos un lugar en el que puedan dormir los niños. ¿Te ha contado Mischa que es un músico de gran talento?

—No.

—Hemos nombrado un director para la academia, pero Mischa será uno de sus asistentes, y en cuanto el bloque de dormitorios esté terminado, llegarán las primeras clases. Esperemos que para final de mes. También hemos pedido a UNICEF que

nomine candidatos adecuados para las plazas de refugiados.

—Sería maravilloso si algún día en el mundo ya no hubiera refugiados.

—Dudo que eso suceda hasta mucho después de que tú y yo nos hayamos ido. — La condujo a la salita, que ya no estaba vacía, sino llena de cómodas sillas de respaldo alto y pequeñas mesas—. ¿Quieres un café o un vaso de vino? Mischa tiene un par de botellas aquí que ha guardado para una ocasión especial, y no se me ocurre nada más especial que esto.

—Vino estaría muy bien, gracias. —Se sentó en una silla y miró alrededor. Comprensiblemente, el mobiliario se había elegido más por su fuerza y durabilidad que por su apariencia, pero nada podía destruir la pacífica atmósfera de la bella habitación. Por primera vez, miró al futuro de su antiguo hogar en vez de al pasado, y vio la habitación llena de estudiantes, hablando de música, arte, política, poesía... poniendo el mundo en su sitio, como había hecho cada generación, y, con suerte, haciendo un mejor trabajo que el de sus predecesores.

—El permiso para albergar la academia nos llegó hace sólo ocho semanas.

—¿Y si no os lo hubieran dado? —preguntó ella.

—Habríamos tenido que engrasar algunos bolsillos.

—Sascha solía decir que bromearías con Satán a las puertas del infierno.

—¿Y quién está bromeando? —Abrió la botella—. Ahora que casi todos los detalles están terminados, predigo con seguridad que todas las camas de este lugar se llenarán en cuanto esté listo. La última vez que contamos, Mischa había logrado ofrecer plazas a doscientos niños de quince países para el próximo curso. No es un mal comienzo. —Le llenó la copa y se la puso al lado en la mesa—. ¿Qué piensas de nuestro Mischa?

—Tiene unos ojos azules muy familiares.

—Te has fijado. —Levantó la copa—. Por tu muy buena salud y felicidad, Grafín von Letteberg.

—Preferiría brindar por Sascha, Leon. —Charlotte se había echado atrás.

—Por Sascha. —El ruso tocó con su copa la de ella.

—¿Podemos hablar de él? —preguntó Charlotte suavemente cuando ambos hubieron bebido. Él acercó su silla y se puso al lado.

—¿Por dónde quieres que empiece?

—El claro en el bosque. No entiendo por qué no os dispararon a todos allí y en ese momento.

—Nosotros tampoco lo entendimos por aquel entonces. Después oímos que el hijo de Stalin había sido prisionero de guerra en Alemania. Los alemanes esperaban usarlo como moneda de cambio por prisioneros de alto rango alemanes, y le habían dado todo lo que quería, comida, bebida, mujeres. Como resultado, cuando fue liberado, le dijo a su padre que no podía confiarse en ningún soldado ruso que

hubiera estado en manos alemanas. Así que nos enviaban a Siberia para «reeducación política» y trabajos forzados.

—Escuché un disparo mientras corría —dijo Charlotte.

—El oficial que sostenía la pistola junto a la cabeza de Sascha vio moverse a una de las mujeres alemanas. Le disparó.

—Marius dijo que os volvieron a llevar a Grunewaldsee.

—Sí, en ese momento estábamos contentos de no estar tirados en la nieve junto a tu madre y su doncella. —Los ojos de Leon se nublaron de dolor al recordar.

—¿Os enviaron a todos a campos de trabajo?

—Sí. No se molestaron con juicios. Nos habían cogido tras las líneas enemigas, era obvio que habíamos sido prisioneros, y, gracias a ti, no parecía que nos hubieran tratado mal o hubiéramos pasado hambre.

—¿A cuánto tiempo os sentenciaron?

—¿No conoces el viejo chiste sobre el prisionero que se quejaba de que había sido sentenciado a cinco años en Siberia por nada, y le dijeron que tenía que estar equivocado? La sentencia por «nada» era de diez años. A Sascha y a mí nos cayó bastante más.

Charlotte se tapó la boca con la mano.

—Lo único que queríamos hacer era ir a casa y ver a nuestras familias, pero a cada uno nos dieron un billete de ida al Este.

—Después de todo lo que sufristeis...

—No había nada que hacer excepto aceptar lo inevitable. Conjurar el legendario fatalismo en el alma rusa. Pero ya has leído *El último verano*, Charlotte. Sabes lo que pasó.

Capítulo 24

Charlotte se obligó a retroceder hasta aquel día nevado de enero de 1945. Una vez más los gritos de Sascha resonaron en sus oídos mientras corría por su vida, lejos del claro ensangrentado y lleno de cuerpos.

—No he podido olvidar la última vez que vi a Sascha —meditó, y conjuró la última imagen que tenía de su amante—. Estaba arrodillado sobre la nieve, un oficial sostenía un arma junto a su cabeza, pero él no dejó de gritarme que corriera... y corrí porque eso era lo que Sascha quería que hiciera... pero lo he lamentado desde entonces, Leon. —Se giró hacia él—. Si me hubiese quedado en aquel claro podrían habernos disparado juntos.

—No le habrían disparado a Sascha, pero a ti sí, y tú llevabas a su hijo —le recordó Leon—. Eso hubiera sido para él una carga infernal que llevarse a Siberia.

—Murió de todos modos.

—No hasta 1947, y sus noches, cuando estaba en su mundo de ensueño contigo, fueron buenas.

—Oí aquel disparo cuando ya no divisaba el claro, y estaba segura de que el oficial había asesinado a Sascha. Creí que había muerto allí, hasta que supe de un libro llamado *El último verano* que había salido ilegalmente del gulag ruso hacia Occidente. Compré un ejemplar tan pronto como fue publicado, años antes de que fueras a Nueva York en aquella gira publicitaria. Y cuando lo leí, comencé a albergar esperanzas.

—Sascha y yo nunca hablamos del viaje a Siberia una vez que llegamos al campo. Era simplemente algo que soportar, por eso no lo mencioné más adelante en el libro.

—Debió de ser horrible.

—Un viaje al peor infierno católico no podría haber sido más terrible, aunque podría haber sido más cálido. Apenas había trenes porque hacían falta en otros sitios, de modo que pasábamos días y a veces semanas en campamentos temporales. No había casas para alojarnos. En los días buenos teníamos solamente una comida de sopa aguada, en los malos, nada. Había más días malos que buenos, y, sin un refugio, es duro sobrevivir al invierno ruso. Para cuando llegamos a nuestro campamento de destino, sólo permanecíamos vivos cuatro de los doce que dejamos Grunewaldsee.

—Lo siento mucho, Leon.

—Había veces en el campo que pensábamos que los que habían muerto eran afortunados. Como castigo por disparar a un oficial superior y ayudar a escapar a un enemigo, Sascha fue condenado a reeducación política y a trabajos forzados de por vida. Como su teniente, a mí me echaron cuarenta años.

—Fue culpa mía —gritó Charlotte.

—Nada de lo que nuestros compatriotas le hicieron a Sascha después de la última vez que te vimos fue culpa tuya, Charlotte. Esperaba que me preguntases por él aquel día que compraste *El último verano* en Nueva York. ¿Por qué no lo hiciste?

—Porque ninguno de los dos hubiera podido hablar y llorar al mismo tiempo, y no quería hacer una escena. Había guardado una pequeña y delgada esperanza de que Sascha aún viviese desde el día en que oí hablar por primera vez de *El último verano*. Después de leerlo, estaba segura de que lo había escrito él. Cuando escuché que Peter Borodin estaba de gira por Estados Unidos decidí contactar con él a través de su editor. Pero antes de enviar la carta que escribí, vi una entrevista que diste en televisión, y supe que Sascha estaba muerto y que tú, y no él, habías escrito el libro...

—Charlotte...

—Por favor, Leon, déjame terminar. Cuando te vi sentado en aquella librería, supe que no era lo bastante fuerte para escuchar cómo había muerto Sascha. Sólo la idea de su sufrimiento...

Leon se aproximó y tomó su mano en la suya. Ella lo miró a los ojos.

—En mi corazón, supe que Sascha había muerto antes. Tuve un colapso en febrero de mil novecientos cuarenta y siete. Tenía que cuidar de Erich, pero no quería vivir, ni siquiera por él. Y, mirando atrás, creo que estaba conectada de alguna manera a Sascha. No podía parar de pensar en él, y sabía, incluso entonces, que no volvería a verlo de nuevo.

—Febrero... —Leon se quedó en silencio un momento—. Sascha se fue a dormir como solía la noche del sábado, el 23 de febrero de 1947, y nunca despertó. Me gusta pensar que simplemente se quedó en aquella otra vida con la que soñaba cada noche y de la que me hablaba con todo detalle. Hubiera escrito el libro él mismo si le hubieran dejado lápiz y papel. En vez de eso, hablábamos de ello todas las noches, y me hizo aprendérmelo de memoria. Incluso cuando le decía que estaba demasiado cansado para escuchar, él hablaba. Era casi como si él supiera que yo sobreviviría y él no.

—Entonces *El último verano*...

—Ya te lo he dicho, Sascha escribió cada palabra —dijo Leon con firmeza—. Era su historia, la suya y la tuya. Yo simplemente sostuve el lápiz que puso sus palabras en el papel. Y te juro que, dondequiera que esté, él miraba por encima de mi hombro mientras escribía el libro. Si me desviaba tan sólo una palabra, me llamaba la atención, forzándome a recordar aquellas largas noches de invierno siberiano cuando me hacía escucharle y repetir sus palabras, una y otra vez, aunque todo lo que yo quisiera hacer fuera dormir. Ése es el por qué yo no podía quedarme ni uno de los derechos de autor. No eran míos. Eran suyos... y tuyos.

—¿El libro es realmente suyo?

—Te lo juro. No sobre la Biblia porque, como Sascha, soy un viejo comunista y ateo, pero lo juraré sobre *Das Kapital* si quieres.

—Te creo, Leon —sonrió ella.

—Cuando me concedieron el perdón quería contarle al mundo lo que Sascha había escrito, pero mis editores no me lo hubieran permitido. Un autor vivo puede hablar, provocar interés y atención en los medios. Uno muerto obtendría un simple artículo en el mejor de los casos. El libro fue un éxito en Occidente, pronto será publicado en Rusia. Todos quieren conocer a un superviviente de los infames gulags. Mischa ha revisado la legislación de los derechos de autor y me ha convencido para continuar la farsa por el bien de la fundación Peter Borodin. El nombre del libro no era ni mío ni de Sascha, pero, como Mischa dijo, la historia pertenece a cada soldado ruso que haya sido hecho prisionero por los alemanes primero, y por sus propios compatriotas después. Lo que importaba era el uso que le diéramos a los derechos de autor. Fue muy convincente.

—Creo que Sascha hubiera aprobado lo que hicisteis con el dinero.

—Tu donación me causó una gran impresión. No por el dinero, sino porque supe que le habías dado a la idea que había detrás de la fundación tu bendición. ¿Sabías que fui a buscarte antes de que vinieras a aquella firma?

—No.

—Te vi.

—¿Dónde? ¿Cuándo? —Su mano comenzó a temblar.

—En Nueva York. —Él le tomó gentilmente la copa de vino y la puso en la mesa frente a ellos—. Era una exposición de arte; estabas con un joven. Se parecía tanto a tu marido, que me pregunté si se había congelado en el tiempo.

—Viste a mi nieto, Claus. Es exactamente igual a mi marido, pero no se parece en nada en cuanto al carácter. Es carpintero.

—Carpintero es mejor ocupación que soldado —observó Leon.

—Deberías haberme hablado.

—Parecías tan ocupada, tan feliz con tus amigos, no me hubiera gustado interrumpir.

—No has dicho nada sobre tu esposa. ¿Volviste con ella tras dejar el campo?

—¿Ludmilla? —Rio Leon—. Ella se reuniría con el diablo antes que conmigo. ¿Te dijo Sascha que él y yo habíamos sido amigos desde que teníamos tres años?

—Sí. —Los recuerdos volvieron en avalancha, escuchando cuando Sascha hablaba de su vida antes de la guerra.

—Sascha y yo lo hacíamos todo juntos: escuela, conservatorio, incluso casarnos con nuestras novias el día que recibimos nuestras cartas de alistamiento; uno u otro pensó que deberíamos tener alguien al que regresar cuando retornáramos como héroes. No fue una idea brillante, pero la guerra es la causa de muchos errores grandes y pequeños. Sascha y yo disfrutamos de una semana de luna de miel y nos marchamos. No volví a ver a Ludmilla en cuarenta años. Sascha nunca volvió a ver a

Zoya.

—Si nunca volviste con tu esposa, ¿hubo alguien más?

—Docenas. —Leon rio de nuevo—. Pero nunca hubo nadie especial. No como tú y Sascha. Y Ludmilla no era del tipo que se sienta y espera. Ella no perdió el tiempo para rehacer su vida incluso antes de que la guerra acabase, y créeme, sabe cómo salir adelante. Pero después de que *El último verano* fuera publicado legalmente en la Unión Soviética, ella se ocupó de los derechos de autor, y bien. También se ocupó de nuestro hijo y, después de que Zoya muriese de hambre durante la guerra, de la hija de Sascha. Zoya la llamó Alexandra en honor a Sascha, y ella y mi hijo Alexei crecieron juntos. En Rusia, los niños que han nacido durante la guerra, y crecido con la Guerra Fría, aprenden a vivir el momento. El recuerdo de lo que los alemanes le hicieron a Rusia y a los rusos en la guerra afectó a todo el país. Todos esperábamos convertirnos en terrones de polvo radiactivo en cualquier momento por una bomba atómica arrojada contra nosotros desde Estados Unidos. Quizá sea diferente para los Occidentales.

—No es diferente en absoluto —dijo Charlotte seriamente—. Nosotros estábamos tan asustados de vosotros como vosotros de nosotros.

—La hija de Sascha comenzó a beber. Ludmilla intentó detenerla, pero fue imposible. Mi inútil hijo Alexei no ayudó. Incluso antes de que Alexandra bebiese, él no veía ninguna razón que le impidiera ir de una mujer a otra. Ha tenido tantas esposas y amantes que he perdido la cuenta. Pero una cosa buena salió del tiempo que estuvieron juntos. Mischa es tan nieto de Sascha como mío. Pero tú ya lo sabías por sus ojos. Es bastante extraordinario cómo algunas cosas pueden saltarse una generación. Alexandra no se parece en absoluto a Sascha y sus ojos son grises.

—¿Ludmilla crio a Mischa?

—Puede que no nos lleváramos bien, y que ella no me quisiera cerca, pero es una buena mujer. Vio el modo en que Alexandra vivía (hombres sin fin, fiestas y borracheras, desapariciones de días algunas veces) y se llevó a Mischa a vivir con ella cuando tenía dos años. A veces Alexandra venía y se lo llevaba, pero Mischa siempre encontraba la forma de volver con Ludmilla. No resultaba sorprendente; ella era la única que lo alimentaba, vestía y lavaba. Alexandra murió cuando Mischa tenía seis años. Ludmilla lo envió a la escuela y, cuando sus profesores descubrieron que tenía talento para la música, ella les insistió hasta que lo enviaron a un conservatorio. Ambos fuimos a su graduación. A los veinticinco se convirtió en el profesor más joven nombrado en el conservatorio. Lamentarán perderlo, pero, como dije, la idea de convertir Grunewaldsee en una academia internacional era suya, y yo hubiera estado tentado de pedirle que trabajara aquí incluso si no hubiera sido mi nieto. Realmente tiene talento, no sólo como músico sino como profesor.

—¿Sabe lo de Sascha y yo?

—Sí. Le conté la historia que había detrás de *El último verano*.

Los ojos de Charlotte se oscurecieron de dolor.

—¿Fue Sascha enterrado en una fosa común en Siberia?

—Los inviernos son largos y duros en Siberia, y, como dije, él murió en febrero. Tuvimos que esperar al deshielo de primavera para enterrarlo. Me encargué de que me asignaran a la cuadrilla de enterramiento y cavé una tumba para él separada de la fosa común. Marqué el punto para poder ser capaz de encontrarlo de nuevo.

Cogiendo su copa, ella abandonó la silla y caminó hacia la ventana que dominaba los bosques alrededor del lago.

—Gracias, Leon.

—¿Por comprar tu antigua casa?

—Por salvarla del abandono —contestó.

—¿Y por contarte cómo murió Sascha cuando tú ya lo habías supuesto?

—Por contarme lo que quería oír. Que el único hombre que siempre amé me amaba realmente. Y que nuestro amor fue tan desinteresado como yo siempre creí que fue.

—Encuentro difícil creer que tú hubieras podido dudarlo alguna vez, Charlotte. Tú y Sascha teníais algo que poca gente encuentra alguna vez en la vida. Yo os envidiaba cada vez que os veía juntos. Una mirada a través del jardín en Grunewaldsee entre vosotros dos era como diez horas de conversación entre la mayoría de la gente. Y fueron recuerdos de ti lo que lo mantuvieron vivo en mitad de todo el horror y la miseria del gulag.

—Hasta que abandonó.

—No, hasta que pudo irse a ese otro mundo que él soñaba cada noche. —Él dejó su silla y se unió a ella en la ventana—. Te llevaré hasta la casa del lago.

—¿Por qué?

—Lo verás cuando llegues allí. Llevaré la otra botella de vino. Entonces podremos sentarnos allí y brindar por su memoria... y por ti. Yo también me enamoré un poco de ti, ya sabes.

—Leon...

—Pero no te hagas ilusiones. Tú fuiste la única mujer presentable de mi edad de la que estuve cerca en casi cuarenta años.

Leon detuvo el coche en el sendero fuera de la casa del lago. Le abrió la puerta a Charlotte y le ofreció su brazo, pero no la condujo dentro. En vez de eso caminaron hacia la orilla del lago, hasta un punto oculto por árboles y arbustos, donde no podías ser visto excepto por alguien que estuviese nadando o remando o de pie en la orilla opuesta. Allí habían colocado un banco de hormigón, y Charlotte se dejó caer sobre él. Fue solamente entonces cuando vio la lápida a sus pies:

ALEXANDER (SASCHA) BELETSKY

QUE SERÁ PARA SIEMPRE PYTOR BORODIN
PARA AQUELLOS QUE LEAN *EL ÚLTIMO VERANO*

«... Y AHORA ESTOS TRES PERMANECEN, FE, ESPERANZA Y AMOR,
PERO EL MÁS GRANDE DE ESTOS ES EL AMOR».

—Después de la Amnistía solicité el permiso para volver a Siberia —dijo Leon—. No pedí permiso para traérmelo aquí. Temía no conseguirlo. Hice el ataúd yo mismo, así que sabía que resistiría un par de años. Lo desenterré en la noche cerrada, lo puse en una caja de embalaje, y soborné al guardia para que lo considerase parte de la carga de un tren a Moscú, y de Moscú aquí. Mischa, Marius y yo lo enterramos aquí de noche. Tampoco pedimos permiso a las autoridades para enterrarlo aquí, por si se negaban. La lápida la hizo un albañil que trabajó en la tumba de los von Datski. Sé que el texto es bíblico, de Corintios.

—¿Ahora los comunistas leen la Biblia? —Sonrió Charlotte.

—Era el único libro que se podía conseguir en el campo. Los cristianos que habían sido enviados para reeducación siempre se las apañaban para pasar copias. Sascha y yo fuimos ambos fervientes comunistas antes de la guerra, pero ambos dejamos de confiar en los credos hechos por los hombres mucho antes de llegar al campo. Es duro creer en una ideología que destruye tu vida. Y ambos éramos demasiado cínicos para creer en un omnipotente, amoroso Dios cristiano después de haber vivido la guerra. Pero ningunas palabras parecían tan apropiadas para Sascha como éstas. Sé que para él lo más importante era el amor. Y aquí está su símbolo de regeneración y vida después de la muerte. —Apuntó a un árbol plantado junto a la tumba.

—Un sauce llorón. —Charlotte miró las ramas que acariciaban la superficie del agua.

—Creo que es apropiado.

Charlotte se volvió hacia la lápida.

—Como dije, me gusta pensar que, como el héroe de su libro, se fue a dormir y se quedó en aquel otro mundo. Y era real para él, Charlotte. Mucho más real que el campo. Él vio a tu hija crecer y cambiar día a día, celebró sus cumpleaños contigo, te acompañó la noche que nació tu hijo...

Ella tenía aún una cuestión que preguntar.

—¿No crees que a él le angustiaba el recuerdo de una mujer joven embarazada, de pie en el jardín cubierto de nieve de Grunewaldsee, gritando «Asesino»?

—No, Charlotte, no lo creo. Conozco cada recuerdo que él se llevó de ti, y ése no era uno de ellos.

El silencio cayó, y ambos estaban satisfechos simplemente de sentarse y recordar.

—Llevamos aquí más de una hora, Charlotte. —Leon se puso en pie—. ¿Te gustaría quedarte un poco más a solas?

—Por favor, Leon.

Él se aproximó y tocó su mano.

—Estás helada.

—Leon... —Ella lo miró.

—Lo sé. —Él miró la tumba—. Hay espacio para poner otro nombre ahí algún día, pero confío en que no sea necesario cincelarlo en muchos años.

—Gracias, Leon. Nunca hicieron falta muchas palabras entre nosotros.

—Volveré más tarde con Mischa y Laura. ¿Te gustaría que Laura viese esto?

—Sí.

—Ella sabe...

—Todo, Leon.

Charlotte escuchó una música deslizándose desde la salita de la casa. Una música fantasmagórica tocada al piano por una Charlotte más joven. El Shostakovich que Sascha había amado y escrito para ella en un envoltorio.

Una sombra ocultó el sol de la vista. Ojos azules se clavaron en los suyos. Vio la lenta, familiar sonrisa que amaba, y tomó la mano que le ofrecía.

Lo es todo para mí, esta mujer a la que amo. El aire que respiro, la tierra bajo mis pies, la comida, la bebida... todo parece nimio comparado con mi necesidad de ella. Se aferra a mí por un momento, nos besamos en silencio. Todo lo que hay que decir entre nosotros hace tiempo que se ha dicho. Regresamos caminando del brazo por el jardín. Ella sube las escaleras. Yo apago las lámparas en las habitaciones del piso de abajo, cierro las puertas y la sigo.

Fin

Nota de la autora

He cambiado los nombres de Grunewaldsee y Bergensee. Ambas casas existen (Bergensee, masiva, imponente y regia incluso en su abandono; Grunewaldsee restaurada a su condición original), pero ninguna está en las localizaciones en que las he situado.

La casa de los Adolf sigue estando en Olsztyn, en el lugar que la describo, en la misma calle que la sinagoga abandonada, junto al antiguo cementerio judío que, según testigos oculares, fue excavado por el régimen comunista polaco en los primeros años setenta. Se llevaron varios camiones cargados con objetos de valor escondidos en tumbas de familiares por los judíos antes de ser deportados durante la guerra a los campos de concentración, y a los féretros y a los cuerpos les quitaron las joyas y los metales preciosos. Incluso sacaron los huesos y los ataúdes. Hoy día, el sitio sigue siendo un áspero trozo de tierra picada de viruela entre una calle dominada por enormes bloques de casas de la posguerra y un mercadillo.

El número final de muertos entre los conspiradores involucrados en el plan de von Stauffenberg para asesinar a Hitler puede que no se conozca nunca. Los oficiales alemanes implicados habían sido testigos de las atrocidades sobre la población civil del este de Europa llevadas a cabo por todas las ramas de su ejército, la Wehrmacht, o habían escuchado relatos de primera mano. Creían que no tenían más opción que romper su juramento de fidelidad a Hitler, tal como él había roto su juramento al pueblo alemán. Su intención era buscar la paz.

Antes del intento frustrado, los conjurados contactaron con los Aliados con la esperanza de negociar un fin a la guerra. Tras el fracaso del plan, la BBC emitió listas de los conspiradores que le resultaron útiles a Hitler, ya que los nazis no los conocían a todos. El plan fallido se utilizó como excusa para detener a cualquiera que se opusiera a Hitler. Arrestaron a unas siete mil personas y, en abril de 1945, ya habían ejecutado a cinco mil. Más de doscientos oficiales del ejército fueron sentenciados a muerte en el infame «Tribunal del pueblo» entre el 20 de julio de 1944 y el 21 de diciembre de 1944, antes de que el juez, Roland Friesler, muriera en un bombardeo aéreo aliado. Al principio Hitler pensaba llevar a cabo «juicios ejemplares» tomando como modelo los soviéticos de los años 30 con cobertura por radio y televisión. Pero después cambió de opinión y, el 17 de agosto de 1944, prohibió cualquier información sobre los juicios. Desde esa fecha, ni siquiera las ejecuciones se anunciaban públicamente.

El coronel Claus Schenk Graf von Stauffenberg, su ayudante, el teniente Werner von Haeften, el general Friedrich Olbricht y el coronel Albrecht Ritter Mertz von Quirnheim fueron ejecutados por un pelotón de fusilamiento la noche del 20 de julio de 1944 en el patio del cuartel del Ejército de Reserva en *Bendlerstrasse*. Otros no

tuvieron tanta suerte. Tras someterlos a juicio, guillotinaron a los civiles, y a los militares los desnudaron, los colgaron y los estrangulaban lentamente con cuerda de piano antes de bajarlos, revivirlos y repetir el proceso, en ocasiones varias veces antes de que murieran. Sus terribles castigos se filmaron por orden personal del Führer y las películas se mostraron al personal del cuartel general de Hitler.

A miles de parientes de los conspiradores, principalmente mujeres y ancianos, los separaron de sus hijos y entre ellos, y los encarcelaron en bloques VIP de prisiones y campos de concentración. A los hijos de los traidores los llevaron a orfanatos y campamentos dirigidos por el Estado donde intentaron hacerles olvidar sus familias e identidades. No todos, pero la mayoría (incluyendo la esposa de Claus von Stauffenberg, Nina, y sus cinco hijos), sobrevivieron a la guerra.

El Gauleiter de Prusia Oriental, Erich Koch, que insistió en que Prusia Oriental no caería ante los rusos, ordenó a la población civil quedarse en sus pueblos y ciudades. Supervisó la carga de dos vagones de tren con sus propias posesiones y los envió al Reich en diciembre de 1945 antes de volar a Libau, donde dos rompehielos estaban esperando para evacuarlo con su personal. Aunque había espacio en ambos navíos, se negó a dejar subir a bordo a ningún refugiado. Cambió su uniforme nazi por uno gris y evitó ser capturado hasta 1949, cuando fue detenido por los británicos. Como había sido un brutal administrador de Ucrania y Polonia, fue entregado a las autoridades polacas. Los soviéticos creían que Koch sabía la localización del contenido de la Habitación Ámbar, que los nazis se habían llevado del palacio de Tsarskoe Selo, cerca de Leningrado, y pidieron su extradición. Las autoridades polacas se negaron. Si Koch conocía la localización de las riquezas de la Habitación Ámbar, nunca la reveló. Su juicio tuvo lugar en Varsovia en octubre de 1958. Se le encontró culpable de acabar con las vidas de 400.000 polacos (no fue juzgado por sus crímenes en Ucrania) y se le sentenció a muerte el 9 de marzo de 1959. Esta pena fue más tarde conmutada por cadena perpetua. Algunos creen que logró este cambio con detalles de la situación del tesoro saqueado por los nazis. Erich Koch murió en prisión en Barczewo, cerca de Olsztyn (antes Allenstein), en el corazón de la antigua Prusia Oriental el 12 de noviembre de 1986.

Se estima que entre cuarenta y cincuenta millones de personas murieron en la carnicería de la Segunda Guerra Mundial, once millones en campos de concentración. Más de la mitad murió tras el atentado fallido del coronel von Stauffenberg contra Hitler el 20 de julio de 1944.

De los cinco millones de soldados rusos capturados por los alemanes, un millón y medio sobrevivieron a la guerra, aunque después Stalin los ejecutó o exilió a gulags siberianos, donde permanecieron encerrados diez años o más.

El dieciocho por ciento de la población polaca, más de seis millones de personas, murieron en la Segunda Guerra Mundial a manos de los ejércitos alemanes o rusos.

Entre dos y tres millones de civiles de Prusia Oriental murieron durante la invasión de su país por el ejército soviético. A los soldados rusos les dijeron que Prusia Oriental era la madriguera de la bestia fascista, y fueron tan brutales en su trato a la población civil como lo habían sido en Rusia los escuadrones de la muerte alemanes. Los que no fueron masacrados murieron de hambre y frío en su huida.

Las estimaciones varían respecto a cuántos soldados alemanes que se rindieron ante los estadounidenses murieron en sus campos de prisioneros. Documentos recientemente descubiertos sugieren entre 100.000 y 200.000, algunos de apenas catorce años. Los campamentos eran idénticos a los preparados por los alemanes para los prisioneros de guerra rusos; campos abiertos, sin agua ni letrinas. Los estadounidenses alimentaban a los prisioneros con lo que ahora se reconoce que eran raciones inferiores a lo necesario para el sustento.

Algunos historiadores están indecisos sobre si las atrocidades de Nemmersdorf en Prusia Oriental las cometieron los ejércitos rusos invasores en venganza por las cometidas por los alemanes en Rusia, o las SS en un desesperado intento de empujar a los habitantes para luchar por cada centímetro de su país.

Escribí *El último verano* para poner rostro humano a las estadísticas que me cuesta trabajo retener, incluso tras haber visto los monumentos conmemorativos en Polonia. Utilicé material de archivo y documentos familiares y privados, principalmente los diarios de mi abuela y de mi madre, escritos entre 1936 y 1948. Todas las experiencias y sucesos bélicos descritos en *El último verano* sucedieron realmente. Charlotte von Datski y su familia son típicas de la aristocracia prusiana de la época, pero, aparte de las personalidades bien conocidas, todos los personajes son creaciones de mi imaginación.

La inspiración para *El último verano* llegó en 1995, cuando acompañé a mi madre al hogar del que huyó su familia en 1945. La familia polaca Rodzina, que ahora ocupa parte de la casa (después de que fuera utilizada como cuartel de un comandante ruso durante varios años fue dividida en apartamentos), nos recibió como si fuéramos viejas amigas. No sólo nos permitieron quedarnos en la casa de ensueño que mi abuelo había construido para su familia, sino dormir en el antiguo dormitorio de mi madre.

Me senté a escuchar mientras mi madre y ellos intercambiaban experiencias del tiempo de la guerra. Al final de la contienda, los soviéticos les quitaron la granja en la que la familia había vivido durante generaciones y se la dieron a una familia de rusos desplazados. Les dijeron que «fueran al norte», buscaran una granja o casa vacía y la ocuparan, y eso hicieron.

En 1947, los Aliados eliminaron el nombre Prusia, que databa de 300 a. C., del mapa de Europa. Con la excepción de Prusia Oriental, las tierras de Prusia se dividieron entre las cuatro zonas aliadas de ocupación en Alemania: francesa,

británica, estadounidense y soviética. Polonia absorbió la mayoría de Prusia Oriental, excepto el noreste, que quedó anexionado a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). La capital, Königsberg, fue rebautizada como Kaliningrado en honor a Mikhail Kalinin, el Presidente del Soviet Supremo. Los rusos llegaron de toda la URSS, sobre todo de Siberia, para asentarse en la ciudad. Sigue siendo parte de Bielorrusia.

El 11 de febrero de 1945, en la Conferencia de Yalta, Churchill, Roosevelt y Stalin decidieron que los trabajos forzados eran una reparación de guerra legítima. Todos los aliados se beneficiaron de esta declaración. Stalin ordenó la deportación de los restantes alemanes étnicos, hombres y mujeres, de Rumanía, Yugoslavia, Hungría, Prusia Oriental, Pomerania y Silesia, y los envió a hacer trabajos forzados en la Unión Soviética. Los últimos 25.000 fueron transportados en 1947-48. Del millón de alemanes que entró en las provincias orientales de la Unión Soviética y el sistema de prisión gulag, sólo sobrevivió el 55 por ciento. Cuando Prusia Oriental quedó étnicamente limpia de sus nativos germanos, los nombres alemanes de lugares se cambiaron por otros rusos o polacos.

Como los hijos y nietos de los «refugiados», yo crecí consciente de que aunque mi madre y mi abuela se habían esforzado por adaptarse a su nueva vida de posguerra, nunca se recuperaron de la sensación de pérdida o del dolor de estar exiliadas de su amada tierra, donde nuestra familia vivió y trabajó durante siglos.

Agradecimientos

A mi madre, Gerda Jones, de soltera Salewski, por permitirme acceder a sus propios diarios y a los de mi abuela. Estoy en deuda con ella por la información que contienen.

A Helen Rodzina y su familia en Olsztyn, la antigua Allenstein, por su calurosa y generosa hospitalidad polaca, y por permitirnos a mi madre y a mí quedarnos en su apartamento en la casa que mi abuelo, Albert Salewski, arquitecto, maestro constructor y antiguo burgomaestre de Allenstein, diseñó y construyó para su familia en 1936.

A mi agente Philip Patterson por elegir el manuscrito de *El último verano* después de que permaneciera diez años en mi cajón de «no publicados». ¡Philip, por favor, echa otro vistazo, hay varios más ahí!

A absolutamente todos en Orion, pero sobre todo a mis editoras Yvette Goulden, Juliet Ewers y Susan Lamb por leer el manuscrito en sus primeras etapas y atreverse valientemente a publicar un libro sobre el «otro lado» de mi familia, y a Rachel Leyshon por sus incisivas sugerencias y meticulosa corrección.

Y al pueblo polaco, que dio una cálida bienvenida a una viajera que no sólo quería visitar su país, sino también su pasado.

Gracias.

Catrin Collier,
noviembre de 2006



CATRIN COLLIER. Nació y creció en Pontypridd. Durante un breve periodo de su vida trabajó en Europa y América antes de regresar de nuevo a su Gales natal.

Es autora de más de treinta novelas que ha firmado bajo distintos pseudónimos: Katherine John, Caro French o Katherine Hardy. También ha realizado adaptaciones dramáticas para la televisión.

Su novela, *El último verano*, basada en los diarios escritos tanto por su madre como por su abuela, de origen prusiano, durante la segunda guerra mundial, es una de las lecturas para adultos recomendadas por el Holocaust Day Memorial Trust.

En la actualidad vive en la península de Gower cerca de Swansea, con su familia.

Notas

[1] «Querida abuelita» en alemán, Omi sería abuelita o abuela con matiz cariñoso y familiar. (*N. de la T.*)<<

[2] En alemán, Bund Deutscher Mädel, sección femenina de las Juventudes Hitlerianas para jóvenes de entre 14 y 18 años. (*N. de la T.*)<<

[3] *Herr* significa en alemán señor, «el señor Schumacher» en este caso. (*N. de la T.*)

<<

[4] «Abuela» en alemán, con un matiz familiar. (*N. de la T.*)<<

[5] Nombre que dio el régimen nazi a las fuerzas armadas alemanas. (*N. de la T.*)<<

[6] Nombre coloquial del Ministerio para la Seguridad del Estado de la extinta República Democrática Alemana, que funcionaba como un implacable servicio secreto interior y exterior. (*N. de la T.*)<<

[7] Estas palabras significan «abuelo» con matiz familiar y cariñoso respectivamente, aquí «los abuelos» (referido a los abuelos varones). (*N. de la T.*)<<

[8] «Señorita» en alemán. (*N. de la T.*)<<

[9] «Grafin von Letteberg» y «Graf von Letteberg», respectivamente, en el original.
(*N. de la T.*)<<

[10] «Mamá» en alemán. (*N. de la T.*)<<

[11] «Señora» en alemán, aquí «la señora de Claus von Letteberg». (*N. de la T.*)<<

[12] Término utilizado en Partido Nazi para los «líderes de Zona», que era la forma organizativa más grande del partido a nivel nacional. *(N. de la T.)*<<

[13] Del ruso, casa de campo rusa, especialmente de madera. (*N. de la T.*)<<

[14] *Schloss* significa en alemán castillo, palacio o mansión. (N. de la T.)<<

[15] También llamado pan alemán o pastel de Navidad, el *stollen* es una clase de dulce. (N. de la T.)<<

[16] Éste era un chiste muy popular en la Alemania de la época entre la gente que necesitaba reírse un poco del poder establecido para aliviar el sufrimiento de la guerra. Contarlo delante de gente inadecuada podía reportar desde multas elevadas a penas de cárcel. *(N. de la T.)*<<

[17] Un típico guiso alemán hecho a base de col entre otros ingredientes. (*N. de la T.*)

<<

[18] En polaco, palabra genérica para salchicha. (*N. de la T.*)<<

[19] Literalmente, la calle Bendler. (*N. de la T.*)<<

[20] Graf von significa «conde de». (*N. de la T.*)<<

[21] En alemán, gracias. (*N. de la T.*)<<

[22] Término alemán que significa «espacio vital». (*N. de la T.*)<<

[23] En alemán, literalmente, «líder de regimiento»; fue un rango paramilitar del Partido Nazi que se utilizó en las SA y las SS. (*N. de la T.*)<<